

LA OBRA  
INÉDITA DE  
FRANCISCO  
UMBRAI

# FRANCISCO UMBRAI

Diario de un noctámbulo

En esta obra inédita se reúnen las colaboraciones radiofónicas de Francisco Umbral hizo para la emisora La voz de León: una colección de artículos emitidos entre 1958 y 1961 y agrupados bajo diferentes títulos.

Los de *Buenas Noches...* (1958) poseen un tono filosófico-poético en los que el autor de *Mortal y rosa* despliega una mirada intimista para adentrarse en el corazón del hombre, del mundo y sus paisajes. Llenos de lirismo y ternura, sumergen al lector en un clima poético en el que se descubre la impronta del Umbral novelista.

En *El piano del pobre*(1959-1960), el autor se hace eco de la actualidad nacional e internacional del momento, comentándola con un estilo personal y particularísimo en el que se reconoce ya el Umbral-periodista más genuino. Por último, en *El tiempo y su estribillo*(1960-1961), León acapara la atención temática de nuestro escritor. El comentario del acontecer político, económico y sociocultural de la capital y la provincia revelan al Umbral más crítico e irreverente, al Umbral que lanza sus propias palabras a través de las ondas para «ponerle su estribillo a las cotidianas estrofas del vivir», y así escribir la «historia mínima y humana» de la ciudad y sus gentes.



Francisco Umbral

# Diario de un noctámbulo

ePub r1.0  
Titivillus 28.01.16

---

más libros en [epubgratis.org](http://epubgratis.org)

---

Título original: *Diario de un noctámbulo*  
Francisco Umbral, 2015  
Edición de Isabel Martínez Moreno  
Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

## PRÓLOGO

### VOZ DE UMBRAL

Tengo un recuerdo, más o menos vagoroso, de la voz de Umbral en las ondas. Una emisora de finales de los años cincuenta y comienzo de los sesenta en una ciudad de provincias donde la precaria juventud tenía muy pocos alicientes y, sin embargo, notables intereses y curiosidades.

Umbral ya había conseguido entonces, en el León de aquellos tiempos, la aureola primeriza de un personaje que escribía en la prensa y transmitía mensajes nocturnos, siempre salpicados por una murmuración lírica dirigida a la intimidad de los oyentes.

La voz de Umbral era la menos previsible en aquella emisora, en cualquier emisora, dado el tono y el aliento de sus confidencias, tan literarias como particulares.

De aquella lejanía puedo rastrear, ya que a Umbral le conocí personalmente bastante después, la figura del mozalbete desgarrado, aunque cuidadoso con su imagen, cierta tendencia solapada a ir por las calles de una ciudad de sombra, la contabilidad de las tabernas, de las que escribió una guía muy provechosa, y la voz, o el eco de una voz casi tan grave como su aspecto.

Aquel Umbral primerizo acabó teniendo la incipiente leyenda de quien no se arredra ante la autoridad competente o, en la liviana bohemia de un escenario de poco fuele, asume la propia condición fantasmal, no sin cierta extravagancia, y al lado de otras fantasmales figuras, a las que yo podría poner cara y gestos. La vida provinciana de una urbe provinciana ofrecía por entonces sus recovecos y, como antes anoté, sus intereses y curiosidades.

Es ahora un regalo recuperar las palabras de Umbral en el propio eco de su distancia en el tiempo. La voz de sus noches; lo que escribió y transmitió en la emisora que lo amparaba. Tiene algo de entrañable este viaje a los mensajes del noctámbulo, y es una suerte que hayan pervivido los folios del saludador nocturno, tan cuidadoso y perspicaz, tan amoldado al tiempo y su estribillo.

La voz de Umbral acotaba la confidencia, dejaba volar una imaginación lírica, que presagiaba tantas variaciones en su posterior destino de periodista y narrador, y exhibía un gusto por los arquetipos que iluminaban a los destinatarios: días y meses desmenuzados, soñadores, suicidas, bebedores, seductores, fantasmas, románticos, héroes, enfermos, colegiales, cobardes...

Este *Diario de un noctámbulo*, un título que a él seguro que le hubiese gustado, tiene la sintonía de muchas emociones, sensaciones y reflexiones, en las que en la voz brilla la prosa sin otra contención que la del murmullo confidencial, las metáforas del día a día.

También están en el libro las anotaciones de una crónica cultural, el teatro, el cine, la música, los conferenciantes que llegaban a la ciudad, algunas figuras que Umbral admiraba y a las que rendía el homenaje de su magisterio.

Los textos de los folios que subsistieron en algún cajón transmiten también esa aureola de olvido que pudo condenarlos al frío de su desaparición. Lo del frío lo digo sin otra intención que la de remarcar una necesidad que Umbral sintió en aquellos años de finales de los cincuenta y comienzo de los sesenta, en una ciudad como León, en la que muchos siglos antes estuvo prisionero en San Marcos, y a punto de morir de frío, don Francisco de Quevedo y Villegas. Fue la necesidad de comprar por vez primera una bufanda, ya que de nada servía alzar el cuello del abrigo. La bufanda, al fin, no provenía de la coquetería sino de la necesidad.

LUISMATEODÍEZ  
Otoño de 2014

PRIMERA PARTE  
BUENAS NOCHES (1958)  
Francisco, saludador nocturno y desvelado

## INTRODUCCIÓN

BUENAS NOCHES, SUEÑO, GRATO TRAIADOR DE CADA DÍA, BUENAS NOCHES

En realidad, este saludo de todas las noches se mete diariamente en tu terreno, invade tus aguas jurisdiccionales, quiere ser una última osadía retórica a la orilla misma de la marea que va a subir, de la silenciosa marea del sueño, y por eso tú, camarada sueño, estás siempre al fondo de nuestras palabras, como el mar está al fondo de las palabras del poeta. Todo lo que aquí decimos tiene una calidad somnolienta, y no se nos debe exigir, entonces, una excesiva agudeza, un completo desvelo, ya que la hora elegida nos autoriza en cierto modo a la vaguedad y desmesura preoníricas. Elegir esta hora para decir las cosas es tanto como adoptar al sueño por musa y condenarse de antemano a la inexactitud del concepto y la convencionalidad de la imagen. El peligro inmediato de quien escribe a estas horas es, cuando menos, el surrealismo. Es, ante todo, el peligro de que nuestras monedas, valoradas ahora a la luz de la luna, mañana, a la luz del sol, no valgan nada. Como le aconteció al poeta, a otro poeta, que nadie nos va a quitar de seguir citando poetas.

(27 de septiembre de 1958)

BUENAS NOCHES, OYENTE, AMIGO Y DESCONOCIDO OYENTE, BUENAS NOCHES

Al cabo de tu jornada y de la nuestra, cuando tu alma de radioyente se siente fatigada y escéptica, después de que la voz del micrófono te ha aconsejado durante todo el día comprar no sé qué lavadora y beber no sé qué coñac, quiero que mi prosa sin trampa ni cartón acierte a darte sencillamente las buenas noches.

Sí, amigo oyente, cuando voces intrusas te han invitado a resolver enigmas, a complicarte en concursos y adivinar números o palabras, yo no pretendo sino, de amigo a amigo, darte las buenas noches. No necesitas decirme la fecha de nacimiento de Enrique el Doliente ni acertar nada a propósito de la batalla de Lepanto. Puedes creerlo, oyente, sólo se trata de darte las buenas noches, de desearte un sueño tranquilo y un despertar animoso. No voy a venderte nada, no tengo nada qué vender. Ni siquiera necesitas escucharme con demasiada atención. Es probable que si solamente te dejas acompañar por el rumor de mis palabras, de mi prosa inmotivada, ésta te sea más grata.

(27 de octubre de 1958)

## EL TIEMPO NOS VA DESNUDANDO

BUENAS NOCHES, JUNIO

Buenas noches, junio, mes de verdor y oro, mitad primavera y mitad estío, híbrido de musa y atlante, centauro de torso adolescente e ijares de cobre, buenas noches...

Toda una mitología desprestigiada corteja aún vuestra llegada, la llegada de cada uno de vosotros, los meses del año, ese mercancías de doce unidades que pasa y repasa haciéndonos a todos, haciéndonos a cada uno un poco apeadero de almas, dejándonos esa vaga tristeza ferroviaria que es la tristeza misma de la vida, rondando siempre las estaciones para ponerse al tren. Así eres tú, junio, así sois cada uno de vosotros, hechos de ruina mitológica y melancolía viajera. Escombros de dioses y poesía de estación. Hierro de armadura o hierro de raíles. O ya, ya sólo, sencillamente, ese hierro dulce de la vida del que están hechos el yugo y el yunque mínimos de cada uno de nosotros, y del que nos van haciendo el busto, día a día, las manos que nos quieren.

Pero tú, junio, aduana en la frontera del estío, aduana que se salta cuando menos lo pensamos esa gentil turista con pámela que es la primavera, estás a medio camino entre el punto de veraneo y el punto de partida, convocando el mar en todas las playas para un ensayo general del estío. Sí, junio, vienes cargado de dinamita estival y el trabajo será luego para irte desembarazando de tus explosivos con cuidado de que no estallen, o para gastarse en salvas, en alegres y tontilocas salvas de verano, toda tu pólvora ruidosa. Cuántos petardos por los bailes de los pueblos, entre los pies de las mozas, qué sustos y chamusquinas por los altos pajares del estío... Hasta la gran quema de agosto, la múltiple traca final, la múltiple pirotecnia iluminadora del septiembre que viene por los campos...

Con el alma en suspense entre la luz y la sombra, entre el invierno y el verano, con las esperanzadas credenciales en la mano, mientras el aire consulta la brújula y los árboles se cambian de chaqueta, buenas noches, junio, muchacho rubio que iba para muchacha, mes que rectifica a tiempo, novio que nos quita la novia, buenas noches<sup>[1]</sup>...

BUENAS NOCHES, ESTÍO

Buenas noches, estío, rastro caliente de un nocturno incendiario sobre el que vibran cadáveres encendidos de agosto, buenas noches...

El pesado viento malherido se detiene y vuelve sobre sus pasos y descubre pasiones incestuosas caídas en mitad del surco, y un afán de desnudez en todo lo que da fruto. En verde y amarillo tiene su historia cada hoja —bicolor bandera que se propaga—. Llena el aire una reciente ausencia de violentadas ancas sobre la desordenada tierra semoviente, transitada de calor y establo. En oleadas prietas y continuas se mantiene el verano. No rebasa sus límites ni utiliza su fuerza. No hace víctimas sobre la tierra. Todo lo quiere bello y fuerte para su recia gloria de cosechas...

En principio fue la primavera, verde secreto que los árboles se iban diciendo. La primavera, como una vaga serpiente, como un hermoso pecado de la tierra. La primavera, que venía dando o pidiendo algo por todas las puertas. Parecía una confusa rebelión de pájaros, parecía que el mundo contase su historia verdadera. Vasta paternidad del aire, maternidad errante. Parecía Eva sin Adán, parecía Adán sin Eva... Luego será el otoño, luz oblicua en la que enferman todos los cadáveres. Octubre vendrá por las carreteras como una dulce epidemia. Octubre, regalando a los mendigos sus manzanas picadas. Y entre las manzanas, algunos corazones inservibles y tristes... El otoño es un sepulturero aficionado que sueña tibios cementerios y cava tumbas por pasar el rato. Se le ve vagar melancólico por las tapias del cementerio, abstraído en su juego silencioso; y al final de la tarde, nos ha cavado tumbas para todos.

Y después, en un después que ahora nos parece imposible, estío, el invierno, eje cristalino de mundo... El hielo es fauna y flora en la jungla del frío, perpetúa irregulares nadas en el aire borroso de blancura, amortaja en sus transparentes ataúdes vírgenes boreales en reflejo. ¿Será posible, estío? Ni tú ni yo podemos creerlo, porque los dos estamos convencidos de que no te acabas nunca, de que nunca será derrocada tu agreste monarquía que recorre los campos unciendo yuntas y coronas... Rojos dominios del verano...

Buenas noches, estío, hermano dorado que conmigo se baña, camarada de agosto que la riada de septiembre se nos lleva..., buenas noches.

BUENAS NOCHES, JUVENTUD

Buenas noches, juventud, diosa matinal del mundo, buenas noches...

Tienes levantada una estatua en cada cuerpo virgen, hermosa y mitológica juventud. Estamos aprendiendo, ya que no a vivirte heroicamente, sí a contemplar, cuando menos, el incomparable espectáculo de la juventud sobre el mundo. Desengañados a tiempo de la decadente curiosidad por segundas y terceras experiencias, curiosidad tan juvenil, por otra parte, buscamos ya invariablemente, la primera y maravillosa experiencia del sentirse joven. ¿Qué otro paraíso terrenal que éste de la edad primigenia y solar?

Sí, hemos aprendido a ser conscientes de nuestra propia juventud, aunque con ello sólo ganemos impaciencia y dolor. En una especie de escepticismo anticipado, hacemos previa renuncia de los mundos de madurez. Toda una generación joven es ya así, como nunca había sido la juventud, tan hambrienta siempre de posterior conocimiento. El revisionismo inexorable e irrespetuoso de nuestro tiempo ha dado a los jóvenes una especie de sabiduría precozmente madura, un terrible y estéril renunciar contra el que no hay nada que hacer. Por primera vez en la historia, quizá, la juventud renuncia a su futuro y no desea ya sino vivir íntegramente su momento irrepitable, bailar descalza sobre su abril total.

Asusta pensar en esto, juventud, atemoriza, entre la rebeldía y el suicidio, una sabiduría final y anticipada. Pero la danza está comenzada y no sabemos ni queremos pensar nada, predecir nada. Por el momento, sólo acertamos a mirar desde nuestra propia juventud cómplice murmurando que es hermoso, que todo es muy hermoso... Ya no podrán engañarnos más desde la madurez desencantada. Quizá más tarde, extenuados, podamos pensar en algo. Ahora sólo importa arrojarse, delirar, llegar al límite, apurar novedad, recibiendo en el rostro refrescado todo lo que cae de la altura.

Buenas noches, juventud, fragor celeste que hoy me siento en la carne, que aún me siento por el pecho, buenas noches...

BUENAS NOCHES, NOVIEMBRE

Buenas noches, noviembre, fanfarrón de capa y espada, seductor de doña Inés novicia, buenas noches.

No creemos en ti ni te tenemos ningún respeto, noviembre zorrillesco y popular. Si a los palacios subiste y a las cabañas bajaste, en este mundo intermedio de la calle y los autobuses no tienes nada que hacer. Aquí no hay cabaña ni palacio que justifique tu baladronada, y para seducir mecanógrafas y dependientas están de sobra el chambergo y las espuelas. Claro que ni de un modo ni de otro te va a ser fácil, pescador noviembre, porque esto no es candidez de princesa ni ignorancia de pescadora, sino malicia y sentido común de obrerita espabilada, que entre tanto cine y tanta legislación laboral resulta que se las sabe todas.

Tú verás cómo te apañas, noviembre, pero la que pescaba en ruin barca teclea hoy en oficiosa secretaría, y a la hora de la merienda, con la prisa de la gente y el ruido de las cocteleras, te va a ser difícil decirle «ángel de amor», porque ni siquiera se oirá tu ripio. De Flandes viene noviembre diciendo versos vallisoletanos con mucho juego de capa y plumero; busca y fanfarronea por las esquinas del invierno, pero acaba comprando

unas flores mortuorias camino del cementerio, y allá se va, inadvertido, entre las viudas y la gente oscura de clases pasivas, a llorar todos sus muertos románticos sobre la grava y el mármol del camposanto. Con la capa se limpia sus lágrimas de mosquetero llorón, ya de vuelta entre los vivos quisiera hallar pendencia o amorío, mas las doncellas se están en una velada de teatro viendo a un Don Juan Tenorio falso y aficionado.

Triste y anacrónico, invernal y requetesabido, noviembre se gasta una peseta en castañas de la castañera, que es una Brígida sin memoria de aquellos tiempos, y con la pena de no haber sido reconocido se va el burlador de nuevo al camposanto, a que los sepultureros municipales le empalen a vida o muerte. Y así durante un mes. Ya tenemos a noviembre por esas calles, revolando su capa en las esquinas, para una temporada. Que las doncellas se guarden, por más que es viejo y resucitado.

Buenas noches, noviembre, buenas noches...

BUENAS NOCHES, FUTURO

Buenas noches, futuro, cielo venidero del mundo, buenas noches...

Hay días de la semana que sin saber por qué amanecen cargados de futuro, con gracia de anticipación en el aire y la luz. Como hay días que nos envejecen más que otros; días —estos de noviembre, nublados, polvorientos— que no van para atrás ni para adelante, pero que tampoco nos sitúan en el presente; son días en vía muerta, estancados entre el frío bostezante y la carbonilla de los seres.

Pues bien, en estos días así, precisamente, el corazón se rebela y quiere escribir de esos otros días con alegría de futuro. La imaginación trae sus lámparas y todo se nos dispone a esperar anticipaciones de no sé qué primavera. Porque una cosa es el futuro de los periódicos, ese futuro apocalíptico y teledirigido y otra muy distinta el futuro del corazón. El corazón, que no lee periódicos, sueña libremente con unos días muy largos, duradero cada uno de ellos como un verano. El futuro siempre es el verano, un verano. Hay una amplitud sin calendarios que el alma presiente a deshora, y por si fuera poco, una mañana intemporal y luminosa amanece entre semana para darnos la razón. A fin de cuentas, sólo el buen tiempo da la razón a los sueños alguna vez. Y no es que los confirme, pero deja insinuar, entre paz y sonrisa, que sí, que no estábamos tan locos, que ese día y en esa plaza podría ocurrir lo más hermoso. Nunca ocurre, claro, pero basta con ese minuto de posibilidades para que el poeta crea en el milagro.

Nada como salir huyendo hacia el futuro cuando la vida nos persigue el alma. Del mismo modo que se hacen proyectos hacia el pasado, para soñar a gusto lo que fue tan amargo, del mismo modo o exactamente al contrario, hay o puede haber una melancolía del futuro, una nostalgia previa de la alegría venidera. Entregados a esa manera de adivinación, nos vemos vivir, triunfales, en la luz más espaciosa, y nuestro presente en sombra es ya como el recuerdo perdido que entonces tendremos de hoy.

Sí, hay un inesperado día de la semana en que amanecemos en el futuro, renovados y a salvo... Pero qué doloroso retroceso durante toda la jornada para volver al presente retardado y tristísimo; qué desorientados tropezones con el alma de espaldas y la ilusión en mañana...

Buenas noches, futuro, buenas noches.

BUENAS NOCHES, DOMINGO

Buenas noches, domingo, doblón de oro entre la calderilla de los días, buenas noches...

Canta Juliette Gréco, la voz existencialista de París, una canción titulada *Yo odio los domingos*, y bien cierto es que ningún día de la semana como el domingo para experimentar la náusea del vacío y el tedio que a veces parece borrar a la humanidad. Porque si esa nada sartriana nos amenaza más o menos, el trabajo, el ritmo atareado de los días laborales puede ser la única salvación del que no quiere anularse entre el ser y el no ser. Pero el domingo nos deja indefensos en un vacío de horas y ocio.

Estamos a cada momento en peligro de encontrarnos con nosotros mismos o de confundirnos con la humanidad anónima del día de fiesta. Entre la soledad interior y la otra soledad populosa de las calles, el alma vestida de domingo vaga lamentablemente.

El domingo amanece ilusionado, entre niños recién peinados y muchachas en flor, botando esquifes de alegría en el azul del cielo. Es quiosco para la música y velador para el aperitivo. Pero todo envejece increíblemente en el término de un domingo. Al final de la tarde, los niños juegan sin imaginación y a las muchachas en flor les han dado ya su primer beso de amor. Se le ha parado el motor al gran autocar del domingo y todos regresan a pie, ruidosamente silenciosos, con el polvo del ocaso en sus zapatos nuevos. Es el domingo como un limbo perezoso en que el hombre laboral acaba por perderse. Se desconcierta y se pone triste. Pierde la fe en el ocio, y con la fe en el ocio pierde la fe en el trabajo, para concluir que se ha divertido mucho, que se podía haber divertido mucho más, que habrá de esperar a otro domingo... Sin embargo, quizá este día guarda efectivamente algo distinto, una dicha luminosa que en sus primeras horas casi se deja ver. Y por eso mismo se agosta enseguida y muere. El domingo esconde algo, pero todos se lo buscan, y entre todos se lo matan o se lo pierden.

Buenas noches, domingo, día pacífico y decepcionado, triste de recuerdos alegres, con todos los domingos de una vida venidos para nada, mientras un sol antiguo ilumina los desmontes del corazón... Buenas noches.

BUENAS NOCHES, ENERO

Buenas noches, enero, mascarón de proa, rompehielos del año nuevo, buenas noches. Todo se vuelve hacerle metáforas al año entrante y echarle alegría y serpentinas a la cosa, pero ocurre en realidad que no quiere uno pararse a pensar que es una corrida de doce toros lo que tiene delante. Doce buenos mozos, desde el eral de febrero a los cincoños de última hora. Doce largos y embestidores meses para nuestra improvisación española a cuerpo limpio.

Todo se vuelve saluciones a enero sin pararse a pensar en lo que viene detrás. Y eso que el propio enero es ya un mes de hambre y cuentas escasas. Tras el hartazgo pascual, todos somos en cierto modo mendigos de uno mismo. Enero es un mes de andar bajo los puentes de los ríos helados haciendo examen de conciencia y contrición de corazón. El año empieza cuando menos debiera, el año no empieza a tiempo, de eso ya estamos convencidos. Nadie sabe pasar de un año a otro con gracia y naturalidad. Quizá toda la ciencia de la vida se demuestra al dar ese salto anual en el tiempo, en el espacio, en el vacío. Porque el primer minuto de enero no va a continuación del último minuto de diciembre. Por medio hay ese espacio en blanco, esa «hora de deshora», que diría el poeta<sup>[2]</sup>. Una metafísica distancia que de ningún modo se salva cogiendo la cogorza o gritando en la plaza Mayor de lo intemporal.

Elegancia para entrar en enero es lo que pedimos a los dioses de la cronología. Nada de cogerle en marcha, con el retraso de la digestión pesada. Nada de esperarle a la intemperie durante la fría y popular noche de San Silvestre. Elegancia para disimular el universal empobrecimiento que supone enero.

¿Qué es lo que inaugura enero? Seguramente nada. ¿Cuáles son sus primicias? Nadie las ha gustado. Enero es el frío por el frío. No da razones ni nada lleva ni trae. Elegancia pedimos para celebrar las hipotéticas dádivas de enero, las imaginarias dádivas de la vida.

Buenas noches, enero, buenas noches.

## SERES DE CERCANÍAS

## BUENAS NOCHES, NOCTÁMBULO

Buenas noches, noctámbulo, amigo de la luna bohemia y el gato luciferino, interlocutor de serenos locuaces y farolas pensativas, buenas noches.

Quiero saludarte hoy porque vas siendo ya un poco el último noctámbulo, emparentado con esa raza a extinguir de «últimos», raza melancólica y malparada. Y tienes, por lo tanto, algo del último romántico, del último bohemio y hasta del último mohicano. Qué tiempos aquellos, noctámbulo, tú los recuerdas porque los viviste, y yo también los recuerdo, sin haberlos vivido, en que toda Europa trasnochaba, en que la noche europea, de Viena a París era una gran ópera, una inmensa, alegre y confiada ópera. Pero todo eso ya pasó, ya se ha acabado, del mismo modo que se acabó, un buen día, el grueso paño de donde se cortaban las capas de los noctámbulos castizos. Pertenece a otra época, a un tiempo más lejano en el sentimiento que en el calendario, del que tú eres un resto nostálgico y desvelado. Sales, cada noche, a recorrer tu itinerario sentimental y equívoco, a envenenarte de café negro y confidencias, a revivir sombras de Emilio Carrere y Eugenio Noel, hasta el alba sucia de los tejados y el sabor malo del tabaco apagado.

El malogrado poeta Eduardo Alonso, un nuevo Espronceda con más sinceridad y menos tramoya, clamaba aún, hasta no hace mucho tiempo, hasta su muerte, por los cafés de madrugada, su poesía noctámbula, noctívaga y nocherniega, y con él se ha ido el último capitán, entrañable y anacrónico de la grey nocturna<sup>[3]</sup>.

Qué extraño te encuentras, qué perdido, entre la invasión mecanizada del *week-end*, del fin de semana. Te han alborotado tu noche, tu grata clandestinidad, y acabarás por quedarte en casa. Si yo te hablase ahora de socialización y nivel de vida, tu nostalgia irrenunciable no me entendería una palabra, se negaría a saber que quien trasnocha ahora, cada sábado, en esa Europa de la evocación, es una masa laboral dignificada y sana, que en primavera se hace horticultura de su pequeño jardín, y en verano, turista fuera de sus fronteras. Cada semana, familias enteras se tornan noctámbulas, quemando en frivolidad sus áridas conquistas de la «acción-trabajo» y la jornada continua. Sí, noctámbulo, es inútil que te explique, que te diga que estás fuera de lugar y época, porque quien ahora trasnocha son las *Trade Unions*. Tú me responderás, invariablemente, que aquello era muy hermoso. Yo sé que esto también es hermoso, pero como no vas a comprenderme, te diré solamente que es justo, mucho más justo que lo otro.

Buenas noches, noctámbulo, buenas noches...

## BUENAS NOCHES, VIAJERO

Buenas noches, viajero, hermano viajero, equipaje humano de los silbantes trenes que a estas horas inquietan la noche de la distancia con sus largas colas relampagueantes... Buenas noches.

La imagen del viajero es ya, de por sí, algo muy literario, muy propicio a la pincelada emotiva con desliz filosófico al final. Aunque, quizá ninguna cosa, en principio, sea ni deje de ser literaria, hasta que la literatura empieza a tomarla con ella. Y ésa es tu desgracia, viajero, que la literatura la ha tomado contigo, y a más de tus pesadas y torponas maletas te agobia un equipaje de tópicos ilustres. Pero tú, viajero, eres hombre ocupado, hombre práctico, que va siempre de un sitio para otro aprovechando los mejores empalmes de tren, tienes una cultura de quiosco de estación, de trasbordo ferroviario, y no conoces a esa gente extravagante que son los viajeros inventados en los libros. Solamente, quizá, aquella rubia misteriosa del tren expreso campoamorino, te resulta lejanamente familiar<sup>[4]</sup>. Pero tú no estás para flirteos, y además, ahora no viajas en un tren expreso, sino en un correo de madrugada, con toda esa abrumadora

carga de cartas a la espalda, que no es la literatura viajera que te decía antes, sino, más sencillamente, una literatura que viaja, una breve y rutinaria literatura casera o burocrática, que hace el trayecto nocturno rebosando las valijas, que vive su vida de una noche y expira a la mañana siguiente, a poco de abrirse el sobre.

En fin, viajero, aunque tú, quizá, no lo sepas, esto es así. Eres un puro tópico literario y costumbrista. Estás de metáfora y literatura que no hay por dónde cogerte. No se imaginaban los heroicos pioneros finiseculares del ferrocarril, cuando tendían sus primeras líneas, la aportación que estaban haciendo al futuro de las letras. Porque antes del ferrocarril que como tú sabes, ya se viajaba, aunque muy despacio, la literatura viajera no era más que costumbrismo. Y después del ferrocarril, en estos últimos tiempos del transporte aéreo, esa literatura ha ido a parar a manos de los reporteros de aeropuerto, entrevistadores de «estrellas» de cine recién llegadas. Pero durante el largo apogeo del ferrocarril se ha vivido un verdadero delirio de la literatura viajera. Los poetas declamatorios se daban a comparar el paso del tren con la fugacidad de la vida, a hacer imágenes lírico-ferroviarias, lo cual no era sino una forma de actualizar, de acuerdo con los tiempos de «progreso» que corrían, la vieja metáfora de las vidas y los ríos. Los trenes entraban triunfalmente en las estaciones, enguinaldadas de retórica en sus largos rótulos, que sonaban como los versos alejandrinos de los poetas modernistas del momento. Qué bonito aquello de «Caminos de Hierro del Norte de España», y aquello otro de «los Grandes Expresos Europeos». Cada locomotora entrando en agujas era como el héroe de la *Marcha triunfal* rubeniana. Hoy podemos hablar de aquello como de un verdadero romanticismo ferroviario. Un romanticismo con guardapolvo de viaje y ojeras de carbonilla.

Pero tú eres viajero de línea recién electrificada y todo esto te suena a viejas historias, de esas que se cuentan para entretener el viaje. Buenas noches, viajero, buenas noches...

**BUENAS NOCHES, AMIGO**

Buenas noches, amigo, camarada del tabaco prestado y la esperanza a medias, buenas noches.

Eres, un poco, como otro yo que uno pudo haber sido, como una versión mejor y peor, idéntica y distinta, de uno mismo. Naces ya con el alma de amigo, con predestinación de amigo, y no eres exactamente el amigote de los buenos tiempos y los consejos terribles, ni tampoco el conocido de la relación selecta y apretón de manos. No, a ti no te hemos dado nunca la mano, seguramente, porque eres como de la familia, como un vago hermano que no sabe uno cuándo ha empezado a tener, y estás en nuestra vida, de uno u otro modo, con tu hermoso e indeterminado parentesco de confianzas a deshora y entrañables ratos perdidos. Con nadie llegamos a identificarnos tanto como con quien perdemos el tiempo en común y con el vecino de ruleta al que se le va el dinero a la vez que el nuestro confundido con nuestro dinero. Cualquiera día cogeremos tú y yo nuestro dinero, amigo, todo nuestro poco dinero, y nos iremos a perderlo juntos en alguna ruleta de la vida, como juntos perdimos tanto dinero de sueños y días, como juntos perdimos y ganamos la desvergonzada vergüenza de ser hombres y no ser ninguna otra cosa. Solamente el que no es más que hombre puede tener amigos como tú, porque la amistad, la simple y conversadora amistad, no se hace posible de pechera almidonada a pechera condecorada. Un amigo es siempre un descamisado del sentimiento; anda por la calle con el corazón desabrochado y nos encuentra para pedirnos un cigarro, porque si no se hubiese fumado tantos cigarros nuestros no sería el amigo que es. Cuando fumas nuestro tabaco, amigo, te estás fumando nuestros secretos y nuestros pesares. Por eso alivia tanto echar un cigarrillo contigo.

Eres, además, un noble personaje de tanto arrabalero; el llamado siempre a consolar y aconsejar, con tu experiencia de farras y corazones, al amante burlado y sentimental. Todos somos, más o menos, ese amante traicionado por la vieja pebeta descangallada

e ingrata que es la vida; y todos acabamos necesitando de tus palabras buenas y cansadas.

Por eso te saludo hoy, por todo eso... Buenas noches, amigo, buenas noches.

BUENAS NOCHES, COLEGIAL

Buenas noches, colegial, ahora que has llegado a las vacaciones, buenas noches.

Qué lejana la edad de las plazuelas y las ligeras peonzas, como párvulos corazones de madera. Qué lejano y qué indeleble el tiempo de las canicas y del clavo, de los pupitres y el océano Indico, de las bravas rodillas malheridas en la gran epopeya del recreo... Era un largo y fabuloso caminar a ras de la tierra, junto a sus hoyos y sus lagartijas, su húmeda paz de más adentro. Era un eterno quedarse mirando a todo. Quedarse mirando a las palabras, quedarse mirando a las almas, quedarse mirando a los pecados veniales... Y levantar, de pronto, la cabeza, para ver por el cielo una avioneta. Perdóname, colegial, mi nostalgia tierna y voluntaria de un primer y mágico pasado que para ti es y está siendo presente. No hay por qué decir que ese mundo es tuyo, ingenuo, fresco y tremendo, ese mundo de la infancia, «isla de ilusión» según el poeta, sea un viejo y transitado mundo, como todos los mundos, como el Mundo. No, no hay por qué decirlo y sería criminal decirlo. El bello y movedizo continente de la infancia se conserva siempre virgen gracias a que las pisadas de los niños no le dejan huella. Y todos los hombres, la humanidad entera, hacen su historia, cometen sus crímenes y sus adulterios sobre un cándido fondo de infancia. Esto no es una verdad profunda, sino una elemental verdad que se brinda al buen mirar, a la despejada óptica de cualquiera sin necesidad de lentes freudianas y psicoanalíticas. Cada hombre se mueve sobre el fondo visible del niño que fue, como cada niño crece sobre su propio fondo maternal y uterino. Y esto es lo tremendo, lo emocionante y lo que proporciona esos íntimos, momentáneos y valiosos contrastes a nuestra vida, a nuestra particular persona; que nos tenemos por fondo a nosotros mismos y con nuestra actividad de hoy nos estamos tejiendo un viviente tapiz para telón de fondo de nuestra actividad de mañana.

Pero ésta no es la prosa que a ti te va, colegial. Perdóname que no haya acertado con el lenguaje coloreado de los viejos cuentos, o con el tono entrañable de los Amicis, los Dickens y los Daudet, de todos los que tan bellamente han escrito de ti o para ti. Pero es que tú, colegial, escapado de la pedagogía con moraleja, sometido a la ciencia del subconsciente, iniciado en el disparate interplanetario, díscolo y complejo como un hombre, eres ya una inquietante, diminuta y despeinada incógnita y no has encontrado aún el Carrel que escriba *La incógnita del niño*. Buenas noches, colegial, y feliz vacación, buenas noches.

BUENAS NOCHES, SUICIDA

Buenas noches, suicida, hombre que a esta hora alta y sobrenatural velará en algún puente del mundo su muerte voluntaria, su nocturna muerte que le espera en el agua, en la corriente, como una negra barca sin remos; buenas noches...

Es de un macabro humorismo, de una patética cortesía el que yo te dé ahora las buenas noches, en ésta que has elegido para morir. Bien quisiera que mi saludo te llegase a tiempo, como ese desconocido providencial que a veces aparece en el momento preciso, haciendo perder el terrible tren al presunto suicida que iba a tomarlo, o a ponerse a él, que tanto como el viajero, necesita el suicida de la puntualidad ferroviaria. Pero no sé siquiera dónde te encuentras, qué puente has escogido, qué acantilado de niebla, qué alto barandal mareante, recorrido ahora por tu sombra en pena. Y no puedo sino buscar mañana tu nombre en los periódicos, tu nombre desconocido y sin expresión, arrojado a la orilla heterogénea de la actualidad medianamente sensacional por las aguas incesantes de los días.

O más bien, debiera ir haciéndote ya una previa necrología, que para no enlutar torpemente con rebordes de tópico funerario, echaría por el camino de la erudición,

porque en esta civilización nuestra, tan vieja, todo tiene ya erudición, hermano suicida, y se puede ser erudito de todo, incluso del amor o del suicidio. Por cierto, que ésta pudiera ser una buena razón para disuadirte: sabe que dejas atrás toda una tradición, ilustre y poco recomendable del suicidio, que eres ya tópico, erudición e incluso estadística de fin de año. Es decir, que no vas a hacer nada original, que la historia se encuentra ya colmada de suicidas selectos y tú no vas a ser más que un suicida vulgar, prolongando más allá de la muerte esa vulgaridad que, quizá, es la que ahora te ahoga y empuja a morir.

Y ya apenas nos queda tiempo, ni a ti ni a mí, para hablar un poco de tus antecesores famosos. Si quisieras esperar todavía... Pienso en Séneca, en Ganivet, en Larra, en nuestros pobres y amados suicidas. Y también en Werther y en «el acto gratuito». Yo te hablaré de todos ellos, de todo eso; charlaremos como dos buenos amigos sin sueño, hasta la madrugada; te llevaré a casa borracho de tu muerte, borrachos los dos y convencidos de que hay que suicidarse. Convencidos, pero vivos, ruidosamente vivos, maravillosamente vivos... Buenas noches, suicida, buenas noches.

BUENAS NOCHES, SEÑORA

Buenas noches, señora, respetable y rezadora señora mía, buenas noches.

No sé cómo me atrevo a saludarla, a dirigirme a usted, tan digna, tan dama ilustre; yo, que soy lo que usted llama un golfo; el amigote depravado de sus hijos, del que usted quisiera siempre librarlos, el que les enseña esas cosas terribles que nunca debieron saber y se les hace a usted hombres en el peor sentido de la palabra, a fuerza de tabaco prohibido y confidencias pecaminosas. Soy la encarnación exacta de eso que usted llama, con honesta y turbada vaguedad, «malas compañías». Soy quien ha presentado a su hijo las peores mujeres y los peores amigos, todo un inconfesable clan del dinero prestado y la cita a deshora. Su hijo era estudioso, era bueno, la quería a usted y la sigue queriendo, pero su hijo se ha hecho un hombre; quizá, incluso un hombre de provecho, tal como usted quería y entendía. Mas, su hijo ya no es el mismo. Andan por los bolsillos de su hombría menudos pecadillos veniales que le preocupan a usted. Y de eso tengo yo la culpa. La tenemos nosotros, las malas compañías, que andamos siempre por la calle, por las esquinas frías y equívocas esperando a que pase su hijo para invitarle a lo peor.

Por eso le decía, señora, que me costaba un poco atreverme a saludarla. Cuánto ha de inquietarse usted, desde su rincón caliente y honorable del hogar, por los hombres de su casa, que necesitan salir a la calle y tratar con váyase a saber qué gente. Efectivamente, señora, la calle está llena de peligros, de maldades, de carteristas de la dignidad. Usted sólo lo presiente, con repugnancia, desde su blanda fortaleza de honestidad y bienestar.

La calle está llena —usted qué sabe— de gentes que han nacido en ella, que sólo tienen la calle, que de ella viven y mueren, que en la calle hacen su invierno y su verano...

Son pobres gentes desapacibles que no han sabido crearse un hogar como el suyo. Sin duda, usted los compadece. Pero no puede imaginarse... La calle, señora, tendría usted que haber bajado alguna vez a la calle.

Buenas noches, señora, buenas noches.

BUENAS NOCHES, BEBEDOR

Buenas noches, bebedor, locuaz y violáceo bebedor, buenas noches.

Como no me gusta el vino, no puedo invitarte a una jarra en común, a una noche de embriaguez concienzuda y amistosa. Bien quisiera, bebedor... Uno quisiera ya saber de todo, saber olvidarlo todo en un rojo y eructante olvido de vino. Pero enseguida se me sube a la cabeza. Soy de esos que todo se nos sube a la cabeza. El vino, las mujeres, el dinero, la literatura; todo se nos sube; por eso nunca probamos de nada.

El vino tiene su patriarca, que es Noé; y su pontífice, que es Baco; y su orden de

poetas malditos y borrachos benditos. El vino es un patriarcado y un pontificado. Es una cosa muy seria, muy organizada, pero yo no he conseguido nunca dar satisfactoriamente el santo y seña de la mueca beoda para ingresar en su empurpurada religión. Soy un laico del vino. Se empieza siendo laico por autosuficiencia y se acaba siéndolo porque le echan a uno. Como cuando te echan a ti de la taberna con ese terrible empujón que dan los hombres de bien al borracho y al amante de su mujer.

Hay un poeta que sin ser uno de los poetas malditos del vino, sino otra clase de poeta maldito, ha hecho un hermoso canto material titulado *Estatuto del vino*<sup>[5]</sup>. Yo he gozado delicias de bebedor empedernido, leyendo ese canto. Mi única borrachera de vino ha sido, pues, una borrachera literaria. Uno, que iba con mucho aprovechamiento para poeta maldito, se ha quedado en el camino solo por eso, quizá. Por no haber sido capaz de aprobar la roja y bella asignatura del vino. Así me he quedado de aburrido y aséptico, amigo bebedor, hermano bebedor. ¿Me dejas que te llame hermano bebedor? Así me he quedado de cursi y abstemio. Así me han ido dando en las narices con la ruidosa puerta de todas las tabernas del mundo.

Qué bien se escribe en las tabernas, en la mesa larga y nudosa de la taberna poniendo las cuartillas sobre el honrado y áspero tablero, sobre la gastada madera de largos surcos ondulantes, junto al vino y el vinatero. Yo he probado a escribir en la taberna, bebedor... Verás; hay esa edad adolescente y terrible en que uno necesita haberlo vivido todo y aún no ha vivido nada. Esa edad inventora y desvalida en que todo hay que inventárselo: desde el ajenjo verlainiano hasta el amor inaplazable. A tal edad, yo escribía en las tabernas. Tú eras un borracho de cuerpo entero y yo me soñaba una veteranía a la que siempre le faltará —ay— el recio espaldarazo del vino. Buenas noches, bebedor, buenas noches...

BUENAS NOCHES, SOÑADOR

Buenas noches, soñador, vamos a soñar juntos, vamos a ver si en nuestro soñar hemos acertado algo...

Que el verso prenda, como llama, de una cosa en otra, de palabra en palabra, desatando por el suelo las gavillas que ata la vida, sorprendiendo, revelando formas que duermen en el aire. Que se propague el fuego, o el verso, que se desmande algo puro y batallador y se extienda en redondo o avance en línea rápida, dejando tras de sí toda brizna, todo núcleo de tiempo en fiesta de luz y transformación. Ser árbol y sentir que algo viene de árbol en árbol, ser rama y sentir que algo sube por las ramas, ser hoja y ver que algo llega de hoja en hoja. Ser estrella en el cielo y saber que algo viene, que algo viaja eternamente por las estrellas... O ser hombre.

Ser hombre y esperar lo que viene de hombre en hombre. Cada uno se lo saca del pecho y con sus dos manos lo pone en otras dos, con movimiento regular y perpetuo. Esperar en pie lo que algún día, sin duda, llegará a nosotros, limpio todavía y valioso. Lo recibiremos erguidos, soportando su peso fácilmente en las manos, reteniéndolo durante siglos para pasarlo enseguida a otras manos. O quizá, no estaremos ya para recibirlo y nos lo pondrán sobre la tumba, o un hombre lo pasará a otro por encima de nuestro cuerpo. Dos hombres sobre mi tumba en actitud de dar, de recibir, como dos perfiles faraónicos sobre la momia egipcia. En el instante mismo de morir, un hombre es milenario y enigmático como la momia legendaria. Pertenece ya a la antigua civilización de los muertos. La muerte es la Gran Pirámide. La vida es siempre prehistoria.

Pero todo resucita, siempre, al tercer día, y con silenciosa decisión de muerto se incorpora, como el ahogado en el fondo del río. Se eleva, tendido, viaja la superficie de la mano de Ofelia. En los ríos del alba, musicales y raudos, Ofelia va eternamente, pasa flotando —veladuras, flores, cánticos—, bajo un cielo monástico, junto al eterno ser o no ser del sauce pensativo e inclinado. Cada nuevo día, al abrirse los montes,

todo está ya perdido de antemano. El mundo, emboscado en sus bosques, amanece culpable, porque una vaga Ofelia, yacente río abajo, viene, muerta, en las aguas, viene, pura, flotando, entre flores antiguas, entre ramos...

Buenas noches, soñador... ¿Ves?, ya estamos de vuelta, ya nos podemos ir a dormir sin sueño. Buenas noches.

**BUENAS NOCHES, ROMÁNTICO**

Buenas noches, romántico, amante viudo de la melancolía, buenas noches.

Si bien es cierto que el siglo XIX, sobre todo en su primera mitad, es el siglo empedernidamente romántico, el gran envenenado y envenenador de vinagre romántico, no por eso vamos a ignorar que el romanticismo existe sobre el mundo desde mucho antes y mucho después. El romanticismo, gran exaltación de la subjetividad, se hace colectivo en aquella época álgida, que es, por lo tanto, su peor época. El sentimiento romántico, intimista, pasa del individuo a la sociedad, con lo cual pierde su sentido, y así de funesto resulta como fenómeno social e incluso como fenómeno literario.

El Romanticismo, en lo que tiene de positivo como en lo que tiene de negativo, da sus prototipos, sus figuras clave. Puede improvisarse una trilogía coherente y representativa de tales figuras con los nombres de Hamlet, Músset y Heine. Hamlet significa, quizá, en la Historia, la primera rebeldía consciente de lo romántico. Representa la gran rebelión de lo subjetivo frente al clasicismo objetivo. El valor del yo irregular frente al todo armónico e indiferenciado del mundo clásico. De este modo, la daga shakesperiana con que el Príncipe amenaza su vida, tiene sobre todo un significado de flecha indicadora que señala al yo, al individuo. La Historia entera sigue la dirección de la flecha y se encuentra con el hombre, sin mayúsculas abstractas, el hombre individual. La personalidad irreductible, radicalmente disociada de lo circundante, encuentra, por ejemplo, a Alfredo Músset, expresión completa del subjetivismo.

Pero a estos dos valores de reacción contra el mundo clásico, por una parte, y culto de la personalidad por otra, acompaña el Romanticismo una tercera actitud, junto a estas dos energías ofrece su gran debilidad: el ensueño. El hombre romántico, en posesión plena de sí mismo, se pierde en su propia libertad individual, y en lugar de ahondarla, la descarría por bosques imaginativos. Heine, el tercer hombre del Romanticismo, se sienta en una peña solitaria, frente a su mar nórdico, a fantasear visiones pálidas y musas nubladas...

Y así, el mundo moderno ha sabido aprovechar lo mejor de la herencia romántica, su definitivo descubrimiento del hombre, de la existencia subjetiva y soberana, mientras que el propio Romanticismo se os ha quedado, amigo romántico, en suspiro falso y anacrónico. Lo sentimos por ti...

Buenas noches, romántico, buenas noches.

**BUENAS NOCHES, SEDUCTOR**

Buenas noches, seductor, vampiro galante y embustero, buenas noches.

Perdona, una vez más, la pregunta de siempre: ¿Qué les das, seductor, qué les das...? Una pregunta tonta, por supuesto. Todos sabemos bien que no les das nada, y ésa, precisamente, es tu gracia y tu ventaja. ¿Quedan todavía seductores, han existido alguna vez? El seductor pertenece por entero a un censo de mitos de segundo orden, de mitos entre populares y noveleros, pero esta claro que, a fin de cuentas, eso no tranquiliza a nadie, y váyale usted al padre o al marido burlado con que aquello ha sido cosa del mito.

Tienes tus parientes ricos en la literatura, amigo seductor, y enseguida se te identifica con Don Juan —o con Pedro, que también nos ha salido bastante fino—, pero yo quisiera evitar emparentarte a la ligera con esos tópicos literarios y costumbristas, porque sospecho que, a lo mejor, ni siquiera los has leído. Desde luego, estoy seguro

de que no has asistido nunca a una representación de *Don Juan Tenorio*, y menos aún con ánimo de aprendizaje. Zorrilla no tiene nada que enseñaros a vosotros. Don José Zorrilla, amigo seductor, no tiene nada que enseñar a nadie. A la representación del *Tenorio* van las familias honestas y los enterradores del Día de Difuntos. Va la España enlutada de clases pasivas. Vosotros, los seductores, ni siquiera vais al teatro. Vosotros no vais a ningún sitio porque os pasáis la vida viajando en tranvía y mirando escaparates. El gran pecado del mundo está en los tranvías y los escaparates. Tú bien lo sabes, seductor. Ya, hasta hay un tranvía llamado deseo. Para ti, las mujeres son presa cándida que aletea imprudentemente del escaparate al tranvía, del tranvía al escaparate...

Qué trabajo, seductor, esos amores tuyos en los altos sotabancos de la ciudad. A juzgar por lo que cuentan los folletines, la moral debe perder enseguida la cabeza asomada al vértigo de los tejados. En los viejos tejados no deja de haber un erotismo de gatos en celo y ropa interior colgada al sol. Cómo aprovechas tú todo eso, seductor... Perpetras tu delito protervo a la luz anémica de la claraboya, en una impunidad de cocina triste y cucarachas.

Perdona que no te tome muy en serio, seductor, pero así te nos presenta la peor literatura y no sabemos hacerte otra mejor. Perdona que ni siquiera creamos demasiado en ti. Ellas tienen la culpa, seductor. Ellas, que han decidido, desde que existen, quién es el que las va a seducir. Buenas noches, seductor, buenas noches.

BUENAS NOCHES, FANTASMA

Buenas noches, fantasma, susto blanco de las altas horas, buenas noches...

Para qué ponerte triste, fantasma, diciéndote que el mundo ya no cree en fantasmas. Para qué decirte cosas desagradables, que no se le deben decir ni siquiera a los fantasmas, si resulta que a ti, al fin y al cabo, te viene a dar lo mismo, porque como no has existido ni existías tampoco entonces, en los buenos tiempos fantasmagóricos, nada pierdes ni ganas. Sin embargo, yo tengo que creer hoy en fantasmas, siquiera durante un ratito, para poder escribirte, para poder saludarte. No se puede escribir, amigo fantasma, de cosas en las que no se cree. Para poder escribir de todo, hay que estar dispuesto a creer en todo. Los malos escritores son siempre los más incrédulos.

Ya puesto a creer en fantasmas, ningún trabajo le costaría a uno simpatizar con vosotros, si no fuera por ese algo de anglosajones y de feudales que siempre habéis tenido. Detrás de cada fantasma suele haber un terrateniente inglés o un tirano ajusticiado. Los que de niños no fuimos aficionados a historias de fantasmas, de mayores no simpatizamos con los anglosajones y los señores feudales. Es necesario haber aspirado en la infancia mucha niebla nórdica de relatos de ultratumba y leyendas de castillos para que le caigan a uno simpáticos los caballeros con antepasados de hacha y sudario.

Bien pensado, es terrible eso de no haber creído nunca en fantasmas. ¿Qué monstruoso niño adulto era uno, que a los fantasmas los llamaba ectoplasma, con descreimiento y discernimiento tomados de la física y la química...? Peor el caso es que uno tampoco creía demasiado en la física y química. De los niños escépticos de ayer salimos los hombres crédulos de hoy, dispuestos a creer, incluso, en los fantasmas, en los anglosajones, en la física y química, en todo...

Lamento, pues, fantasma, no sentir hacia ti, en estas horas de fantasmas en que te saludo, toda la simpatía que debiera, pero decididamente, metido ya en ocultismos, me quedo con algo más español, más vivaz, más travieso y sociable. Prefiero creer en tu sobrino, el duende. A ti sólo se te puede encontrar en tu castillo a las doce en punto. El duende, en cambio, anda por todas partes a todas horas y no tiene que vengar, sino que le basta con equivocarse al que trabaja o revolucionar a la que baila. Sí, fantasma, el duende es ya otra cosa...

Buenas noches, fantasma, buenas noches...

BUENAS NOCHES, SEÑORITA

Buenas noches, señorita, *madeimoselle* soltera, también llamada solterona, buenas noches...

Así de cruel y descarado es el vulgo. Dado a los aumentativos oprobiosos y a los diminutivos humillantes. Dado a los escandalosos superlativos. Pero el vulgo, el pueblo, también tiene sus días de sensibilidad sutil, de misteriosa delicadeza, días en que ni siquiera se le oye por la calle, desde los interiores preservados y selectos. Bueno, esto que digo se refiere más bien al pasado. A aquellos tiempos en que el noble señor levantaba de pronto la cabeza de su tarea, de su cronicón a medio leer o medio escribir, extrañado por el silencio de su amado pueblo, que no hacía llegar hasta la pieza los acostumbrados rumores artesanos y callejeros de plebe bien sometida. Entonces, el caballero se acercaba hasta el mirador, y resulta que su amado pueblo, tan silencioso aquella mañana, estaba ajusticiando al corregidor o componiendo un romance anónimo a no sé qué solterita legendaria, a no sé qué viudita primorosa. Y en el crepúsculo de aquellos días ordenados y regios había siempre un corregidor santamente colgado de su horca y un romance peligroso por las plazuelas de piedra.

Desde entonces, soltera, señorita soltera, andáis en lenguas las tristes solteronas del mundo. El pueblo es casamentero por naturaleza y no comprende las sutiles y ruborosas imposibilidades que han hecho tu soltería. El pueblo sólo entiende de mujeres múltiparas y gallinas ponedoras. Le hacen reír las gallinas sentimentales que no ponen huevos y las señoritas imaginativas que consagran su virginidad a un lejano teniente de la guerra de África. Sin embargo, también sabe el pueblo cantarte, ya lo ves, en coplas de niñas blancas, con delicadeza y buen oído.

América nos ha acostumbrado a que las mujeres trabajen. La Europa del norte nos habitúa a que las mujeres no se casen, a que las mujeres vivan su vida, vivan su escalafón. Alemania está a punto de independizar a la mujer casada, de crear la soltería dentro del matrimonio. El mundo sigue, se suceden las guerras, ya no hay tenientes que cantar, pero siempre queda una solterona española, una señorita soltera que no sabe si avergonzarse o enorgullecerse de su soltería, que no sabe si acordarse o no acordarse de su teniente, que se ha quedado para vestir santos, para zurcir sacristanes...

Buenas noches, señorita, buenas noches.

BUENAS NOCHES, ENEMIGO

Buenas noches, enemigo, hermano adversario, buenas noches.

Alguien ha hablado de los «admiradores inversos», que son aquellos que nos niegan con tanta pasión como si nos defendiesen. Este alguien que aludo había experimentado, sin duda, toda clase de admiraciones y detracciones sobre su persona, y gracias a tal experiencia pudo dar esa definición del hombre adverso que todos tenemos frente a frente. Sin embargo, aquellos que nunca promoveremos ninguna suerte de admiración pública, sino solamente las mínimas y relativas admiraciones de los nuestros, también podemos hablar, en cierto modo, de admiradores inversos, porque si esas pequeñas devociones que digo, son más bien cariño y condescendencia, no deja de haber seres que nos quieren al revés, poniendo un parentesco mortificante y duradero entre ellas y nosotros. Así como hay gentes que se conocen y aprecian de toda la vida, también las hay que se odian de toda la vida, con la misma minuciosidad e incluso corrección con que los otros se complimentan. Son pequeños venenos, diminutos ácidos que nos queman y afean el tejido sutil de las relaciones humanas con una persistencia y una miniatura exasperantes.

Sí, hermano enemigo, a ti te pasará lo mismo respecto de nosotros, sin duda. Quienes no tenemos grandes odios ni torvos rencores, los hombres comprensivos y cobardes que nos llevamos bien con la gente, hacemos, en cambio, esta pequeña guerra de adversarios bien nacidos, tenemos un enemigo cotidiano y honesto que no nos

acuchillará nunca en la media noche y la media luna, que no nos saldrá al encuentro con la efusión helada de un cuchillo, pero que nos va martirizando soportablemente con la punta roja de su cigarrillo irónico.

Eres el de siempre, enemigo, estás en nuestra vida como un amigo, como un hermano, casi, como un Caín urbano y cortés. Ni tú ni yo somos capaces de clavarnos la quijada homicida, pero nos clavamos cada día finos puñalitos de sonriente enemistad.

Buenas noches, enemigo, hombre antipático que hoy quisiera abrazar, hombre al que ni siquiera tengo nada que perdonar, buenas noches...

BUENAS NOCHES, TÍMIDO

Buenas noches, tímido, alma recatada de la media voz, buenas noches.

Ya ves, hermano tímido, quizá nuestra timidez era todo lo que teníamos que perder y ya la hemos perdido. Se hace uno adulto a fuerza de ir descarándose con la gente, con la vida, con el pelma de las ventas a plazos. Un día, por primera vez, le cantamos las cuarenta al lucero del alba, sin saber muy bien por qué. Soltamos nuestro primer eructo de insolencia, de santa indignación, y ya no hay quien nos pare. Se acabó la discreción carmelitana; hay que hablar claro a la gente, o hablar oscuro: simplemente, hay que hablar. Porque no es cierto que hablando se entienda la gente, pero hablando se conciertan golpes de Estado, al menos, y se encandilan señoritas. Hablando, incluso se venden lavadoras.

Mas siempre habrá un momento en nuestra vida parlanchina y trapacera en que volvamos a la añoranza de aquella timidez impúber, de aquella tierna pudibundez adolescente y casi femenina. El tímido no es sólo ese señor que se queda detrás de la puerta pidiendo permiso con voz estrangulada. El tímido es uno mismo, que ha roto el hechizo virginal de su timidez y anda por el mundo dando voces a la gente. Nadie sabe el dolor que le cuesta al dulce tímido freudiano que llevamos dentro esta facundia vocinglera y fanfarrona. Tímido es Cyrano de Bergerac; el gran tímido literario, metafísico y narigudo. Una nariz cyranesca es una proa facial de osadía, de heroica intemperancia. Cyrano encarna la gran reacción contradictoria de la timidez vital. Una nueva división de la humanidad podría hacerse sojuzgadores y sojuzgados de la propia nariz. Entre quienes viven plenamente el designio feliz o adverso de su nariz hermosa o aberrante, y aquellos otros que aciertan a desentenderse de su quilla olfativa y van por la vida maloliente llenos de una osadía inodora y pretenciosa.

Buenas noches, tímido... Te saludo a ti, amigo arrebolado y sensible que de vez en cuando cruzas levemente por la acera discreta de los medios tonos junto a nuestro vivir ruidoso; pero también me saludo a mí mismo, queriendo encontrarme aún la flor íntima y musitadora de mi rota timidez... Buenas noches.

BUENAS NOCHES, ENFERMO

Buenas noches, enfermo, cuerpo anclado en el dolor y la espera, buenas noches.

Aunque la verdad es que ya tiene uno casi olvidada la lista hermosa y grave de las obras de misericordia, por no practicar demasiado ninguna de ellas, o al menos por no hacerlo con el catecismo en la mano, reconozcamos que hay días en que nos levantamos inevitablemente propicios a vestir al desnudo o enseñar al que no sabe. Lo malo es que el enseñar al que no sabe suele dar en pedantería, y el vestir al desnudo, en ropero de caridad. De ahí que acabemos por reprimir nuestros mejores impulsos, asustados y abrumados entre tanta prendería y pedantería misericordiosas.

Si yo te saludo, pues, esta noche, si mi prosa va a cumplir el precepto catequístico de visitar a los enfermos, ya sabes que no lo hago con la tabla de las obras de misericordia en la mano, sino simplemente, buscando un acercamiento humano que nunca nos cansaremos de profundizar. Buscando, quizá, al enfermo que uno mismo ha sido o es todavía. Nos buscamos en todo, incluso cuando creemos —ay— estar ejercitando las obras de misericordia.

Sea como fuere, mi voluntad sincera de hoy es estar sentado en el borde de tu lecho,

compartir tu aire breve y cargado de enfermo, tu atmósfera convaleciente, vivir esa tenuidad nerviosa que tiene el tiempo en los lugares donde un hombre está haciendo de frágil frontera entre la vida y la muerte. Nunca se habla tan serena y matizadamente como allí, junto al lecho de la fiebre, teniendo por conversadora, quizá, en el amigo enfermo —perdona que la nombre— a la propia muerte. Un hombre desasido de la vida, ajeno al aire de la calle, un hombre suavemente individualizado por el dolor, debilitado por los mimos del dolor, nos habla despacio, quebradamente, desde un sitio distinto, extraño, desde un nivel misterioso. Y todo lo que dice tiene ya el enigma que él lleva dentro; el enigma de su dolor, dando un peso y un fondo desconocido a sus palabras.

Buenas noches, enfermo... Más que hablarte, he venido, ya lo ves, a escucharte a ti, a escuchar la rara sabiduría del dolor que hoy habla por ti mientras vagas manos en calentura comprueban o limitan tu frente... Buenas noches.

BUENAS NOCHES, HÉROE

Buenas noches, héroe, criatura abanderada y vibrante, buenas noches.

Por las horas rutinarias de la vida, camino de su gloria, pasa a veces el héroe, cabalgando valor y urgencia histórica. Enseguida sabemos que es él, porque hemos aprendido en la Historia a conocer a los héroes, que son iguales en todos los tiempos, que son intemporales e inconfundibles, con su venda campamental y su valor de estatua. No ocurre como con los genios o los santos. El genio y el santo pueden pasar de incógnito, incluso hacer del incógnito su sabiduría y santidad. El héroe, en cambio, ha de serlo en olor de multitud, porque en su misión universal no importa tanto lo que hace como lo que enardece. Las grandes heroicidades suelen ser inútiles, pero la conducta disparatada y meteórica del héroe promueve el entusiasmo laborioso y práctico de los demás hombres, sacude periódicamente las fibras de la vulgar eficacia. Claro que nada de esto lo sabe ni lo piensa el héroe. El héroe es una coincidencia de ceguera y cataclismo que se echa a rodar, un hombre con destino de proyectil. Al héroe se le pone pólvora de patriotismo y se le dispara en la catapulta de la Historia. Con sangre épica y actitud de lanza surge el héroe entre banderas convencionales. Es como una baza que el destino se reservaba. Absoluto y de una sola pieza, cumple de golpe y muere en el acto. O, a veces, no muere, pero entonces su destino es triste, se va apagando entre trofeos, es él mismo el único y gran trofeo, y se arrastra por olvido, fuera de la vitrina que le correspondía ocupar.

Una remota y fiel estampa del héroe es la de Corocotta ante Augusto. Corocotta, guerrillero y audaz, acaba presentándose al emperador para cobrar el precio que se ofrece por su propia cabeza. Es a lo más sensato y antiheroico que puede llegar el héroe, a tomar conciencia de su calidad de pieza museable y ponerse en venta. En cualquier caso, el emperador siempre sabe que su imperio lo hacen a medias los héroes y las cortesanas, y por eso pone precio a la cabeza de unos y al cuerpo de las otras.

Buenas noches, héroe, buenas noches...

BUENAS NOCHES, GESTANTE

Buenas noches, gestante, madre futura del amor fecundo, buenas noches.

Tienes algo de suave navío humano y el poeta te ha llamado «mujer redonda»<sup>[6]</sup> exaltando tu tibia calidad esferoidal de luna creciente. Sí, luna creciente me complace llamarte una y otra vez, y como blanca y pura gestante va la luna en sus noches más hermosas, surcando un mundo de amor y sueño, de gatos en celo y amantes dormidos. La luna afilada de los cuartos menguante es como la buscona con navaja por las calles negras de allá arriba. Da frío y miedo su invitación callada. Pero el amor y las semanas nos traen luego una luna redonda, hermosa, alborotada de gatos, que va hacia el alba, abundante y sobrecargada, a cumplir un venturoso parto en el que los serenos ayudan de comadrones.

Como luna de carne blanca, en el lechoso cuarto creciente de la prematernidad, eres tú, mujer de la gestación prieta y madura, pasada ya de la raya lírica en que don Antonio Machado te llamaría «madrecita en flor». Eres ahora «madrecita en fruto» y miramos cumplirse en ti el milagro grávido y lento, milagro sin aparición ni éxtasis. Simple y ciego prodigio de encarnación que se va consumando trabajosamente mientras la Naturaleza echa sus cuentas.

Hoy que la voluble moda nos las viste a todas de telas flojas, nos las hace ficticias y deliciosas gestantes, sosiega y conforta como nunca el encuentro con una mujer en plena y cierta maduración. Por hombre y por soltero, se cohíbe uno con sólo pensar en estas cosas y la remisa vocación de padre prefiere dejarlo para más tarde. Anda uno engañándose con juegos de amor y juegos de mesa, anda uno echándole lírica al beso imaginativo y estéril, al «beso que no engendra», como escribiera otro, y es para quedarse cortado el repentino encuentro contigo, el encuentro con la maternidad rotunda y fisiológica.

Durante tus nueve meses de granazón, de fecundo preliminar, de honda gestación, de oscura promesa, de sabio redondeamiento, de humana cosecha, de quieta fecundidad, de entrañable aportación... ¿qué hemos hecho nosotros? Durante tus largos y activos nueve meses, nosotros jugábamos a la vida, nos evaporábamos en filosofías, escribíamos vaguedades, cuidábamos nuestra esterilidad. Asusta hacer comparaciones. Estos cuatro papeles, esta poca vida, frente a tu obra palpitante y completa, frente al hijo colmado...

Buenas noches, gestante, buenas noches.

BUENAS NOCHES, FRANCISCO DE ASÍS

Buenas noches, Francisco de Asís, mínimo y dulce fraile de humildad, buenas noches. No hay laicado que se resista a tu doctrina de sencillez. Tu universalidad inevitable es el hallazgo de lo pequeño. Si las grandes cosas trascendentales son las que separan y atrincheran a los hombres, tu reinado de las pequeñas cosas vale para todos y se difunde sin obstáculos. Adonde no llegue tu apostolado ardiente, llegará sin duda tu hermandad en lo pequeño. Hermana flor, hermano lagarto... No hay cosa que se resista a esta apelación directa y simple.

Humildad, padre Francisco, hermano Francisco, mínimo y dulce Francisco de Asís, como has sido llamado para siempre, humildad es lo que pedimos, lo que quisiéramos pedir. Un amor minucioso por las imposibles larvas que subsisten a ras del suelo, una atención pequeña y constante para las mil actitudes vivientes de lo diminuto. No hay otra forma de amor, otra garantía del amor que ese recorrido minúsculo y diario por los detalles increíbles de lo que sea. El amor siempre es así; minucioso, observador, divinamente majadero. A la pasión en tromba, olvidadiza y de vista gorda, no la llamamos amor.

La santidad es salir al campo un amanecer, con el corazón despejado, a llamar hermano al mundo. Hermano árbol, hermano enemigo, hermana nada, hermano pecado... No es de hoy nuestra voluntad de acercamiento real e imprevisto a seres del cielo y la tierra. Cuántas veces hemos probado a llamar hermanos a unos y otros, por ver cómo sonaba la palabra, por ver si nos convencía. Porque lo que a nuestra imposible santidad le falta de vocación, quizá le sobre de efusión.

Sin gran esperanza ya en escapar de la vulgaridad, un hombre puede salirse de ser vulgar simplemente por amor. Sin otro don ni mérito ante Dios y ante los hombres, un amor así, irrazonado y universal, redime y justifica. Nadie va a quitar de amar el mundo tercamente, posesionándonos por amor de una [...] que bien desheredados nos tiene. Quizá el amor no da ningún derecho y quienes tienen todos los derechos no necesitan amar nada. Se vive del amor o del derecho. Así está dividida la humanidad. Hasta que, de siglo en siglo, surge un santo como tú, divino Francisco, y todo lo hace amor, y ya incluso el derecho es amor.

Buenas noches, Francisco de Asís, buenas noches...

BUENAS NOCHES, COLEGIALA

Buenas noches, colegiala, muchacha de azul y blanco, novia del uniforme adolescente, buenas noches...

Viene el otoño con los libros debajo del brazo, aplicado y melancólico, para aprender día a día toda la larga ciencia invernal, tiene ya la vida un tono ocre de mandil colegial y huele el aire a aula de bachillerato. Sentimos nuestro tiempo libre de hombres que ya no van a la escuela como unos «novillos» eternos y tristísimos...

Así fue, dulce colegiala. Una tarde, un jueves trascendental faltamos al colegio para no volver más. Nos alejamos por el mundo persiguiendo pájaros a pedradas. Nos dura hasta la muerte el tierno remordimiento culpable de haber sido malos colegiales, de haber gozado el ocio prohibido de las cinco de la tarde, cuando un murmullo de estudio llena las calles con colegios y los solitarios Caínes faltan a pasar lista, perdidos por plazuelas sin gente con los perros que no van a la escuela.

Ya es tarde, dulce colegiala, para empezar a amar todo aquello, para amarte a ti de nuevo. Ya no sabe uno si le gustan o no le gustan las colegialas. Eres la muchacha que durante el verano hemos amado a distancia, cuando olías a futuro, entregada a tu libertad de colores. Pero ahora te han vestido de uniforme, te han enlutado de azul escolar, y lo único que podríamos sentir por ti es una pasión remota y pueril de antes de la reválida.

Quisiéramos amarte aún, colegiala, porque nos devuelves una paz de capilla con flores, nos pones en cándido peligro de pecar venialmente. Qué tentación sin fuerza, qué gana y desgana de acercarse a ti, qué amor tonto por lo que no se ama... Entre el claustro y la adolescencia, entre la misa conventual y el cine de los domingos, una furtiva mujer vestida de niña, una pureza en trance de confesión general nos lleva la mirada, y este corazón en forma de cometa de los jueves. Mas preferimos esperar a otro verano, cuando te vuelvas a quitar el uniforme, el cuello blanco y eucarístico.

Buenas noches, colegiala, buenas noches...

BUENAS NOCHES, COBARDE

Buenas noches, cobarde, triste amenazado de la vida, buenas noches.

Sí, hermano cobarde, también a nosotros nos asusta la vida. La amamos, como tú, pero nos asusta. Yo comprendo tu cobardía, amigo. Tú eres ese hombre que anda llorando a solas por la oscuridad de los cinematógrafos. Yo te he visto adquirir una localidad en la taquilla como si te proveyes de un pañuelo para tu sesión de llanto. Quizá no caen lágrimas, pero por dentro sí que lloras, y te acoges a tu abrazada butaca y a la tiniebla de la sala como a la lejana madre que en su regazo te contaba cuentos. El cine es una negrura uterina en la que muchos hospicianos de la vida se reúnen para retornar a los sueños prenatales. Si don Miguel de Unamuno inventó el término «desnacer», bien podemos decir que tú vas al cine a «desnacerte», hermano cobarde, a dar marcha atrás en la vida, en la realidad que te asusta, para volver a lo imaginativo e inicial. El cine es una extraña e insospechada madre colectiva y científica que acoge en sí cada crepúsculo a infinidad de hombres-niños que buscan con freudiana subconsciencia una negrura amparadora en que dormir y soñar. El halda enlutada de la madre narradora es el precedente de esta oscuridad cinematográfica en la vida de cada hombre.

Por eso te imagino antes que nada viendo una película, amigo cobarde. Porque el cine nos anaña, y un hombre cobarde no es sino un adulto y lamentable niño. Qué bien comprendo tu cobardía, tu miedo a la vida, tu corazón inseguro... Me siento hermanado contigo, más que por esa indefinible zozobra de las manos, por la común y repentina valentía que de pronto nos hace gritar y amenazar. Por la rabia tristísima de nuestra cobardía, que estalla y nos deja más desalentados que nunca. En la valentía se nos conoce a los cobardes hermano, amigo, querido cobarde...

En la alegría se nos conoce el miedo.

Buenas noches, cobarde, buenas noches.

BUENAS NOCHES, FRACASADO

Buenas noches, fracasado, hombre de corazón enronquecido, buenas noches...

Se fracasa en los sueños más que en la vida. Se fracasa por dentro. Un hombre goza su diaria aureola de paz y costumbre, mas puede ser que interiormente lleve todas las baterías del sueño fundidas. La vida se paga con vida y quizá nadie pierde ni gana, pero el soñar es una aventura gratuita que nos arruina el alma. El que sueña mucho y el que sueña mal son ignorados derrochadores que luego viven ocultando su íntima indigencia. Se nace con la imaginación viajera y se acaba durmiendo bajo los puentes, aunque a diario se acueste uno en cama mullida. Nadie o casi nadie sabe de esos arruinados sentimentales que cuidan la apariencia externa, porque se fracasa en secreto, en un silencioso derrumbe de futuros y pasados.

Sí, ya está dicho; se fracasa con el soñar, más que con el vivir. Pero hay días en que a todos los hombres les sale afuera ese fracasado interior. Son quizá estos días invernales y humeantes del año que muere. Se advierte en cada rostro, en la humanidad toda, un fracaso común y particular. Claro que pudiera ser la psicosis invernal, pero aseguraríamos que a ese señor del paraguas desarbolado por el viento, nada le puede ir bien en la vida...

De todos modos, hay atardeceres de niebla en que el mundo se nos queda terriblemente fracasado, con sus tejados sucios y sus plazas inhabitables. Demasiado frío o demasiado grande, el planeta pierde partidarios, como un segundo piso tristón e inalquilable.

En la vida del fracasado, todos los días son así. El fracasado de nacimiento vive un perpetuo diciembre sin nochebuena, y a lo que más se parece diciembre es a un camarote de tercera en el mercante de la emigración. Hay que decir que todos somos un poco ese fracasado, aunque más valiera no decirlo; y encontrarse a la vuelta de una esquina, por los barrios del rencor, inquieta y entristece sin que el alma desee saber por qué.

Buenas noches, fracasado, buenas noches

BUENAS NOCHES, BALTASAR

Buenas noches, Baltasar, rey negro, oscura epifanía del mundo, buenas noches.

Te saludo, rey Baltasar, con alguna anticipación, con la misma precursora anticipación que saludamos al advenimiento de tu raza. Sólo tu color negro se nos antoja hoy verdadera epifanía en nuestro mundo blanco. Del color negro, de la oscura piel africana, de la vital cerrazón nocturna de un continente virgen lo esperamos ya todo o casi todo. Te saludo, rey Baltasar, como único mito en que todavía se puede creer. Tú, fabulosa personificación de la humanidad de color, eres el verdadero Mago en que debemos seguir creyendo.

Los otros dos personajes —barba de sabiduría antigua o majestad de tradición occidental— se nos han quedado ya en mitos enternecedoramente falsos. Un día, sin querer, dejamos de creer en ellos, dejamos de soñar con ellos. Porque esto es lo que les ocurre a los niños; más que dejar de creer, un día dejan de soñar con los Magos. Y en los sueños no se manda.

No, ya no nos hacen soñar esos hermosos personajes llenos de solemnidad y nobleza occidental. Ya no creemos en las barbas blancas de nuestra tradición patriarcal. Conservamos por todo ello una decepcionante ternura, pero la verdad es que hoy no podemos creer en los Reyes Magos. Sólo quizá en el tercero, en Baltasar, rey negro colmado de todos los atributos de su raza primigenia, creemos y esperamos aún.

Africa, continente del futuro, origen virginal de una raza intacta, llena aun de frescura genesíaca, se lleva nuestra mejor esperanza de europeos saturados y finales. De allí llegará la saludable invasión de las fuerzas nuevas, que hasta ahora sólo han

aparecido de modo pasajero en nuestro mundo, fácilmente asimiladas por él. De la raza negra hemos tomado la música, pero la música siempre anuncia algo. En el flujo y reflujo de las razas, sólo la humanidad negra tiene más futuro que pasado... Cuando ya perdimos la inocencia, hemos de seguir creyendo en el rey Baltasar. Es el único que de verdad está en camino.

Buenas noches, Baltasar, buenas noches...

## SENTIMIENTOS: SUS NOMBRES, SUS PAISAJES

### BUENAS NOCHES, TRISTEZA

Buenas noches, tristeza, musa de cabellos desmayados, caricia enlutada y vaga, novia silenciosa que se va siempre con el más solitario... buenas noches.

Antes de que la francesita flacucha te diese los buenos días, y nos contase, con impudor de mujer fea, sus locuras de pubertad<sup>[8]</sup>, antes, digo, ya te había saludado el grande y malogrado Paul Eluard con sus versos incorpóreos y reilkeanos. El propio Rilke te llevaba en su alma de poeta hemofílico, y eras, sin duda, el secreto de aquel su cierto sentido aristocrático de la vida. Por eso, precisamente, por atributo de la verdadera aristocracia sin blasones, te saludo esta noche.

Fuiste alma bufonesca de Nerón, risa disparatada de Calígula, sangría estoica de Séneca; pero con la serena decepción del «Tú me negarás tres veces» evangélico, te hiciste definitivamente cristiana.

Cetro de monarcas dolientes, daga indecisa del príncipe danés, nido de golondrinas becquerianas..., hasta hoy, hasta nuestro tiempo, hasta Soren Kierkegaard, que te eleva a «angustia», y Jean-Paul Sartre, que te rebaja a «náusea».

Para que, finalmente, una nieta desnutrida y precoz de la vieja Colette —que algo sabía de tristeza, y con tan impúdico pudor la disimulaba— te dé los buenos días con versos prestados. Pero también nosotros tenemos a quién pedir prestados unos versos para saludarte, no con ese «buenos días» desesperanzador y fatalista, sino con un buenas noches de esperanzado cansancio. Son los versos de nuestro árabe onubense, cuando dice: «Estoy triste de hoy, pero alegre para mañana»<sup>[9]</sup>.

Buenas noches, pues, tristeza de hoy, que serás alegría de mañana, mano de opresión y tiempo que me busca el corazón abiertamente, soledad que pronuncia mi nombre, quieta invasión que me sorprende indefenso, buenas noches...

### BUENAS NOCHES, CANSANCIO

Buenas noches, cansancio, tenuidad de los miembros y la voz, desgana de los colores, abandono del corazón en cualquier parte, buenas noches...

Cuando la alegría sube más alto y alumbrá todos los rostros, cuando la vida se resuelve en pirotecnia, o hace en torno del alma su cerco atroz de acoso y soledad, entonces llegas tú, cansancio, nos deslizas ante los ojos tu lenta persiana de pesadumbre y eres ya ese insospechado lecho plegable que llevamos siempre con nosotros para echarnos a morir.

Sólo quiero decir que estoy cansado, cansancio, decirlo sin reproche ni rencor, decírmelo a mí mismo: qué cansado estoy, estoy cansado... Sintiendo que mi cansancio me habita como una plenitud y el mundo se me cansa en la mirada. Eran los brazos, o la voz, lo que se me había extenuado, pero me doy a mi cansancio, y todo entero, ya, me va ganando. Y conmigo, la vida, la tarde plena se relaja en silencio. Y es cansancio la palidez del aire, y la lentitud del cielo, y a mi cansancio le nacen los luceros que están naciendo. Todo el cansancio del mundo me cansa ahora los brazos y necesito miles de palabras para sólo decir que estoy cansado...

«Sucede, a veces, que me canso de ser hombre», ha dicho el poeta<sup>[10]</sup>. Y ningún alivio, entonces, como abandonarse a ese largo deshombrecimiento del cuerpo y el alma. Ir desabrochando, lentamente, pesarosamente, todas las hebillas, todos los cinturones de la hombría. Quizá, la vida está, afuera, en ápice de voy y amor<sup>[11]</sup>, pero un hombre renuncia, se aleja iluminado de espaldas por las luces de la fiesta. Hay un cansancio sin miembros, un llevarse mal del cuerpo con el alma, en el que al uno le pesa el otro, y cuando este cansancio llega, el cansado busca la soledad, se despoja de su alegría, de la arropadora alegría de todos, y se sale a merodear en mangas de camisa, a discutir con Dios, desabrigado y melancólico...

Buenas noches, cansancio, tristeza del cuerpo y fatiga del alma, desencanto sosegado que deja al hombre en nadie, que deja al hombre en hombre, buenas noches...

#### BUENAS NOCHES, AMOR

Buenas noches, amor, milagro diario que diariamente desmentimos, buenas noches.

Resulta ya desalentador ponerse a escribir sobre ti, que de tantas formas te has manifestado sobre la tierra y de tantas formas te hemos dado muerte. ¿Con qué convencimiento, con qué palabra vertical, con qué esfuerzo del corazón ponerte en pie, erigir una vez más tu matinal edificio de luz...? Qué desconcertante resurrección la tuya. Estamos siempre propicios a negarte, a desalojarte de nuestra existencia, a deshacernos de ti en no sé qué casa de empeños. Pero siempre te reencontramos, siempre vuelves. Y hasta que vuelves, mientras vivimos en escepticismo, qué soledad, qué acusación en los espejos, qué falso contentamiento de uno con lo de uno.

Cuando conseguimos echar abajo el esbelto edificio del Amor con mayúscula, es el humilde y cosquilleante amor con minúscula. El hombre se pasa la vida amando pero nunca ha sabido qué hacer con el amor. A los grandes amadores les reunimos por parejas, dejándoles en arqueología. Abelardo y Eloísa, Romeo y Julieta, Calisto y Melibea... Pero el amor no se somete nunca a arqueologías, ni siquiera a poeterías. «El mejor poema de amor es prosa», ha dicho un gran maestro de la poesía no amorosa<sup>[12]</sup>. Esto es así, desde luego, y no precisamente por insuficiencia de la poesía, ni mucho menos por insuficiencia del amor, sino, sencillamente, porque el amor no es cosa de la lírica, ni del arte, ni del aquilatamiento exquisito. El amor es cosa de la vida. De la prosa de la vida. Cosa del hombre buscando a Dios a fuerza de amor; del hombre buscando al hombre. Cosa de los unos para los otros, moneda continuamente despreciada y acrecida.

La más visible y viable manera de amor está en el amor de hombre a mujer, de mujer a hombre. No porque este amor sea el único o el mejor. Más bien, por eso que hemos dicho, por ser la forma más viable, más practicable, más expeditivamente desembarazadora de ese vago y maravilloso embarazamiento del amor. Todo el amor que un hombre deja de dar en la vida a todas las cosas, todo el amor que nunca aprenderemos a devolver, se le viene de golpe, y descansa al fin, poniéndolo en manos de su mujer.

Buenas noches, amor, dolor de amar, buenas noches...

#### BUENAS NOCHES, SOLEDAD

Buenas noches, soledad, eco íntimo de hombre, caverna última del alma, buenas noches.

La soledad es tomar un camino equivocado, querer ir al encuentro de algo, de alguien, y confundir los pasos, salir inopinadamente a la misteriosa Vía Appia Antigua que no llevará nunca a Roma, o que lleva a una Roma del paisaje, del alma, del silencio congregado en cúpula.

Ese camino falso y verdadero he tomado yo hoy, soledad, ese viejo sendero empedrado y desempedrado que lleva hasta ti. Yo iba a algún sitio, a algún otro sitio; estaba citado conmigo mismo en cualquier habitada esquina, pero eché por otro lado, me dejé llevar de mis pies, y te encontré a ti. Dice el poeta que «la soledad está sola»<sup>[13]</sup>. Efectivamente, qué sola estabas, soledad. Qué solitariamente acompañada de un agua tímida que corría hacia el horizonte; acompañada de una negra cabra silenciosa, como un demonio humilde, inofensivo, encantado para siempre en figura animal y silvestre. Largos emparrados de verdor sombrío, multitudes olorosas del naranjo te preparan, te anuncian, llevan calladamente hacia ti, hacia tu laguna profunda, insospechada, amplia y concéntrica. La noche se va poniendo eléctrica de grillos, los montes repiten voces de la tarde, la inmensidad nos pisa los talones, y te instalas, soledad, en el corazón, como una bella y bienhechora traición que ha venido fraguándose a lo largo de toda la tarde, preparándonos el alma en las lentas horas del

pueblo, en el quieto domingo de las tapias blancas y las puertas cerradas, en las tenues naranjas que van fruteciendo en la luz... Y ya estoy aquí, soledad, o ya he estado aquí, maduro para tu tacto, para que mi vida en ápice deleite tu tacto, como en el verso soberano.

Buenas noches, soledad... Te despido, ahora, por ver de reencontrarme, pero bien sé que aún te llevo, que aún me llevas, que tardaré en desencantarme, que no vale despedirte, sino estar solo, quedarse solo mientras el mundo acompaña...

Buenas noches, soledad, buenas noches.

BUENAS NOCHES, NOSTALGIA

Buenas noches, nostalgia, postura lánguida del alma, buenas noches.

Te llamo hoy nostalgia, como otras veces te llamo cansancio, o melancolía, o simplemente tristeza. Y no es que seáis una misma cosa, sino que al corazón descorazonado le gusta confundiros, entremezclaros, cambiar vuestros nombres, hacer y deshacer un largo solitario con los indecisos naipes del tedio. Ningún juego mejor para convalecer de la vida que ir deslindando matices, sutilizando diferencias entre cansancio y tristeza, entre pena y melancolía. Todo, al fin, viene a parar en lo mismo: en que vivir le sale muy caro al alma. Se lucha, se conquista, se gana y se pierde, y al cabo, todo para la nostalgia, todo juguetes inservibles para el niño caprichosito que llevamos dentro.

Qué desmayo, nostalgia, comprobar en cada regreso que todo está igual, que nada es igual, que la tristeza de irse está en quedarse. De este loco afán imposible de estar en todas partes a la vez, naces tú, melancolía insatisfecha. Más que mi presencia aquí, soy ya mi ausencia de allí. Se afana uno por vivir su presencia en esto y sólo consigue quedar como ausencia de lo otro.

Donde los hombres ven fechas, sucesos, circunstancias, tú y yo, nostalgia, sólo vemos la vida, el tiempo, la actividad entrañable de existir. Y nos encariñamos con las cosas porque nos basta con que existan, sin llegar nunca a utilizarlas, a malversarlas.

Buenas noches, nostalgia... Estoy llorando lo que no he perdido. Lleno de formas, de imágenes, de vidas que me han vejado el alma y el cuerpo. Estoy vagamente embarazado de recuerdos, soñando todavía que algo poseo, que algo he poseído. Vamos a recontar nuestros tesoros, nostalgia...

Buenas noches, nostalgia, buenas noches...

BUENAS NOCHES, MUÑECA

Buenas noches, muñeca, simple y expresiva personita, buenas noches.

Cuando uno se ha quedado lejos de los juegos infantiles y sin demasiada vocación de padre, hay pocas probabilidades de que tenga ocasión de charlar detenidamente con una muñeca. No sé si los niños se enamoran alguna vez de las muñecas de su hermana, pero no lo creo fácil, porque esas muñecas son algo así como sobrinas tuyas. Sin embargo, sería éste un amor bonito, y desde luego, un buen tema para un cuento muy original o nada original. Ya imaginamos al niño enfebrecido y sonámbulo entrando secretamente en el dormitorio rosa de su hermanita para contemplar sobre la colcha infantil la bella muñeca inmóvil, como una esfinge respingona y sonrosada... Bueno, quizá esto sea un absurdo, pero de quien sí se enamoran los niños es de esa amiguita de su hermana, de esa pequeña valquiria con coletas y redondos zapatos de charol. Sí, muñeca, hay en esa edad blanca un mundo sofocado de bobas y terribles pasiones, en medio del cual estáis vosotras, las lindas y rígidas muñecas, mimadas y zarandeadas.

En mi saludo casual e inmotivado de esta noche, quiero contarte una historia de muñecas, una historia verdadera y entrañable, con toda la belleza que pueda tener el encuentro minúsculo e imprevisto de un hombre muy lejos ya de la infancia con una graciosa y elemental muñeca...

Paseaba un día por el Berlín en guerra el novelista Kafka el oscuro y atormentado

Kafka, y encontré una niña que lloraba solitaria. Ella le contó que había perdido su muñeca y el escritor la citó para el día siguiente, prometiendo presentarse con la perdida muñeca. Pero Kafka no tenía dinero para comprar a la niña una muñeca nueva, y lo que le llevó fue una hermosa carta que había recibido de la muñeca perdida. Durante algún tiempo, él llevó a la niña encantadoras cartas remitidas desde sitios lejanos por la viajera muñeca. Y cuando pudo hacerlo, compró otra a su amiguita. «Pero ésta no es mi muñeca», dijo ella. «Sí lo es, porque las personas cambian mucho en los viajes».

¿Verdad que es bonito...? Mira, muñeca, cuando un hombre no tiene ya a quien decir su cansancio, su decepción, su miedo de los hombres, puede ocurrírsele, incluso, contarle todo a una ingenua muñeca, hablar con una muñeca, como otros hablan con su perro o con la luna, con cualquier ser incontaminado y fiel, que son, incomprensiblemente, los cándidos destinatarios de las peores confidencias de la humanidad.

Buenas noches, muñeca, buenas noches.

BUENAS NOCHES, MIEDO

Buenas noches, miedo, negro techo de mi vida, buenas noches...

Como el niño miedoso que se precipita en brazos de aquello que le asusta, entregadamente atraído por el horror, amparándose en lo mismo que teme, así me confío yo ahora en tu oscuro regazo, padre miedo, para decirte que tengo miedo. Fuimos, cuando niños, temblorosos herederos del miedo prehistórico, astral, soportando en nuestra incipiente humanidad el temor vasto y primigenio de la especie. Hemos sido niños miedosos, y si algo fuimos antes de nacer, no pudo ser otra cosa, sin duda, que esto; miedo, un miedo errático y nocturno. Hoy, que somos hombres, llevamos en el pecho un miedo oculto. Porque al igual que el sexo, repartido en los niños, según Rilke, por todo el cuerpo, cándidamente, y concentrado luego, con la pérdida de la inocencia, en un solo punto, también de niños llevamos el miedo repartido en nuestro ser, y más tarde, todo él se nos aprieta en el corazón.

Pero sobreviene un instante en que, vencidos y descuidados, nuestro miedo se desanuda y vuelve a reinar por todo el cuerpo y toda el alma. De nada sirve entonces, toda la ciencia consoladora, todo el afán explicador. Es cuando nuestro miedo personal y solitario se comunica ya con el miedo total del universo, y una vasta ignorancia cósmica inmoviliza el tiempo.

Dentro de la historia hay siglos miedosos y siglos confiados. La humanidad ha soportado su miedo como ha podido. Tras la seguridad pretenciosa del XIX, nuestro siglo, inquietado y revisionista es ya la época del miedo colectivo. La filosofía de este tiempo abandona al individuo en su soledad existencial, y la ciencia, por su parte, le entrega a la contingencia total del universo. Es el momento de las grandes concentraciones y de las grandes soledades. El miedo telúrico se acompaña ahora del vértigo estelar.

Buenas noches, miedo... ¿De qué mano cogernos para cruzar el bosque? ¿Qué estrella encender para quedarnos a oscuras...? Si conseguimos escapar a los miedos diarios de la vida, a los pequeños miedos pueriles, otro miedo más grande y más niño a la vez nos ensombrece el quicio de la puerta...

Buenas noches, miedo, buenas noches.

BUENAS NOCHES, MUERTE

Buenas noches, muerte, definición final de cada hombre, buenas noches...

Se ha dicho que el destino de un hombre no queda explicado sino en el momento en que deja de existir, cuando la estatura horizontal de la muerte nos da su medida definitiva. Es cuando algo nos une ya y nos separa misteriosamente del ser sin vida. La existencia universal queda mutilada cuando algo muere. Cada ser vivo es un cauce por donde la vida fluye desde su origen remoto, cauce que queda cegado, embotado por la

muerte.

Dice un escritor español que cuando alguien muere, sus cosas no mueren con él, pero se adormecen. Sí, libros y objetos, todo aquello en que diariamente se ocupaban unas manos vivas y con expresión, queda silencioso y olvidado por algún tiempo, empolvado de muerte sutilmente.

Desde las coplas funerarias de Jorge Manrique, desde mucho antes, la muerte está en la literatura, en la poesía, y como la muerte lo es todo, es el gran agujero voraz donde sin cesar echamos vida, el hueco final que tapamos de mil maneras desesperadas, hay significativas diferencias entre las diversas muertes literarias. Después de Manrique, en pleno barroquismo, la muerte en Calderón de la Barca pierde ese estremecedor donaire manriqueño y se puebla de acumulada teología y tétrica realidad. La muerte, en cambio, que a Quevedo inquieta es tan viviente como la propia vida, y el genial don Francisco se debate con ella y la humaniza:

*«¡Ah de la vida!»... ¿Nadie me responde?*

Ese quedarse sin respuesta, sin eco siquiera, la apelación final de un alma estentórea, eso es la muerte. Cuando convocamos a la vida y sólo un silencio de bóveda acude, ya estamos perdidos.

El siglo XVIII, maestro en el arte exquisito de imitar la vida, suprime su pantomima la muerte, naturalmente, y los personajes de entonces se morían en una cama espaciosa como un sarao, teniendo en torno el minué apresurado que les asistía, y la muerte quedaba disimulada entre tantos relojes de filigrana que continuaban latiendo en torno del corazón parado, porque donde primero se nota la muerte es en los relojes y las casas con un solo reloj son siempre peligrosas. Las agujas del reloj tienen algo de pararrayos de la muerte. Cuando el reloj se para de improviso es que le ha caído un rayo y el cardíaco se asusta en su butaca porque comprende que lo mismo le podría haber caído a él.

Buenas noches, muerte, buenas noches...

BUENAS NOCHES, CORAZÓN

Buenas noches, corazón, rojo equilibrista que me salta en el pecho, buenas noches...

Sí, corazón, te pareces más que nada a un saltimbanqui con maillot granate. Te darás el batacazo cualquier día y nos velarán a ti y a mí, en medio de la pista sin luces, los payasos del llanto y los enanos del miedo. Se sabrá al fin que no éramos más que eso, un hombre sostenido en un pie para parecer una estatua. Todo el que ha tenido alguna vez la tentación de crecer un poco para que los demás le miren, está ya para siempre así de cursi, sostenido en un solo pie, que es la actitud de ir a volar. Y así le sorprende la muerte, la verdad, el ridículo.

En igual equilibrio estás tú, corazón, sobre tu punta inverosímil, sin querer echarte de costado para no parecer un riñón, sin querer colgar de ningún sitio, para no asemejarte a un hígado. En equilibrio te pasas la vida. Eres un esteticista, un esnob con capa roja. Pero nos fatiga tu postura, corazón, tu actitud bailarina de encendida Pávlova<sup>[14]</sup>. Dicen que el corazón de los atletas está tan vertical como ningún otro, que cuelga como una gota. Más o menos, todos debemos tener ese corazón olímpico que hace de la aorta sus paralelas gimnásticas.

Estás también como un rojo jilguero, como un canario injerto de amapola, como «paloma en llamas», que diría el poeta, en tu jaula del pecho, en tu palito anatómico, picoteando alpiste de minutos con tu sístole y diástole. De pronto cantas, empinándote, y acabas por volar fuera del hombre, dejándonos en el pecho un balanceo de trapecio minúsculo, una palpitación, un vaivén mareado como una taquicardia.

Buenas noches, corazón, camarada de la traición final e inevitable. Te pareces a la rosa en que cuando te hemos trocado mil veces en metáfora, te encontramos de pronto, arraigado y viviente, y no sabemos qué hacer contigo, nos asustas un poco, acusándonos casi de haberte vendido como literatura... Buenas noches.

## BUENAS NOCHES, PAZ

Buenas noches, paz, paloma tonta de escayola, buenas noches.

Los alegóricos y los caricaturistas te representan así, en blanca figura colombina, trayendo en el pico líricos perejiles de alianza, propicia a la perdigonada atómica o troglodita. Nosotros no conseguimos acogernos a esa paz de palomar con alambre de trincheras, y pensamos que si la paz es una paloma que echan a volar los políticos, siempre será una paz con truco o una pajarita de papel. Ilusionismo o papiroflexia. De las chisteras de los políticos puede volar una paloma, como de la chistera circense, pero entonces la paz es un juego de manos. En cuanto a la pajarita de papel, se elabora en el café, sobre el mármol de la conspiración y puede representar una paz conversacional que se envenena a sorbitos con los posos de las tazas.

La paloma de la paz es siempre una paloma de yeso porque las palomas ponedoras sólo sirven, como mucho, para llevar mensajes intrascendentes a los colombófilos aficionados. Habría que saber si la paloma de la paz es mensajera, con lo cual no representa sino una paz recadera de ida y vuelta. Pero no; se la dibuja sin anillo ni mensaje, llevando su ramita sobre un mundo de cascos militares. No se concibe la idea de paz sin la idea de guerra. La paz, como consecuencia de la guerra: no hemos pasado de ahí. Si no se la relaciona con su oponente no se la comprende, no existe. La paz es una abstracción. Por eso se la representa con una alegoría, que es lo único que sabe hacer el arte figurativo para representar lo abstracto. Las alegorías son la impotencia de un arte artesano. La pintura ha querido desde siempre pintar lo que no se ve, pero no ha hecho más que alegorías. Hoy, cuando un arte se atreve a ser abstracto, los alegóricos no le dejan. En cuanto a la paloma picassiana de la paz, tan famosa, no es abstracta ni alegórica, comunista ni burguesa, sino simplemente cubista. Alguna vez crece en un valle la paz común y espontánea, pero nadie se cuida de pintarla y los chicos se suben a su copa a ver si tiene nidos...

Buenas noches, paz, buenas noches.

## ESTE HOMBRE ES SU OFICIO

BUENAS NOCHES, TORERO

Buenas noches, torero, «hombre vestido de naípe», como te ha llamado un poeta<sup>[15]</sup>. Chispero de esa dramática maja desnuda que es la muerte, te llamo yo ahora, al darte las buenas noches.

Aunque los motines románticos de época han perdido hace mucho tiempo desplante y casticismo, truncados laboralmente en huelgas de brazos caídos, tú continúas ceñido a la virilidad moñuda y saltarina del chispero goyesco, y en cada tarde de faena desmandas para ti solo, dentro de la plaza, un nuevo motín de Esquilache en imagen de estado ibérico, que es, de hocico a rabo, toda la turba de las pinturas negras, embistiendo con la razón ciega y la cabeza baja. Ahora, igual que en el romancesco antaño, el vendaval iracundo pasa y repasa, amocha en vano, loco de su propia fuerza, y lo mismo que entonces, tú, chispero gentil y grana, pones a su orilla tu quiebro de majeza española y estéril, tu femenina virilidad de bucles decadentes y cinismo guapetón.

Claro que los tiempos son muy otros, y tu maja desnuda se ha puesto el de «dos piezas» de la gimnasia sueca, abandonando indolencias pecaminosas y terciopelos de lascivia; pero lo cierto es que a tu juego dieciochesco y fatal siguen asistiendo complacidamente los de fuera, como entonces. Ahora, se sientan en los tendidos de la plaza y hacen fotografías, ni más ni menos que entonces, cuando veían los toros desde la astuta barrera pirenaica del intervencionismo a ultranza, y mandaban hasta aquí, de vez en cuando, a un fotógrafo llamado Louys o Mérimée.

Bien está, a pesar de todo, que sigas divirtiéndolos con esas cosas de la sangre y la gracia, que tanto les gustan, pero hace falta que sepan ver y agradecer la broma, la terrible broma, y no se lo tomen todo al pie de la letra. Que aquí ya nos hemos cansado de jugar artísticamente a suicidarnos y estamos queriendo aprender otras cosas menos artísticas y menos suicidas.

Buenas noches, torero, alamar y perfil antiguo de un Arco de Cuchilleros<sup>[16]</sup> que no es, precisamente, de «los mejores arcos de nuestra Historia»<sup>[17]</sup>... Buenas noches.

BUENAS NOCHES, MODISTO

Buenas noches, modisto, inventor de mujeres, inventor de la mujer cada temporada, buenas noches.

Ellas no saben vestirse, modisto. Son tan encantadoramente superfluas, tan maravillosamente ficticias y desvalidas que incluso para eso nos necesitan a nosotros, te necesitan a ti. Muchas veces me complazco en la idea de que ellas se visten como un hombre dice. En la idea de que ese mundo caleidoscopio de las modas y los trapos no es su gran recinto privado, su zona secreta y desconcertante por donde ellas andan descalzas probándose telas leves. No; tampoco ahí consiguen quedarse a solas. La moda es cosa de hombres, es cosa tuya, modisto. «Era tan hermosa que no sabía hablar», dice el verso creacionista de Vicente Huidobro, el suramericano pasado por París. Son tan hermosas, modisto, que no saben hablar, que no saben elegir, que no saben valerse por sí solas ni en eso tan suyo de la coquetería. Sí, esta idea me las presenta en todo su inefable desvalimiento, pero es también una idea molesta, según se mire, porque ahora resulta que detrás del múltiple y cotidiano susto del *sex-appeal* con que nos sorprenden, hay un señor con una cinta métrica y unas tijeras. Y uno, que se dejaba engañar complacidamente por el artificio femenino —artificio con trampa de autenticidad—, pierde entusiasmo sin querer.

De todos modos, has hecho mucho por ellas, modisto. Y por nosotros... A una mujer se la acaba de ver enseguida, pero tú haces cada temporada el milagro de que un escote o una curva —sus eternas curvas y sus eternos escotes— nos maravillen como formas

nuevas. Tapas el desnudo femenino con tanta adecuación, que luego lo que destapas es adorno, es lujo, es invento tuyo. Ellas, si las dejásemos, no sabrían más que posar desnudas para la posteridad, o ponerse un anillo en la nariz. Su otra maravillosa desnudez es su falta de imaginación.

En este tiempo de pugna entre lo abstracto y lo figurativo, tú te atreves a hacer abstracción del ideal mismo de lo figurativo. Tu Venus responde a una armonía cerebral, más que a una armonía fisiológica, y si no tiene los brazos cortados —que ya es una buena abstracción—, en cambio le sobran o le faltan órganos; es una mujer tan armoniosamente deshumanizada que no debiera inspirar nada al hombre. Sin embargo, nos sigue gustando; le gusta a nuestro sexo me[...].<sup>[18]</sup>

BUENAS NOCHES, FORJADOR

Buenas noches, forjador, lírico artesano andaluz, buenas noches...

No sé en qué primorosa fragua tañes tu hierro delgado y femenino que le pone orillas de limpia filigrana a la luz del Sur. No sé nada de ti, milagroso forjador, pero estoy descubriendo Andalucía a través siempre de una gentil cancela, de una leve prisión de hierros rizados y gráciles. Cada uno de estos enrejados de las claras ventanas andaluzas es por sí solo todo el idilio, sin necesidad de mocita ni guitarra, ni clavel sexual. La reja tiene ya, con ser sólo reja, calidad femenina y alabeada de caricia, de guitarra, de insinuación. La reja es el fino y depuradísimo esquema —¡depuradora Andalucía!— de lo que pasa junto a la reja, a través de ella.

Quiero descubrir el Sur en gentes como tú, en milagros artesanos como el tuyo, forjador de esbeltas y sensitivas cancelas, de estilizadas rejas carceleras en las que el hierro sabe adecuarse a la rosa. Quiero descubrir una Andalucía de aristocracia natural y artesana, dejarme conquistar por los ilustres conquistadores de hace doce siglos, quiero sentir en mí, como mínima parcela que soy de la España conquistada, la dulce dominación del alma árabe, mística y sedentaria. Que no quede yo a salvo, que no lleve en mi pecho bautizado, en mi hombría incircuncisa, una pequeña Covadonga inexpugnable... Quiero traicionar una y mil veces a Don Pelayo y padecer y gozar mis ocho siglos de dominación sentimental y soñadora.

Tú sabrás o no sabrás, forjador, en qué forja sarracena aprendiste a enamorar al hierro, qué bello artesanado heredas y te inventas. Yo no quiero ahora sino darte las gracias, felicitarte por este despertar y este anochecer que cada día me deparas, por esta tenue clausura en que me pones con tu reja, en que pones a la luz, novicia blanca y pura, y pienso que Andalucía ha hecho o se ha dejado hacer su tópico para que sea él el que circule fuera de Andalucía y poder quedarse ella, intacta y sin tópico, en su sencillez civilizada y secular. Así es, artesano forjador; mientras el tópico se agria por el mundo, tú forjas tu reja en paz.

Buenas noches, forjador, buenas noches.

BUENAS NOCHES, AGUADOR

Buenas noches, aguador, estampa bienaventurada de un Sur sediento, buenas noches. Tienes algo de bíblico samaritano cuando cruzas por este Nazaret andaluz acarreando la simple y bendita mercancía del agua. Vais tu burro y tú, tus cántaros y tú, portando el pozo breve y fresco, a buen recaudo bajo la luz disparatadamente blanca de las calles impolutas. Blancura que ensaya, de un extremo a otro del pueblo, vibraciones de paleta impresionista o momentáneos cubismos de planos asépticos. Cualquier pintor se quedaría indeciso, al pintar estas calles, indeciso entre el primor de luz y sombra y la geometría sutil de cada superficie. Al mirar todo esto con ojos pictóricos, se empieza por soñar matices, blancos de sombra y azules de sol, gradaciones sucesivas del azul calino al negro azulenco. Pero si la retina y la sensibilidad persisten, se acaba por resumir colores y luces en un gran percal de blancura extendida y ciega. Porque la forma inteligente de apresar la Andalucía solar es reproducir su lienzo único de cal y dejar que la óptica vaya inventando en él un tenue arco iris. Las inexistentes gamas

que nos inventemos serán entonces los verdaderos colores de Andalucía, pues no de otro modo se porta aquí la luz sino soñando entonaciones sobre la blanca ignorancia de muro enyesado.

Pero tú no sabes esto, aguador, nunca vas a saberlo. Desconoces que el arte ha llegado a esquematizar tu humilde humanidad acarreadora y sedienta, dejándote en un perfil de planos y rectas. Cuando los pintores tradicionales, costumbristas, pintoresquistas, hacían un cuadro de motivo callejero, tú podías asomarte a él y reconocerte ingenuamente, maravilladamente. Tú te alegrabas sin saber por qué. Pero ahora, el arte te ha despojado de tu alma, que con ser tan simple, le resultaba excesiva, casi literaria. El arte nuevo ha descompuesto en planos tu figura, todas las figuras semejantes, traduciendo tu elementalidad humana a elementalidad pictórica. Mas yo, ahora, quiero verte y saludarte en tu entrañable literatura de estampa minuciosa y popular, que al fin y al cabo es vida...

Buenas noches, aguador, buenas noches...

BUENAS NOCHES, FARMACÉUTICO

Buenas noches, farmacéutico, figura literaria y costumbrista, a medias entre lo mercantil y lo facultativo, entre lo popular y lo docto, a medias entre Hipócrates y Bretón de los Herreros.

Ya no sabe uno si atreverse a llamarte boticario, que es lo castizo, porque tu establecimiento ha pasado en poco tiempo de ser lo más arcaico y pintoresco en el panorama mercantil de la ciudad, a una avanzada de escaparatismo funcional, claro modelo de la tienda del futuro. Aquellas farmacias de angosturas y malvaviscos, con tarros y columnitas entre alegóricos y finiseculares, van dando de la noche a la mañana su rotundo traspaso de local y convirtiéndose en una especie de carlinga de avión donde se despacha penicilina. Las farmacias como los cafés, no han conocido esa época de indecisión intermedia por la que pasa todo alguna vez. Unos y otras han sido radicales en su idéntica traición a la literatura. Con igual energía han desalojado poesía y bohemia de sus divanes y su rebotica.

Qué tremendo, amigo farmacéutico, esto de la rebotica... ¿Cómo habéis podido prescindir, sin más, de una tradición literaria de tanto tópicos y solera? No acierto a imaginar qué podéis albergar ahora en la rebotica, a falta de la consabida tertulia. Sin duda, encontraréis muy triste vuestra rebotica, muy sola, terriblemente fría a pesar de las vitaminas almacenadas. Con cuánta autoridad se despachaba antaño una cataplasma, teniendo a la espalda una reunión de filósofos y exdiputados.

Todo el monte era orégano dentro de tus tarros rameados. Con tufillo de orégano salían de la rebotica los proyectos de Constitución y los cantos a la locomotora. Había una comunicación, una correspondencia entre la botica y la alcoba del enfermo, una identidad de ambientes que la prisa recadera enlazaba y recorría con un vaso medicinal en las manos, tapado circularmente por un papel. La atmósfera sombría y mentolada de la botica era consecuente y respetuosa con la del enfermo, pero en cambio hoy, hemos de ir a comprar los antibióticos a un rectángulo fluorescente donde la asepsia se desentiende por completo del dolor que remedia.

Boticario era aquel licenciado con gracia y mostaza para dar el brazo a Casta y a Susana<sup>[19]</sup>, y farmacéutico eres tú, hombre que despacha la salud concentrada en millones de unidades, olvidando quizá el arte de pesar en tu fina balanza un milagroso gramo de clorato.

Buenas noches, farmacéutico, buenas noches.

BUENAS NOCHES, CARPINTERO

Buenas noches, carpintero, artesano evangélico, obrero de la ascética madera, buenas noches.

Qué hermoso, en la rueda laboral de los oficios, el encuentro contigo, la llegada a tu taller sonoro y nazarénico. Siempre hay carpinterías en las calles de nuestro pasar

diario, claras carpinterías con rumor de madera trabajada, con sol de ventanales o penumbra de esfuerzo sobre la humilde geometría doméstica de los tableros recortados para mesas y sillas. Siempre hay carpinterías, o esos otros talleres de la tapicería, que es ya un oficio más civilizado, más refinado, donde se barniza y viste la desnuda raíz de la madera.

Un día, de siglo en siglo, vamos a la carpintería con el alma desclavada o el corazón crecido. El carpintero cierra y golpea, clava y cepilla, y ya estamos listos para unos cuantos siglos. Allí se queda él, en su taller de siempre, solo o acompañado, en diario coloquio con la madera o en muda conversación de escoplos y martillos con los otros hombres, con los hermanos de jornada y artesanía. Allí te quedas, carpintero, trabajando tu noble materia, tu madera de tiempo y crecimiento. Una blanca harina de madera te encanece, todo tú acusas el contacto diario que te desgasta y pulimenta. Tienes las manos mordidas por el roce áspero y grato de la madera, por el seco y breve oleaje de virutas que te ensortija los dedos.

Quién supiera, carpintero, quién pudiera como tú construir sólidos y prácticos objetos que ayudan a vivir, sillas para sentarse a esperar, mesas para posar el pan y el corazón. Cuándo nuestra obra, tan dudosa y etérea, será visible y razonable como la tuya... Los hermosos muebles, las puertas y ventanas que construyes están blancos en tu taller, sin barnizar, anteriores al uso, como en un limbo de las cosas; huelen a madera inocente antes de que la vida los tiña sutilmente de humanidad, de cotidianidad. Nadie se ha sentado en esas sillas ni partido el pan sobre esa mesa. Pero ya la vida está esperando a la puerta de tu taller, carpintero, para llevarse una mesa y dos sillas con que empezar una vez más la simple y hermosa historia de siempre.

Buenas noches, carpintero, buenas noches...

BUENAS NOCHES, SEÑOR GUARDIA

Buenas noches, señor guardia, arcángel municipal del silbato inexorable, buenas noches.

Si alguna vez le hemos hecho ascos al tema del agente urbano, por sainetesco y facilón, ahora la cosa ha cambiado, porque usted, señor guardia, a despecho de casticisms literarios, nos ha puesto una multa muy real y conminatoria, con lo cual se acaba el tópico y empieza la verdad de las cosas. Usted no tiene derecho, señor guardia, a privar a la literatura de un tema tan español y tradicional. Y digo esto porque sé que si usted le pone una multa a don Carlos Arniches o a don Ramón de la Cruz, los respetables autores no vuelven a tomarle como personaje popular y verídico, con lo que podría peligrar todo nuestro glorioso género chico. El escritor trabaja a distancia de las cosas, sobre vaguedades que se mueven entre la realidad y la imaginación, pero si una de esas vaguedades toma cuerpo y viene hacia él para imponerle una multa, ya no hay nada que hacer. Yo estoy seguro que a los glorificadores del guardia como motivo de creación no les cayó nunca una sanción municipal, que habría acabado al momento con la poesía del modesto representante de la autoridad. Y no por prosaico despecho de los multados, naturalmente, sino porque la multa es la manera de tomar realidad un guardia, como la maternidad es la forma de tomar una realidad bella, y con la realidad se acaba la poesía.

Afortunadamente, señor guardia, sus padres literarios ya no andan por el mundo y no hay peligro de que usted, insensatamente, llegue un día a multarlos por exceso de velocidad o falta de matrícula pero uno mismo, sin ir más lejos, poco volcado por naturaleza a escribir sobre los guardias, deserta definitivamente del tema. Me niego a adornar con metáforas al hombre que me ha puesto una multa.

Así es la vida, señor guardia. Anda uno metiéndose por dirección prohibida, anda uno por las nubes sin cuidarse de llevar la derecha ni de llevar la izquierda, feliz y distraído, creyéndose que toda la calle es suya, de su entusiasmo, de su amor soleado y zascandil, hasta que un guardia le para en seco y le pone una multa. Tome usted los

cuatro duros y déjeme seguir el camino de mi despiste. Con don Carlos Arniches podía usted haber caído...

Buenas noches, señor guardia, buenas noches.

BUENAS NOCHES, DETECTIVE

Buenas noches, detective, sombra cuadriculada en la niebla anglosajona, buenas noches.

El reloj de la torre es un ojo nocturno que todo lo ve, y el detective quisiera interrogar al torreón para descubrir el crimen de las doce en punto. Pero la niebla londinense ha ido sobornando a todas las torres de la ciudad. El asesino desciende por una interminable escalerilla de incendios que baja directamente al infierno. Las viejas *ladies* se acuestan en lechos escalofriantes dejando el té preparado a las sombras de media noche. La luna roba diademas en las abiertas cajas de ágata y el alma de la víctima se eleva despacio al cielo desde los ceniceros del crimen...

Noche de detectives, noche de lentas campanadas que van narrando toda la historia cuando aún nadie se preocupa de escucharla. Más tarde, todos los inspectores esperarán atentamente las doce campanadas, como doce palabras que cuentan el enigma y pronuncian en alto los nombres culpables. Noche de insomnio y cianuro, anterior a la madrugada policiaca de las huellas dactilares en la cristalera gris del cielo. Noche posterior a la tarde de la discusión amordazada y la amenaza con silenciador. El gato negro del mayordomo lo ha visto todo, pero nadie se decide a subir al tejado para interrogarle.

El detective sigue las huellas a la lluvia y un agente de servicio descubre la cachimba de un antepasado enterrada en el jardín. Scotland Yard ha acordonado la caseta del perro, alguien ha visto al ama de llaves envenenando a las armaduras del comedor y hay un libro en blanco abierto en la biblioteca. ¿Qué va a ocurrir...?

La hija del jardinero roba una llave de tuercas en el garaje y se suicida con ella en brazos del joven heredero. Pero el inspector ha llegado a tiempo de poner en marcha el reloj de pared, y luego hace una llamada telefónica para hablar con la Torre de Londres. Todos los sospechosos han merendado pastel de manzana; la intriga está en marcha, las linternas investigan, el detective tiene una pista... ¿Qué va a ocurrir?

Buenas noches, detective, buenas noches.

## GEOGRAFÍAS CON ALMA

## BUENAS NOCHES, SUBURBIO

Buenas noches, suburbio, ciudad de pan y hojalata, provincia de adobe, salida triste de la ciudad hacia el campo y el cielo, buenas noches...

El mundo se ha oscurecido sobre ti, como todos los días, y tus últimos niños duermen ya su primer sueño con almohada de madre y calor de cocina, tu calle se ha quedado sin voces y va haciéndose tarde en las estrellas. Hay un sendero de escorias, que sale borracho de la taberna y lleva sin querer hasta la puerta de casa. La taberna, suburbio, tu taberna, tu rojiza, violácea, empedernida taberna, que a estas horas va a cerrar el tabernero, de conversación todavía con los últimos parroquianos, con ese hortelano que se marcha en bicicleta hacia la finca cercana, con ese hablador sin sueño que se queda en mitad de la calle, encendiendo y encendiendo el cigarro, frotando una y otra vez entre sus manos una estrellita breve, fugacísima, bajo las estrellas grandes de allá arriba.

Cuánta literatura se ha hecho contigo, suburbio. Nos indigna, primero, que se haya llegado a tomar tu dolor para colorear paletas esteticistas, pero a fuerza de indignación, caemos en la cuenta de que ése ha sido siempre el camino. Se empieza por el arte, por la literatura, que con su avanzada de sensibilidad, llevan su atención y la nuestra, de pronto, hacia un tema insospechado. Y hay que transigir con esos primeros juegos de belleza, para pasar, después, de lo pintado a lo vivido. Sí, suburbio, éste es tu caso. A costa de tantos costumbrismos de bajos fondos, a fuerza de hacer el costumbrismo del hambre, hemos aprendido que el hambre, más que un costumbrismo, es una epopeya, un estado de sitio, una bandera y una metafísica, y ha sido entonces la hora de cargar precipitadamente con los caballetes impresionistas y dejar el campo a lo que venga...

Y en ésas estamos, suburbio, de vuelta de una retórica —qué tremenda retórica nos ha salido la miseria, qué terrible criada responzona— y de ida hacia tu verdad, hacia tu dolor, hacia tu humilde intemperie de cada noche, hacia tu alma madrugadora y analfabeta.

Buenas noches, suburbio, buenas noches...

## BUENAS NOCHES, CIUDAD

Buenas noches, ciudad, fortaleza del tiempo, alta respuesta del hombre a la montaña, buenas noches.

He recorrido, esta tarde, tus calles y tus barrios, tus lejanías y tus cercanías, te he recorrido lentamente, he paseado a lo largo de tus horas y de tus nombres, un poco perdido en la monótona diversidad de plazas y recuerdos. Hay una hora de la tarde, en esta época de madurez primaveral, en que las calles pierden su nombre, en que todas las calles se llaman igual, o ya no se llaman nada. Reina una mansa confusión de sol y acacias que puede con la nomenclatura municipal. Es la hora en que la ciudad se sueña a sí misma, torna a sus escudos de piedra, en un largo desvarío de rotondas y soportales. Entonces, el callejear se vuelve pacífica aventura y la costumbre hace hallazgos en las cosas de todos los días. Hay que acabar por sentarse en ese banco solitario del jardín que antes no estaba aquí y esperar a que la campanada de la torre ponga un punto de referencia en el aire de la tarde lírica.

Te conservo tan visible en la memoria de hace unas horas, que ha anochecido, igual que sobre ti, en la ciudad de mi recuerdo. Eres ya, tan sólo ciudad, bajo el cielo de la alta noche, aquella placita breve de esta tarde. Te has quedado lejos del río, lejos de la montaña, recogida bajo la celeste sombra nocturna de la catedral, agrupada en torno de la silenciosa plazuela de piedra, una plazuela cualquiera, mínima, aldeana, ingenuamente circular, melancólicamente secundaria, con un único banco frente a una única ventana que dispuestos como para un idilio de la calle a la reja, son ya ellos

mismos, a falta de ocupantes, quienes se comunican día y noche...

Buenas noches, ciudad, buenas noches, plazuela provinciana, con toda la noche en ti, con toda la ciudad en ti, hecha pozo de estrellas hasta el amanecer... Buenas noches.

BUENAS NOCHES, VERBENA

Buenas noches, verbena, mocita zarzuelera, Casta y Susana de los viejos y los nuevos tiempos, buenas noches.

El mundo menestral, el barrio obrero de una España que quiere ser castiza, de un Madrid que quiere ser madrileño, se divierte así en las cortas noches del verano. Le cuelga farolillos a su pobreza de buen ver y se echa a la calle a vivir su verbena, a vivir y bailar y beber su verbena de estrellas y limonada.

Toda España quiere siempre ser un poco andaluza y un poco madrileña. Los más baturros regionalismos, los más encelados amores de patria chica y de patria grande, acaban por tartamudear sainetescamente o hacer el corro de las palmas flamencas. Es inevitable; termina por haber una centralización de lo castizo, tan inexorable como la otra, la centralización administrativa. Y una querencia por el sur que hace que un bilbaíno, en el extranjero, pueda emocionarse a la vista de unas castañuelas importadas. En cambio, ningún lirismo patrio le ha inspirado jamás, al andaluz emigrante, el encuentro con unos altos hornos en Inglaterra, por ejemplo.

Estas son misteriosas fluctuaciones internas de la raza, de nuestra raza, misteriosas afinidades y repelencias de lo español, muy estudiadas o muy poco estudiadas, y que, a hurtadillas del etnólogo, que cree haberlas deslindado, reaparecen y se bajan a la verbena en estas noches del buen tiempo, más complicadas y evidentes que nunca.

Paseando por el nocturno planeta verbenero, piropéandote con los ojos a ti, verbena, mocita verbenera, trasnochadora de una sola noche, piensa uno en estas cosas y se las explica menos que nunca. He aquí un falso castizo, un hombre al que no se ha hecho justicia y él lo sabe —porque lo sabe—, que se resigna y se alegra imitando a otro falso castizo de unos kilómetros más abajo, otro hombre al que tampoco se ha hecho justicia y que también lo sabe...

Buenas noches, verbena, alma hermosa y barata de un pueblo antiguo, alegría de barrio, de un pobre y egregio y fabuloso barrio... Buenas noches.

BUENAS NOCHES, ALDEA

Buenas noches aldea, pequeña patria de adobe con la muerte en la torre, como una negra cigüeña, buenas noches.

Qué eternamente anochece sobre ti. La sombra va poniendo cerco al campo, puertas al campo, y el pueblo mínimo y ocre, la aldea de una sola luz se queda en medio de la noche, como sorprendida a mitad del camino, a mitad del tiempo, rezando a sus muertos y santiguándose en su cruz de piedra.

Después de tanto elogio de aldea, de tanta malentendida tradición campesina después de Gabriel y Galán<sup>[20]</sup> y de las políticas de regadío, aún en alguna aldea española anochece el mundo y madruga Dios como desde hace siglos. Siempre hay en nuestro áspero mapa una aldea virgen de concentración parcelaria y fecundación de tractor, un territorio de pana y cereal que se encallece y se empobrece interminablemente.

Hoy te saludo, aldea, te doy las buenas noches con tu agreste y secular ceremonial, con tu lenguaje consolador y arcaico. Me atrevo, quiero atreverme a usar de él aunque bien sé que no me va, que por desgracia y suerte no me va. Como no les iba a los saludadores de improvisada campechanía que desde la carretera general se han desviado hasta aquí tantas veces para venir a regalarte tu mercancía electoral. Eso ha sido durante mucho tiempo la política campesina entre nosotros. Un momentáneo desviarse de la asfaltada ruta gubernamental para saludar a un alcalde de secano. Y así te has quedado, aldea, así te encontramos: entre la mala política y la mala bucólica. La mala poesía bucólica te la hizo Gabriel y Galán. La mala política te la hicieron entre todos. Pero, al fin, tuviste tu poeta, como si hubieses hecho procesión de rogativas

para pedir la poesía:

*Bajo el peso de esfuerzos sobrehumanos  
van hacia la canción, y van al beso,  
y van dejando por el aire impreso  
un olor de herramientas y de manos*<sup>[21]</sup>.

Sí, has tenido tu hermosa y necesaria lluvia de poesía. Has tenido tu chaparrón lírico, precursor de un largo y deseado y bienhechor llover. Algún día —Dios lo quiera— te lloverá desde todos los cielos administrativos y sentimentales.

Buenas noches, aldea, humilde carretera atascada en el campo, triste campanario naufragado en el cielo..., buenas noches.

BUENAS NOCHES, LIBRERO DE VIEJO

Buenas noches, librero de viejo, tópico entrañable, buenas noches.

Tu librería de viejo es ante todo, ya te lo digo, un tópico, como la primavera o el café de espejos. Mas, para que los tópicos dejen de serlo, hay que contrastarlos, vivirlos, y para que la librería de viejo deje de ser tópico, basta, quizá, con ir a ella y comprar un libro. Bueno, tampoco es necesario comprarlo, porque ya se sabe que a la librería de viejo no siempre se va a comprar, sino más bien a tomar y dejar, a hojear y releer. A correr el albur de libro insospechado, de la página genial y amarillenta. Y éste es su encanto y su ventaja: que no tiene prisa ni empaque mercantil. Si es un negocio, no lo parece. Nació ya librería de viejo y por lo tanto, no puede envejecer ni ser otra cosa que lo que es. Un poco tienda de anticuario, rebotica, desván y mercado negro de la cultura. Tiene una tradición costumbrista de tertulias literarias y estudiantes calavera que en ella malvenden sus textos, y representa la bohemia del libro, frente a la consabida bohemia de escritor. Porque al libro de segunda mano, se le nota enseguida que ha vivido, que tiene otra historia, además de la que cuenta. Y esto le hace más cordial y le hermana sutilmente en amarillo con todos los demás libros de segunda mano.

La librería de viejo, como la tienda de antigüedades, es igual que si alguien abriese la puerta de su desván diciendo que se había establecido por cuenta propia. Una forma de comercio inverosímil que sólo Europa, con su excedente de cultura y civilización, hace posible. La librería de viejo ofrece a precio de ocasión y en buen uso todo lo que la cultura desecha por inservible o anticuado. Los libros que ya se han leído y los que nunca se van a leer. Las ideas que se han quedado rezagadas y las ideas que son ya tópicos.

Así, la nomenclatura europea de la librería de lance va de Dickens a las parisinas librerías de viejo que orillan en el Sena; es decir, la Europa literaria y consabida, la Europa que soñamos y el París que nos dicen.

En las librerías de viejo de París ha adquirido *Las flores del mal* el turismo intelectual del mundo entero. En ellas encontraba Azorín libros delicados y encontraba Baroja «libros curiosos», y todas las librerías de viejo ya son un poco azorinianas y un poco barojianas y un poco parisienses, con su erudición disimulada y su vagabundaje adecentado.

Buenas noches, librero de viejo; algún día —ay— te llevarás todos mis libros... Buenas noches.

BUENAS NOCHES, SUR

Buenas noches, Sur, encendido punto cardinal, buenas noches...

Te saludo hoy, en este dieciocho de julio conmemorador y estival, cuando los hombres de España se afanan como braceros de un sol latifundista y en granazón. Tú sabes más que nadie, Sur bello y fatal, de cada dieciocho de julio, y, sin embargo, habrá que decir que tu dieciocho de julio no ha llegado aún. Porque el dieciocho de julio, como cada fecha germinativa y transversal, tiene su anverso y su reverso, su antes y su después; tiene años en que cae en sábado y años en que cae en lunes. Y no puede

menos de haber un dieciocho de pólvora, que es aquel que tú recuerdas, y otro dieciocho de la paz, de trabajo, de la redención. En este sentido, todos los días es dieciocho de julio. La pólvora se quema de una vez, en un solo estampido. La pólvora es siempre pólvora en salvas. Pero la paz es otra cosa. La paz es un fruto de larga maduración. Nadie como tú, Sur frutal, para madurar las cosas. Qué lento y sabio proceso de absorciones el de tu periodo árabe, el de tu periodo romano... Te apropias de las esencias a fuerza de quietud depuradora. Así de auténtico y de ferviente eres tú, Sur. Pero nosotros debemos procurar que ese tu sentir y obrar demorado, experimentado, meditativo, no se convierta, por culpa tuya y culpa nuestra, en simple rezagamiento. Ya lo sabes, Sur, se dice que te quedas rezagado, que te quedas atrás, dormido en ti, y nosotros pensamos que quién sabe qué tiempo estás viviendo, con relación a qué tiempo vives. Pensamos que quizá pareces rezagado en nuestro tiempo, pero nunca en el tuyo, que discurre siempre por vegas más profundas, por un secreto y metafísico río Darro...

Estamos aquí en el Sur, y no sabemos casi cómo conmemorar un dieciocho de julio que posiblemente no haya amanecido todavía sobre esta tierra. A veces te sentimos, Sur, anterior a todo dieciocho de julio, y primero nos sube la tristeza, pero luego nos damos a imaginar, estimulados por tu luz, por tu cielo, por tus invisibles rosas de tibieza humana, en no sé qué inéditos dieciochos, en no sé qué julios de paz llameante y buena, como una apoteosis que nada celebra sino eso: la hermandad verdadera del hombre perdurable y sin posible conmemoración... Buenas noches, Sur, buenas noches.

**BUENAS NOCHES, MADRID**

Buenas noches, Madrid, corazón soleado de España, buenas noches.

Qué difícil, ya, hacerte la crónica, Madrid... La crónica te la hacen a diario tus cronistas, te la adornan entre todos de cenefa castiza y metáfora cosmopolita. La crónica te la hace el cronista de vieja escuela, y más que tu crónica hace la suya, la de su nostalgia mortecina y empachosa. La crónica te la hacen el cronista de cócteles, nuevo cronista de salones, y el cronista municipal. Cuántos cronistas necesitas, Madrid, para tu actualidad de cada día. Lo cual quiere decir que tu verdadera crónica se queda cada día sin escribir.

Y hablando de otra cosa, Madrid, que a ti te gusta cambiar alegremente de conversación, pienso ahora que eres capital con todas las consecuencias; no como Washington, por ejemplo, que elude las molestias de la capitalidad entre jardín y senado. O como Londres, que se organiza bien y sabe conservar las distancias, sus kilométricas distancias. París y Madrid, por el contrario, sois capitales a marcha forzada, simultaneáis la vida y la política, la burocracia y el amor, la noche y el día.

Qué difícil, repito, hacerte la crónica, y no por falta de tema, claro, sino por abundancia de tema, porque contigo se puede comenzar por cualquier parte y acabar también por cualquier parte en la seguridad de que algo se ha dicho, de que algo se ha visto, en la seguridad de haber pasado por la plaza de Oriente, o por la plaza de España, o por la plaza Mayor, o por la plaza de Toros; en la seguridad, en fin, de que se acaba atravesando en diagonal una gran plaza con mucho sol, que hace ya el efecto de haber conquistado Madrid, de haber dado una vuelta al ruedo... Sí, Madrid, hay que reposar mucho la prosa, hay que hacerse una larga cura de agua de Lozoya para quitarse de la cabeza esa idea alocada de triunfo. Para quitarse esa ficticia montera con que le haces a cada uno primer espada.

Buenas noches, Madrid... Creo que es así de volublemente como hay que escribir de ti. Y no porque tú no seas una cosa muy seria, que sí lo eres, sino porque no nos tomas en serio a los demás. Buenas noches, Madrid, buenas noches...

**BUENAS NOCHES, JARDINERO**

Buenas noches, jardinero, cabeza visible de la primavera, buenas noches...

Es importante y bien educado que las ciudades tengan un parque con muchos árboles, que la marea alta del asfalto cese en el grato arrecife de unos jardines. Sin embargo, la ciudad, por progresista y especuladora, parece avergonzarse un poco de sus arranques sentimentales, y en el caso del parque urbano se justifica con aquello de los niños, que son los hombres del mañana y necesitan de lugares donde crecer sanos y alegres. Es decir, disfraza de puericultura lo que no es sino lírica y saludable anarquía, agobio de arquitectura funcional y necesidad de alzar frente a ella el urbanismo de la fuerza y las horas en blanco.

Sea como fuere, al parque urbano van los hombres del mañana y los enamorados de siempre. El parque representa una concesión al ocio de la ciudad ajetreada, una invitación a perder el tiempo, una cortesía ambigua, no se sabe de quién a quién. Generalmente, la naturaleza suele aparecer en la civilización en función de cortesía y el confort de nuestra época disimula a veces su frialdad con las buenas maneras del mundo vegetal, con la deliciosa cortesía de la planta que crece en la escalera o el *hall* del gran hotel.

La ciudad, sin tiempo para delicadezas con sus visitantes y sus enamorados, cumple de una vez con unos y otros merced al parque urbano, donde la hombría de bien del árbol acoge al recién llegado y le ofrece uno por uno todos sus bancos. Esos bancos pintados de verde, bancos para sentarse a no hacer nada, a descansar sin cansancio de la voluble geografía de los jardines contemplando tu tarea enternecida, jardinero... Bancos, sobre todo para sentarse a amar. Porque todo el parque está como hecho a imagen y semejanza del amor. Todo él es busca, asedio, susurro, grata emboscada, secreto desvelado, dicha accesible. Y por apasionado, por vehemente e imaginativo, el parque se salva unas veces del aburguesamiento y otras de la puericultura.

El parque urbano tiene su Rubén y su Campoamor, su hemisferio de lagos y cisnes y su otro hemisferio de criadas y barquilleros. Quieras que no, en él conviven los cisnes unánimes de Rubén con el vulgo «municipal y espeso» que asustaba al poeta. Entre lo uno y lo otro andas tú con una podadera en la mano. Buenas noches, jardinero, buenas noches...

**BUENAS NOCHES, AMÉRICA**

Buenas noches, América, frutal Atlántida resurgida y cierta, buenas noches...

Como un continente de salud, única entre los mares, lejos del Asia desmentida y vieja, lejos de la Europa histórica y mortal, te revelas con tu nacimiento de siglos, inauguras con tu geografía el mundo moderno, dando anchura y redondez al futuro. En tu niñez de tiempos y civilizaciones hay un balbuceo de idioma inca, una inmensa mañana de los mayas que los océanos costeaban virginalmente.

El estrecho de Bering, cordón umbilical que te une al Asia madre, ha sido por los siglos de los siglos acceso intacto a tu pureza. La luz que nace en el Oriente proyecta sobre ti la gran sombra de tu friso andino y rocoso. Bajas a los llanos, descienes en mesetas, te demoras en lagos, desde allá arriba, desde la divinidad forestal de Manitú y las praderas de las eternas cacerías. Un poniente piel roja te embellece sobre tus árboles gigantescos, antes y después de la singladura pirata y civilizada que te ama las costas<sup>[22]</sup>.

Te adelgazas, América, te quiebras en tu mitad volcánica y ecuatorial; llevas tus islas a la cintura como flores en el talle.

Se sueña desde Europa una vida más larga y más joven a la sombra ardiente de tu Ecuador, se imagina una fresca y arbolada continuación de la vida en tu sur sereno y lento como las playas de la luna. Desde la verde inmortalidad de las selvas al miedo despoblado e inmenso de tu Patagonia remota... Y una vastedad de pampas mugientes y un sueño de meridianos solares. Y el milagro, sobre todo, para nosotros, descubridores a distancia de la América del Descubrimiento, de una España transoceánica, de una España trasplantada como una flor andaluza en la maceta de la

carabela. Habla Juan Ramón Jiménez, en uno de los poemas de su travesía atlántica, de una rosa que pasó la mar asomada a cubierta desde el cuidado viajero y femenino<sup>[23]</sup>. Pensamos ahora que toda España es aquella rosa que pasó la mar...

Buenas noches, América, latitud austral que hoy se lleva nuestro sueño, litoral de salud, continente pionero y gigantesco... Eres ya el futuro, porque el futuro, más que en el tiempo, puede estar en la geografía. Y como al futuro te recelamos y acogemos con inquietud esperanzada. Buenas noches, América, buenas noches...

BUENAS NOCHES, MOLINO

Buenas noches, molino, braceador alzado en el paisaje de España...

El molino es lo emblemático en la gloria y geografía cervantinas, suprema viñeta manchega para ilustrar la metafísica de Don Quijote. Después de tanta literatura de molinos después de haber comulgado literariamente una y mil veces con ruedas de molino, un día nos da por pensar en molinos inmotivadamente, por echar la imaginación a molinos, que es a lo que la echaba el propio Quijano, más que a pájaros o caballerías.

El molino constituye una de esas raras genialidades que aparecen sobre la tierra cuando una conjunción de arquitectura y aeronáutica acierta con lo simple y verdadero, con lo que puede erguirse en el aire sin estorbar al aire. Como una torre románica en Castilla, como una estatua metafísica en Grecia, el molino conjuga aire y estructura, tiene sus actividades en el cielo y la tierra. Es el acierto genial de poner en pie un volumen terrestre —una figura, una torre, un molino— y que inmediatamente queda hermanado con el árbol y el paisaje, en lugar de hacerse estorbo opaco de la mirada.

Qué torpe estatura de la grúa en el muelle, del transformador eléctrico en el campo. Pero el molino es un prodigio de actitud feudal y laboreo aldeano. Así está el faro en la bahía, así están las esculturas a la orilla del mar: con gracia sencilla y ceñida. Así está todo lo esbelto del mundo junto al arroyo de estío...

Nada mejor, quizá, para comprender y sentir la dura España molinera, que comparar nuestros molinos con ese dulce molino holandés de las más ingenuas y verídicas calcomanías. Toda Holanda puede que sea como un país de calcomanía, al menos vista desde nuestro apurado límite. Los molinos holandeses son casi femeninos; muelen el grano como la campesina en el halda, entre dos piedras, y nunca hubiesen amenazado a Don Quijote. Ya que el molino es puro patrimonio del cervantismo, digamos que los de Holanda son como Dulcineas para nuestros precarios molinos quijotescos. Es decir, prosaicas y laboriosas Aldonzas europeas que Castilla —disparatado molino hueco— idealiza como imposibles Dulcineas.

Buenas noches, molino, buenas noches...

## CREACIÓN Y FANTASÍA

*Literatura*

## BUENAS NOCHES, POETA

Buenas noches, Poeta, presencia humana de una divinidad ascendida, imagen esencial que hoy se nos borra, buenas noches<sup>[24]</sup>...

En esta hora de tu muerte, en esta sinrazón de tu muerte, no hay nada que decir, absolutamente nada que decir; no hay nada que pensar ni que sentir. No hay sino esperar el llanto y llorar, llorar locamente, perdidamente, porque la magnitud de tu muerte nos devuelva esa primigenia ignorancia que esencialmente somos, a ese fabuloso no saber nada. No hay sino quedarse limpio de literatura y llorarte en algo que ya ni siquiera es tu Obra, ni tu vida, ni tus versos; llorarte en ese tú esencial que nos has dado, magnetismo ideal que nos llena de ti, nunca sabremos hasta dónde.

Has enmudecido, y, ya todo el silencio, es tu silencio. Toda la infinita mudez del universo contemplado es para nosotros el ámbito de tu silencio reciente, y eterno ya desde ahora mismo. Lo dijiste, Poeta, con un verso sobrenatural: «Deleito el tacto de la soledad». Qué estremecedora clarividencia de tu destino total. Ya estás, puro, con esa pureza última que te obsesionaba, en lo absoluto, y deleitas el tacto de la soledad. Ofreces a la eternidad cósmica un tacto virgen de astro incorpóreo; enriqueces luminosamente Poeta, el acervo eternal de la Belleza.

*La carne, en otoño, dice,  
transparente, que no había  
más en ella, que ella puede  
ser el más que ella se quita.*

No había más en ti, en tu corazón transparente. Nos has dado todo. Nos has dado, incluso, ese más purísimo e imposible que, acendradamente, te sacabas de ti. Y has muerto...

Llevaste nuestra poesía a la más alta cumbre de depuración a que llegara ni pudiera llegar jamás. Creaste un siglo de poesía. De ti ha nacido toda la lírica española posterior a ti, y con tu sentimiento hemos aprendido a sentir generaciones enteras, llevándote dentro, tantas veces, sin saberlo. Tu alma exquisita de árabe esencial alumbró un día entre nosotros su alta llama solar, desnudando y esencializando lo permanente.

Como al final de la lectura de cada uno de esos poemas tuyos, breves y transidos, todo el universo estrellado sobreviene en silencio agudamente vulnerado por tu anhelo de poeta solitario.

Con el alma indecisa entre tu ausencia de hoy y tu presencia definitiva, con el sentimiento escalofriado y ciego, sin irse de ti ni quedarse en tu muerte, ya mi plenitud es parecerme a tu recuerdo.

Buenas noches, Poeta, hombre en trance de divinidad, astro reconocible para siempre, buenas noches...

## BUENAS NOCHES, PLATERO

Buenas noches, Platero, burrillo blanco, juguete grande de un grande y eterno niño, buenas noches.

No es cierto, como dicen quienes no os conocen de verdad ni a ti ni a tu sublime jinete, que seas la máxima creación del Poeta, porque su máxima creación es la que él hizo, de sí mismo, de su alma, día a día, verso a verso. En esos versos íntimos y altísimos, puros y quebradizos, está verdaderamente su gloria solitaria y subjetiva. Tú eres otra cosa, Platero, algo más corpóreo, más entrañable, más de este mundo... Eres..., bueno, eres ya tantas cosas. O quizá seas una sola cosa: el resumen de su tránsito humano, de su lado cordial, de su escasa, tímida y delicada actividad de hombre. Sí,

Platero eso es, lo que tú has llevado suavemente sobre ti era el hombre Juan Ramón. El hombre que de alguna ineludible manera tenía que pasar por el mundo de los hombres, y lo hizo cabalgando tu manso lomo. En su libro dedicado a ti, le vemos vivir, respiramos de cerca su desmayada hombría, morena y andaluza. Luego, en la poesía, se nos hace transparente, traslúcido, y es ya el Juan Ramón ideal.

Ya ves, Platero, él, tan minoritario, tan retraído, tuvo una sola vez el impulso de darse a la mayoría, y fue a costa de quedar perpetuado para siempre en figura de asno. Así confundidos andáis los dos por el poblado mundo, y tu humilde apariencia irracional es lo único que las gentes conocen de él.

La verdad es, Platero, que quienes nos hemos esforzado siempre por seguirle, por no perderle de vista en su progresivo internamiento lírico, te teníamos un poco olvidado a ti, a la dulce bestia de carga que un día soportara su gravidez humana. Te nos quedabas ya un poco lejos, hecho viñeta sensible para ilustrar la biografía y la anécdota. Pero ahora, Platero, cuando él ha muerto, dejándonos en definitiva posesión de su esencia, ahora es al hombre a quien echamos de menos, al melancólico jinete crepuscular de barba recortada y mística que sólo tú puedes retornarnos, a trote ligero y rezagado. Y comprendemos de una vez para siempre que ésa será ya tu misión eternamente: hacer pasar ante nosotros, cabalgador y desvelado, al hombre Juan Ramón, que tantas veces se nos ha desvanecido y se nos va a desvanecer —ay— en pura sensación lírica.

Buenas noches, Platero, ternura peluda y simple, criatura humilde, tan ideal e idealizada como si nunca hubieras existido, buenas noches...

BUENAS NOCHES, CELESTINA

Buenas noches, Celestina, vieja conjuradora con toda la antigüedad del mal sobre tu manto, negra devoción de frailes sacrílegos y mozas malqueridas, buenas noches.

¿De qué Toledo medieval y confuso, de qué barroca Salamanca inquisitorial y bruja, de qué nocturnas tenerías judaicas surges una vez más...? Todo el horror bárbaro y supersticioso de la Edad Media se agazapa en tu cueva, que es ya su último cubil de tiniebla. Y de allí sale, hurtándose a la luz del Renacimiento, en busca del futuro huerto de Melibea, en busca del futuro Romanticismo, bajo cuyos cipreses daría a beber al nuevo amor, imaginativo e irreal, su filtro intenso y turbador. Así pues, eres un ardid a través del tiempo. Vienes del arcano medieval, vieja Celestina, a ser alcahueta del ardor renacentista en su primera y anticipadísima aventura romántica. Ni Calisto ni Melibea existen en tu tragicomedia. Están en el futuro, en su huerto romántico aún no sembrado ni tapiado. Y allí vas a buscarles. Qué real, en cambio, qué existente y verdadero tu retablo de maldades y erotismos. Qué intenso Siglo de Oro alborea ante ti con efluvios todavía de la hermosa aberración medieval. Por eso eres inmortal, deshonestamente inmortal. Porque fraguaste tu última hechicería para el futuro.

Romeo y Julieta no tuvieron su Celestina. Su amor fue puro, empírico, sideralmente romántico, como el de dos astros que solamente se tocan con su luz. Pero Calisto y Melibea —Melibea, «voz de miel», panal barroco— te tuvieron a [...].<sup>[25]</sup> En ti se ha querido ver la representación de la tierra misma, de la sabia vieja y erótica naturaleza, y con tu tortuosa tercería entre los dos amantes dejaste signado anticipadamente al futuro Romanticismo español. Porque así ha sido luego nuestro Romanticismo: un tanto barroco, todavía, vuelto hacia la tierra, hacia lo telúrico, más que hacia la alta luna. Un Romanticismo de bas [...].<sup>[26]</sup> amadas, mejor que de estrellas errantes. De resucitadas, más que de [...].<sup>[27]</sup> No de otro modo podíamos haberle sentido y entendido nosotros, Celestina, que así somos sin remedio, así es España, así eres tú: de un fatal realismo, de un funerario y rojo y exasperado realismo. Y al más bello y lírico idilio de nuestra literatura le ponemos por medio celestinaje lascivo, empecinamiento, deseo, unguento sexual y orín de alimaña. Buenas noches, Celestina, negra flor de herejía escapada a todas las hogueras y todas las inquisiciones, buenas noches...

## BUENAS NOCHES, ANA FRANK

Buenas noches, Ana Frank, tierna niña israelita, flor tenue borrada férreamente de la primavera, buenas noches...

Eras lo que nuestro poeta hubiese llamado una «madrecita en flor»<sup>[28]</sup>. Tú no habías leído a nuestro poeta, aunque eras ya una graciosa devoradora de libros. Estabais muy lejos uno del otro. Aunque un poeta cansado y bondadoso y una adolescente novelera y sensitiva acaban siempre por encontrarse, o debieran acabar encontrándose. Además, este poeta español de que te hablo sufrió un mortal dolor de transfuga inocente muy semejante al tuyo. Por eso se me ocurre emparentaras ahora. Las guerras, las políticas de los hombres acaban siempre sacrificando a los poetas en gracia y a las madrecitas en flor. Contra esos seres frágiles y milagrosos, toda la oscura artillería del mundo...

Tu testimonio, pequeña, tu simple y desbordado testimonio caligráfico avergüenza a las cartas de alianza, a los sucios pactos de los hombres. Bajo el cielo maldito de la contienda, una niña imaginativa contiene su corazón latidor y da suelta a la pluma precoz y aplicada, a la conmovedora caligrafía que fluye. En una triste alcoba de la Europa en guerra, una niña se estremece de maternidad futura e imposible. Contra la férrea negación, contra el rojo y colosal instinto de presa de los hombres encarnizados, tu primaveral maternidad incipiente. Contra la fúnebre tinta de los partes de guerra, tu leve escritura, tu alada anotación cotidiana, tu dulce parte de paz.

Y aún se preguntan los sempiternos preguntones y preguntadores del mundo por la juventud de nuestro tiempo, por la perdida juventud de las nuevas generaciones... Tras la atroz siega de madrecitas en flor, una juventud sobreviviente, adulta a fuerza de dolorosas anticipaciones, pierde el respeto a la funesta solemnidad de su mundo progenitor. Pierde el respeto a todo lo caduco y convencional de que se la quiere hacer heredera, continuadora. «Yo no soy más que mi gran herencia», escribió Goethe. Ahora, toda una juventud ha renunciado a su herencia, ha renunciado a sí misma.

Buenas noches, Ana Frank. Quiero que sepas que las páginas que le faltan a tu diario cándido e incompleto, las ha escrito después otra muchacha como tú, otra chica europea, desertora y sensible. Son páginas negras, descreídas, desazonantes. La legítima e insospechada continuación de lo que tú, con predestinación y amor, empezaste a escribir... Buenas noches, Ana Frank, buenas noches.

## BUENAS NOCHES, DON PABLOS

Buenas noches, don Pablos, buscón de la ilustre picaresca, confundido ya para nosotros con el propio don Francisco, el genial y verdadero buscón de sublimidades por el zoco fastuoso del Renacimiento... Buenas noches.

En un ocho de septiembre del siglo XVII concluía su vida don Francisco de Quevedo y Villegas, retornado melancólicamente a su origen. Septiembre, que ya en sí es todo él una discreta invitación al barroquismo, lucía entonces con los soles contradictorios de Renacimiento y decadencia. Tenía, sobre su luz cerealmente recargada, otra luz de oro imperial, la luz del propio siglo. En septiembre, a las puertas de un nuevo barroquismo de la naturaleza, muere Quevedo.

Bien cerca estamos nosotros de su última y plateresca prisión de San Marcos. Bien cerca está este septiembre de aquel septiembre imperial y funerario. Sin oros, sin magnificencias, contemplamos desde esta sencillez del desnudo presente, la peripecia ilustre de la Historia, complaciéndonos en animar y reinventar figuras, complaciéndonos en llamar don Pablos, confundidamente, entrañablemente, al propio Francisco de Quevedo. Es como cuando al genial heredero noventayochista de Quevedo le llamamos marqués de Bradomín. La transposición viene por sí sola, emocionante siempre y reveladora. El autor ha conseguido vaciarse en su personaje, ha creado un personaje tan peligrosamente verdadero, tan urgentemente verdadero, que necesita encarnar enseguida en alguien, y lo hace —es fatal— en el propio creador. No se

puede alumbrar impunemente una criatura literaria con atributos vitales tan soberanos, sin correr el peligro de tener que donarle efectivamente una materialidad que está urgiendo. Cuando la creación es tan verídica, el propio lector necesita creer que se parece a alguien, que representa a alguien, necesita dar un cuerpo a aquella abstracción que acucia por dejar de serlo. La última y terrible consecuencia de este apurar verdad es que la ficción encarna en su progenitor. Con lo que el alumbramiento intelectual llega a verdadero alumbramiento fisiológico, donde la paternidad dará cuerpo, a costa del suyo propio, a lo que quizá no muy conscientemente concibiera. En ese trance de transmutación física y fantástica ha sorprendido la inmortalidad a muchos creadores, siendo y no siendo su personaje. Así sorprende para nosotros a Quevedo, sublime buscón metafísico, fabuloso Don Pablos entre la teología y la picaresca, muerto ahora, por septiembre, al cabo de su gloria tan septembrina... Buenas noches, don Pablos, buenas noches.

BUENAS NOCHES, FRANÇOISE

Buenas noches, Françoise, muchacha fea y experimentada, musa poco agraciada del amor escéptico, buenas noches<sup>[29]</sup>.

Para que se vea que los pensadores del existencialismo no jugaban con abstracciones, toda una generación joven ha confirmado viviendo aquello que estaba en los libros. Por una vez, la filosofía coincide con la vida, coinciden ambas en plena calle. Tú, precoz Françoise, perteneces a esa generación y tu mérito está en vivir y expresar sin abstracción, por medio de realidades, toda la teoría filosófica. Donde Jean-Paul Sartre dice que «la nada se nada», tú traduces al plano vital dándole los buenos días a la tristeza...

Con tu fealdad inteligente y sensual, vienes de la negación, de la nada y vas al sensacionalismo, pero entre los dos extremos has pasado por un punto de sinceridad que te acerca a nosotros. Toda una juventud está como tú estabas: encerrada en su cuarto, negándose a sí misma con música de jazz. Una mezcla de casualidad e inteligencia te hace símbolo actual. Sin embargo has llevado tu escepticismo demasiado lejos. Quizá, por precoz, o por intelectual, o sencillamente por fea. A todo esto que a ti y a nosotros nos bulle dentro no se le puede llamar simplemente la nada. Ya ves, Françoise, con tu coche deportivo has llegado demasiado pronto al éxito; te vas aburguesando en vida y obra, porque luchamos contra todas las burguesías, y al cabo resulta que la vida es burguesa por sí misma.

Pero entre tu «náusea» literaria y tu futuro cosmopolita, qué momento de sinceridad, de rebeldía, de sexo triste e implorante, qué soledad imaginativa y final... Todo el vago rencor de una juventud ha estado en ti. Una juventud que se irá acomodando como tú misma, tras dejar en unos cuantos discos frenéticos, en unos pocos libros angustiados, su pasión de existir.

Buenas noches, Françoise, amante fea del tedio, colegiala impura y nocturna, buenas noches...

BUENAS NOCHES, AZORÍN

Buenas noches Azorín, señor de la pluma sosegada, buenas noches.

Dice una noticia de América que has vuelto a las andadas. En un periódico argentino ha aparecido el artículo que marca tu reincorporación literaria. Bien. Los noticiosos de Buenos Aires parecen alborozados con este motivo. Para nosotros, en cambio, no hay alborozo ni sorpresa porque nunca te habíamos considerado de clases pasivas. Estás ya en la literatura y en la vida española y es lo mismo que escribas o no escribas. Tu obra es un presente absoluto y tranquilo y poco importa que, al margen de ella, don José Martínez Ruiz se vaya o vuelva. No importa, señor Azorín, porque tú, como entidad humana, no nos mueves demasiado. Nunca has tenido gran sugestión personal, y muchos son los profanos que te dudan vivo o muerto.

Importa que Ramón Gómez de la Serna vaya o no vaya a la tertulia. Importa saber si al

marqués de Bradomín nos lo dejaron manco de bastonazo o puñalada, pero de la biografía azoriniana nada interesa con exceso, ni siquiera el episodio de su chestertoniano paraguas rojo. La obra de Azorín ya está hecha, completa y hasta expurgada. Nada va a añadir el maestro con sus artículos bonaerenses. Nada ha añadido desde hace mucho tiempo, incluso desde antes de su despedida de las letras, despedida indecisa, sensacionalista y rectificadora que tampoco nos conmovió gran cosa. El magisterio de Azorín es exclusivamente literario; nunca ha sido un magisterio humano, ésa es la verdad, y de ahí que su peripecia vital nos deje casi indiferentes. Tenemos repetido que la letra con sangre entra, pero que ha de ser con sangre del maestro.

Uno no sabe muy bien si el creador ha de estar o no tan visible como su obra, si el hombre por sí mismo interesa o no interesa. Quizá el culto personal sea una aberración, o quizá la aberración esté en hacer dos mitades independientes del todo que constituyen vida y obra. Uno no está seguro de nada de esto, pero la evidencia le marca las distinciones. El autor que inhibe lo personal, se salva, sin duda, de los excesos narcisistas, privando a su obra, en cambio, de parentescos vitales. Tú, maestro Azorín, has sido de éstos, y apenas nos emociona ahora tu ancianidad fría e indecisa, junto a la tan emotiva y sobrecargada de otros contemporáneos tuyos. Pero la prensa lo ha dicho: el maestro vuelve a escribir. Dios salve al maestro.

Buenas noches, Azorín, buenas noches.

BUENAS NOCHES, POETISA

Buenas noches, poetisa, dama de arpegio y menopausia, buenas noches...

La poesía de nuestro tiempo, tan depuradora y excluyente del heterogéneo mundo romántico y modernista que recibiera como herencia, ha ido realizando una paciente limpieza, una decidida desinfección de las promiscuas alcobas y los podridos jardines del lirismo finisecular, llegando en su tarea benéfica y salubre a realizar incluso la separación definitiva, la excomunión de la poetisa señora excesiva y estéril, flor de veladas lamentables, pecado y vergüenza de lo poético.

Para ello, ha bastado con relegarla a su nombre, a su calificativo de poetisa, palabra que suena a mariposa redicha, a polilla primorosa. La mujer nacida en verdadera gracia poética se llama ya poeta, sin distinción en el sustantivo, que es donde no puede haberla. Aunque para éstos ha sido preciso, quizá, que previamente naciese una promoción entera de auténticas mujeres poetas. Porque a esas arrebatadas y profundas mujeres de la poesía americana, para dar un ejemplo palmario, no se las puede llamar poetisas, con halago y dulzura resabiados. Juana de Ibarbourou, Delmira Agustini, Gabriela Mistral, Alfonsina Storni... Ellas son auténticos poetas, universales y poderosos poetas, sin contagio de masculinidad ni pecado de sensiblería. Mujeres que hacen su dramática y entrañable afirmación de femineidad con grandeza lírica, con emoción total, con sinceridad y desgarró. Son cada cual como una madre telúrica y legendaria en actitud de fecundidad y grito congénito.

*Madre del mundo, tristes paridoras,  
clamad, gemid, aullad por vuestros hijos.*<sup>[30]</sup>

Así exclama una mujer poeta de hoy, de la poesía española actual. Después de este alarido clamoroso y cierto, ¿adónde quedan las rimas botánicas que exhalaban las poetisas de sarao y clavicordio? ¿Adónde quedas tú, chillona versificadora, poetisa de inspiración histérica, resto increíble de un ayer que ni siquiera tiene seducción de anteaer?

Mejor o peor, la mujer está aprendiendo ahora a hacerlo todo, a compartirlo todo, porque la vida la obliga, pero fuera de esta incorporación femenina, fuera del tiempo y del espacio, en un anacronismo amueblado de consolas, quedas tú, dama de ripio y violeta.

Buenas noches, poetisa, buenas noches.

## BUENAS NOCHES, XÉNIUS

Buenas noches, Xénius, maestro perdido para siempre y para siempre ganado, buenas noches.

Hace ahora cuatro años, en estas primeras semanas otoñales, moría Eugenio d'Ors, el Xénius mediterráneo de las *Glosas* soberanas. Toda una cofradía de cipreses latinos, más clásicos que funerarios, guarda su tumba en Villanueva y Geltrú. Quisiéramos decir que el maestro vive una muerte clásica, pero la verdad es que ni siquiera con la ayuda de él conseguimos entender la muerte como clasicismo. La muerte nos duele ya definitivamente como un mal romántico, como la única, inevitable y final concesión a lo romántico de todos los clasicismos. Y Eugenio d'Ors no pecaba de romanticismo. Las traiciones a su disciplina clásica se las hacía un fervor renacentista, nunca una debilidad romántica. De esta rara conjunción heleno-barroca estaba hecha su personalidad. Para un pensamiento clásico, limpio, equilibrado, una expresión gozosa y excesiva. Como redención de todas las sensualidades barrocas, una indeclinable voluntad de norma. Esta ambivalencia era el mismo d'Ors.

Cantó en vida a *La Bien Plantada*, a su Lydia de Cadaqués, pero nadie mejor plantada que la muerte cuando llega a lo suyo. La muerte es ya su Bien Plantada. Porque tuvo, como los mejor iluminados, el privilegio de conocer la muerte, de individualizarla con nombre propio. Así quería Rilke hacer con la muerte. Que cada hombre tuviese e incubase su propia muerte. Nuestro Eugenio d'Ors supo bautizarla para sí. Lydia de Cadaqués, enigmática y distinta, no había de ser sino muerte. Ahora lo vemos claramente. Se salvó de ser un hospiciano de la muerte, como sólo unos pocos elegidos se salvan.

Cuánto tendría que aprender esta prosa nuestra de sus *Glosas* en sazón. Cómo quiere nuestra prosa, hoy y siempre, parecerse a ellas, aprender con ellas. La intención es hija de la suya, pero nos falta, hay que decirlo, vinculación de pensamiento. Estamos en plena licencia y rebeldía. Nos falta, maestro, tu fe en la perfección.

Buenas noches, Xénius... Qué afluente entregado, nuestra prosa, de la tuya oceánica... Buenas noches.

## BUENAS NOCHES, POESÍA

Buenas noches, poesía, verdad temblorosa del mundo, buenas noches...

Estás en nuestra vida, poesía, como razón libre y última. Podemos vivir aquí esta vida corta y desvalida, de un lado para otro, y en el fondo te tenemos a ti, como un consuelo con el que sólo el alma cuenta por fin. Es increíble y salvador que te tengamos tan segura. Ganamos o perdemos toda la fe, la vida toda, y nadie podrá quitarnos tu luz verdadera; eres la forma de conocimiento y posesión de quien nada sabe ni tiene.

*Sé bien que soy tronco*

*del árbol de lo eterno.*

*Sé bien que las estrellas*

*con mi sangre alimento.*

*Que son pájaros míos*

*todos los claros sueños...*

*Sé bien que cuando el hacha*

*de la muerte me tale,*

*se vendrá abajo el firmamento*<sup>[31]</sup>.

Qué humilde soberbia redentora puede dar al hombre descorazonado y final el grito íntimo de la poesía. El poeta se queda a solas en estos versos, para, solitario y desposeído, alzar su soberbia legítima y desconocida de hombre en pie, de ser iluminado y pleno. El poeta siente la vida con más profundidad y dolor que nadie. Si el hombre es clave del universo, bien puede decirse que el verdadero y único derrumbamiento de los cielos sobreviene cuando él cae a tierra.

Esta poderosa sensación de cimiento y altura, de clave y posesión, la tiene el alma

cuando acierta a estar a solas con la poesía, en intuición hermosa de una verdad inexplicable y emocionante.

Más que belleza, más que ensueño, la poesía es verdad misteriosa, certeza repentina y conmovida. Cuando casi olvidada te tenemos, andas entre las cosas, poesía, libre y eterna, tan pura sin nosotros. Y luego, el encuentro contigo, la salida imprevista al viento luminoso de la lírica.

Hay en la vida diaria de apremios y desganas momentos misteriosamente propicios al abandono en la poesía, secretamente cercanos al sosiego lírico y purificador. Si nadie viniese detrás de nosotros, si el tiempo y los caminos no viniesen empujando, podríamos en uno de esos momentos quedarnos para siempre en ti, poesía, madre inspiradora y total.

Buenas noches, poesía, buenas noches...

BUENAS NOCHES, PERIODISTA

Buenas noches, periodista, guerrador de la pluma caído hoy desde los altos titulares, buenas noches...

Víctor de la Serna, capitán del periodismo español, ha muerto con la muerte engañosamente repentina y anticipada de quien la lleva en sí, como algo no nacido, que de pronto le crece peligrosamente. Víctor de la Serna encarna ya para siempre ese modelo de periodismo animoso e intelectual donde la carga literaria no es impedimento que reste agilidad y gracia viajera. Porque ya teníamos el periodismo reposado, cuidado, ese periodismo que traslada toda la dignidad del libro a la página del diario. Nuestro país ha sabido equilibrar magistralmente lo literario dentro de lo periodístico. En la prensa anglosajona, por ejemplo, no es fácil encontrar el rigor intelectual tan graciosamente al paso de la urgencia informativa. Pero unos cuantos nombres que todos conocemos han conseguido entre nosotros la altura de pensamiento y cuidado estético que diariamente se suele encerrar entre las frágiles páginas de un periódico...

Y todo este caudal de cultura y permanencia aportado a la provisionalidad de la noticia, va aún más lejos y se pone en marcha, movido por plumas como la de Víctor de la Serna, para viajar el mundo con gracia y salud informativa. En la prosa de Víctor de la Serna, un recio estilo clásico, entre cervantino y quevedesco, torna el donaire doctoral en donaire reportero y toda la tradición literaria cobra agilidad de última hora.

Así era Víctor de la Serna, un guerrillero del periodismo que nos daba noticias urgentes de lo perenne. Pertrechado de clasicismo y casticismo, iba a las trincheras de la actualidad, o con audacia reporteril entrevistaba a los siglos. La recia prosa castellana era su mejor arma y cayado para enfrentarse al mundo y viajarle. Nadie en el periodismo moderno se ha movido tan ágilmente y desplazando tanta carga consigo. Carga que no le era embarazosa, sino que daba equilibrio y situación a esa pura fugitividad que es un periodista...

Buenas noches, periodista, buenas noches...

BUENAS NOCHES, VIAJANTE

Buenas noches, viajante, hombre que va ofreciendo su alma, como un muestrario, por las tiendas del mundo...

Alguien nos ha hecho vivir de nuevo la tragedia de Willy Loman, el viajante inolvidable creado por el teatro moderno. Una vez más hemos sentido cercano y doloroso a ese personaje de la calle que nos comunica toda la gris epopeya del hombre medio en este medio siglo. Se ha dicho entre nosotros que *la muerte de un viajante* era una obra de problemas extraños a la vida europea, una peripecia circunscrita al hombre de América, apresado en sus peculiares sistemas económicos y sociales. Pero la verdad es que Willy Loman es un hombre de todas partes, y su creador, si bien es cierto que ha hecho la crítica de la vida yanqui, también ha sabido trascender su intención hasta tocar la angustia universal del hombre moderno.

En la historia de Willy Loman se empieza por condenar el sistema de ventas a plazos

para acabar preguntándose por el hombre, por la familia, por la vida... La profunda humanidad de Willy Loman nos la da el hecho de que su limitación metafísica esté determinada por los pagos apremiantes de una nevera, y que sus pequeñas deudas de cada día, sea el alma quien las contrae. Willy Loman es el hombre moderno en la tragedia de siempre; es el hombre de siempre en la tragedia de hoy...

Uno ha escrito ya su elogio del viajero y ahora quisiera corazón y buen pulso para hacer el elogio del viajante. Aunque basta quizá con acertar en la distinción entre viajante y viajero. En el viaje se les diferencia enseguida. El viajero va de paso, de ida y vuelta a lo estable, vive la pequeña o grande aventura de su viaje. El viajante solo viaja, y es en el hogar donde está de paso. No da sombra en ningún huerto humano. Cuando muere, nadie busca en los cerrados muestrarios cuál era el color de su alma...

Buenas noches, viajante, buenas noches.

BUENAS NOCHES, DICKENS

Buenas noches, Dickens, señor Charles Dickens, anual narrador de la Navidad, buenas noches...

A determinada altura de su vida, hizo el novelista Dickens propósito de escribir cada año por estas fechas un cuento de Navidad, y del cumplimiento de este propósito quedó esa hermosa colección de relatos navideños que alguna vez han acompañado toda Navidad literaria. Los *Cuentos de Navidad*, de Dickens, son íntimas narraciones transidas de una grata repetición ambiental. Dicen un mundo nevado e invierno donde los ojos de los ciervos lucen entre la fronda helada como gotas de rocío. Y al fin, ese dulce resplandor de intimidad hogareña y paternal... El toque inequívoco de un creador que primero ha vivido y sabe dar la emoción humana con una simple transición ambiental del frío al calor, del corazón a la intemperie. Dickens llega a la literatura con una larga y acuciante biografía de hombre del arroyo. Él había vivido el desamparo de muchas navidades sórdidas, y conocía bien la emoción, las posibilidades literarias de un personaje que llega a través del invierno para calentarse un momento las manos.

No hay otro modo de escribir una novela que haberla vivido primero. ¿Cuántas veces peleó Cervantes contra los molinos de viento, antes que Don Quijote? ¿De qué oscuros sotabancos escapaba Carlos Dickens cuando aún no había escrito *Oliverio Twist*...? Cuánta vida novelada hay en sus *Cuentos de Navidad*, cuánta congoja de un hombre que efectivamente tiene nevados los recuerdos.

Pero uno va perdiendo la afición novelesca por las historias. Hay una primera edad del ansia novelera, porque la imaginación va más deprisa que la vida y necesita continuas anticipaciones. Mas luego, ya con una novela vivida o a medio vivir, perdemos interés por los argumentos, aprendemos que en la vida no hay argumentos; hay días simplemente. Y sólo de tarde en tarde, cuando algo nuestro va a morir con el año, releemos la prosa navideña de Carlos Dickens para conmemorar vagamente no sé qué noche de nieve...

Buenas noches, Dickens, buenas noches...

Cine

BUENAS NOCHES, CHARLOT

Buenas noches, Charlot, personajillo vivaz y temblón del celuloide rancio, garabato de sombra, mareado moscardón que se da de bruces una y otra vez contra todos los escaparates de la gran ciudad, contra el luminoso escaparate de la pantalla..., buenas noches.

Vuelves ante nuestros ojos, después de tanto tiempo, y andas más perdido que nunca por las grandes pantallas panorámicas. Porque tú no has necesitado grandes panoramas. Por el contrario, nos has enseñado que la miseria no tiene panorama, encerrando mucha humanidad —toda la humanidad— en un reducido cuadrilátero de luz, que sólo de tarde en tarde se abría en profundidad para poner campo a la persecución acrobática, a tu huida melancólica. Por entre el pestañeo nervioso del viejo

celuloide, vas y vienes, entras y sales, ganas y pierdes, eres un puro espectro de caballero con bastón, que se deleita con secas flores polvorientas y agónicas señoritas de litografía. Pero un pálpito de tierna y dolorida humanidad revuela aún entre tú y tus personajes. Y, de pronto, las imágenes anacrónicas se quedan quietas, cesa el ritmo lluvioso de la pantalla y una onda sentimental inmoviliza y eterniza la estampa, de alma a mirada, de corazón a sonrisa.

Tu presencia retornada nos devuelve a esa entrañable y desvaída erudición del cine primitivo. Y por detrás de ti asoma su copa la chistera de Max Linder, que es tu precedente, tu descomunal hermano mayor. Ya nos hemos acostumbrado, e incluso aficionado, a que detrás de las figuras que nos llenan la visión, haya otra figura anterior, menos espectacular y más silvestre. Y detrás de cada cosa buscamos siempre otra cierta cosa, que seguramente existe, y que es como un primer esbozo de la que tenemos delante. Es un poco, también, como el encanto de buscarle siempre a los patios un segundo patio, con musgo más ignorado, de buscarle a los fondos un trasfondo, a las antecámaras una cámara, con tapices más íntimos, y a los hombres troquelados por la fama, un hombre anterior, casi milagroso y casi inexistente. Y adivinar que detrás de ti está Max Linder, como detrás de Picasso está Cézanne, como detrás de Baudelaire está Poe.

Pero contigo, el juego se hace aún más interesante, porque resulta que ahora, después de tanto tiempo, detrás de ti también estás tú. Antes del Charlot que ríe o llora, otro Charlot ha llorado y reído. Siempre hay un Charlot anterior.

Buenas noches, payaso ilustre. Nos despedimos de ti con tristeza porque sabes y sabemos que todos tus tropezones y desengaños siguen haciendo tropezar a alguien, desengañando a tantos otros. Fuiste una ilusión, conmovedora y divertida rebelión contra muchas cosas, contra una sola cosa, y eres ya celuloide rancio. Quién sabe si nosotros, que ahora queremos ser una rebelión contra algo, quizá contra lo mismo que tú, acabaremos también —qué pena, Charlot— en celuloide rancio.

Buenas noches, Charlot, buenas noches.

BUENAS NOCHES, GUENDALINA

Buenas noches, Guendalina, sirena adolescente de cabellos de alga, buenas noches<sup>[32]</sup>...

Por tu culpa, por culpa de tan bellas sorpresas como tú, no acabaremos nunca de amar a Francia, de admirar a tu país y luchar contra un afrancesamiento que nos ronda la vuelta de cada Dos de Mayo. Y luego sale la rabia ibérica diciendo que el francés es un español venido a menos. No; ni eso, ni tampoco lo contrario, pero la verdad es que uno se pasaría la vida acodado en los Pirineos viendo vivir a Francia, de Lille a Marsella, de París a la Costa Azul.

Mientras París siga manufacturando gardenias como tú, Guendalina, mujeres-gardenia y filósofos genialmente dubitativos, Europa no pasará. Pasarán las Repúblicas y el Elíseo, pero Francia no pasará. Quizá los niños no vengan de París, pero no sé yo, entonces, de dónde traen la gracia rubia y la lengua de trapo aquellos niños que preferentemente acariciamos en el parque.

Te conocimos, Guendalina, en tu personaje de aquella bonita historia cinematográfica. Lo más inquietante, entonces, fue la adivinada identidad entre la chica del argumento y tú misma. El desear y temer que tú fueses y no fueses esa misma chica de escorzo matinal y resbaladiza feminidad...

Ahora, te has pasado un momento en España y ya está otra vez de pantalón corto el corazón masculino, muriéndose de adolescencia retardada y ganas de suspirar. Tú eres el azul y disparatado idilio que hay en toda la adolescencia, que le falta a toda adolescencia. Falla la memoria del sentimiento y ya no sabe uno qué pasó realmente en el bosque tierno de los diecisiete años. Pero llegas, de pronto, Guendalina, llegáis las Guendalinas del mundo a decirnos que no pasó nada, que todo se quedó en una

busca trémula, porque ahí estáis vosotras, tan imposibles como entonces... Qué ganas entran de no resignarse, Guendalina. Qué afán desalentado de escaparse contigo a las playas impunes del amor soltero. Porque la verdad es que nacimos para adolescentes y en vano ha crecido este bigote adulto que desgánadamente nos afeitamos sobre el labio sin besos.

Buenas noches, Guendalina, francesita de risa niña y ojos de selva, buenas noches...

BUENAS NOCHES, NAPOLITANA

Buenas noches, napolitana, mujer de la blanca y roja risa cinematográfica, buenas noches<sup>[33]</sup>...

Has sido ya muchas mujeres en la pantalla, has sido más bien una sola mujer; siempre tú misma, con brava y sana fidelidad a tu irreductible temperamento napolitano. Dice un escritor español que Nápoles es la ciudad ideal para quemar un millón de pesetas —varios millones— y después morir. Nápoles, orilla alegre y ruidosa del mar clásico, nos enciende la imaginación, el recuerdo excitante de lo que no hemos visto, con sus fogatas nocturnas sobre la playa melodiosa y popular. Nápoles vive la eterna prolongación de su último sarao renacentista y barroco, la fiesta cortesana y cardenalicia que los cocineros y las criadas del palacio heredan aquella misma noche en el jardín y propagan por la ciudad, por los barrios donde la pobreza se hace multicolor, hasta la playa de redes, adelgazado ya el bullicio en solitarias tarantelas de mar adentro...

Para los que no hemos visto Nápoles, bella napolitana, Nápoles eres tú. Te encontramos por primera vez en aquella película preciosista que se llamaba *Carosello napoletano*, encarnando ya, en tu incipiente y grata encarnación cinematográfica, la hermosura apasionada de la ciudad. Luego has sido en el cine otras muchas cosas, y tu claro impulso ruidoso no ha llegado a traspasar el frente de los fogonazos publicitarios, sorprendida para siempre en actitud de *pin-up girl*; pero tu calidad rotunda y cercana de criatura de Miguel Ángel, tu vecindad volcánica con un mundo de estatuas y hogueras, ha de diferenciarte, palpitante, del fugaz celuloide.

Hay en este mundo de hoy, mecanizado y simultáneo, un nuevo paganismo sin categoría, un culto multitudinario e hipotético del sexo, reducido totalitariamente a unas cuantas figuras como tú, mas piensa uno que junto al exhibicionismo gimnástico de una rubia tejana y la sensualidad desgánada de cualquier flor de cosmética, bien se merecía otro culto tu belleza homérica, ateniense, mediterránea, tu anatomía de tradición escultórica.

Buenas noches, gentil napolitana, gozosamente intermedia entre la solidez de la matrona sixtina y la gracia vocinglera de la fina *ragazza* que pisa descalza el mar histórico... Buenas noches.

BUENAS NOCHES, GELSOMINA

Buenas noches, Gelsomina, tierno payaso femenino, buenas noches<sup>[34]</sup>.

Ha llegado a España, con sensación periodística, la gran actriz italiana que para nosotros se llamará siempre Gelsomina. Gelsomina tiene una carita de risa y lágrimas, una gracia enharinada y friolera que en aquellos caminos de la película, de la historia cinematográfica, se iba tras una trompeta aldeana con tristísima alegría inmotivada.

Es tanto el desvalimiento del ser humano que un capote viejo e inadecuado hace ya llorar. Podemos sentirnos confortables y seguros dentro de nuestra ropa abrigadora, pero un abrigo que se nos queda pequeño es ya toda la tristeza del mundo. Un traje a la medida compensa de mucha inseguridad metafísica, pero Gelsomina va de aldea en aldea con una ropa absurda y miserable. El cine —sentimiento en imagen— nos da la medida del desamparo de un alma con la visión de unas mangas que se quedan raquílicas.

Débil y pasajera, Gelsomina, pájaro tontiloco, tierno espantapájaros desarraigado, bondad rubia del mundo, alma confusa de esperanza... Algo abandonado y sometido

hay en nosotros que nos identifica con un ser tan irremediamente hermano de la desgracia. Alguna vez hemos vestido el muerto capotón de la indignancia, porque todos tenemos escalofriada memoria de no sé qué miserias. Quizá la humanidad es menesterosa del cielo. Nunca sabremos bien esto pero es inquietante esa facilidad de identificación con el dolor, tan familiar siempre al hombre. Puede decirse que todo el sentimiento es memoria, y está bien claro que ni siquiera en el futuro confortable y sistematizado llegaremos a borrar este oscuro recuerdo telúrico de un hambre originaria.

Estamos cerrando todas las puertas que dan a lo infinito para quedarnos dentro con nuestra civilización, pero un ser angélico y circense, una eterna Gelsomina con mejillas de intemperie nos trae de pronto la angustia indefinible de este mundo sin techo en que vivimos.

A través del campo embarrado y triste, no sé qué hombres cruzaban haciendo sonar contra el viento una intemporal trompeta de pueblo. Y Gelsomina, desalentada, llorosa, abandonada y al azar, se iba sin razón tras la pobre música, tras la humilde alegría extemporánea y despoblada...

Buenas noches, Gelsomina, buenas noches...

BUENAS NOCHES, CAÍN

Buenas noches, Caín, sombra de huida y fratricidio, buenas noches...

Varias veces se ha tocado en la literatura el tema bíblico y universal de Caín y Abel, intentando siempre una visión nueva del gran mito, favorable en cierto modo al hermano fratricida, y ahora el cine nos ofrece una profunda justificación de Caín. Ya hace tiempo que se ha acertado a interpretar este doble símbolo bíblico, desvelando la grande y pecadora humanidad de Caín. No es nuevo, por lo tanto, lo que el cine ha querido darnos en el tema, pero sí valioso, convincente y turbador<sup>[35]</sup>.

Este Caín cinematográfico lo vive un actor que por su radical y dramático destino de hombre puede representar a toda una generación —la suya— de Caínes en potencia. James Dean, símbolo póstumo y excesivo de una juventud perdida, huye en bólicos suicidas de la mirada del cielo. La huida bíblica de Caín ha sido en nuestro tiempo la velocidad entre dramática y deportiva de toda una juventud que no quiere contestar a la pregunta del Padre. Sin haber matado a nadie, la nueva generación ha tenido no sé qué heredada memoria de culpabilidad, y ha repetido por el mundo la atormentada huida de Caín. Hay en el hombre rigurosamente joven y peligrosamente adulto de este tiempo un merodear esquivo, un movimiento entre la envidia y la inhibición que le emparenta con la fatal descendencia de Caín.

Porque quizá Abel quedó definitivamente muerto en el pasaje legendario, apuñalado con aquella quijada de asno. ¿Cuánto tiempo hace que no ha vuelto a nacer un Abel? Los holocaustos al Padre son ya invariablemente sucios, sangrantes y doloridos holocaustos de Caín. La humanidad no puede sino ofrendar su dolor y su esfuerzo en cada trance sublime. ¿Quién ha visto elevarse de la tierra la serena ofrenda purificada de Abel...? Un sarcástico despecho priva de mansedumbre a toda una juventud. No sé qué traición y no sé qué pregunta la ensombrecen en su huida por los caminos bíblicos y trashumantes del autostop.

Buenas noches, Caín, buenas noches...

*Música*

BUENAS NOCHES, CANCIÓN

Buenas noches, canción, alma efímera de las calles, buenas noches.

Pertenece a ese mundo volandero de cosas sin destino, de glorias y penas sin pena ni gloria, que tomamos y dejamos a cada momento, que a cada momento nos toman y dejan. Como el periódico de la tarde, como el billete de autobús, nos acompañas unos minutos —qué breve y voluble fidelidad— levemente embarazosa, mínimamente bienhechora. Luego, te vuelas de nuestro lado y te escuchamos allá lejos, o silbamos

tímidamente tu melodía porque vuelvas a canturrearnos.

Ninguna canción tan empedernidamente callejera y callejadora como la canción francesa, ronca de sonar todo el día por las esquinas de París con su ronquera y su aire golfo, se entra luego en las salas nocturnas a contar chistes políticos y emborracharse con los turistas. Por toda la barriada meridional de Europa andan canciones de calle en calle, va y viene la melancolía popular, la alegre buscona de un día, amante de pescadores napolitanos, pareja de horteras españolas, compañera del organillero parisino, el que hace sonar «*le piano du pauvre*», el piano del pobre que ha cantado Patachou... Oh, canción, a veces te haces corpórea y encarnas en mujeres como Lady Patachou, la que corta corbatas a los burgueses con el mismo desparpajo francés con que ellos cortaban cabezas cuando hicieron su Revolución.

Al otro lado del mar, en esa Norteamérica monumental de grúas, suenas canción, como una gasa murmurante, como un arrullo tontamente sentimental suficiente apenas a silenciar el son vibrante de un Harlem de tiniebla, torturado estallido que asciende en la noche hasta las azoteas siderales de los rascacielos, en las que se posa un resto averiado del viejo romanticismo europeo.

Y aquí, entre nosotros, canción, has caído hoy en la mala debilidad de la nostalgia, inconcebible en ti, tan desmemoriada y fugaz. Te ha dado por ponerte a recordar viejos tiempos, por vestir otra vez las funestas galas de tu abuela, la tonadillera, y ya cada cual silba su propia nostalgia, que será la de cada cual, pero de ningún modo puede ser la de todos. Nos has decepcionado, canción. Te estás volviendo cursi, nos traicionas con nuestro propio abuelo, y ya este tiempo no es tiempo de himno ni tiempo de canción.

Buenas noches, canción, y vete a dormir... Buenas noches.

BUENAS NOCHES, ISLEÑO

Buenas noches, isleño, habitante de un breve continente marítimo, buenas noches.

Contemplado imaginativamente desde aquí, desde tierra adentro, apareces con un *nabab* del ensueño, como un apacible reyezuelo indolente y pescador. Te ciñe tu limitación geográfica, vives tu hermosa vida de náufrago de nacimiento, de melancólico náufrago a salvo, entre el faro y el puerto, entre el mar y el mar.

Con una ínsula soñaba Sancho calenturientemente, sequizamente, desde su aldeanía de tierra y más tierra. Nada tan sugestivo puede ofrecerle su fantaseante señor como una verde y azul y femenina ínsula, nombrada así, con su acento gótico y esdrújulo. Toda la España sanchopancesca de tierra adentro sueña siempre, desde el castellano almirante Bonifaz, con su imposible salida al mar, con su Barataria coralífera y paradisíaca. Hay un Don Quijote isleño por lo tanto, que de algún modo imaginaría descansar de sus caballerías en la isla gobernada por su escudero. Como hay un Napoleón isleño, el más interesante, quizá; como hay un Romanticismo isleño, el de Chopin.

En Mallorca, en la Mallorca mediterránea y lejanamente helénica, encuentra Chopin la dulce réplica a su romanticismo de penumbra. Allí la luz, el azul y el blanco latinos le hacen Robinson doliente del sentimiento, naufragado y a salvo frente al mar clásico. Y como Robinson, reconstruye en la isla su originario mundo civilizado, encuentra su cartuja romántica. El mundo antiguo y el sentimiento nuevo conviven entonces en el músico. A todo el Romanticismo europeo habría que haberle llevado, quizá, a una isla mediterránea y virgiliana. A una isla sin cartuja y sin penumbras, para someterle a una cura de sol y aire libre.

El existencialismo, ese romanticismo atroz y sin musa, practica hoy una cultura física que los románticos no llegaron a practicar. Y el existencialista Albert Camus cifra toda la maldad de un personaje suyo en el hecho de que ese personaje no ha visto nunca el mar.

Tú sí has visto y ves el mar todos los días, isleño, eres nacido de la paternidad

marítima y te imagino clara, salobre, tocada de la gracia bautismal del mar...

BUENAS NOCHES, GUITARRA

Buenas noches, guitarra, cadera musical de Andalucía, buenas noches.

Más le valiera a uno no haber tenido nunca una guitarra en la mano, porque no hay ser más desmañado y desacompañado que el que empuña una guitarra sin saber tocar la guitarra. Pero es inevitable. El instrumento tiene un algo femenino y ofrecido que invita a tomarlo en brazos. Y ya con la guitarra en la mano, incapaces de hacerla sonar, ella se cierra en un mutismo de mujer defraudada, y uno se siente torpe, anglosajón, ridículamente severo, exilado definitivamente de la Andalucía sonora y guitarrera. Mal que bien, todo el mundo sabe hacer que toca el piano, cualquiera hace sonar la flauta por casualidad, pero nunca una guitarra ha sonado por casualidad, como no sea que la tarde se ponga muy andaluza de taconeo femenino y conversación, que entonces se le suele escapar una inexplicable nota melancólica, como un suspiro, a la expatriada guitarra colgada en la pared norteña.

De nada nos vale escapar diariamente a Andalucía por los caminos de la evocación, de nada vale sumarse a distancia, con repentina sangre jaleadora, a la zambra solar del sur, a ese corro de palmas y fuego que hemos gozado una vez de cerca y mil de lejos. De nada vale, porque al fin nos ponen una guitarra en la mano y nos quedamos en unos pobres andaluces de mentira, castellanamente palurdos y sin gracia. Somos eunucos de la guitarra y la tenemos en los brazos como el que no sabe coger a las mujeres por lo más musical de la cintura con valentía y confianza.

Y nuestra cristiana y pecadora pasión por la Andalucía sulamita se hace más imposible y desafinada. Si supiésemos tocar la guitarra, qué borrachera de evocación solear, qué silenciosas bulerías del alma con acompañamiento de bordón. Ay, señor Abderramán, quién supiera tocar la guitarra...

Buenas noches, guitarra, buenas noches.

BUENAS NOCHES, MARÍA CALLAS

Buenas noches, María Callas, irascible y pianísima María Meneghini Callas, buenas noches.

En un gran festival decembrino y cosmopolita del día 19 en París, María Callas va a cantar ante esa alta sociedad internacional que va y viene de América a Europa como una resaca de mundanismo cada vez más limitado y como enfebrecido. Hay una irregular nevadura de aristocracias crispándose casi angustiosamente sobre uno y otro continente. Los últimos brillos de todo un lujo sobrevivido se resecan en su ápice mortal de exquisitez bajo el sol privilegiado de los imposibles cruceros de placer. Una era del lujo va a extinguirse y no sabemos si nacerá ya otra. Pero esto es ponerse trascendental, hablar ya del futuro, y nosotros sólo queríamos hablar del día diecinueve del corriente. Concretamente, de esa fiesta parisina y de María Callas, que ya está amenazando con aguarla. Ella, nubarrón de decorado operístico, viene nublando últimamente muchas hermosas fiestas donde la alegría se pone de largo...

María Meneghini Callas, una especie de anticiclón filarmónico, es hoy por hoy principio y final de toda solemnidad en los calendarios del buen gusto. María Meneghini, cantatriz torrencial, irascible valquiria escapada de la ópera wagneriana para escandalizar otras óperas más amables, lo mismo llueve el chaparrón de su voz que el chaparrón de su malhumor. Esa es su gracia, claro. Con ella siempre se corre el riesgo, y no se sabe cuál es más exquisito, si oír cantar a la Callas o haber sido decepcionado por la Callas.

Como todos los irascibles, algo tiene ella que ver con la meteorología, y no es posible escribir de su personalidad sin hacer metáforas atmosféricas. Al norte limita con los temporales y al sur con Elsa Maxwell, los Aga-Kanes, los duques de Windsor y el griego Onassis. Un nublado wagneriano y cumuliforme cruza cada día cantando renegadas arias por los cielos orquestales de la ópera, por el azul millonario de las

vacaciones elegantes...

Buenas noches, María Callas, lírica y enfadadísima María Meneghini Callas, buenas noches.

BUENAS NOCHES, MICAELA

Buenas noches, Micaela, planta de mujer rotunda, Micaela Flores, gitana, andaluza trepadora, buenas noches...

Micaela Flores, la Chunga, España de faralaes, una nueva diablura de Andalucía puesta a embromar al mundo y armar el tango. Ya tenemos juerga en Picadilly Circus. Ya tenemos hoguera para que los nórdicos se calienten las aristocráticas puntas de los dedos. En el Sacromonte las bautizan, y se van por el mundo a levantar polvareda. Micaela Flores, un terremoto como otros. Una nueva amenaza sísmica de Andalucía volcánica con repercusión en los tablados elegantes y la tierra firme de los anglosajones. Taconeando salen de su pueblo y suben hasta Groenlandia. Pierre Louys y Mérimée, que se dan de entendidos, las dejan pasar de largo. No hay quien escriba andalucismos cuando la Chunga se sube a zapatear encima de la mesa.

Micaela Flores, la Chunga, delgada, genial, hambrienta, gitana, estrepitosa, embarullada, inspiradísima, bailaora, guitarrera, incontenible... Ya tenemos palmas en el corro europeo, ya tenemos juerga en los cinco continentes. La zambra se oye en Noruega.

El campamento electrónico de la televisión es como el campamento loco de la gitanería, con el hambre ahumada y el aire renegrido. De uno a otro va la Chunga —hembra campamental y peleadora—, de uno a otro pasa con desparpajo y majestad de tribu.

Se le notan los huesos, se le nota la raza, se le nota bajo la piel ofidia el genio afiladísimo y desnudo. Allá va la Chunga, allá va la hembra, allá va el escándalo trascendental de los tacones y las bulerías. Ya tenemos juerga al norte y al sur. Y la cerveza sajona, borracha de manzanilla.

Buenas noches, Micaela, buenas noches...

*Pintura, arte y arquitectura*

BUENAS NOCHES, BELLEZA

Buenas noches, belleza, adversario sin tregua, verde embriaguez que me tiene ahora vencido, con los labios errantes por un vago dulzor, buenas noches...

Imágenes del agua, dispersiones, contactos de la altura, huecos de luz, de sombra, de fragancia, adonde el día no entra de momento, todavía me rondan, se me posan, colorean mi cuerpo. He viajado, he latido, he sido lo más cierto entre las luminosas certidumbres. Te he dañado, belleza, creí en algún momento hacerte peligrar, pero inmensa, presente, invulnerable, me agotabas el esfuerzo y la mirada... Frente al alma tibia de nostalgias, futura de ensoñaciones, aprietas tus colores, tu abundancia, tu profusión de vida, tu verdor de actualidad. Con esta alma de soñar, de perseguir ocasos y futuros, ¿cómo enfrentarse al presente, a la reciente verdad? En sabores, en nombres, en luces circunflejas se dispersa mi esencia, me dispersa el estallido múltiple y maduro de la existencia. ¿Cómo hacerse unidad sobre la tierra...?

Algo dice, algo sueña esta azul apariencia, algo espera de los hombres tanta luz en ofrenda. Pero un viento lo torna, una contraprimavera pone del revés las hojas, los corazones, el ansia. Ahora, paisaje y belleza suspiran, anhelan, quieren, se elevan con mi impaciencia. Entre mi pecho y el cielo, entre pregunta y respuesta tiembla, llena de mensajes contradictorios, la estrella...

Durante muchos siglos, belleza, diosa de brazos cortados, has sido el ideal del hombre. Entendida, primero, como perfección de mármol, y más tarde, en el altar renacentista, como eclosión del ser. Eso es el Renacimiento, belleza: un echarse a andar del clasicismo estático. Pero no tardó el Romanticismo en hacerte su gran desaire. Desde entonces, belleza, desde el primero y mejor Romanticismo, eres ya la gran desairada

de la historia. Se ha querido saber de ti, descifrar tu armonioso enigma, aprender qué es lo que representas o lo que escondes, cuál sea tu sentido en el mundo... Se ha llegado a dudar, incluso, de tu existencia, sospechando que no estás en ti, sino en quien te ve. Y como seguías ahí, después de todas las interpretaciones, dándonos tu maravillosa existencia, hemos decidido que no tienes interés, que eres algo secundario, una mera apariencia; te hemos desairado, dedicándonos a lo feo, que resulta, al cabo, tan inexplicable, tan enigmático —e incluso tan bello— como tú misma.

Buenas noches, belleza, continente feliz y despoblado, buenas noches...

BUENAS NOCHES, PROFETA

Buenas noches, profeta, voz que clama en el desierto, buenas noches.

La imagen de ti que tengo ahora en la mente, al saludarte, no es la huracanada estampa de los profetas bíblicos, ni la sensual alegoría calenturienta de los profetas del Corán. Es, más cercanamente, el recuerdo de esa cabeza de profeta que iluminara en hierro el genio aragonés de Pablo Gargallo. Alguna vez he contemplado esa cabeza, si es que cabe decirlo tan sencillamente hablando de tal obra, que no es sólo para contemplarla, en el sentido habitual de contemplar. Ante ese hierro vaciado e inspirado, no basta confiarlo todo a los ojos. Es preciso que la mirada nazca desde muy adentro y en disposición creadora, porque el artista hizo su escultura de mitades huecas, de perfiles en el aire, que el contemplador deberá adensar y configurar con su personal óptica, participando en la propia creación de Gargallo. Pablo Gargallo, profeta él mismo al crear su *Profeta*, anticipó la fórmula de la escultura moderna, que encuentra su forma de permanencia en esa colaboración que espera y necesita del espectador. Si la Venus de Milo puede contemplarse objetivamente, como algo completo y distante, toda obra moderna, por el contrario, precisa siempre una interpretación. El arte clásico exige admiración; el arte moderno pide compenetración.

Pablo Gargallo es el otro gran Pablo, el otro gran profeta del arte español contemporáneo. Profetas con un mismo nombre bíblico, no están muy lejos el uno del otro en el arte y en la vida. Y más cerca que nunca, quizá, ahora que Pablo Picasso se ha pasado a la escultura. Más cerca o más lejos, porque de los modelados macizos y los bronce chatos de éste a los filos ideales del aragonés, va toda la distancia que hay entre los dos eternos polos de nuestro arte. No sabemos de Picasso que haya tocado nunca el tema del profeta, y se comprende, porque en su arte no hay profecía sino, más bien, ya apocalipsis. Su arte corresponde a un tiempo sin profetas. Tolstoi fue el último gran profeta al estilo bíblico.

Buenas noches, profeta... Te saludo sin saber si aún quedan profetas en el mundo. Saludo en ti a una de las más antiguas y hermosas figuras de la humanidad.

Buenas noches, profeta, buenas noches...

BUENAS NOCHES, TOULOUSE-LAUTREC

Buenas noches, Toulouse-Lautrec, enano genial e ilustre, buenas noches.

Esta música que ilustra mi prosa, mi saludo de cada noche, es la canción del Moulin Rouge, y evocar el viejo y alegre Molino Rojo es evocarte a ti, convocar tu alma solitaria y desproporcionada para el aguardiente febril de las altas horas.

Tenías un amigo que se llamaba Van Gogh. Tenías un amigo que se llamaba Gauguin. Tenías un amigo... Qué nombres, Toulouse, qué amistad descomunal de gigantes predestinados, qué manera de asegurarte el porvenir, en la coyuntura del nuevo siglo, el arte europeo. Estaban todos. Ahora os imaginamos así, reunidos, hermanos de genialidad, porque la historia gusta de componer estos grupos. Degas, el sutil sorprendedor de bailarinas entre soñados bastidores; Renoir, popular y exquisito; Gauguin, viajero de limbos tórridos; Van Gogh, el loco... Y tú, enano ronco entre aquellos gigantes, gigante como ellos, gigante truncado y doloroso.

Vinieron otros nombres, mágicos y creadores como los vuestros: Cézanne, Rouault, Modigliani, Marc Chagall, Matisse<sup>[36]</sup>... Todo el mundo sorprendente y virginal de la

nueva pintura, del nuevo arte, de la nueva belleza. Y tu nombre entre los precursores, entre los milagrosos. Entre todos ellos tu nombre elegantísimo, ya con la roja leyenda de tu vida sobre su eufonía ideal: Henry de Toulouse-Lautrec... Qué nombre de *dandy* volteriano. Tenías el dandismo del nombre, Henry, aunque fueses un trágico bufón serio, un *dandy* bufonesco, una dramática y predestinada mitad humana. Henry de Toulouse-Lautrec.

Como Verlaine, como Poe, como Baudelaire, alma alcoholizada y sublime. Como ellos, hombres últimos y fatales en que la especie llega a un adelgazamiento imposible, en quienes la humanidad toda parece jugarse definitivamente salvación y condenación a cambio de un verso divino, de una iluminación genial, de un trago de aguardiente maldito.

Henry de Toulouse-Lautrec. Trasluz alegre y ruidoso entre dos siglos. La bella época, la bella Francia, la bella y mentida alegría de unos años ilustrados y sorprendentes. Giraban las aspas frívolas del Moulin Rouge.

Europa, dama de miriñaque, aún podía aliviar sus jaquecas con el frasco de las sales.

Buenas noches, Toulouse, Henry de Toulouse-Lautrec, buenas noches.

BUENAS NOCHES, INFANTA

Buenas noches, infanta, fina doncella arquitectónica, casa en figura de hada, buenas noches<sup>[37]</sup>...

Sin duda que ya alguna otra vez he escrito de ti, te he dedicado mis requiebros de galanteador de la arquitectura, pero debes disculparme mi insistencia de enamorado. No sabiendo cómo llamarte, de puro lírica y recatada, te damos ya familiarmente el nombre de tu creador, del genial catalán alucinante. Gaudí nos dejó en este ángulo precantábrico, lejos de su arrebatado gótico y alado, esta leve fortaleza de paz que eres tú, este esbelto sosiego legendario, este «Erase una vez...» de fina piedra.

Casa de Gaudí, delicada como una viñeta romántica. Estilizada viñeta para ilustrar femeninamente las mayúsculas de una historia entre nórdica y adolescente... Bajando de la catedral, de aquella apoteósica gótica y solar, trascurren cuesta abajo siglos enteros de la Historia, hasta desembocar en el novecientos provinciano de esa plaza con acacias donde estás tú, gentil infanta de piedra. Un vago catalanismo tiene esa plaza con arquitectura de Gaudí y palomas mediterráneas. Pareces allí una casa encantada; eres tú misma el hada y vuelan de ti palomas que guardan tu encantamiento.

Bajando de la catedral, qué dulce encuentro contigo, como con la novia provinciana a la salida de la iglesia, allá por los tiempos que tu presencia evoca con tierno anacronismo... Tiene allí la ciudad su más delicado momento. Esta ciudad es de corazón firme y ventilado, ignora quizá, o finge ignorar ese primor provinciano de la casa y la plaza, de la plaza y la casa. Bajando de la catedral, qué ganas de quedarnos allí, de no seguir adelante, al asfalto espacioso y los escaparates insolentes.

Buenas noches, infanta... Ahora que la fantasía creadora y fascinante del iluminado catalán asombra el asombroso Nueva York con su mágica calidad de estalactita submarina, nos detenemos nosotros a contemplar sosegadamente, provincianamente, su obra más sencilla y amable... Buenas noches.

BUENAS NOCHES, FANTASÍA

Buenas noches, fantasía, incendio mágico del mundo, buenas noches...

Ya que no la aventura privilegiada de la fantasía, queremos poner en la vida diariamente un poco de imaginación, que es algo más entrañable y humilde.

Imaginación es lo menos que necesita la realidad para ser vivida. Sin un toque de imaginación por nuestra parte, ni siquiera existiría esa realidad que nos parece tan evidente y contrastable. Imaginación vamos poniendo cada día en las cosas para que sean distintas, para que sean ellas mismas. Pero la fantasía, que es una forma heroica de imaginación, sopla a veces de costado y nos prende en la solapa sus colores

repentinos...

Esta noche, fantasía, quisiéramos volar contigo, dejar al sueño encerrado en casa como una esposa dormilona y tediosa, y desvariar a lo lejos entre las aspas giradoras de las estrellas. Esta noche las constelaciones tienen fugacidad de pirotécnica y la luna está en pecado mortal. Vamos a hacer la sombra más negra, más profunda y peligrosa, que hay borrachos y homicidas por las esquinas, violinistas dormidos en alcobas de intemperie y mujeres desnudas junto a la fuente pública...

Una lejana carreta sale de la ciudad por el camino sucio del suburbio. En el insomnio de los niños y el éxodo de las vírgenes, tiembla y suena la blanca lámina del frío. Hay por el mundo confusas mudanzas, lentas emigraciones sin voz, grupos movientes del luto y el regreso. Están cayendo todos los vínculos, todos los puentes con el día venidero; el nuevo día no encontrará dónde amanecer, habrá de errar con su parto lentísimo por los mares vacíos, por los cráteres últimos. La noche proclama su rebeldía poniendo en pie vagos ejércitos de ebriedad, erigiendo gimnastas y anticuarios, blancos taberneros y alegres prestamistas.

Llegan jardines de música a lo largo del desamparo y el otoño hace su fiesta en los torcidos callejones de la persecución. Que no se apaguen las hogueras de lluvia, que no se cierren las ventanas del campo... Hagamos algo heroico y sin remedio antes de que llegue el día, hagamos de esta noche un día negro y fabuloso.

Buenas noches, fantasía, buenas noches...

BUENAS NOCHES, VANGOGH

Buenas noches, Van Gogh, loco resplandeciente del arte nuevo, buenas noches.

Todo el grupo genial y precursor habéis vuelto a reuniros, como espíritus convocados por el golpeteo rítmico del martillo subastador. Con ocasión de una reciente subasta londinense vuestros nombres han sonado juntos una vez más. Cézanne, Manet, Van Gogh... Los de siempre, el núcleo inventor y disparatado de donde iba a salir el arte de nuestro tiempo.

Una vez más, la sátira tan repetida, la ironía de la posteridad generosa, volcando miles y miles sobre los nombres gloriosos e indigentes. Pero no cambia ya vuestra miseria, no puede cambiar. Es algo extraño esa lluvia de oro sobre una mendicidad eterna ya, inmortal.

Saludo en ti, turbador Van Gogh, a la raza de los fracasados en vida, de los «malditos», de los hombres desapacibles y sangrantes que vivieron en contra, atravesados en la humanidad, eternamente inadaptados y en éxodo. Eres hermano de Verlaine, de Toulouse-Lautrec, de Baudelaire, de Poe, de Wilde y tantos otros. Formáis una legión arcangélica y maldita de entrañables dinamiteros. El hombre de orden y paz hipócrita no os perdona vuestro hermoso atentado contra el tedio tradicional. Sois mártires profanos de un ideal peligroso y clarividente, y bien sangrante está vuestro dolor en la obra que os heredamos, esa obra de rebeldía y predestinación que hoy se permuta en las subastas elegantes del mundo.

El banquero confortable, el esnob momentáneo, se permite adquirir vuestra mercancía de fracaso, mercancía ya de marchantes y subastadores, que ha entrado en cotización y monopolio. Tu aventura, noble Van Gogh, tu alucinación y tu intemperie pueden resultar decorativas sobre las sólidas paredes del oro.

Buenas noches, Van Gogh, desarrapado ilustre que ya nadie podrá abrigar, buenas noches...

BUENAS NOCHES, PUREZA

Buenas noches, pureza, hábito blanco de no sé qué virgen, túnica larga del alba, buenas noches...

Todos andamos enamoriscados de la pureza. La pureza es una señorita blanca que hace ascos a la vida. Quisiéramos seducir a la pureza y acabamos seduciendo a una viuda que se las sabe todas. Lo malo de la pureza es que sólo sirve para dejar de serlo.

En forma de primavera o de muchacha tímida, no sabemos qué hacer con ella. Hay un arte dedicado a la pureza y otro arte que quiere ser la pureza por sí mismo. La escultura griega se consagra a imitar la pureza, y quizá sea éste el único medio de purificación del arte, porque ese otro arte que quiere ser puro en sí mismo, quizá no lleva a ningún sitio. Aunque puedan parecer semejantes, son dos posturas contradictorias. Una consiste en creer que la pureza es un objeto, algo visible que está delante de los ojos. La otra ve un mundo impuro y se niega a tomar nada de él, se depura incluso de sí misma.

Los eternos buscadores de pureza han seguido siempre uno de esos dos caminos. A la pureza objetiva se le llama ya clasicismo. En cuanto a la pureza entendida como fuego interior, como perfección subjetiva e individual, es algo entre el narcisismo y la mística, entre angélico y luciferino.

El arte y la poesía del mundo acaban de pasar por una forma de pureza mental, cerebralista, que ha dado paso sin etapa intermedia a la promiscuidad del tremendismo. Así pues, tu último reducto, cándida pureza, ha sido la mente del hombre, como antes lo fuera la anatomía ideal o el manto de una virgen. Y de ese último refugio has salido para perderte no sé dónde, para errar por un mundo que se te hace inhabitable, un mundo de suciedad existencial, de necesaria impureza.

Sin embargo, aún suele acontecer que a la caída de la tarde, en el cielo perseguido de humos una mirada de hombre quinquenal cree entrever la pureza, desvelada un momento y remota... Sí, aún te ensoñamos, pureza, sentimos la necesidad repentina de creer en ti, de presentarnos a ti con nuestra chaqueta polvorienta y cansada, como ante la novia de la belleza inocente.

Buenas noches, pureza, buenas noches...

BUENAS NOCHES, PICAPEDRERO

Buenas noches, picapedrero, ilustre José Clará de la muerte reciente y octogenaria, buenas noches.

«Marianet, el picapedrero», se hacía llamar el gran Benlliure, con humildad no exenta de zumba levantina, y este otro gran mediterráneo y artista, José Clará, fallecido ahora mismo, tiene también la calidad artesana y sincera del valenciano, que nos sugiere el llamarle picapedrero, sublime picapedrero; trabajadores ambos de la piedra en un prolongado y hermoso milagro de taller, que es donde hace sus milagros la inspiración, más que en la pista vistosa del exhibicionismo.

José Clará y Ayats, nacido en Olot hace ahora ochenta años, muere a la mañana siguiente de su última jornada de taller. Se va y queda, con José Clará, toda una Cataluña artesana y artista, esa Cataluña ceramista y escultora, decoradora y selecta, que jamás pierde el gusto por lo manual, por la humilde alfarería de las cosas; fidelidad a sí misma que la salva en su continua y peligrosa aventura de europeísmo. Cataluña, mal y bien influida a diario por lo reciente y lo extranjero, tiene su clave de asimilación y autenticidad en un sapientísimo reconocer el barro, que nunca se acostumbra a la cocción de otros hornos. Cataluña, en venturoso y arriesgado trance de europeísmo, no se salva por localista o intelectualista, sino que se salva simplemente por artesana.

José Clará trabajaba para él mismo en estos últimos tiempos. Iba poblando su espaciosa mansión y el jardín que la rodea de diarias creaciones, de esas suaves y recias criaturas que obtenía de la piedra con esfuerzo y comunicación. Clásico y perfecto final de artista. Las figuras, ahora, se le quedaban cerca, en el jardín, en la azotea. Creaba en soledad para hacerse compañía, se inventaba en piedra sus amistades de última hora, escogía a sus amigos con paciencia cinceladora de entre la roca del mundo. Ha muerto acompañado después de hacerse él mismo las estatuas de su jardín. Más que un clásico, era un obrero de su propio clasicismo.

Buenas noches, picapedrero, buenas noches...

SEGUNDA PARTE  
EL PIANO DEL POBRE (1959)  
El mundo en sus labios

## INTRODUCCIÓN

El tiempo, el tiempo mismo, cotidiano y metafísico, es el organillero que hace girar el manubrio, que hace sonar el piano del pobre, el organillo elemental y esquinero.

Nada de tipismo, ya, nada de costumbrismo canalla y pintoresco. Sólo un intemporal organillo donde suena sin sonar la piececilla tonta del sentimiento que no sabe sentir. El pueblo no tiene un piano para decir bellamente lo indecible. El pueblo no tiene siete años de conservatorio para que la inspiración salga comedida y bien corcheada. El pueblo no sabe sentir al piano. Sólo tiene un organillo sin prestigio donde los temas sublimes suenan desafinados, rebajados, envilecidos. Pero son, sin embargo, los mismos temas que hacen aristocráticos otros corazones. Los mismos temas en versión precaria y repetidora. La inspiración movida a manubrio.

Nada de estampa chula y local, ya está dicho. El organillo que ha cantado Patachou —ácida y profunda Lady Patachou—, el piano del pobre, «*le piano du pauvre*», tiene sus quintas sinfonías de intuición y coraje.

Aunque apenas queden organillos por las calles —y los que quedan carezcan de una verdad que nunca tuvieron— el pueblo sigue desahogándose a golpe de manubrio. El pueblo nunca tendrá paciencia ni dedos para tocar el piano y sigue sintiendo con sentimiento el organillo. Pero sus temas son lo mismo que los sutiles temas de salón, porque no hay más que unos pocos temas universales, un escaso repertorio trascendental para los intrascendentes pianos y organillos del mundo. El pianista de cámara tiene más partituras, no más temas verdaderos que el desheredado piano del pobre.

Enronquecida melodía del mundo que suena en el piano del pobre sin tino ni grandeza. Errante armonía malparada de una humanidad sin vocación coral, que acaba siendo torpe música provisional en el conmovido piano del pobre...

(8 de enero de 1959)

## RUEDO IBÉRICO, JARDINES Y PASARELAS

### LA FIESTA BRAVA Y LA LITERATURA BRAVUCONA

En algún sitio ha sonado el clarín. Un lugar al sol y a la sombra en el redondel taurino, el sol ibérico de la fiesta y la sombra vacía de la primavera que aún no es, un ruedo de toros, no sé qué ruedo, ha conocido la primera corrida de la temporada. Uno, tan lejos de esas cosas, no sabe exactamente si es o no es noticia que comience la temporada. Pero allá va, si no como noticia, como saludo, como posible tema de conversación, como apunte del natural...

Aunque se nos pudiera decir que, al fin y al cabo, un organillero trasnochado y menestral no tiene por qué hacerle ascos al tipismo, al casticismo, al españolismo, o lo que sea, del ruedo ibérico. Pues claro que no. Uno no le hace ya ascos a nada, ni a nadie, y mucho menos a este parentesco voluntario y aleatorio, como un compadreo, con la gente de la fiesta. Si bien es verdad que este organillo nuestro va ya siendo un algo metafísico que ha dejado de ilustrar las esquinas populares para sonar corazón adentro. Pero también la fiesta se ha adelgazado, se ha depurado, y anda llevando en hombros, del ruedo a la Academia, del foro al tentadero, confundidos intelectuales y matadores, docentes y monosabios, en un trajín literario-taurino, chispero-erudito, que ya no hay quien lo pare. Es adulterar la fiesta, cuando ya se ha demostrado que no le van las mezcolanzas. Como los compuestos cómico-taurinos-musicales, todo viene a ser charlotada.

Pero el piano del pobre, a mitad de camino entre la fiesta brava y la literatura bravucona, está hoy en la duda de si tendrá alguna deuda de tipismo pendiente con los toros, y por si así fuera, vamos a dar la noticia despistada y escueta de que se ha abierto la temporada.

Si alguien ha llamado al torero «hombre vestido de naipes»<sup>[38]</sup>, sigamos el símil y digamos, porque es verdad, que toda la fiesta sabe a juego de cartas, a una brisca en la solana ibérica, como ese ajedrez monumental que en algún sitio se juega con figuras vivientes. Esta primera corrida que ha abierto plaza habrá sido un barajar y cortar, un inicial dar cartas y ensayar envites.

Y uno, que no va a los toros ni juega a la baraja, siente hoy, ya digo, sin saber por qué, así como la voluntaria obligación de anunciar que se ha iniciado la temporada.

### SANFERMÍN

Siete de julio, San Fermín. En el tórrido santoral de julio, en el calendario litúrgico que julio incendia en su llama más paganizante que teológica, irrumpe el San Fermín pamplonica, soltando sus toros de furia agachada y galopante, entre negras cornadas y roja valentía...

San Fermín, a siete de julio, con toros que vienen embistiendo desde el uno de enero y dos de febrero. Pamplona carlista y orfeónica, Pamplona moza y pelotari embestida de toros contumaces, como en una nueva invasión de Carlomagno, en un nuevo tropel de Historia y geología... Y después del vendaval, la ciudad queda en pie, bien puesta y bien fajada, blanca de domingo y roja de juventud. Todavía, una vez al año, corremos en España delante del toro geológico, del bisonte altamirano, y por la navarra calle de la Estafeta pasa toda la prehistoria en dos minutos bajo las cámaras fotográficas y la barba neolítica de Hemingway.

El toro de Iberia se desmanda esta mañana en Pamplona; Iberia desmandada durante unos breves y acumulados minutos. Por nuestra piel de toro galopan hoy toros de bravura y embestida. El español necesita correr delante de un toro por lo menos una vez al año, soltar las furias de la raza para cinco alucinantes minutos. Sea el encierro de los sanfermines o el motín de Esquilache, nuestro pueblo sale a la calle a pisar pueblo, al vértigo ancestral de una loca carrera detrás o delante de los toros

trascendentales.

Los sanfermines son la antitauromaquia. Toda la gracia y el rito circular de la fiesta brava tiene su desordenado y atormentado revés en el encierro pamplonica de esta mañana. Tanto como la moneda fuerte y antigua del ruedo, acuñada de sol y tradición, España es el vendaval turbio y rojo de San Fermín. Nuestro culto céltico del toro se desborda y precipita por la calle de la Estafeta. Toda la norma y reglamento, toda la tradición y pictórica de la fiesta, con su senequismo, su metafísica y su don José María de Cossío, saltan en remolino, en múltiple caudal, en esta mañana de verano. Río heterogéneo contra los flancos estatuarios de Guerra y Manolete. Los sanfermines son la antitauromaquia.

En la mañana clamorosa de San Fermín, toda la fiesta queda abolida y el íbero vuelve a encontrarse a solas frente al toro.

#### EL BOTIJERO

Con el verano, llega el botijero. El botijero, su burro y sus botijos, ponen una Extremadura breve bajo las acacias de la ciudad, en la hora de la siesta, cuando el sol y el sueño confunden las geografías.

La siesta limita al norte con las espumas litorales y al sur con la pereza meridional. La siesta, ese reino intermedio de lo onírico, confunde y prolonga sus límites dentro del día, crea sus propios personajes de entresueño y tiene un solo personaje real: el botijero.

Por la siesta de todos los españoles, por la soñolencia dorada y sombreada de las cuatro de la tarde, pasa un botijero extremeño, lento, retostado, con su burro y sus botijos. Soñamos formas de frescor en la siesta como la eterna sed extremeña imagina su variedad de vasijas en el alfar. En el país sin agua, se construyen los mejores recipientes para el agua. Extremadura, reseca de soles, le pone frescor de barro al agua susurrante que va por los canales en sombra de la siesta.

El botijero es una figura arcillosa del costumbrismo, con su blusón y su sombrero, un personaje de siempre en la stampa del tipismo, como este organillero de mala gana. Agüita fresca para los geranios del vecindario y para el gaznate sediento, agüita fresca en el botijo fino del botijero, agüita fina que tiene su música en las notas ligeras del piano del pobre. Como el agua sultana de las fuentes granadinas tiene su Falla y su Albéniz, el organillero es Falla y Albéniz para el agua humilde que riega los geranios y se refresca en el botijo.

A veces, en el botijo más grande, lleva el botijero agua para él solo, provisión de agua fresca para su travesía del Sahara estival. Toda la delicia del verano, pensamos, sería beber por el botijo particular del botijero. Como el cuchillo en casa del herrero —cuando no de palo—, como el pan en casa del panadero, el botijo que usa el botijero tiene toda la sabia y complacida artesanía del artesano que trabaja para sí mismo. Qué obsesión refrescante, entre la sed y el sueño de la siesta, el botijo del botijero...

Qué terco capricho de verano, en la rabieta calurosa de julio, beber por el botijo del botijero.

#### LA CERVEZA

Hagamos el poema en prosa de la cerveza, amante rubia de verano, hagamos su glosa tomando de ella más la espuma que el amargor...

Cuando arrancamos casi exasperadamente los botones que el calor se obstina en abrocharnos para su ahogo lento, estamos a punto de caer en la cita inmoral con la cerveza en el rincón más solitario de la cafetería, allí donde el ventilador y la penumbra ponen un fresquito casi pecaminoso en la tarde abrasadora. Porque cuando la temperatura ambiente es de cuarenta grados a la sombra, todo desliza hacia las zonas tibias supone una lujuria, un ansia morbosa de gozar pequeños y baudelerianos paraísos artificiales. Cuando el termómetro marca cuarenta, lo moral es abrasarse con los cuarenta; como cuando la moralidad señala la altura de los escotes, lo moral es

abrasarse ante esos escotes, y no buscarlos de más o menos altura. La moral y el calor están en el ambiente, están en la calle, son aquello de que todo el mundo participa, aquello que todo el mundo tiene en cuenta.

Pero siempre hay una mujer rubia y exótica que elude graciosamente la moral. Lo mismo que la cerveza, mujer rubia, elude el calor, y se mantiene pecadoramente fresca y al margen, hecha tentación para todos los hombres.

Por las calles quemadas del verano, sueña uno con la cerveza que le espera en lo profundo del bar, como se sueña con la mujer que cruza las bronceadas piernas entre un remolino de fresco encaje, de fresca espuma. Y qué amargor, luego, en los labios, qué sabor impuro a mujer rubia, a cerveza amarga...

La cerveza, aventurera de verano, nos cita a la vez en todos los bares del mundo.

#### JARDÍN BOTÁNICO DE MADRID

En esta primavera se ha abierto al público el Jardín Botánico de Madrid. El Madrid paseante y jardinero, que es todo él una rara botánica del costumbrismo, tiene ocasión estos días de asomarse a la erudición floral de su Jardín Botánico.

Madrid de la añoranza, paraíso de organillos y organilleros... Qué nostalgia madrileña suena como música en la música de este organillo provinciano, con torpeza lugareña y pretensión afrancesada. El piano del pobre, como todos los organillos que se fueron a la porra, vive de un madrileñismo parisién, sueña un parisino Madrid, le miente a la nostalgia y le saca las perras, como a una cincuentona sentimental. Hijos naturales de Madrid, desheredados del costumbrismo, vamos los organilleros muriéndonos de mala muerte, pero de tarde en tarde, una noticia como ésta de hoy le revive a uno por dentro de la bufanda. Que van a repoblar la Casa de Fieras, que se ha abierto al público el Jardín Botánico, que Madrid sigue siendo de los madrileños, en una palabra.

Cómo quisiéramos pasear hoy por el Jardín Botánico, hundir la pituitaria de la nostalgia en el aroma medicinal y madrileño del Jardín Botánico. Quiere decirse que la primavera ha llegado este año con inscripciones en latín; una primavera de la botánica, de las flores archivadas, más que la primavera golfa de las calles, es la que perfuma hoy Madrid. Botánica y primavera pueden ser conceptos opuestos. La libre primavera espontánea se ríe impudicamente de la vieja solterona y oficinesca que es la botánica. Aunque ya decía don Eugenio d'Ors que florecer en latín todavía puede ser un florecer...

Don Eugenio d'Ors, que tiene un primoroso y vario libro con ese título precisamente: *Jardín Botánico*. Maestro d'Ors, que entre la primavera de la invención y la botánica o erudición de la primavera, anduvo toda la vida e hizo toda su obra. Entre la botánica y la primavera, con aromas medicinales de la rebotica de Don Hilarión —esa gran rebotica que puede ser el Jardín Botánico— y aromas frescachones de la Susana primaveral<sup>[39]</sup>, imaginamos hoy a Madrid, paraíso de viejos organillos, cielo humilde, como un asilo, de haraganes organilleros sin porvenir.

#### MEDIA VUELTA A LA COSTURA DE LAS MEDIAS

La última moda de París ha ingeniado darle la vuelta a la costura en las medias femeninas, colocar por delante de la pierna, en lugar de por detrás, esa línea fina y deliciosamente prolongada que estamos acostumbrados a ver en las piernas de las mujeres.

Se había inventado la media sin costura, que privaba a la mirada masculina de un punto de referencia. Y las medias de malla, y las medias de colores, y el ir sin medias, que no era un cándido ignorar las medias, sino un malvado haberse quitado las medias. Se había inventado ya todo para vestir y desnudar las piernas de Purita, para hacerle a uno fijarse en las piernas de Purita, que nosotros íbamos a mirar de todos modos, porque hay que ver qué piernas tiene Purita.

A despecho de todas las modas e innovaciones, nada como ese invento delgadísimo y genial de la costura perpendicular, lineal, suavísima, única y doble en las piernas de

ellas. Todo lo demás son ganas de disimular o hiperbolizar la anatomía deficiente. Esa costura recta y paralela sólo pueden lucirla unas piernas privilegiadas. No hay disimulos que valgan. La costura es desigual y vacilante en unas piernas imperfectas. La mujer fea nunca aprenderá a ponerse las medias. Qué seguridad en la vida dan esas costuras tirantes y armónicas piernas abajo y piernas arriba. La fea consciente de su fealdad disimula como puede, pero el mundo y el paseo de mediodía están llenos de feas inconscientes que se han puesto las medias con mal pulso.

Ahora se ha inventado la costura por delante. Todo lo que sea darle vueltas a la costura femenina, poner lo de atrás para adelante y lo de adelante para atrás, es retorcer malvadamente el amor, pervertir el instinto en busca de una belleza anormal e inédita. Estamos cansados de la belleza tradicional, o creemos estarlo, pero afortunadamente se acaba volviendo siempre al saludable equilibrio de la mujer de encantos emparejados y gracias de una en una, a la armónica duplicidad y simplicidad del cuerpo femenino.

En París le han dado media vuelta a la costura de las medias para que no sepamos si la bella va o viene. Pero ya nos cuidaremos nosotros de averiguarlo.

CONMEDIAS GRANATE O SIN MEDIAS, PURITA ES PURITA

Medias verdes, medias rojas, medias azules... Ya nuestra inseparable Patachou, ácida y profunda encarnación femenina de la canción francesa, la que cada día acompaña nuestra prosa con su voz ronca de sentimiento, con las notas ligeras del organillo, ya ella, digo, ha cantado las piernas rosa, que más o menos es el color natural de unas piernas bonitas<sup>[40]</sup>. Pero las piernas verdes, o rojas, o azules, están pidiendo también una canción de venial frivolidad. De buena gana le escribiríamos esa canción a Patachou —disparatada y amante lady de las aceras parisinas—, para que ella la cantase cada noche, hasta el amanecer de champán, con voz de reproche y guiño sentimental...

De buena gana haríamos hoy el poema sin posible rima de las medias rojas que se han puesto de moda, que se quieren poner de moda. Es vestir a la gracia femenina de inesperado paje veneciano, es arropar con tapicería de los Médicis las libres y deportivas piernas de Purita. No acabamos de encontrarle la malicia a esta moda, y no sé yo qué puede ser una moda sin su punto de malicia. Con pantorrillas de naípe se van a subir en la banqueta de la cafetería. Se nos hacía escandalosa la vuelta a una frivolidad cretina de hace treinta años, pero esto de las medias de colores nos lleva aún mucho más lejos, nos lleva al corazón mismo del Renacimiento, sin que sepamos exactamente cómo ver a la mecanógrafa con medias moradas: si como un doncel de los Borgia o como una Montepan sin miriñaque, enseñando las piernas sacrílegamente embellecidas por la púrpura cardenalicia.

Como un Renacimiento en paños menores, como un siglo XVII que ha olvidado el miriñaque, nos traen las medias de colores en las piernas nunca bien ponderadas de Purita. Seguro que ella no lo sabe. Seguro que Purita, aunque tenga la vaga sensación de que con sus medias color naranja está faltando el respeto a algo o a alguien, no se entera de que ha profanado los más ilustres tapices con una coquetería que casi puede ser ya pornográfica. Y quizá por ahí, descubriendo en esta moda lo que tiene de alegremente irrespetuoso con la Historia, le encontremos esa imprescindible malicia que decíamos antes.

Pero con medias granate o sin medias, Purita es Purita.

Por eso nos gusta tanto.

RETALES ESTAMPADOS EN LAS TRASTIENDAS DE LA ILUSIÓN

Los estampados. Vuelven a estar de moda, de plena moda estival, los estampados femeninos, los vestidos de alegre fantasía floral que el poeta llamó «hijos del paisaje». Tiene este poeta, que no es otro que el enamorado Pedro Salinas, gran poeta amoroso de la lírica moderna, unos bellos versos a los vestidos de la amada, a los colores de los

perdidos vestidos que ella ya no viste, y se pregunta por los que un día fueron alegres colores antes de quedar pálidos de inactualidad<sup>[41]</sup>. En algún sitio, efectivamente, mueren y se desvanecen los más primaverales y fugaces atavíos de una mujer hermosa. Y de ese raro limbo de los colores, de las telas olvidadas por la olvidadora cabecita de ellas, retornan este año los estampados, como una prolongación sobre la carne de la triunfal floración de julio, que deja transparentar agosto como junio le transparenta a él.

Los estampados han vuelto a ponerse de moda, aunque uno no sabe si habían dejado de estarlo. En todo caso, parece que este año nos entran más por los ojos, las vemos a ellas, a todas, más estampadas y de mejor estampa. O es que uno se fija más, o que efectivamente, este verano trae una ofensiva del estampado. Que nos ha florecido a nosotros en la retina de la admiración una primavera textil y femenina o que de verdad alguien liquida retales estampados en las trastiendas de la ilusión.

Olvidadas, según parece, las medias de juglar para las piernas de Purita, las medias moradas y rojas, olvidadas otra media docena de modas inquietantes y extravagantes que nos traían preocupados y como en peligro de perder de vista las piernas de Purita, y quizá a Purita misma; este sabio paganizante que es el verano meridional, nos devuelve a la chica vestida de flores, muy metida en estampado y decididamente guapa para otros tres meses. Recordamos otros veranos con mujeres vestidas de estampado, pero esto no quiere decir que tales vestidos resulten retrospectivos en su encanto, como la línea saco, sino actual y recién inventada su primavera de tela, como la propia primavera lo es cada año y no trae nunca nostalgias ni pelmadas de la primavera anterior. Con su deliciosa mala memoria, ellas se olvidarán de su vestido estampado mucho antes que usted y que yo, que las encontramos tan guapas con él.

—Por favor, querido, ¿de qué vestido estampado me hablas...?

PARA LA CABEZA, NADA COMO UNA PAMELA

Siempre atentos al mundo de ellas, que va camino de ser el único mundo habitable, nos enteramos ahora de que vuelve a ponerse de moda el sombrero femenino para todo uso. Siempre atentos a lo que ellas se ponen, porque es lo que luego se quitan, podemos anticiparles a ustedes que lo último que se han puesto es un sombrero. Hace varios años, alguien debió pensar que, puesto que ellas tenían la cabeza vacía, bien la podían llevar destapada. Y el sombrero femenino se pasó de moda.

Ahora, no es que la tengan mucho más habitada, pero sí que hierve en ella todo eso de los derechos de la mujer y la igualdad conyugal. Y sobre el recalentado hervidero de ideas, o lo que sean, ha habido que poner un sombrero. Ya que no vamos a quitarles de pensar deliciosos disparates, por lo menos que no se las note demasiado. Un sombrero lo tapa todo. Y ahí tienen ustedes a Purita con su pameLA nueva. Sobre la tenue cabeza de Purita, llena de reivindicaciones femeninas, madejas de novela para el Nadal, idilios de celuloide y sospechas de Pepe, acaba de poner alguien un discreto y oportuno *canotier*. Los derechos de la mujer, con pameLA son menos. Nosotros, los de la calle, sólo vemos una mujer con sombrero cuando hay boda en el barrio. Sofía y otras cabecillas se fotografían ya con sombrero. ¿A qué boda de príncipe veraneante y millonada habladora, a qué nupcias en yates del exilio van invitadas las bellas del mundo? Algo muy gordo pasa en los ecos de sociedad para que todas se hayan puesto sombrero.

Un feminismo sin sombrero, va siempre camino de inmortalizarse en estatuas, camino del matriarcado, del paganismo, de algo hermoso y terrible. O va, simplemente, camino de la sombrerería. Como ahora ha ocurrido. Cuando una mujer se destaca o se descalza, nos parece a los hombres que va a sobrevenir lo más atroz. Y sólo pasa que le aprieta el zapato o que se cambia de sombrero. Temíamos y deseábamos esa conquista del mundo por las mujeres que parecía anunciarse. Pero ellas han vuelto a sus sombreros, a sus pameLAS, a sus velitos sobre las pestañas, y ya no hay nada que

temer. Se han convencido, quizá, de que las ideas están mejor en los libros.

Para la cabeza, nada como una pamele.

#### FALDA CORTA

El joven Saint-Laurent, aplicado a la dulce asignatura femenina con todo su esmero y todas sus dioptrías de colegial estudioso, se ha empeñado ahora en llevar la contraria a la competencia sobre las piernas de la mujer, que es un buen campo de batalla, y acaba de decretar falda corta para la próxima temporada.

En la moda, ustedes lo habrán observado, siempre hay una próxima temporada, de modo que aunque uno no entienda mucho de esto, sale del paso hablando de la próxima temporada. Acontece, sin embargo, que en este reino tornadizo y suntuario de la moda suele haber no una, sino varias próximas temporadas, todas simultáneas y todas próximas. Pero, en cualquier caso, la referencia no puede fallar; se trata de ponerse la falda exactamente por encima de la rodilla.

No sé si a Saint-Laurent, como tierno jovenzuelo que es, quiere ver las rodillas a las señoras. Pero ustedes no se fíen demasiado, porque la malicia de los chicos con gafas es así y mucho peor. No sé si al colegial de la moda le ha entrado una malsana curiosidad de estudiantillo golfo por mirar las piernas a todas las mujeres del mundo. Pero antes de decidirse a ese pecaminoso acortamiento de la falda, ellas deben saber que la moda del siglo está, hoy por hoy, en manos de un imberbe con cara de tímido. Y cuando a un tímido le da por atreverse...

Como no vamos a confesar aquí que miramos las rodillas a las señoras cuando cruzan las piernas, hay que decir que teníamos un poco olvidadas las rodillas femeninas y nos gustará esta reaparición que se anuncia. Aunque igual sería no decirlo, porque sobre estas cosas nunca se nos pide opinión a los hombres, que debiéramos ser los únicos a opinar.

Saint-Laurent acaba de descubrir que la mujer tiene un par de rodillas.

## CREACIÓN Y FANTASÍA

### *Literatura*

CÉSARGONZÁLEZ-RUANO

Hoy suena en el piano del pobre, en este organillo aprendiz e insuficiente, una melodía sabia y querida, cuya letra no acaba de entrarle al organillero desaplicado. En realidad, no hacemos aquí otra cosa que repetir con mal oído, en versión desprestigiada y tardía, una música aprendida. Imitar la música de otro con pereza de inventarle una letra propia. Por eso se queda uno de organillero.

César González-Ruano, que lleva tanto tiempo, que lleva toda la vida haciendo bien lo que uno está empezando a hacer mal, iba de siempre por delante, en ese delante privilegiado y perfecto donde le sitúa nuestra admiración; pero ahora sucede que también le tenemos delante en el verdadero y rectilíneo escalafón profesional. Él da su palabra a más anchas rotondas del espacio hertziano, él goza amplitudes escuchadoras cada noche, pero lo cierto es que todo ha quedado insospechadamente encuadrado en los paralelismos del escalafón. Uno sitúa sus admiraciones, sus vagosos maestros vocacionales, en raros olimpos literarios que nunca coinciden con nuestra propia vida. Y he aquí que por una vez, no sin desconcierto, el ser fabulado entra a formar en nuestras filas laborales. Muy por delante, claro, mucho más arriba, pero en línea con el humilde quehacer de uno. Se sueña al maestro distante, intemporal, pero nadie sueña a su director-gerente. Quiere decirse, en fin, que de momento no sabemos dónde colocar a César González-Ruano, en qué categoría intermedia de admiración empírica y el respeto jerárquico.

Era nuestro mito y ahora es un poco nuestro jefe. Qué esfuerzo para trocar en disciplina respetuosa toda la admiración confianzuda... Al mito se le tutea y al jefe se le soporta. Sin embargo, quizá fuese necesaria esta experiencia como norma general. Que todos los amados mitos difusos se le trocasen a uno en el jefe inmediato superior. He aquí una fórmula rebajadora y humanizadora de favores adolescentes y excesivos. Que el nombre mágico y soñado no suponga una exaltada evasión, sino que limite y obligue en la jornada diaria. Y a la inversa: un jefe sobre el que pueda fantasear un poco nuestra subordinación.

Ya no sabemos, en todo caso, si desear o no que fuese así. Dicen que «la letra, con sangre entra». Pero ha de ser, quizá, con sangre del maestro. A César González-Ruano, mito y maestro, nos obstinamos en admirarle de lejos, en su clima distinto y afortunado, pero él insiste en aleccionarnos muy de cerca.

NI EL ORGANILLO NI EL ORGANILLERO

Ya nadie arroja calderilla al organillero de la esquina. Ya no llueven de los altos miradores los céntimos generosos, la propina dispersa del vecindario. Sólo quedan organillos en los más empedernidos y restringidos núcleos de casticismo. Como diría Rubén —gran contemporáneo de los organillos, organillero él también junto al manubrio del modernismo—, como diría Rubén, «ya no hay princesas que cantar». Ya no hay cocineras que cantar. Si las princesas convencionales y suspirantes tenían bajo su balcón al poeta genial, a Rubén Darío, con inspiración de dos razas, las señoritas de lo mediocre y las criadas recibían el homenaje barato del organillo.

El Modernismo era como un Nuevo Mundo de la poesía; los organillos, en cambio, no eran nada: una esquina aliviada con música, una mendicidad con estribillo. Sin embargo, pasó tan pronto lo uno como lo otro. No queda de la música rubeniana más memoria que de la inspiración organillera. Al diablo se fue todo, por demasiado ambicioso o por escasamente ambicioso. Es más, con atención y buena voluntad, con finura retrospectiva, aún se pueden escuchar organillos que suenan en los arrabales del pasado. Pero de los poetas modernistas seguro que no queda nada. Tenían mala

salud, y eso que no pasaban tantas horas a la intemperie como los organilleros golfos, sonámbulos y entallados.

Ni el organillo ni el organillero, ni el baile improvisado y menestral a su alrededor. Apenas van quedando por las calles tipos populares, estampas pintorescas. Y menos aún en las ciudades del Norte. Porque al Sur es otra cosa. En el Sur persiste todo esto, perpetuado por el calor, que es allí litógrafo del tipismo y da fijeza a la estampa.

Nuestra España norteña va quedando limpia de motivos callejeros y equívocos. Nadie se asoma a ver pasar a un pregonero que ya no pasa. Ya no se pregona a voces por las plazas.

Y los malévolos contestan: «Porque no hay nada que pregonar».

#### DON ANTONIO MACHADO

Homenaje oficial en Soria a la memoria de don Antonio Machado. Homenaje sentimental en toda la España del sentimiento al poeta muerto ahora hace veinte años. Muerto en Francia, muy a la orilla de España, muerto en días de guerra, muy a la orilla de la paz.

Por toda una Castilla que se hace plebeyamente andaluza, que se deja pegar sobre la piedra y el adobe el cartel usado del folklore, por toda una Castilla de improvisado andalucismo sin prestigio, está a la inversa un gran andaluz castellanizado, está don Antonio Machado, el alma misma de Andalucía, con «el don preclaro de evocar los sueños», puesta a sentir en castellano, agravando con austeridad de la meseta la voz contemplativa del Sur.

Don Antonio Machado, muerto hace veinte años, inmortal desde hace veinte años, cuenta una Castilla triste, triste del recuerdo de la alegría, triste en su alma del Sur. Porque Castilla no es triste, ni alegre. Castilla, como se dijo después, es absoluta. Está en peligro continuo de abstracción, se queda en idea de sí misma, en luz mental. Don Antonio Machado, mucho antes de ser o no ser exilado político, era un exilado sentimental; exilado de la alegría, exilado voluntario del Sur. Don Antonio sube a Castilla para plantearse España. Idealizando la circunstancia biográfica, tan querida por otra parte en su pormenor verdadero, podemos decir que lo de Machado es un ascetismo por España, una penitencia a pan y agua —el pan y agua que es Castilla— por comprender y ganar España...

Se conmemora su muerte en estos días; la poesía española le conmemora a diario en los versos. El hombre puede preocuparse de vivir sobre una línea estrecha y escrupulosa, pero al morir, su cuerpo caerá inevitablemente de uno u otro lado. «Una de las dos Españas ha de helarte el corazón». No quisiéramos saber a cuál de las dos Españas —de tantas Españas— cayó el cuerpo del poeta. Quisiéramos, cabalmente, sentirle íntegro sobre España.

Sentir íntegra a España en la ancha humanidad de uno de sus grandes solitarios, de uno de sus pocos penitentes...

#### CADA AÑO MÁS QUIJOTES

Hoy se celebra la fiesta del libro, hoy se conmemora a don Miguel de Cervantes Saavedra, que los más o menos analfabetos veneramos por su gola y sus refranes.

Es la fiesta del libro, y quien no tiene otra cultura que la calle y la vida, se pregunta una vez más si de verdad será muy importante eso de los libros. Con las párvulas lecturas del colegio y la novela golfa de la adolescencia, se da por leído, más o menos, todo lo que el mundo escribió. El hombre de la calle, organillero o no, suele decirse, generalmente, que una cosa es la vida y otra cosa son los libros. Que lo que se aprende en los libros no se vive luego, y que lo aprendido en la vida no cabe en ningún libro. Es difícil que los libros lleguen a la calle, y la cultura de un país está en que los tenderetes de libros se alternen en las aceras con los de quincalla o fruta. Así, en París, por ejemplo, a la orilla del Sena, río con márgenes literarias, con orillas de libros.

Pero si el libro no está en la calle, en nuestras ruidosas y habladoras calles españolas,

ni siquiera el libro nacional de Cervantes, sí lo está, en cambio, el propio don Miguel, con sus refranes pancescos, con sus sentencias quijotescas, con todo lo popular que puso en su obra, tomado del pueblo y que al pueblo ha vuelto. Quevedo y Cervantes sí que están en la calle.

Ahora es la fiesta del libro, y el buen ibérico, que no coge un libro en todo el año, se pregunta qué clase de fiesta puede hacerse con una cosa tan seria y tan aburrida como los libros. No sabemos, sinceramente, si España ha leído el *Quijote*; alguna vez hemos dicho que Sancho Panza no lo ha leído, desde luego, y puede ser que ni siquiera necesitemos leerle, si de verdad estamos los españoles en ese libro. Pero sea como fuere, nos pasamos todo el año riendo con Sancho, y nos cuesta ponernos serios con don Quijote un solo día, hoy, 23 de abril. Al fin, no hay en la inmortal obra otra sensatez que la de las mujeres y los bachilleres. Sancho, el hombre, se deja llevar más o menos por la fantasía de su señor. Una vez le mantearon yangüeses y mil veces le manta la imaginación loca de don Quijote. En cambio, la sobrina de éste y la esposa de aquél, Teresa Panza, permanecen siempre razonables en lo positivo. Incluso la sublime Dulcinea no es sino una provisoría Aldonza.

Que cada conmemoración cervantina, sin embargo, nos encuentre cada año más Quijotes.

#### EMILIO SALGARI

En Turin se ha descubierto una lápida a la memoria de Emilio Salgari<sup>[42]</sup>. Emilio Salgari, al que nosotros no hemos leído lo suficiente, porque nuestra infancia aventurera andaba por otras aventuras y nuestro corazón novelero leía otras novelas. También es cierto que una temprana vocación realista nos hacía preferir los héroes prosaicos, sin más fábula que la de sus puños, a la fantasía facilona de los buques fantasma o los fantasmas sin buque.

Pero hoy, perdida toda posibilidad de aventura, con el alma parada de sensatez, no sé por qué es el nombre de Emilio Salgari el que despierta mejor que otros virulentas nostalgias de riesgo y violencia, de peligro bajo la luna y victoria en alta mar. Emilio Salgari, un padre para la vocación de aventura con que se inicia el hombre. Ahora le han colocado una lápida conmemorativa como se la colocarían a un notario ilustre o a un erudito reumático, dejando parado para siempre, quieto en lo quieto, un nombre que debiera escribirse en la proa de los barcos para el delecto del mar. «Emilio Salgari». Sí, en una arriesgada proa corsaria estaría mejor el nombre, tendría más verdad el homenaje, porque Emilio Salgari suena ya, para quienes le han leído mucho o apenas le hemos leído, suena, digo, a playa sangrienta, a naufragio atlántico, a negro abordaje con fiereza del plenilunio.

Ya lo ve usted, señor Salgari. No se puede uno hacer ilusiones. De nada vale correr los siete mares y echarle a los tiburones el corazón valiente. Al fin, le dejan a uno el nombre fijo en una lápida, le deparan la gloria municipal y aburrida de una inscripción, como si se tratase de un diputado conservador. Y eso que usted no fue como su colega Julio Verne, que recorría la gran muralla de China sin moverse de su despacho. Usted vivió efectivamente la dispar aventura de sus novelas, navegó la pasión bucanera de su vida.

Con solemnidad y sin gracia se le ha descubierto una lápida a Emilio Salgari. No una inscripción a navaja en las altas palmeras de otros hemisferios, ni una señal heroica en el fondo del mar. Sólo la gloria sin gloria de una lápida que pronto nadie leerá.

#### EL ANCIANO Y LOS REACTORES

«El anciano y los reactores», podríamos titular hoy nuestra glosa, y darle a toda ella una finalidad de fábula samaniana con Moraleja final que no se me ocurre ahora cuál pudiera ser. El anciano y los reactores; el anciano ha llegado a Mallorca y cuatro reactores españoles le escoltaban por el aire. Don Ramón Menéndez Pidal, barbado y sabio, nonagenario ilustre, llegaba por el aire a Mallorca, volaba desde sus campos del

Cid y su paisaje del *Romancero* a la isla azul, chopiniana, cosmopolita, mediterránea y turística de Mallorca. Y cuatro reactores, cuatro vertiginosos aviones, inscribían su salutación con la amplia caligrafía de sus blancas estelas.

No es frecuente el suceso. No es usado que la técnica venga en acompañamiento y gloria de la pura gloria literaria. Pero hace bonito y casi emociona que don Ramón Menéndez Pidal, pulcro cincelador en el retablo eterno del *Romancero*, tenga cuatro aviones en torno de su venerable cabeza, cuatro relámpagos en círculo como la más significativa corona con que nuestro tiempo se atreve a coronar su alta sabiduría ideal. Huestes del Cid y los infantes de Lara habían escoltado siempre a don Ramón. Los infantes supersónicos de la nueva épica a reacción le escoltan hoy por el cielo. Toda la epopeya antigua, que va siempre con el maestro en su palabra y hasta en su presencia, escoltada hoy por la moderna epopeya del espacio y la velocidad. Menéndez Pidal, que nuevamente ha hablado de una vuelta a la épica en la literatura, vuela ahora hasta Mallorca en alas de la épica del futuro. Con su flor de viejos manuscritos llegaba Don Ramón por el cielo y en el azul iba quedando el manuscrito fugaz del mundo nuevo, la estela caligráfica de los aeroplanos. En sus amplias rondas voladoras, qué alta corona trenzaban los motores en el espacio de la primavera, qué aureola de cielo y vuelo para la frente del maestro. Don Ramón, que nunca tuvo la cabeza a pájaros, porque nunca fue escritor de invención, por un momento habrá tenido la cabeza a aviones, aunque desde su iluminado clasicismo, no es fácil que se deje llevar la serenidad por un vendaval metálico.

El clásico y los reactores. Fábula de la era atómica, que en su encanto y sorpresa, dejamos pendiente de moraleja.

FRANÇOISE SAGAN, FEA Y EXPERIMENTADA

Françoise Sagan, fea y experimentada, musa poco agraciada del amor escéptico, anda en pleitos y vuelve a la actualidad de los periódicos.

Con su fealdad inteligente, Françoise viene de la negación, de la nada existencial, y va al sensacionalismo, pero entre los dos extremos ha pasado por un punto de sinceridad que la acerca a nosotros. Toda una juventud está como ella estuvo: encerrada en su cuarto, negándose a sí misma con música de jazz. Una mezcla de casualidad e inteligencia la ha hecho símbolo actual. Sin embargo, quizá ha llevado su escepticismo demasiado lejos. Posiblemente, por precoz, o por intelectual, o sencillamente por fea. A todo eso que a ella y nosotros nos bulle dentro no se le puede llamar simplemente la nada. Françoise Sagan, con su coche deportivo ha llegado demasiado pronto al éxito, y se va ya aburguesando en vida y obra, porque luchamos contra todas las burguesías y al cabo resulta que la vida es burguesía por sí misma. Quizá estos pleitos recientes, menudos y escandalosos de Françoise suponen una nueva rebeldía contra lo indiferenciado de la vida. O una nueva publicidad.

Pero entre su náusea literaria y su futuro cosmopolita, qué momento de sinceridad, de rebeldía, de sexo triste e implorante... qué soledad imaginativa y final. Todo el vago rencor de una juventud ha estado en ella, una juventud que al fin se irá acomodando como ella misma, tras dejar en unos cuantos discos frenéticos, en unos pocos libros angustiados, su pasión de existir, lo que James Dean llamaría el furor de vivir.

Françoise Sagan, amante fea del tedio, colegiala impura y nocturna, anda en pleitos, anda otra vez en lenguas, anda por la gloria revuelta y circunstancial de los periódicos...

*Cine*

CECIL B. DEMILLE: EL MAGO DE LOS DOMINGOS INGENUOS

A Cecil B. de Mille hay que llorarle en domingo. Hoy, que es domingo, vamos a guardar alguna clase de luto, alguna especie de respeto a la memoria de Cecil B. de Mille, que acaba de morir en Hollywood. Digo que en domingo, porque su cine era un cine para los domingos. Películas entre lo ingenuo y lo monumental para pasar la media tarde del

domingo, esa primera media tarde en que el mundo es enteramente de los niños y la civilización occidental compra pipas en los tenderetes callejeros.

Veterano y colosalista, muy antiguo y muy moderno, Cecil B. de Mille nunca salió de lo suyo. Mientras el cine utilizaba sus caminos, nuestro hombre seguía montando abultados espectáculos retrospectivos. Fue el mago de los domingos ingenuos y burgueses de todo el mundo. El domingo tiene una necesidad de evasión, y el viejo director servía esa necesidad con sus Orientes monumentales, anacrónicos y multitudinarios. Se ha dicho que su afición a los grandes temas bíblicos le venía de la lectura familiar de los libros sagrados. Pensamos que también es el domingo un día cargado de reminiscencia bíblica, pensamos que toda la vaguedad genesíaca del domingo —la jornada de Dios— con su regusto perdido de Antiguo Testamento, se concreta razonablemente en las películas con camellos de Cecil B. de Mille.

Nos ofreció «el mayor espectáculo del mundo» cuando ya sabíamos que el mundo es el mayor espectáculo. Un poco tarde para nosotros. Pero no importa; bien sabemos que nos pide ingenuidad y bien quisiéramos llevar en la mano el papelito azul de la localidad como el pasaporte del candor.

Ya no nos gusta el cine de Cecil B. De Mille. Confesemos que desde hace mucho tiempo había dejado de gustarnos. Y está claro que la confesión no es pretenciosa. No había siquiera necesidad de hacerla. Pero ya se le escapa a uno la amargura, porque, al fin y al cabo, la fe simple que requieren sus películas históricas no es distinta de la que se necesita para creer en la historia misma. Cuando dejan de asombrarnos sus pirámides de escayola, es que ya hasta la Gran Pirámide de Egipto nos trae sin cuidado.

Era el mago de los domingos ingenuos con media entrada. Hay que llorarle en domingo.

**MARTINE CAROL, RUBIA, EQUÍVOCA Y PUBLICITARIA, SE RETIRARÁ PRONTO DEL CINE**

Martine Carol, la bella del cine francés, ha anunciado que va a retirarse. Martine Carol, rubia, equívoca y publicitaria, se retirará pronto del cine y ha declarado a las revistas especializadas que lo hace para dejar buen recuerdo de su belleza.

Particularmente, tenemos muchos reparos que hacer a esa retirada de Martine Carol. En primer lugar, que con ella no dejará mejor ni peor recuerdo en nosotros. Sencillamente, no dejará recuerdo, porque las maldades de Martine Carol nos cogieron aún muy pequeñitos y desde entonces apenas la hemos visto. Sus películas suelen prohibirse en uno u otro lugar del mundo, y casi siempre en el que nosotros acertamos a ocupar, de modo que nuestra generación no ha tenido oportunidad de pecar a expensas de Martine Carol, ni conoce apenas ese rubio pecado mortal que se llama Martine Carol.

En cuanto a quienes, llegados al uso de razón muy a tiempo, encontraron que en el uso de razón estaba Martine Carol, puede que tampoco se acuerden ya demasiado, porque de todos modos ella nunca representó más que una apetencia, y de las simples apetencias no puede quedar verdadera memoria. Reconozcamos, en todo caso, que es un arte retirarse a tiempo. Bien. Pero una vez reconocido, uno sigue haciéndose preguntas. ¿Es que para nosotros iba a estar vieja Martine Carol? Aparte de que ella no lo está, ni mucho menos, yo pienso que sólo se envejece en la estimación de los demás. Para nosotros es vieja, viejísima, Shirley Temple, que era niña en el cine al mismo tiempo que lo éramos los demás en la vida. Pero Martine Carol, a la que apenas estamos empezando ahora a entrever, sin edad para quienes no sabemos calculársela, porque la edad de los otros siempre se cuenta en uno mismo, y uno mismo se queda largo y corto echándole años a los desengaños de Martine Carol; para nosotros, digo, Martine Carol no es joven ni vieja: es un descubrimiento que empezábamos a tartamudear y ya se nos va.

Una vez la expulsaron de Hollywood porque escandalizaba al divertido puritanismo

yanqui. Nunca le importó el escándalo de su belleza y ahora le preocupa el escándalo de su hipotética fealdad futura.

Al final ha resultado discreta<sup>[43]</sup>.

LA RESURRECCIÓN QUE A PLATERO LE SOÑÓ SU POETA...

Van a hacer, al fin, la película *Platero. Platero y yo* —Platero y Juan Ramón— al cine. Ni el poeta alargado ni el burrillo blanco pueden quedar enclaustrados dentro de un montaje técnico. No ha inventado el cine —con todo su juego de transparencias— la transparencia sutilísima que nos ofrezca en superposición de planos los ojos del burrito nuevo y el alma de Juan Ramón.

También es cierto que la barba negra —«nazarena»— del poeta y el bulto blanco de Platero dan una plasticidad cinematográfica. Y que las orejas tiasas del asnillo pueden ser un buen punto de mira para fotografiar la grandeza del crepúsculo andaluz. Sí, ahora que lo pensamos, parece que efectivamente queda todo en una lentísima transparencia cinematográfica. Una delgada sucesión de cielos y miradas, un mundo suavemente duplicado en los espejos negros que son los ojos de Platero... Pero no va a ser fácil, de todos modos, porque no se trata de hacer pintoresquismo andaluz, por un lado, ni dibujos animados, por otro, con la gracia trabada del burrillo. Ni la estampa meliflua que el libro no es, ni el grueso plasticismo que tampoco es.

Bien entendido que el cine no va a hacernos visible la pura invisibilidad del sentimiento juanramoniano. Tampoco Juan Ramón es ya exactamente el de *Platero. Platero* —lo hemos dicho otras veces— es sólo la viñeta entrañable para ilustrar la anécdota. En todo caso, se trata de saber si la película se la van a hacer al asnillo o al poeta. El sentimiento del libro no es plástico, aunque otra cosa parezca, sino agudamente espiritual. El cine no puede ofrecernos otro Juan Ramón que el de *Platero*, el Juan Ramón más humanizado y entrañable, que por otra parte es el que —ido para siempre— quisiéramos hacer retornar. Y así mismo, un Platerillo sin su poeta, protagonista único de su propia travesura, se quedaría en muñeco de Walt Disney. Quizá Emilio Fernández, el director mejicano, hubiera acertado con el tiempo y clima cinematográficos de *Platero*. Quizá los realizadores propuestos también acierten.

Quizá sea ésta del cine la resurrección que a Platero le soñó su poeta...

JULIETTEGRÉCO

Juliette Gréco acaba de darnos un «no» rotundo y colectivo a los hombres, a todo el sexo masculino. Juliette Gréco, musa que fue del existencialismo francés, mujer de cabellera escépticamente lacia y crecida, artista de estilo oscuro y nocturno, Juliette Gréco, inédita feminidad enronquecida, ha convivido con un centenar de hombres durante el rodaje en África de su última película. Según sus respondonas y recientes declaraciones, ha acabado su experiencia harta de ver cómo el sexo contrario ronca, bosteza, come y se limpia los dientes.

Esta verdadera e insospechada repugnancia de Juliette Gréco por la media humanidad masculina nos la emparenta de nuevo con sus viejos amigos del existencialismo. Es un gesto muy cercano a la «náusea» de Sartre, el supremo definidor del moderno existencialismo. Porque lo que ella ha dicho ahora de nosotros, los hombres, lo diría de las mujeres cualquier muchacho atacado de náusea metafísica, todo ello procede en verdad de una más profunda y vasta repugnancia por la humanidad entera, por la existencia, repugnancia que por no sabemos bien qué leyes, tiende naturalmente a concretarse en el sexo contrario.

Un filósofo existencialista, un definidor de esta náusea mitad artificiosa mitad verdadera —el propio Sartre, por ejemplo— profundizaría este sentimiento dándole una validez universal, pero la intuitiva y femenina Juliette sólo sabe decir que los hombres están empezando a darle asco.

A nosotros nos gusta Juliette, nos gusta mucho y de muchas formas, de modo que esta especie de «no» que nos ha dado a quienes nunca nos atreveríamos a pedirle un «sí»

nos deja desalentados, acomplejados y con los dientes a medio lavar. A ella no le gusta que los hombres nos lavemos los dientes, o la forma que tenemos de hacerlo. Es la «náusea» sartriana, que después de algún tiempo vuelve a atacar a la antigua sirena enlutada de la doctrina del vómito intelectual. Los hombres le damos asquito a Juliette, y la cosa, con ser grave en sí, puede que en el fondo lo sea mucho más. Porque resulta que no sólo el hombre, sino toda la Creación, ronca, tose, bosteza y devora.

Y por lo menos, el hombre es el único que se lava los dientes...

#### ENHOLLYWOOD ESTÁN ADELGAZANDO A SOFÍA

Nos están adelgazando a Sofía<sup>[44]</sup>. Estas noticias de una actualidad sin urgencia, pueden tornarse de pronto urgentemente dramáticas. Gusta glosar despacio estas levedades que se quedan a flotar en la actualidad, pero hay que tener mucho cuidado, hay que no acunarse confiadamente en la grata fugacidad que permanece, porque una actualidad intrascendente puede trocarse de pronto en dramática última hora. Veamos. En Hollywood nos están adelgazando a Sofía. No es que la anemia le vaya a ganar de hoy para mañana, pero a ver si luego va a ser tarde para reparar el daño. La noticia, con toda su inocencia de estúpida gacetilla cinematográfica, esconde para nosotros cierta alarma y suceso. En Hollywood están adelgazando a Sofía.

Ya sabemos cuáles son los gustos del mal gusto, ya sabemos cómo quieren las mujeres en Hollywood. Y no es que en Europa nos dé por las gordas, precisamente, pero tanto gordura como delgadez es sacrilegio en la anatomía etrusca de Sofía. Tantas veces hemos escrito o querido escribir de ella, tanto le hemos dicho y dejado de decir, haciéndole en prosa el poema en verso que está esperando su cuerpo homérico. Tantas veces, señor, y nunca creímos llegar a esto, a escribir con alarma de su escultura en peligro. ¿Es que le consentiríamos a los turistas yanquis modificar en el Louvre la *Venus de Milo* hasta dejarla en una delgadez sin prestigio...? Pues entonces... Sofía pertenece al patrimonio del arte latino, a un hermoso acervo museal nutrido de estatuas poderosas y arrogantes frontispicios grecorromanos, y vamos a consentir que en Hollywood nos la disminuyan para que dé mejor en el revelado cinematográfico...

Sofía va a cambiar permanencia por fugacidad, la asentada perennidad de su estatua pompeyana por el reflejo fugaz del celuloide. Ella ya ha protestado, naturalmente, y sin ánimo de dramatizar, podemos decir que la obligan. Como los romanos rapaces de la decadencia del Imperio fundían las estatuas para tener el oro en bruto, los productores de Sofía quieren fundir la estatua para llenarse de dólares. En un mundo obligadamente estricto y preventivamente aséptico, Sofía era nuestra única licencia de sólido y rebosado clasicismo. Después de su conducta excesiva en el mundo latino durante la última guerra, los yanquis profanan por segunda vez el clasicismo adelgazando a Sofía. La gloriosa decadencia de Roma, que ha durado veinte siglos, puede concluir en el régimen a dieta de Sofía. La historia se repite y los bárbaros nos han vuelto a robar una estatua.

#### MAJÁDESNUDA

A Goya nos le ponen dificultades en Norteamérica. Su *Maja desnuda* no ha podido circular libremente como objeto postal. Parece que no es ortodoxo del puritanismo yanqui remitir contra reembolso las pictóricas desnudeces de una duquesa española. Esta valiosísima muestra sin valor del arte aragonés de don Francisco y los encantos dinásticos de Cayetana chispera no han gozado libre curso postal en la rubia Norteamérica onanista.

Como Hollywood le ha hecho una disparatada película a los amores ibéricos del pintor y la duquesa, reproducciones publicitarias del cuadro de Goya andan por allí como lanzamiento multitudinario del film. Un celuloide catastrófico, según nuestras noticias, y para mayor catástrofe, los servicios postales del país se han negado a difundir nuestra ilustre pornografía decimonónica. Una senadora puritana se ha alzado por su parte en

apoyo de tan digna honestidad postal. Para desvergüenza, parece bastarles con las descalzas insinuaciones de M. M., que justo nos parece dejar en dos iniciales los encantos de Marilyn Monroe, como en otras dos letras, bien que más opulentas, se ha dejado los de Brigitte Bardot o B. B. Un país que cuenta sus días en los escatológicos calendarios marilyanos se horroriza hasta el sonrojo de nuestros desnudos museales. Quiere decirse, en suma, que una pornografía se escandaliza de otra pornografía, que lo habitual e indígena parece no ser tanto pecado como el pecado de importación. Nuestro vicio se hace pudibundo como una virtud frente al vicio de los demás. Aquí le metemos la tijera censora holgadamente a sus desnudos de tecnicolor y celuloide, y ellos cierran sus virginales estafetas a la desabrigada y lozana aristocracia de la *Maja* de Goya. Así anda la moral del mundo, tijereteándose recíprocamente. Así nos recortamos unos a otros los pecados capitales. Pero el caso es que, siempre según nuestras noticias, los amores y desamores del genio y la duquesa no llevan en sí suficiente morbo, porque en el guión de Hollywood le han añadido escándalo y pecado. El público sistemático de América está hecho a una dosis determinada de bazofia, y el caso Goya-Cayetana se les queda en poco, comparado, por ejemplo, con el caso Lana Turner-Stompanato.

#### CONCANTINFLASSE RÍE A GUSTO, SE RÍE A LO LOCO

Cantinflas está en Madrid. Ha venido a España Cantinflas, la risa tonta y embarullada que Cantinflas trae consigo, lleva consigo. Cantinflas, payaso del cine, monigote tartamudo, grotesco como una ese con los pantalones flojos, hace reír y no le saca a la risa réditos de llanto, como por ejemplo Charlot, padre primero de todos los muñecos regocijantes del cine. La risa de Cantinflas acaba en más risa, nunca en sonrisa desvanecida y melancólica, como la risa de Charlot.

Ese buen humor que para sí quiere y busca el piano del pobre, ese desenfado amenazado por tantos enfados, es exactamente la risa niña y payasa de Cantinflas. Pero todos sabemos demasiado, todos queremos ponerle moraleja a la alegría, mojar en lágrimas el cándido bizcocho de la risa boba, porque conservamos un gusto decadente por lo agridulce. Sólo Cantinflas, sin siquiera la tragedia del *clown* que ríe por fuera y llora por dentro, sabe hacer reír a la risa, no al sentimiento, ni al filosofar. Cantinflas, una cómica y larguísima camiseta, de la que tira hacia abajo un pantalón pantalonazos.

Risa, risa, sólo risa, carcajada loca, puntapié divertido, tropezón descomunal, locuacidad desastrosa y kilométrica de Cantinflas... Sólo eso, hacer reír, caerse de risa, y luego, ese vacío saludable que deja por dentro la mucha risa, y que el mal vivir irá llenando otra vez. A veces parece que Cantinflas se va a quedar triste en un primer plano, que la mirada se le entorna de nostalgia y el bigotillo se le escurre de pena a los lados de la boca. Pero no, el muñeco tira hacia arriba de sus desiertos pantalones y sigue adelante con el tropicón de su vida.

Con Cantinflas se ríe a gusto, se ríe a lo loco. Nadie le pide responsabilidades a la risa. Su cuerpo ondulado de amiba en camiseta, su único tirante mal abrochado por la vida, no es pantomima de nada, ni caricatura, ni burla... Es sólo un hablador espantapájaros que echa a volar los pájaros de la algazara, del barullo, de la risa boba.

Cantinflas está en Madrid. Ha llegado Cantinflas, ha venido la risa, la loca pedrada bulliciosa que rompe y hace añicos los sutiles cristales de la sonrisa...

#### GIGÍ, PARÍSY SUBELLEÉPOQUE

Gigí. Entre nosotros ha estado, por aquí ha pasado Gigí, siquiera de lo que de ella nos queda hoy: una especie de Lilí equívoca y no ya la parvulita impura de Colette<sup>[45]</sup>.

Gigí, París y su Belle Epoque, espuma y pecado de otra Europa... Gigí, tímida colegiala del mal, niña pecadora, ángel equivocado, con un lazo marinero en el lugar de las alas. A doña Colette le gustaban esas maldades, y dejaba que una niña se tiznase de pecado, porque entonces era mucho más niña, enamoraba al mundo enamoradizo y

se hacía inmortal. Inmortal Gigí, nieta impura de Colette, provinciana pecaminosa en el París que vestía y desnudaba al nuevo siglo con encajes del siglo pasado. Los bolillos de honestidad en que consumió su tiempo el diecinueve, dieron su alegre revuelo de puntillas al siglo nuevo.

Por aquí ha pasado Gigí y nadie lo diría, porque ella anda sobre alfombras de pudor, y el champán que descorchaba no tiene ya estallido ni efervescencia de pecadora. No es que seamos nostálgicos de picardías, porque cada tiempo tiene la suya y uno ya lleva encima suficientes pecados como para no cargar la conciencia con los de nuestros abuelos. Pero puestos a pensar en Gigí, a escribir de Gigí, no hay duda de que la niña se las traía, y sin conocer el *hula-hoop*, tenía una cintura de muchas más revoluciones y circunvoluciones que las existencialistas de brazos caídos y la sosa de Françoise Sagan que han venido luego.

Gigí, con una falda marinera, tiene en la mirada párvula las ojeras de la época. Niña nocturna, colegiala de Maxim's, impúber de Pigalle y el Molino Rojo, pasó como un ángel equivocado —que no equívoco— por las alcobas de París, y hoy que su mundo pecador ha salido de la alcoba a las playas estivales, Gigí, más indecisa que nunca, es como una Lilí de impureza.

Las locas pantorrillas del cancan eran las marionetas que ella miraba.

LA COQUETERÍA FUE SU ÚNICO PUDOR

Ahora sí que va de verdad. Ya un día lo anunciamos con anticipación y dolor<sup>[46]</sup>. Martine Carol se retira del cine. Martine Carol, rubia, francesa y experimentada, se ha retirado para siempre. Cuando ella avisó, hace unos meses, que su carrera cinematográfica iba a terminar, nosotros entonamos desde aquí nuestro réquiem mundano, pagano y casi desvergonzado, por la bella que se nos iba sin haberla visto, porque su belleza iba siendo ya de otro tiempo. Martine Carol, rubia, francesa y experimentada, decía que se iba a retirar y se ha retirado.

Sí, Martine Carol tiene pecados de antes de llegar nosotros al uso de razón. Más tarde, hubimos de llegar a tal uso y descubrimos que en el uso de razón estaba, entre otras cosas, Martine Carol. Pero más vale no echarle años a los desengaños de la veterana. Ella es, en todo caso, una tentación que empezábamos a tener y que se nos va sin dar tiempo a más, quedándose para siempre en tentación.

Cuando el primer aviso de la retirada de Martine Carol, ella declaró, si mal no recuerdo, que se iba antes de hacerse vieja, para dejar buen recuerdo de su belleza. Es decir, que quien nunca tuvo el pudor de su hermosura, sentía de pronto el pudor de su posible fealdad futura. Al fin, nos resultaba —nos ha resultado— discreta. Ya lo ven ustedes. Ya ven que puede haber una moral inversa, que Martine Carol no es una criatura amoral como siempre habíamos creído, sino simplemente, tiene la moral cambiada, y si nunca experimentó el pudor de su belleza, hoy le nace el pudor de una hipotética fealdad. Claro que a este pudor lo llamarán ustedes coquetería, simplemente, y yo me pregunto si no hay una coquetería en todo pudor y un pudor en toda coquetería. Ahora que ella se va, hagámosle este medio epitafio:

La coquetería fue su único pudor.

ELIZABETH TAYLOR

A Elizabeth Taylor, que se encuentra en la Costa Brava —exactamente, en S'Agaró— con un equipo cinematográfico para filmar una película<sup>[47]</sup>, le ha ocurrido algo que les voy a contar enseguida para que ustedes mismos saquen conclusiones, y de paso, se fijen lo enterado que está uno.

Elizabeth, la manufacturada Liz, es guapa a costa de resultar inexpresiva, nos ha resultado siempre una belleza de bazar, más bien aburrida en sus perfecciones, en una invariable actitud necesariamente fascinante que nunca nos ha fascinado. Y me apresuro a soltar esto porque conviene a la imparcialidad de lo que luego diré. Como divorciada y de equívoca biografía matrimonial, la servidumbre española que había

correspondido a Liz en su lujosa residencia de S'Agaró se ha negado a servirla. Las ocasionales criadas de Liz han pedido la cuenta y se van. Claro que la que tendrá que irse será ella. A un hotel, por ejemplo, pues la cosa ha caído bien en la Costa Brava y la bella no va a encontrar quien la sirva en privado.

Yo digo que no es para tanto, y que así como los anuncios ofreciendo servidumbre rezaban hasta ahora: «Cocinera de Cuenca, buenas referencias, se ofrece para casa bien con salidas jueves y pocos niños», en adelante se podrá leer: «Chica para todo se ofrece a casa estable pocos divorcios». Antes de quedarse en la casa, la chica lo pensará bien: «¿Y la señora se divorcia mucho, si no es mala pregunta?». Total, que la servidumbre de Liz ha pedido la cuenta. Ahí tienen ustedes cómo está el servicio.

Disculparíamos que alguien rechazase servir a Elizabeth Taylor por cargante. Se trata de la mujer oficialmente más guapa de Hollywood, con cada ojo de una tonalidad. Un prodigio de antipatía y tecnicolor. Y eso de entrarle todas las mañanas el desayuno a la persona más inevitablemente guapa del mundo es una cosa que cansa mucho. Tampoco estamos conformes con lo de los divorcios, entre otras cosas, porque ella no tiene gracia ni para divorciarse. Pero de verdad que lo de las criadas no ha estado bien. Con estas cosas, cómo no va a tener cara indigesta la indigesta más guapa del mundo.

#### *Música, danza, teatro y variedades*

##### LA SANGRE EXCESIVA Y ESCANDALOSA DE ELVIS PRESLEY

El piano del pobre tendría hoy que aligerarse de años y desengaños para decir con ritmo juvenil la melodía loca de Elvis Presley, el ídolo americano del *rock and roll*. Al piano del pobre le falta agilidad y puede que hasta irresponsabilidad para el alegre disparate del *rock and roll*. Siempre se tuvo el organillo por tan ligero, banal e irreflexivo, siempre llevó por las esquinas el pecado y la penitencia de su poca seriedad, que hacía pasajera cantinela de los grandes temas, dejando minimizada y desacreditada la vida en unos giros de pasodoble...

Pero pasa el tiempo y resulta que hoy el viejo piano del pobre está sentencioso y pelmazo al lado de la frivolidad de última hora. Un viejo cuplé, un viejo organillo quería ser alocado y en realidad estaba dando la lata con la filosofía de la vida. Esto de hoy sí que es frivolidad, disparate, repentización y grito espontáneo. La intrascendencia es tan difícil como la trascendencia. Se ha tardado siglos en llegar a la verdadera intrascendencia. El mundo siempre ha querido jugar, pero apenas sabe; enseguida cae en lo trascendental.

Es la gloria y ventaja de Elvis Presley: su hallazgo de lo intrascendente definitivo que se lleva el alma a cualquier parte.

Pero Elvis Presley se encuentra actualmente en su servicio militar y la noticia nos dice que ha figurado entre ciento ochenta donantes de sangre a favor de la Cruz Roja. Muy hermoso el gesto de Elvis, pero no sabremos decir si absolutamente aceptable, porque él tiene probada la temperatura revolucionaria de su sangre, el ritmo disparatado de su corazón. ¿Es que puede permitirse que la sangre de Elvis corra libremente por el mundo? ¿No hay responsabilidad en transfundir ese fuego irregular de sus venas a otros corazones linfáticos? Esto de injertar a los pacientes del mundo sangre de Elvis Presley, ritmo de *rock and roll*, puede convertir al mundo en una frenética pista de baile. El *rock* era contagioso por sí mismo y ahora nos le quieren meter directamente en las venas.

Desacreditadas las glándulas de mono, he aquí otra fórmula de rejuvenecimiento para la humanidad: la sangre excesiva y escandalosa de Elvis Presley.

##### EL MILAGRO DE CARMEN AMAYA

A Carmen Amaya le han erigido una fuente en Barcelona. Ni la estatua en vida ni la lápida en gloria. Una fuente que puede ser la de su eterna juventud, ahora que ella y su arte son todavía jóvenes y no lo necesitan demasiado. Una fuente a la bailarina gitana, para que su culpa se incline a beber, como cantaría otro gitano ilustre. Aunque es su

gloria la que se ha inclinado a beber en la inauguración emocionada. La gloria taconeadora de Carmen Amaya, gitana de Barcelona, catalana bailaora, flamenca de Somorrostro, andaluza de Monjuit<sup>[48]</sup>.

Qué hermoso monumento para una bailarina, qué alacre perpetuidad de agua... Ni la piedra maciza, ni el bronce heroico. Agua, escapadora agua gentilísima para imitar noche y día la cintura huidiza de Carmen. Nadie habría podido esculpir la inhibición gloriosa de su cuerpo en danza, la movilidad en sombras de su alma. No, nadie habría podido, nadie habría sabido, ni falta que hace...

Para eso está el agua, para eso están las fuentes madrugadoras, bautizadas en caló con su propia agua bautismal. Carmen Amaya es como una fuente, es la fuente central en la delirante Alhambra del flamenco, en el patio de siglos y arrayanes. Un surtidor como otros bajo el cielo caliente de la zambra. Qué fresca gloria perpetuada en fuente...

Así ha acertado el homenaje catalán, su Cataluña sensible e ilustrada. Qué pocas glorias pueden immortalizarse con una fuente. Las macizas glorias que acostumbramos a consagrar en piedra y hierro tienen a veces al costado un chorrito de agua que riega tímidamente la inmortalidad del pelmazo. Pero ese caño se seca enseguida y no hay Ayuntamiento que lo reavive. La verdad es que a la mayoría de los ilustres les cae cursi el cañito. Hay que ganarse una gloria muy airosa, muy ligera, muy limpia y bailarina para merecer una fuente. Cataluña, tan mediterráneamente universal, da al mundo una gloria flamenca y la sustituye con una fuente.

Es el milagro de nacer andaluz en Cataluña, y en lugar de la gloria, merecer una fuente por recuerdo...

Es el milagro de Carmen Amaya.

AL CIRCO, VIEJO VIEJÍSIMO, TODAVÍA LE GUSTA EL CIRCO

Ha estado el circo, ha pasado el circo, montando su redondel de sorpresas sin sorpresa en el corazón de los días.

Ha estado el circo en la ciudad y cada tarde y cada noche ascendían de su cúpula arandelas de risa y aplauso hacia el cielo de la primavera. Con un niño cogido de la mano, se va la ciudad a ver el circo. Sin sorpresa, sin novedad, sin imaginación, vamos cada año al circo, volvemos todos los años aunque el circo sea otra vez igual y deba seguirlo siendo, porque al circo se va siempre. No hay espectáculo menos evolucionado ni falta que hace que evolucione. Sus elefantes y sus leones son viejos como la humanidad y noctámbulos como Baudelaire. Antiguos animales sagrados que han perdido todo prestigio, arrancado a latigazos por muchas generaciones de domadores. Viejas leonas con el sueño cambiado y un bostezo de selva que aún quiere ser dentellada. Una vez, en algún circo, dentro de alguna jaula, no sabemos qué león se comió a quién sabe qué domador, pero a pesar de todo, los leones no quieren presumir de comerse domadores. La indiferencia de un león, la modestia de un elefante, suelen estropear la función de circo. El mejor domador había de ser quien enseñase vanagloria a las bestias. Con un poquito de petulancia en la claudicante mole del elefante, quedaría el número mucho más bonito. A las sempiternas fieras del circo les falta vanidad y les suele sobrar apatía.

Ha estado el circo con su risa de siempre. Quienes nunca le fuimos entusiastas, seguimos yendo al circo a pesar de todo, para ver una vez más de cuántas esquinadas esquinas está hecha la redondez del circo. Cuando todo ya en el mundo es cortante, agudo, picudo, punzante, hiriente y arañador, el circo quiere seguir siendo redondo, congregando ingenuos auditorios circulares. Todavía no le han salido esquinas a su alegre circunferencia. En el circo reímos con la risa de siempre, nos emocionamos con la más repetida emoción y sorprendemos de la más sabida sorpresa. Es todo él un espectáculo montado sobre la pura repetición y gusta ver cómo la incalculable vejez todavía hace malabares y ríe su propia risa... Se embelesa todo él cuando la última

nieta *écuyère* que le ha nacido al circo pone su melena roja al viento circular del caballo más veloz.

Al circo, viejo viejísimo, todavía le gusta el circo.

#### GLOSA DE LA VICETIPLE

En esta posible decadencia de la revista a que quizá estamos asistiendo, la glosa de la vicetiple queda inevitablemente pesimista y un tanto lastimera. Ha habido unos años en nuestro país de luciente apogeo del espectáculo revisteril, que se ha ido quedando en ramplona repetición hasta la polvorienta decadencia sobre la que hoy cae el telón.

Y en aquellos años de música y piernas con censura, qué trajín entre bastidores de vicetiples apresuradas, qué tropel de piernas bonitas entrando y saliendo, yendo y viniendo, flexionando y desfilando, qué rosado ciempiés pedaleando en la música grata y el ensayo ingrato. Ya entonces un ferviente de estas cosas, un castizo de pro y teatralero asiduo, Antonio Díaz-Cañabate, le hizo su glosa cordial, picara y compasiva a la vicetiple, a la humilde, sacrificada, sonriente y desvestida vicetiple. Su pequeña tragedia la heredó la vicetiple de la antigua corista; es la tragedia de vivir con pena cerca de la gloria, de vivir sin pena ni gloria sobre el mismo escenario donde se erige la gloria de los demás.

Pero hoy, cuando el género está en decadencia, quemando sus últimos chistes, y las vicetiples pasan de vez en cuando por una ciudad, hay para llorar y sonreír con su artificio repetido, con su malicia sin malicia. Todavía unos cuantos conjuntos de chicas faldicortas andan por los escenarios, todavía, de siete a nueve, se levanta el telón cada tarde para el pecado con apuntador y la maldad mal ensayada. Inefables subalternas de lo espectacular, vestidas una vez de azafatas, desvestidas otras de antillana, en coro, luego, de mecanógrafas, y después, en formación de sonrosados húsares. Pero siempre las mismas, desafinando cansadamente en la música, coincidiendo tan sólo en la nota falsa por donde se queja la monotonía.

Deliciosas y lamentables vicetiples, chicas para ver, sólo para mirar, piernas de adorno para la ondulación unánime y graciosa. Pasan en hilera, sarta de sonrisas, ferrocarril de ojos, cadena de suaves eslabones perpetuando la monotonía del pecado. Como una flor de maquillaje se abre su tentación venial sobre el jardín plano del decorado. Rebajadas vestales de una mitología con candilejas, están entre la majestad del desnudo y la vanidad del vestido, sin lo uno ni lo otro, ni damas ni diosas, fatigadas, rotas, monocordes...

Todavía nuestra desgana le mira las piernas a la vicetiple.

#### CADA TARDE, EL MUNDO NECESITA UNA CANCIÓN DE SIETE A NUEVE

El hombre de la calle —ese hombre al que canta y para quien canta el piano del pobre— está en nuestro tiempo más solo y más asociado que nunca. El hombre de hoy vive en equipo, muy asociado, ya digo, pero poco acompañado.

Y se inventa mil vagos motivos acompañadores, como la cancioncilla callejera que hoy ha proliferado una caricia, una alegría, una pereza que en el disco se desenrolla a medida que se va enrollando blandamente en el corazón transeúnte. Ahora, nuestra cadena de emisoras, cadena de radio y música, organiza el primer Festival de la Canción Española. Llevamos unos años alegrándonos con músicas del mundo, amando al son de un «*I love you*» puesto en mil tonos que dan siempre el mismo tono. Llevamos años, aquí, en esta tierra, bailando al son que nos tocan.

Primero, que recordemos, fueron voces yanquis, músicas pastosas, lentitudes o aceleraciones de un Brooklyn sintético, excesivo y difundido. Luego, ritmos de la baja América, reiteradas fiestas ecuatoriales, gritos del Méjico galleador. Ahora, el halago mentolado de la canción italiana, y más ahora, un Mercado Común de lo musical, con melodías francesas, latinas, americanas, y hasta marchas militares, como el marcial silbido del coronel Bogey<sup>[49]</sup>. Y a todo esto, la canción española, que no es sólo el escote de Sara Montiel y la infancia jilguera de Joselito, ha internacionalizado su

*Violetera* y su bolero *Dos cruces*, y quiere ahora un melódico renacimiento, quiere y puede una delicada floración en la rama violenta del jazz.

La canción, que no es la copla, que no es el folklore arraigado, sino grata provisionalidad de última hora, acompaña el ocio apresurado del hombre entre la bolera y la oficina, ese hombre del traje gris que ahora nos ha mostrado el cine. Música para enamorarse de las mecanógrafas, para que las mecanógrafas se enamoren de los príncipes más fotografiados que fotogénicos, dulce exilio para los corazones ignorantes que no entendemos de música, sentimental pecado de una confundida humanidad que baila muy ceñida. Otras noticias dicen que el cáncer y la leucemia crecen su amenaza, que quizá han sido asesinadas ya las generaciones futuras, porque las últimas experiencias científicas han dejado en la atmósfera elementos de muerte. Pero todavía, en cada sala de baile, las luces indirectas ponen su sonrosado en la pálida salud de las oficinistas.

Cada tarde, el mundo necesita una canción de siete a nueve.

#### ELVIS LAPELVIS

A Elvis Presley le han ascendido a sargento. A la orden, mi sargento, a la orden, sargento Presley; ¿tocamos fagina o tocamos un *rock and roll*? Elvis Presley, mito joven del ritmo nuevo, del baile histérico, se encuentra cumpliendo su servicio militar en Alemania, y va ya por el tercer ascenso, que le supone los galones de sargento. Un buen chico, desde que le quitaron de la guitarra sensual y frenética.

Con el ritmo de Elvis Presley, llora, canta y reniega una juventud rebelde. El díscolo entre los díscolos, el genio de la desobediencia, el patético y trémulo Elvis Presley, se está portando tan bien como lo demuestran sus ascensos. La disciplina militar ha enderezado sus balbuceos caprichosos, y de toda la angustia, el sexo, el frenesí y la música, ha salido un sargento. Increíble. Si Elvis Presley ya no llora, si su guitarra no le agoniza entre las manos, si él que sabe hacerlo no coge la rabieta del *rock and roll*, a ver qué hacemos toda una juventud llorona, que con él nos lamentábamos sin saber de qué.

No sé si Elvis moverá a sus hombres a toque de *rock and roll*, si le habrá ordenado al trompeta del regimiento una extraña diana atormentada, rítmica,ailable y obsesiva. Elvis Presley, ídolo de la juventud indisciplinada, se ha tomado en serio la disciplina regimental. Su silueta ondulante, decaída, melodiosa, de guitarrista espasmódico, queda erguida, rígida y marcial con los galones de sargento. Aquí estamos los que no tenemos corazón de sargento, sin saber a qué ritmo quedarnos. Elvis Presley tenía una guitarra que era como su novia tormento, esa mala novia que no acaba de gustarles a las madres para su niño. La guitarra era su mala compañía, su mala consejera, la amistad fatal que nos le estaba perdiendo. Elvis había empezado de honrado mecánico conductor de camión, y luego le perdieron no sé qué mujeres como guitarras. Pero Norteamérica, su país de soldados firmes, simples y sanos, hace un sargento de cada niño terrible. Para eso está la democracia, la disciplina y la Constitución. Ningún joven puede perderse en el país de la juventud. Más vale un sargento en armas que un guitarrista epiléptico. Y el imperio del dólar necesita sargentos. No sabe qué hacer con los guitarristas.

Elvis Presley, llamado Elvis *la Pelvis*, no es que sea mal chico, pero tenía un vicio con la guitarra...

#### SIDNEYBECHET

Sidney Bechet ha muerto y la juventud del jazz le ha rendido homenaje. Sidney Bechet tenía el saxofón más sensible del mundo, convocaba en su música una Nueva Orleans lejana, blanca y negra, doliente y recordada. Flores de esta primavera y flores violentas del jazz han estallado sobre el reposo de Sidney Bechet.

Y quedan otros nombres. Queda Luis<sup>[50]</sup> Armstrong, por ejemplo, que acaba de triunfar en París. Armstrong, con el nombre tan negro como Bechet, con una trompeta valiente,

dorada de selva y aguda de soledad; Luis Armstrong, que canta como un hombre castigado y estas noches últimas enloquecía París con su luto constelado y sonoro. Moscú, en cambio, no quiere jazz. Para la gran exposición norteamericana que se celebrará en Rusia, había proyectadas algunas sesiones. Pero los soviéticos lo han prohibido. Ya alguna vez rechazaron por burgueses a Bach y Beethoven. El jazz, sin embargo, es antiburgués; es el grito mordiente de una raza; lleva en sí rebelión y futuro. Parece que debieran hacerlo suyo quienes se pretenden redentores de algo. Pues no. La música negra arrastra ya mucho Hollywood, mucha orgía capitalista, y quizá eso asusta a los comunistas. Les parece demasiado para el blanco aburrimiento del pueblo.

Pero veamos, se va a celebrar una exposición industrial y técnica en Moscú por cuenta de los yanquis. Rusia no teme meter en casa la propaganda enemiga, no le teme a la competencia, según parece, y en cambio no quiere saber nada de la *Rapsodia en blue*. Lo serio, lo importante, lo convincente, que es una máquina, pueden ellos igualarlo, y dirán que hasta mejorarlo. Pero del frenesí del jazz no se fían demasiado. Y saben lo que hacen, o no quieren hacer lo que no saben, porque un ciudadano que se ha forjado comunista a tragos de vodka, puede de pronto descubrir que hay en el mundo cosas más fuertes que el vodka y el comunismo. Por ejemplo, la libertad humana, que en el jazz se exaspera y delira. Quiere decirse que los grandes montajes de ingeniería no hacen sacar el pañuelo y una cancioncilla mal silbada puede perturbar cuarenta años de doctrina política. No parece peligroso que los yanquis demuestren en Moscú que están en forma.

Puede ser más subversiva la propia melodía *En forma* sonando en la Plaza Roja<sup>[51]</sup>.

#### *ELTELEGRAMA*

*El telegrama*. La canción proclamada en triunfo se llama *El telegrama*<sup>[52]</sup>. En el Primer Festival de la Canción Española, organizado por nuestra cadena de emisoras, cadena de radio y música, ha triunfado la canción *El telegrama*, y pensamos que toda canción tiene mucho de telegrama sutil, de morse destinado y sentimental, de recado casual, urgente y pasajero que nos dice la vida. En los momentos indecibles e inolvidables, la vida, el amor o la canción, nos hablan en telegrama. Cuántos recados, cada día, de corazón a corazón, en los latidos de la sangre, en el morse de los corazones...

Ya el gran poeta amoroso de nuestro siglo —Pedro Salinas— vio el telegrama azul como objeto lírico<sup>[53]</sup>, acertó con la intensa sugestión y emotividad del telegrama, ese recado palpitante, azul y radical. En realidad, las palabras esenciales del amor, el «te quiero» y el «sí», pertenecen a una entrañable y lacónica telegrafía. El amor se expresa en telegrama desde mucho antes de inventarse los telegramas, y siempre hay, en el ápice humano de la emoción, dos o tres palabras desnudas, concisas, que dejando atrás todo el continente de las palabras, todo un idioma, dicen penetradoramente la verdad.

Entre la canción y el telegrama, toda la urgencia y complacencia de la vida. Ahora nace una canción que se titula *El telegrama*, una simple y acompañadora canción coreable que dice la urgencia del amor en la comunicación inalámbrica de los corazones. Para el hombre solitario a quien la vida no envía nunca telegramas, la canción pasajera, temprana y repetidora, es un telegrama de ternura, de errante amistad que llega desde todas partes. Ese hombre solitario aprenderá la cancioncilla sin querer, la silbará sin saberla, y en el silbido casual y desafinado por las alamedas de su soledad, qué urgentes telegramas envía a todas las cosas; qué morse ocasional, qué mensajes de naufrago remite a la humanidad un hombre que silba solo por los parques ciudadanos...

Entre la canción y el telegrama —ya digo— toda la urgencia y complacencia de la vida. La canción es un telegrama sin prisa ni destinatario, que se distrae en todo. El telegrama —ese telegrama feliz de la bella noticia— es una canción esquemática, una

abreviadísima letra de canción, a la que el girar del mundo pone mil melodías. Y para que todo esto sea más verdad, ya hay una canción que se titula *El telegrama*.

VITTORIOPODRECCA

Ha muerto Vittorio Podrecca, el gran mago de las marionetas italianas. Los *Piccolos de Podrecca* eran y son uno de los pocos espectáculos simples que van quedando en nuestro mundo recargadamente espectacular, en el que todo espectáculo se envanece y se envilece de una sensualidad colosalista. Del razonable y civilizado espectáculo de tamaño natural que es el teatro, por ejemplo, se parte hacia el gigantismo de los cinemascopes, o se retrocede a la primitiva miniatura de las marionetas. Hoy, desmesurados en todo, apenas acertamos con el término medio, y sólo podemos buscar, como evasión de tanta insolencia panorámica, el breve prodigio elocuente de la marioneta. Entre el teatro agigantado y el teatro de bolsillo, está, sencillamente, el teatro. Pero ha muerto Vittorio Podrecca, y es en el escenario diminuto de los títeres donde tiene cabida la tragedia.

Podrecca tenía sus muñecos para decirlo todo, como otros tienen su imaginación o su palabra, como alguien nos tiene a todos para decir no se sabe qué. Podrecca representa el mago imposible que no hubo en nuestra infancia distinta, en nuestros lejanos domingos sin función de títeres. Como entonces no nos llevaban a ver las marionetas, no podemos hacer honradamente su evocación conmovida, y sólo nos sale una acre filosofía. Sí podemos evocar, en cambio, aquellos muñecos de la película *Lilí*, aquellos amigos de verdad y de mentira que encuentra Lilí para su candor paleta. En las grandes orejas ingenuas de Lilí iban dejando ellos sus confidencias, su vanidad menuda de muñecos, y los ojos estelares de la niña eran también dos giradoras marionetas del asombro.

Todos tenemos nuestras marionetas de fingimiento para mentir la verdad, para decir la mentira... Todos... Pero mejor que esa tan sabida filosofía de guiñol, hagamos limpiamente la evocación de Vittorio Podrecca, eterno engañador de los niños, feliz mentiroso de las mismas mentiras; toda una vida con su trampa deliciosa, con sus muñecos irascibles, con su truco entrañable... Podrecca, Gulliver entre bastidores, ha muerto.

Vittorio Podrecca, ante ese mar todo espuma que es la risa de mil niños.

LA ZARZUELA, ÓPERA PEQUEÑITA PARA MENESTRALES

Está aquí la zarzuela, ha venido la zarzuela a nuestra ciudad. Uno, como organillero viejo, como castizo y retrospectivo de los pies a la visera, se siente contemporáneo de la zarzuela, del género chico, del género ínfimo, del sainete, el entremés, las noches de Apolo, el agua, los azucarillos, el aguardiente, los gigantones, los cabezudos y don Antonio Cánovas del Castillo<sup>[54]</sup>.

Uno, como nostálgico sin remedio, como burlador de la propia nostalgia, quisiera explicarles a ustedes, con melancolía que parecerá zumba, con zumba que parecerá melancolía, lo que era la zarzuela en los buenos tiempos. Explicárselo a los más jóvenes, sobre todo, que con tanto ruido de jazz, con tanto estrépito de Lionel Hampton, no alcanzan a oír, bajo la batería de Ellington o el frenesí de Pérez Prado, unos quedos compases de zarzuela que suenan en la tramoya del ayer, entre los bastidores del pasado.

La zarzuela era una cosa grande y pequeña, pretenciosa e imitativa, una ópera pequeña para menestrales, algo así como una ópera hecha por horteras, con el mal gusto de los horteras y la mala ropa de los abuelos de los horteras. Pero se pasaba bien y la gente iba. España estaba tan prendada de su Aragón terco y redicho, de su Navarra fajada y pelotari, de su Madrid tan madrileño, que no podía pasar una noche sin acudir a la cuarta de Apolo<sup>[55]</sup> a comprobar que Aragón seguía tan terne y Navarra tan frescachona. Ya digo, era bonito y la gente iba.

Los organilleros nos quedábamos fuera, que el oficio es muy esclavo. Por eso, yo hablo

de oídas, que nunca he visto una zarzuela, como no la ha visto el Don Hilarión de *La verbena de la Paloma* ni la Maripepa de *La Revoltosa*. Ellos son la zarzuela misma, como nosotros, los del pianillo, en cierto modo lo éramos. España toda era tan zarzuela que la zarzuela estaba fuera a todas horas.

TERCERA PARTE  
EL TIEMPO Y SU ESTRIBILLO(1960-1961)  
Nuestro pequeño León

## INTRODUCCIÓN

Aquí estamos para ponerle al tiempo su estribillo, su centinela de miel o de vinagre a los días que pasan, al tiempo que no queda, a la vida.

Aquí estamos y cumplimos como podemos. Pero a veces pecamos por mucho o por poco. Todo tiene su coletilla, su secuela, su rastro bonito o feo. Los días dejan su estela, el mundo, que no es todavía un mundo sin melodía, como pronosticaba Agustín de Foxá, suena en los oídos como una caracola insistente en su girar, y su pasar, y su sonar.

Esta provincia como otras, esta ciudad como todas, tiene su comentario que se hace o no se hace, que se escribe o no se escribe, tiene su historia mínima y humana que unos la escriben con amor, otros con rencor... Probamos desde aquí a recoger la cantinela de la vida, a ponerle su estribillo a las cotidianas estrofas del vivir. Estribillo que a veces ha de ser amigo, tenaz reiterativo, doliente, y otras veces amable, poético, entusiasta. Ustedes perdonarán que hoy dejemos sin sonar la cantinela de la prosa tras el peso de la jornada. Ustedes disculparán y comprenderán que hoy este comentario se muerde la cola, se muerde las siete colas de su inquietud, y se las pisotee a sí mismo, hasta dejarlas quietas, no como vivaces colas de lagartija, sino como pisoteada piel de pobre animal cinegético, disecado y taxidermizado.

Quisiéramos ponerle música, sólo música alegre y sencilla, sin intención de crítica, a la página en blanco de este día, sólo una musiquilla de corro de niñas, de hombre distraído que pasa silbando, de señorita retrospectiva que toca el piano sin saber piano ni saber lo que toca. Quisiéramos ser intrascendentes para no herir, para no estorbar, para no molestar. Y al paso que va el comentario, al paso que van mis palabras, con las que nada o poca cosa he dicho a ustedes, me parece que el propósito está conseguido.

(4 de octubre de 1960)

# I

## SOCIEDAD Y CULTURA

### PAN, AMOR Y FANTASÍA

Pan, amor y fantasía. Éstas pudieran ser las premisas de la justicia social. Porque con sólo el pan no basta, ni siquiera con el pan y el amor, sino que las masas necesitan, como las minorías, ese tercer elemento de fantasía.

Pan, amor, y fantasía; bienestar, dignidad y cultura puede ser la traducción. La revolución social ha adelantado, sobre todo, en lo primero. El nivel de vida de las clases trabajadoras ha aumentado en el mundo entero. Las insuficiencias que persisten, las injusticias que se repiten, no son sino una rémora de otros siglos. En el ánimo de todos los sistemas políticos y económicos están las mejoras materiales del pueblo, llevadas a su nivel máximo. Hoy, la política no es nada sin reparto, y no otro fin que el reparto tienen las modernas economías.

Pero en cuanto al amor, en cuanto a la dignidad y estimación social de las clases obreras, si bien se han hecho progresos, no estamos, en la vieja Europa, muy adelantados. Digo en la vieja Europa, pero la verdad es que las monarquías nórdicas y Francia, por ejemplo, dan ya las lecciones al mundo, a la propia América, de amplitud social. Sólo unos pocos países, entre ellos el nuestro, sólo unas cuantas sociedades arrastran aún viejos prejuicios, gastados orgullos, convencionales posturas clasistas que, al margen de la caridad, e incluso sirviéndose de la misma caridad, siguen haciendo del pobre una especie humana, no diré inferior, pero sí distinta, que ya es bastante escándalo.

Y fantasía, cultura. En la cultura está, posiblemente, la clave de la revolución social. Sin embargo, la cultura sigue llegando difícilmente al pueblo por los obstruidos canales de una enseñanza clasista. De todo esto ya hemos hablado aquí mismo.

Fantasía, señor, fantasía para la masa, que carece de ella atterradoramente. Fantasía para vivir, para trabajar, para creer. Fantasía en el trabajo y en el ocio. El pueblo carece de ella, porque carece de cultura, y su trabajo es torvo, y su ocio triste, tristísimo. Un pueblo que trabaja de mala gana y tampoco sabe divertirse, ¿qué clase de pueblo es? Aunque os asombre, sabed vosotros, los preocupados por el rendimiento del obrero, sabed que la productividad —debéis creerme— es cosa de la fantasía. He aquí, pues, la triple enseña de la justicia social.

Pan, amor y fantasía.

### QUE NUESTRA MIRADA INCENDIE EL MUNDO

Entra la cuaresma, una cuaresma, mañana es miércoles de ceniza, y todo nos invita a la humildad. Se nos va a recordar una vez más, en latín secular, en el latín de las grandes verdades, nuestra indeclinable vocación de ceniza. Sí, mejor que polvo, digamos ceniza, que para llegar a serlo, es necesario, antes, haber ardido mucho.

Ardemos de caridad, de amor, de noble pasión por la vida. Ardemos en la lumbrarada de cada día, en el súbito milagro de mirar, y que nuestra mirada incendie el mundo. Si no sabes quemarte a tiempo, quedarte en yesca, hacer hoguera de ti mismo, de tus interiores desvanes, nunca llegarás a la purificación de la ceniza.

Que mañana es miércoles de ceniza, y quien se guarda de todos los vientos, del terrible y amado viento que dice el poeta, nunca ha entrado en combustión, nunca ha sentido el contagio llameante de la vida. Ardamos en todo, y tras el miércoles ceniciento y funeral, vendrá un gran vendaval a dispersar nuestras cenizas por la luz, posando la motita invisible que somos en el ala del ave, en el párpado de la muchacha, en la ligereza de la primavera...

Hay que arder, sí. El gran Eugenio d'Ors, el viejo padre y maestro de clasicismos, decía que quien tiene la llama debe arder. Que las estrellas arden en el infinito. Que el destino sublime es arder y consumirse. Eso decía él, pero nosotros vemos en torno

seres opacos, vida incombustible, candelabros de piedra que jamás encendiera nadie. Somos a imagen y semejanza de la llama, con brazos y piernas que la música —misterio original— puede trocar en lenguas de fuego, en danza incandescente. Llevamos en el pecho esta incandescencia, este calor y cola de fuego por la sangre... Si nuestra materia es agua y sal, nuestro espíritu es llama. Ardamos pues, y que ese cubo de agua que solamente somos no sofoque jamás el fuego hermoso del alma. Sólo ardiendo hasta el delirio, quedaremos en calma y ceniza.

#### VERDADERO, SINGULAR, ESPIRITUALIZADO PUEBLO

Somos un pueblo de procesiones y entierros. Esto lo saben bien los extranjeros, que lo interpretan a su gusto, y a veces con muy mal gusto.

España procesional y devota. Es lo nuestro y no hay por qué renunciar a ello. Menos ahora, en este tiempo de grandes concentraciones laborales. La masa sin rostro, la multitud en miríadas en los estadios, recupera su perfil y se redime en estas concentraciones devotas de Semana Santa. Vuelve a ser humanidad, congregada suma de corazones. Si durante todo el año sólo nos agrupamos para el vagido estertóreo del fútbol, más necesariamente que nunca debemos aunarnos —siquiera una vez al año— en función espiritual. Sólo así la masa a punto de ahogarse en su propia vastedad seguirá siendo pueblo, diferenciado y sustantivo pueblo.

Estas multitudes orantes o expectantes del Jueves Santo, del Viernes Santo, de la Semana Santa, nos devuelven venturosamente la noción de país, de raza, de linaje. Constatamos que el pueblo español sigue teniendo buen oído, un fino oído popular para oír lo sobrenatural. Otras veces, es el trabajo masivo, la concentración laboral o, simplemente, la aglomeración cosmopolita lo que aglutina muchedumbres. En otros países, por supuesto, en este Occidente congestionado, las gentes sólo se aglomeran para la *mélee* deportiva o el mitin clasista. En el Asia confusa y multiforme, en el sagrado Oriente, los pueblos se reúnen ya mucho menos para rezar, y sí a exhibir pancartas belicosas.

Pero en España, ya digo, país de tumultos callejeros, donde un andar femenino forma nudos de circulación, el pueblo sigue echándose a la calle anualmente para rezar una salve. Lo cual, hermoso y necesario, a más de su motivación religiosa, nos trae hoy, como nunca, el aliviado saber que sigue habiendo pueblo. Verdadero, singular, espiritualizado pueblo.

Algo más que la rugiente «hinchada».

#### LA GRAN CRUZ DE LAS ALTURAS

En un cielo inmensamente azul, en un paisaje que de la eternidad velazqueña pasa a abiertas grandiosidades del valle y cordillera, se alzaba ayer la gran Cruz de los Caídos, se alzaba la basílica de Cuelgamuros, abarcadora de toda la luz del día.

León entero, toda una provincia, la nuestra, se persignaba ayer en esa cruz grandiosa. Era emocionante llegar por los mil caminos que el cielo abría en la sierra, afluir en masa, en la más rauda y diversa unanimidad, hacia el pecho escarpado de la montaña. Llegar a las abiertas superficies blancas, a la espaciada y solitaria centinela de los cipreses, al claro semicírculo de arcos, donde la pasión geológica del paisaje se serena en clasicismo, en el clasicismo de la piedra cincelada, medida y solemnizada. Hemos ido allí con la misión de ver para luego contar, pero ni en la mirada puede caber todo, ni caber puede en la prosa lo que apenas cabe en la mirada. Con el sol sin nubes del gran día, con el cielo y el paisaje, unas campanadas llegan de lo alto, invaden serenamente el mundo. Y todavía al aire libre, en las rotondas inmensas de la altura, empieza a congregarse un núcleo humano; León y sus hombres en caras y almas conocidas.

León estaba ayer en la basílica de la Santa Cruz del Valle de los Caídos. Sí, congregado por la presencia circundante de los montes, podía reconocerse allí a León, a sus gentes y su espíritu. Era emocionante y entrañable que la pura espiritualidad,

exaltada desde abajo por la pura geología, se retiñese en el aire, en la luz universal, de un aura leonesa, sutil, pero evidente; transfigurada, pero cierta. Y luego, el misterio de profundizar el magno túnel, la egregia galería de la basílica, hasta sentir, a fuerza de comunidad y recogimiento, que estamos cerca de nuestros muertos.

De todos nuestros muertos. No unos ni otros, sino todos. León tuvo sus héroes, sus mártires, sus víctimas, y nos emociona recobrarles un poco. Imposible imaginarles enfrentados entre sí. Percibimos la gran unanimidad de los muertos. Son ya nuestra mayor verdad, nuestra tierra, nuestro suelo, lo poco o mucho que tenemos. Los perdimos en bloque y uno a uno. Son leoneses también en la muerte. Cómo emociona su cercanía y su recuerdo... Y tras la solidaridad de los muertos, la cálida solidaridad de los vivos, de regreso ya a la luz del día de agosto. Un canto espiritual, claro y prolongado, descendía sobre nosotros. León había latido allá arriba.

León se persignaba en la gran cruz de las alturas.

#### GOZO VIAJERO

Vengo de la provincia, amigo oyente, de nuestra hermosa provincia, y allá van estas notas que al paso he recogido para ti. Acabo de llegar y te aconsejo que salgas un día, de madrugada, como lo he hecho hoy, muy con el sol del amanecer, a recorrer la geografía diversa y despierta de nuestra región. Verás, oyente, que es tan hermosa como tú sabes, como tú y yo sabemos.

Los campos cargados de primavera, algún pueblo en fiesta, feria de ganado en algún otro, gitanos por la carretera, Ponferrada afanosa, activa, palpitante, Astorga llena de serenidad, de elevación, de gracia. Y la gente, al campo. Al campo las gentes en toda la provincia, buscando muy de mañana la mejor tarea, atendiendo con esfuerzo la promesa que ya se va cumpliendo en verde, en rojo, en amarillo...

Estaba hermosa la provincia, amigos, amigo oyente. El sol se afilaba con cierta dureza minera, la luz tomaba cuerpo en los paisajes bercianos; las ciudades, los pueblos, las aldeas, vivían un compás de trabajadora vida y primavera. Era el gozo de coronar puertos, de aflojarle las bridas a la velocidad, embebidos en todos los aires, en todos los cielos, en todas las distancias.

Si venimos a las realidades menudas, precarias, yo te diría, oyente, y más a ti, a quien debe saberlo, que nuestras carreteras son malas, siguen siendo malas, y que así no hay afanes ni campañas de turismo que valgan. Que el triste no se arriesga a tanto. Y no hablemos del peligro constante, de la invitación al suicidio que son las pistas españolas. También puede recogerse al paso, he recogido yo esta mañana, la afrenta inesperada, cruel, de una mujer trabajando en la carretera. Todavía, en nuestro 1960, hay mujeres —no importa si una o si muchas— que han de trabajar, junto al hombre, en cosas así. Sólo esto —tanto y apenas nada— espina hoy nuestro gozo viajero por esta hermosa tierra.

#### NUEVO HUMANISMO DEL SIGLOXX

La profesora García Morente, que ha pasado por León con su gran bagaje de ciencia pedagógica consolidada en las ideas y espiritualidad de su padre, el que fue gran pensador católico español<sup>[56]</sup>, afirma que la moderna pedagogía alcanza hoy gran altura en el profesorado de nuestro país. No así en los padres y en las familias.

Quiere decirse, una vez más, que todavía resta en algunas familias españolas el viejo concepto envarado de lo que es la formación de un hombre nuevo. Por exceso de celo y cariño, se educa a no pocos muchachos en un cerrado módulo tradicional, porque así fue como se educara a los padres y anteriormente a los abuelos. Puede que ciertas fórmulas tuvieran su eficacia y ejemplaridad en una época determinada, pero consideremos que el mundo ha entrado en una veloz evolución. Hay que educar al niño con respecto del mundo en que va a vivir, no con respecto de un mundo familiar hecho de nostalgias retrospectivas.

Claro que eso resulta hoy especialmente difícil porque es muy aventurado imaginar

cómo va a ser nuestra sociedad dentro de veinte años, si la estamos viendo evolucionar día por día. Y ésta es razón importante para que la formación del hombre nuevo, del niño y el adolescente, sea cada vez más amplia, más abierta y universalista. Ese nuevo humanismo del siglo xx de que alguna vez se ha hablado, hemos de procurar que sea un humanismo espiritual, muy nuestro, muy español, antes de que brote en nuestros hijos y en nosotros mismos el despiadado humanismo de la ciencia y la técnica. Cerrando puertas y ventanas sólo conseguiremos que las nuevas generaciones salgan, dentro de unos años, a un mundo extraño, desconocido. Se hace preciso sacrificar muchos entrañables valores que quisiéramos transmitir a los nuestros como a nosotros nos fueron transmitidos.

En el hombre nuevo sólo se salvará lo fundamental del pasado, no lo accesorio. Estos principios, más o menos, están ya en cada pedagogo, pero no en cada padre

#### RECADOS AL OÍDO DE USTED

Hermoso patronazgo, éste de san Gabriel, arcángel de vuelo hertziano que entre Marconi y el Antiguo Testamento, de las antenas de radio a los cedros del Líbano, vuela y se posa siempre en lo más delgado, en lo más inverosímil<sup>[57]</sup>. «Pero ¿quién ha visto un ángel?», se preguntaba el escéptico. Más que ver o creer en los ángeles, el hombre de la radio tiene que ejercitar de ángel cada día para el múltiple advenimiento de los días.

El angelismo es una semirrealidad que siempre ha pugnado por hacerse patente. Pero los hombres nunca acaban de creer en la existencia de los ángeles, o quizá sea que los ángeles no creen en la existencia de los hombres. Y sólo este milagro de la radio vino a dar vuelo y altura a las palabras del hombre, guardando, por otra parte, las apariencias de técnica y ciencia descreída a toda esa angelidad maravillosa de que yo le esté dando invisibles recados al oído de usted. En el lago concéntrico y purísimo de las ondas, vibra desde entonces la palabra radiada, y este oficio, es ya, para siempre, mágico...

De entre las novísimas formas de periodismo —cine, radio, televisión— sólo la radio conserva el calor y el valor del intermediario humano. Cine, televisión, fotografía del periodismo ilustrado sirven y reflejan fríamente la noticia en imagen, como flor aséptica de una técnica indiferente. Pero la radio, a más de conseguir la mayor velocidad informativa, periodística, sigue portando en su engranaje el hervor humano de la voz y la creación intelectual. Las otras técnicas reflejan; la radio cuenta, sigue ejercitando la cálida, entrañable y antiquísima actividad humana que es el contar. Por eso la radio no podrá deshumanizarse, por eso el angelismo de las anunciaciones sigue aleteante en ella, y cuando al mundo sólo le entra por los ojos el impacto de mil imágenes al minuto, la radio, casi como un clásico, casi como Homero, sigue contando, narrando, fiándolo todo a lo mágico y disuasorio de la palabra. Su complicación técnica no es sino una estructura donde alienta el verbo.

Nunca se sabe, en la radio, si las palabras se las lleva el viento o se las lleva el Arcángel...

#### «RADIOREVÁLIDA»

«Radio Reválida» es un servicio que la radio española está prestando a la enseñanza. Porque la reválida —tema que en esta emisora ha sido considerado por quienes mejor podrían hacerlo—, la reválida, digo, motivo de preocupación y discusión nacional, ha de ser paliada en su rigor, en su inexorabilidad, en su dificultad, con ayudas como ésta que ahora brinda un puñado de emisoras a los estudiantes españoles.

Aunque muy certeramente se trató aquí todo lo que a la reválida afecta, la cuestión no quedó —sería pueril intentarlo— solucionada, ni lo estará mucho tiempo. Todo lo que a nuestra enseñanza le falta para ser perfecta, todo el congestionado problema de la excesiva afluencia de alumnos y el estilo inquisitorial de la docencia, queda especialmente manifestado en la reválida. Naturalmente, no corresponde a un órgano

de difusión, como es la radio, la resolución de estas cosas, sino todo lo más, la denuncia. Pero he aquí que en esta ocasión se ha llegado más lejos, un poco más allá, dando este pequeño gran paso que representa «Radio Reválida», con su carácter de ayuda y estímulo.

Menesteres así debieran emprenderse con más frecuencia en los órganos informativos de un país. Mejor que el exclusivo servicio político o la mercantilización del mal gusto, quisiéramos ver ejercida una labor de cultura práctica, de enseñanza, de cooperación social, que a veces podrá tener formas tan insospechadas —insospechadas para los pobres de imaginación— como esta «Radio Reválida». Nunca habíamos llegado más allá de la consabida llamada de socorro, por lo que a servicios radiados se refiere. Con su adhesión a «Radio Reválida», muchas emisoras se hacen hoy perdonar tanta vulgaridad hertzianizada. Quiere decirse que nuestras posibilidades son ilimitadas y que si estamos al servicio del analfabetismo, es por falta de iniciativa, de agilidad, de espíritu.

A León también ha llegado «Radio Reválida», y el mejor éxito la acoge.

#### CURSOS DE VERANO PARA EXTRANJEROS

Ayer fueron clausurados los cursos de verano para extranjeros. Los alumnos abandonan hoy nuestra ciudad y convendría empezar a hacer recuento de excelencias y defectos con vistas a los cursos del próximo año. Sobre todo, tomar nota de lo habido, ahora que está reciente, para cuando haya que planearse la nueva versión de los cursos.

Porque, naturalmente, no todo han sido aciertos en la organización. Organización ejemplar y elogiable, que, sin embargo deberá revisarse cuidadosamente cada año. Se viene pecando, quizá, de un excesivo recargamiento en la jornada de los cursillistas. Conferencias, lecciones, viajes, monumentos, pasan por ellos en una sucesión vertiginosa que les deja un poco confusos, según he podido comprobar en conversaciones privadas. Algunas de las jornadas del curso se han montado como verdaderas apoteosis de leonesismo, con el consiguiente empacho de los chicos. En contraste con este sistema concienzudo, una quizá excesiva libertad en las normas ha permitido que se dieran conferencias con media docena de alumnos. Desaire para el conferenciante y falta de disciplina sobre los alumnos, si bien su escasa asistencia viene a justificarse en parte por el exceso de materia señalado anteriormente.

Y sobre todo, hay un aspecto que debiera cuidarse: la verdadera identificación del extranjero con los leoneses. Cada estudiante se nos va sin haber dejado de ser un extraño, tan extraño como el día que llegó. En esto, León revela que no es totalmente una ciudad europea, que mantiene todos los recelos de la vieja provincia española. Pero tampoco la organización de los cursos tiende a un verdadero acercamiento. Salvo un restringido círculo de amistades privadas, el muchacho francés, la estudiante alemana no han convivido con España ni con los españoles. Ellos vienen a contagiarse de iberismo y sólo lo consiguen a través de los libros o el arte, no directamente. En cierto modo, han perdido el viaje. En cuanto a nosotros, tenemos la oportunidad de darnos cada año un chapuzón de europeísmo, pero también la rehuimos. Ahora que Europa quiera ser una, parece que en las calles de León, en el mes de agosto, español y europeo siguen siendo cosas muy distintas, casi antagónicas. El problema viene de muy atrás y no va a ser la dirección de unos cursos de verano quien lo solucione, pero por algo se empieza.

Cuando hay ganas de empezar...

#### CULTURA COMPROMETIDA

En su diaria sección periodística, tocaba ayer González de Lama el tema de la cultura comprometida<sup>[58]</sup>. Tema palpitante en el mundo, que ha de serlo también en León. Decía el articulista que la cultura se ha sometido en los últimos tiempos a la política, y que el fenómeno del arte, la literatura, la belleza sometidas a una causa, a una finalidad, a un

servicio es un fenómeno de origen marxista.

Añade que los valores puros han llegado a repudiarse por «burgueses». Yo le diría que el arte por el arte, el culto abstracto a la belleza, es una creación, efectivamente, del liberalismo burgués, y contra el liberalismo se ha hecho en España una cruzada, que el último filme estrenado en León, *La fiel Infantería*<sup>[59]</sup>, viene a recordar a los desmemoriados. Esa idea esteticista, que data del siglo pasado, llegó en Europa a su autosaturación después de la primera guerra mundial, en la posguerra del 14, produciendo ese tipo de intelectual decadente que Vicente Marrero<sup>[60]</sup> —derechista, tradicionalista, católico, nada sospechoso de izquierdismos— llama peyorativamente «el hombre gideano», o hijo espiritual del nihilista y amoral André Gide. He aquí la sucia paternidad de lo que se quiere hacer pasar como purísimo: el arte por el arte.

Pero en la siguiente posguerra, que es la que aún estamos viviendo, se ha producido el cansancio del hombre gideano, el alborar de una nueva ética, que empieza por darle a la belleza, al arte, a la cultura un mensaje humano, caritativo, casi religioso. De Gabriel Marcel a Romano Guardini, todos los grandes creadores del actual pensamiento cristiano nos invitan a alguna especie de superior compromiso. En España hay muchas publicaciones católicas entregadas a la misma idea, entre ellas el periódico en que escribe don Antonio. Y el propio González de Lama, aquí, en León, fundó una inolvidable revista de poesía con intención, con mensaje, frente a otra revista madrileña cultivadora del arte por el arte. ¿No fue *Espadaña* una revista comprometida? ¿Es que vamos a tomarla hoy por marxista, socialista, o simplemente politicista, según las últimas ideas del que fue su fundador? *Espadaña* nació para enarbolar el arte, la lírica, como vehículo de inquietud humana, y se enfrentó a los puristas, a los esteticistas, a los clasicistas. *Espadaña* nació comprometida.

Será que con los años viene el descomprometerse.

#### SANTA INFANCIA

A propósito de moral, volvamos al tema de los niños que trabajan. Santa Infancia le llamo yo a aquella que ya otras veces me ha ocupado, a la infancia esta que bien cerca tenemos; el niño en edad escolar, la niña que a las once de la noche vende lotería por los bares de la ciudad.

Hay legislaciones y decretos. Hay, sobre todo, la caridad cristiana de las gentes. Tribunales, patronatos, tutelas... Pero yo veo y usted ve niños que trabajan, que llevan carretillos, o cargan bultos, o se envilecen buscando la propina, o trasnochando sin haber llegado aún a la estatura de los mostradores, vendiendo lotería por bares y cafés. Hay niños que trabajan, y no ya en el menester bucólico del campo y el pastoreo. Porque hablo de estos niños de la ciudad, hijos lamentables del suburbio, triste picaresca analfabeta, infancia desmedrada que se esfuerza.

Hablo del mañana que son ellos. En ellos comienza el futuro y ya lo estamos malogrando. La conciencia social que se quiere crear no puede ser para hoy, ni para mañana, sino para el pasado mañana de estos niños frustrados. ¿Esperamos a que sean hombres para empezarles con una tardía predicación? Eso es repetir lo de siempre. Digo que no es moral que esos niños trabajen en contra de sus fuerzas, en contra de su edad, de su vida y su infancia. Digo —no sé si hablo de moral— que eso hemos de evitarlo. Se me darán razones, o no se me darán, pero no estoy conforme. Que la moralidad no es sólo unas medias negras para las pantorrillas. Inmoral es que en nuestro duro invierno, muy de mañana y muy entrada la noche, haya niños haciendo trabajo de hombres, o trabajos que no haría ningún hombre. ¿Tan necesitada está alguna empresa de mano de obra como para no poder prescindir del mínimo rendimiento infantil? Respetemos unos límites sagrados de edad y condiciones para el trabajo de los menores. Y si el daño es general, que al menos nuestra ciudad dé el ejemplo.

Y si hay que contar casos, puedo contar alguno.

## LOS PEQUEÑOS MAGOS

Diciembre nos trae un año más la múltiple ocasión de la Navidad, que humanamente debe ser, ante todo, ocasión de caridad y confraternidad. Si el amor —amor humano o sobrehumano— no se hace justicia o caridad, podemos decir que es amor perdido.

Sin excesivo alarde, sin gran empaque publicitario, pero sí con la necesaria extensión y difusión que pide la eficacia, esta emisora va a organizar una grata modalidad de lo caritativo. Con un objetivo determinado, se hará confluir la caridad de todos hacia uno de los puntos más vitales y necesitados de ella. A través del bello simbolismo de los Reyes Magos, todo un censo doliente de la ciudad recibirá auxilio, cariño y cercanía de unos niños portadores de regalos, portadores de la caridad leonesa.

Los niños, destinatarios del ilusionado envío de los mayores en el rito tradicional de los Reyes Magos, van a cambiar su papel en esta ocasión. Ellos serán los Reyes. Tres niños, acompañados de todos los niños de la ciudad, representantes y embajadores de todos ellos, serán los pequeños Magos. Los pequeños Magos que, debidamente caracterizados, en ingenua imitación de los fabulosos personajes en quienes tienen puesta la fe, harán de Reyes generosos para unos adultos enfermos, para unos desamparados y entristecidos adultos. Y así, viviendo ilusionadamente al mito, una infantil epifanía pondrá alegres los ojos de los mayores. Los pequeños Magos. He aquí un modo tradicional y a la vez nuevo de hacer que la caridad viva en los niños, que los niños sean depositarios de la caridad de los mayores, haciendo llegar socorros y ayudas a una doliente humanidad.

Sin estragos publicitarios, sin excesivas vistosidades, los pequeños Magos llevarán tras de sí la caridad de los mayores y la ilusión de los pequeños. Serán bien recibidos. Y aprenderán —ellos, acostumbrados a recibir— el placer espiritual de dar. Conocerán en sí mismos el íntimo gozo de la generosidad que mueve a los otros Magos, a los legendarios, a los verdaderos Magos, a volver cada año con las reales alforjas rebosantes.

## EL SOLTERÓN Y LA FOLKLÓRICA

Les voy a contar a ustedes una historia inmoral, que son las que al cabo tienen más moraleja.

Este era un señor soltero, más bien solterón, que se veía de vez en cuando con una señorita del folklore en las horas que a ella la dejaban libres los maestros Quintero, León y Quiroga. El solterón y la folklórica llevaban ya sus añitos cogiéndose de la mano y tomando inconfesables raciones de gambas al ajillo. ¿Qué por qué no se casaban? La verdad es que a ella le tiraba el folklore y a él le tiraba la soltería. Por otra parte, para tomar juntos una cazuelita de gambas al ajillo tampoco era imprescindible estar casados, por muy severas que sean las costumbres, y conste que en los tiempos de nuestra historia sí lo eran.

Pero he aquí que un día este señor soltero, que era de Bilbao, como casi todos los señores que toman gambas al ajillo con las señoritas de Quintero, León y Quiroga, fuera de horas de folklore, he aquí, repito, que el señor de Bilbao hubo de salir para Bilbao por una larga temporada. Y he aquí —fatalidades de la vida, que es ese serial que nos pasa a cada uno—, he aquí que la compañía de folklore se disuelve. ¿Cómo lo arreglaron? Ella se quedó en su casita y él se fue a Bilbao, pero antes la puso teléfono en casa para que hablara todos los días con Bilbao. Con Bilbao y con él, claro. La exfolklórica se aficionó al teléfono y todo el día se lo pasaba marcando. Que si la manicura, que si la peluquera, que si esta amiga, que si la otra...

Antaño, en los lejanos y picaros tiempos de nuestros abuelos, a las exfolklóricas se les ponía un piso. Ahora, se les pone un teléfono, que es mucho más caro. Y es lo que decía el escandalizado vecindario:

—*La* ha puesto un teléfono, *la* ha puesto un teléfono. Habrá poca vergüenza... Y que se pasan el día llamando. Un teléfono. Qué vicio tan feo...

La costumbre se extendió y todos los señores, a sus exfolklóricas, les ponían un teléfono. Qué inmoralidad. La gente de orden se tapaba los oídos para no oír el teléfono de la deshonra.

—No te fíes de ésa... Hay un señor que *la* ha puesto un teléfono.

A veinticinco céntimos la llamada, más impuestos. Y ellas derrochando el cuproníquel de cada llamada como descocadas mujeres sin prejuicios.

Como lo eran, claro.

¿LLEVAREMOS LA NOCHEBUENA AL TRIÁNGULO DEL HAMBRE?

No es por estropearle a nadie la Nochebuena, pero doscientas personas mueren diariamente, están muriéndose ahora mismo, muriéndose de hambre, en el Congo. A aquella zona de miseria y mortandad se le llama «el triángulo del hambre».

¿Qué tenemos nosotros que ver con el Congo? Sí que tenemos que ver. Con el Congo, con toda África, con Asia, con América, con Europa, con el mundo. En todo el mundo mueren de hambre muchos seres. En cualquier lugar del planeta existe un triángulo del hambre. También en España, también en León, marcada fatídicamente en negro por un triángulo del hambre. En cualquier ciudad, en cualquier rincón, es seguro que encontraremos un grande o pequeño triángulo del hambre. Quizá una sola persona que pasa hambre, sin llegar a morirse, por supuesto. Pero el escándalo es el mismo que el de las doscientas personas que están muriendo cada día en el triángulo del Congo.

En la Navidad de 1960 —y parece increíble que esto sea así— el hambre cierra todavía su triángulo en torno a muchos hombres. Sin duda, todos hemos leído la noticia en la más reciente prensa. Pero son cosas del Congo, y ya se sabe... No, el triángulo del hambre es universal, abarca muchas zonas del planeta, dentro de él hay millones de niños subalimentados. Pensemos esto. Y pensemos, sobre todo, que aquí mismo, en León, muy cerca de nosotros, también existe, sin duda, un triángulo del hambre. Todos sabemos que existe. No es muy difícil encontrarlo, localizarlo.

Pues bien, no es, ya digo, por estropearle a nadie la Nochebuena, pero pensemos que la Nochebuena no entra nunca en los triángulos del hambre. A esta altura de la Historia, medio mundo tiene hambre de siglos. El hambre es la grande y espantosa herencia que nos lega el pasado, más que la Historia o la cultura. También nuestra pequeña ciudad, sí, tiene un triángulo del hambre. No es sólo cosa del Congo, amigos.

¿Llevaremos la Nochebuena al triángulo del hambre?

## CREACIÓN Y FANTASÍA

### *Galería de ilustres*

#### GREGORIOMARAÑÓN (I)

Era Gregorio Marañón el lejano símbolo cercanísimo del liberalismo político, intelectual, científico. Toda su generación —una gran generación que en realidad comprende varias— profesó el liberalismo como ideal despejado del hombre. Un humanismo muy clásico y muy europeo a la vez, dio por entonces a España profesores, científicos, maestros, poetas y pensadores de lo liberal. Hoy las aspiraciones del mundo van por otros caminos, y si aquello no arraigó en España, sí arraigaron individualmente, como grandes tipos humanos, varios de aquellos hombres. Por ejemplo, Gregorio Marañón.

Si entre los médicos era un gran escritor y entre los escritores un gran médico, digamos sinceramente que nunca llegó del todo a lo que quizá tampoco deseaba llegar: a escritor entre los escritores. Para la literatura siempre fue un egregio aficionado, creo yo que sin drama vocacional, y esto se le notaba. Su claridad de juicio —superior a la de tantos escritores— era por eso un poco fría, desapasionada, poco literaria. La literatura es, en un mucho o algún todo, apasionamiento.

Hombre sereno, español europeo, quedaba ya un poco lejos de la más aguda inquietud del momento, pero era en sí —con algún otro clásico del humanismo— la reserva de serenidad, comprensión, ciencia y paciencia que necesita todo país, todo pueblo, y más uno tan impulsivo y temperamental como el nuestro. El viejo liberalismo, que en política ha sido nefasto, en economía cruel, en literatura infecundo, y en la sociedad falso, no tiene que ver con figuras de estas de Marañón, entendida tantas veces a lo liberal. Él estaba por encima de muchas cosas, y si como aprendices literarios, su literatura no nos apasiona, y como juventud preocupada, su preocupación no es la nuestra, en cambio tiene una validez que es la mejor esperanza española: su dirección europea. Unos cuantos españoles de su norma y estilo han querido poner a España en trance de europeizarse. Ellos sabrían llevarnos, antes o después, a la integración económica, a una integración espiritual dentro de Europa, que es la mejor redención de este españolismo panderetero que nos elige. A Europa por todo y a Europa con todo.

Aunque él, ¡ay!, ya no viva para verlo.

#### GREGORIOMARAÑÓN (II)

El fallecimiento del doctor Marañón me lleva a reflexionar sobre la proliferación de escritores médicos que se registra en España. *Medicina y literatura* podría ser el título para todo un ensayo de aire marañoniano. Se trata en todo caso de un fenómeno que nadie nos ha explicado convincentemente. Porque no es ya —como en Francia, por ejemplo— que el país goce de un genio literario natural, espontáneo, común, privilegio feliz del pueblo galo. Nuestro genial nacional quizá sea la improvisación, o el cantar, pero no, desde luego, el gusto literario popular. Por otra parte, en las demás profesiones no se da la afición a escribir como entre los médicos, ni mucho menos. ¿Entonces?

Quizá sea lo de otras veces, quizá sea que Marañón, con su excepcional ambivalencia —como diría él— científicoliteraria, ha ido dejando tras de sí toda una estela de médicos escritores. Cada hombre suele promover entre sus contemporáneos vocaciones idénticas a la suya, aunque sólo sea por la sugestión del ambiente o el magnetismo del tipo. Pero vamos, no tanto al origen del fenómeno como a sus consecuencias. Resulta que Marañón —precisamente por ser él— afirmaba siempre en médico, incluso cuando escribía, y daba a su prosa un aire docente, mucho más que literario, con lo que, casi siempre fiel a su vocación de profesor, escribía para enseñar, finalidad que no es ni tiene por qué ser la del escritor. Pues bien, no todos los médicos guardan la conducta de su maestro. Muchos de ellos escriben por escribir, invadiendo

un oficio que no es el suyo, y lo que es más, a veces escriben muy bien. En cada provincia española podéis encontrar media docena de médicos que escriben. Y no ya científicamente, por supuesto, literalmente. Los médicos españoles tienen su revista y sus premios literarios. No sé si es todo mimetismo, emulación del maestro, pero me pregunto: ¿y si los escritores empezasen a operar apendicitis y recetar estreptomicina? No está mal, ni mucho menos, que los médicos escriban, y más me simpatiza ese *hobby*, naturalmente, que la etimología o la filatelia. Cuando estoy en cama con amigdalitis, agradezco mucho que el médico me hable un poco de literatura, de paso que me ilumina la laringe. Pero hay en todo ello, señores médicos, un como menosprecio de esta profesión, una alegría por ponerse a pasar el rato, por el «también yo lo hago», ajeno en absoluto a lo sagrado y lo dramático del verdadero escritor. Marañón —que era Marañón— comprendía y respetaba todo esto, y quizá nunca quiso pasar de aficionado, y sólo escribía para enseñar o investigar. Sí, él comprendía. Pero no todos los que se dan a escribir como a una vanidosa subactividad pueden comprender...

CHUMYCHÚMEZ

Esta tarde dio una conferencia sobre humor, en el Círculo Medina, el popular, el ingenioso —y no genial, como aquí se le ha llamado— Chumy Chúmez, dibujante de *La Codorniz*, humorista de última hora, hijo entre los hijos del gran Miguel Mihura.

Alguna otra vez fue Álvaro de Laiglesia, y no recuerdo si también alguien más de entre los mosqueteros de la risa intelectual. Varios han sido, sí, los que por aquí han pasado, pero pocos, siempre pocos para lo que la ciudad necesita. Yo no sé si en León se vende mucho *La Codorniz* o se vende poco, ni ahora voy a hacer el anuncio al semanario, pero creo que nuestra provincia, como la mayoría de las provincias españolas, necesita una campaña de la risa. Aprender a reír de un modo nuevo.

Sí que hay humor en la provincia, claro que lo hay, pero es el tradicional humor socarrón, cazurro, torvo y reticente, o la risita cursi que promueve la ajena cursilería. En nuestras viejas ciudades, todavía se ríe como hace cincuenta años. La risa provinciana tiene la dentadura sucia, y la enseña. Bromas a cuenta del concejal o del turista que pasa de largo siempre se nos ocurren. Los que desde tribunas públicas ejercen la doble función de la crítica y el humor suelen seguir cultivando esa gracia pesada, eruptiva y eructante, que es rémora de otros tiempos.

Pero el humor —como la poesía— es quizá una de las cosas en que España va a la cabeza del mundo, y tanto como la poesía, buena falta nos hace a los españoles, a los provincianos, a los leoneses, una fumigación desinfectante, desodorante, refrescante, de humor nuevo, de risa joven inteligente. Esa que hoy trae a nuestra ciudad Chumy Chúmez, gran excéntrico y renovador, gran espadachín y desfacedor de tópicos, enemigo del que no se ríe atravesado.

SALVADOR DEPABLOS

Mañana, jueves, Salvador de Pablos leerá sus versos en el Ateneo de Madrid<sup>[61]</sup>. Salvador, un hombre tan cercano a nosotros, un esforzado de la radio como uno mismo, pero que viene de mucho más atrás y va mucho más adelante que uno, va a decir sus versos en Madrid. El público intelectual del Ateneo madrileño, ese público al día, enterado y avisado, ha sentido curiosidad por la poesía de nuestro compañero.

Allí, en los jueves del Ateneo, el gran Pepe Hierro, el amigo jubiloso que dejamos y encontramos siempre en Madrid, el premiado astronómicamente con el último March, dirige unas sesiones de poesía, de lectura, de coloquio, por donde han pasado y pasan personajes de las letras, protagonistas del mundo cultural, revelaciones o descubrimientos del propio Hierro, poetas de la provincia con su palabra intransferible, como ahora Salvador de Pablos.

Salvador es poeta, todos lo sabemos en León, pero aquí nos basta con escuchar a nuestros poetas una vez al año, que la poesía es fiesta de guardar. De la guerra para

acá, la ciudad ha tenido líricos grandes y chicos; todos dijeron su palabra fuera de aquí, y algún poeta de dimensión nacional que aún nos resta es conocido en la ciudad por todo menos por sus versos. Salvador se va a decirlos a Madrid, siguiendo los pasos de otros poetas leoneses. Aquí, sabemos que es poeta, nos parece que nos basta con saberlo. Con su pan se coma sus versos. Así es la provincia.

Por otra parte, Salvador no es un hombre estentóreo, su poesía nunca llega más allá de donde llega él. Sus versos no sirven a grandes tendencias ni tampoco Salvador se sirve de ellas fuera de la poesía. A media intimidad, a medio sentimiento escribe nuestro poeta, muy en la verdad, pero nunca en la evidencia. Por eso, quizá, no se le escuche bastante aquí.

Pero Madrid —pese a su estruendo— tiene mejor oído para estas cosas.

MERINO B. AMAYA

Ha pasado por León Merino B. Amaya<sup>[62]</sup>. Merino Amaya es ese escultor entre famoso, genial e incipiente que ha ganado, con sus figuras de niños, la admirativa simpatía de España y el extranjero.

He charlado con él. Su vida, su obra y su persona, las da al primer encuentro. Escaso de presencia, cercano a lo elemental, con mucho de gitano trabajador, de artesano agitanado, tiene el nervio vivo y arañador de quien se ha hecho a sí mismo con lo que la vida le va arrebatando a zarpazos. Merino Amaya empezó de pobre, y de la más pura y elemental pobreza sigue sacando su mejor inspiración. Ha ganado premios, realiza y cobra cada día grandes encargos, pero lo suyo sigue siendo esa prisa un poco asustada por trabajar, por llegar, por ganarle la partida a alguien o algo a la vida.

Del retrato a la imagen religiosa, del encargo a la creación solidaria, él ha hecho de todo, pero bien claro está que su obra en marcha son esas figuras de niños, esos modelos simplísimos, dulces y suavizados que decoran ya en tantos sitios, que le decoran su fama de genio temperamental, autodidáctico, inspiradísimo.

Por buscarle parentescos artísticos, le hablo de José Clará, el gran catalán muerto e inmortal, modelador también de modeladas infancias. Pero Amaya prefiere dejar su arte un poco hospiciano de influencias, personal e impar, como nació. Sus volúmenes de niños y niñas, la simple gracia infantil que modela Merino, adquiere cada día en sus creaciones mayor sencillez, un más abreviado y redondo encanto. Escapándose de lo figurativo, de lo imitativo, su arte es ya, tan sólo, una delicada, más tocada de emoción, de ternura, de sinceridad.

¿Acabarás en abstracto, Merino?

Pero se me revela. Es todo sentimiento, vocación espontánea, amor por lo más ingenuamente bello, y yo creo que le asustaría ver desaparecer sus figuras de niños en un bloque de piedra deshumanizada. No hay que temer. Ese limbo de candidez, de formas candorosas, tibiamente apelonadas, que es su obra, no se lo va a tragar la piedra.

Merino, tú no acabarás en abstracto.

ALBERTCAMUS

Ayer se habló en León de Albert Camus. Amistad Universitaria<sup>[63]</sup> nos ofreció una sesión matinal de homenaje al genial argelino. En ella intervinieron don José María Conejo y don Luis García<sup>[64]</sup>. Ambos, con amplio conocimiento y profundo concepto de la obra del premio Nobel, dejaron centrada la gran personalidad literaria y humana de Camus.

Falta le hacía a la provincia algo de esto. Porque sobre la figura de Albert Camus, tanto a su muerte, como en la anterior ocasión del premio sueco, la prensa nacional ha informado en su mayoría con escaso acierto. Sobre este hombre se han acumulado tópicos, juicios y prejuicios nacidos en el desconocimiento de su obra o en la prevención contra ella. Un anatema preestablecido se estableció en cada ocasión ante los libros de Albert Camus. También recientemente, ha ocurrido algo similar con

Quasimodo, el gran poeta italiano, último premio Nobel<sup>[65]</sup>, y se repite en cada caso. Un excesivo celo y recelo de puertas adentro nos deja en la ignorancia de estos grandes nombres contemporáneos. Y la provincia, especialmente, sufre de esto, porque nadie se ocupa de hacer llegar aquí una versión más cierta de hombres, figuras y obras.

Guardando toda la gran salvedad que al pensamiento de Camus se le puede hacer, Amistad Universitaria se ha ocupado de decir a la ciudad, por voz de un sacerdote y de un universitario, quién era ese creador excepcional, protagonista de la angustia moderna, hombre sincero, pensador honrado, gran amigo de la humanidad. Si su camino religioso estaba truncado, en lo humano, en cambio, él era todo un camino. Le iba bien lo de Walt Whitman, adoptado por León Felipe:

*Amigos, esto no es un libro. Quien vuelve sus páginas toca a un hombre*<sup>[66]</sup>.

Más justo que justiciero, dejó escrito en algún sitio el lema excepcional: «Fundir la belleza antigua con la justicia venidera». Porque no era un iconoclasta, sino que amaba y respetaba la grandeza del pasado, pero sabía que la verdadera justicia es sólo del futuro. Tanta preocupación humana y moral hubiera debido encontrar algún día una solución religiosa, máxime cuando él había sabido superar a tiempo existencialismo y comunismo.

En todo caso, su figura, que ojalá no se nos troque en mito, era representativa de la última hora, de la última angustia, del último hombre, y no podíamos ignorarla tras una ocasional información o falta de información. Pero el autor de *El malentendido* y *El extranjero* ya no será para nosotros un extranjero o un malentendido.

A Amistad Universitaria se lo debemos.

GERARDODIEGO

La poesía ha pasado por aquí. Primero fue la danza, y luego, la poesía. En su generación de poetas impopulares, de grandes poetas, quizá sea Gerardo Diego, con García Lorca, de los pocos conocidos por el gran público. Gerardo Diego, hijo de la burguesía española, como, más o menos ha dicho de él uno de sus biógrafos, empezó, allá por los años veinte, escandalizando burgueses.

Los primeros poemas del que hoy es maestro participaban de toda la revolución y sorpresa que entonces aguardaba a la poesía. Luego, él se hizo clásico, con un clasicismo muy moderno, y siempre desconcertante; siempre nuevo y auténtico poeta, llegó a lo que sus excelsos compañeros de generación nunca llegarían: a la popularidad. En sus primeros libros no había signos de puntuación. Pero había —ya— poesía. Y después, poemas religiosos, versos humanos, sonetos perfectos, versos clásicos. El romance al Duero, el soneto al ciprés de Silos, su *Viacrucis* poético... Sí, Gerardo Diego, aun siendo un poeta puro, intelectual, siempre ha tenido, como Lorca, el don de lo popular. Es un poeta recitable, y eso el pueblo lo agradece mucho.

Bécquer, Rubén, Lorca y Gerardo Diego son los últimos grandes poetas para el pueblo. Los demás o no son grandes, o siéndolo mucho, los ignora la gente.

La poesía —como antes la danza— ha pasado por la ciudad. Y qué falta nos estaba haciendo. El vivir provinciano —tantas veces lo hemos dicho— es monótono, opaco, rutinario. Nuestro vivir necesita imaginación, evasión, poesía. Esa imaginación que luego se echa en falta a la hora de proyectar unos festejos, de montar una Semana Santa, de confeccionar un programa o convocar un concurso. No tenemos imaginación ni para organizar una verbena. Y esto es porque nos pasamos el año siendo hombres prácticos, muy prácticos, ocupados en cosas prácticas, en empresas del hormigón y el cemento. Cuando llega el momento de divertirse, apenas si sabemos. Y no hablemos ya de la ocasión de soñar, que también llega, en la vida, incluso en la más prosaica vida de un individuo o una ciudad. Nunca tendremos gracia ni estilo para otra cosa que no sean pequeños problemas municipales. Y es que la poesía sólo se nos da muy de tarde en tarde.

Ahora —hacia ya tanto tiempo...— ha sido Gerardo Diego.

## JESÚS VASALLO

El vicio nacional de la recomendación, el abuso de los cargos, la plaga de los intermediarios, lo fastuoso y protocolario, los males de la burocracia y todo el cuadro de los defectos españoles se nos puso una vez más de manifiesto en la conferencia que Jesús Vasallo dio el sábado pasado en nuestra ciudad<sup>[67]</sup>. El público asistente al Círculo Medina pocas veces había oído hablar tan claro y tan medido.

Director de un periódico castellano, Jesús Vasallo parece haber heredado de Onésimo Redondo, fundador de dicho periódico, la sinceridad desnuda, el verbo llano y verdadero, si bien es cierto sin ímpetus desafiantes, sino encalmado por una disposición mental y circunstancial más de nuestra hora. Y sobre todo, por la propia personalidad de Vasallo, ordenadora, casi docente. Pero viejas o nuevas, propias o aprendidas, las verdades españolas volvieron, con él, a estar sobre la mesa. No se trataba sólo de teorizar sino más bien de mostrar cosas concretas y denunciar vicios con nombre propio, sin perderse tampoco en disquisiciones menudas, ya que cada anécdota quedaba integrada en la común categoría de la renovación social. Cuando la crítica es serena, de buena ley, parcial en el sentido de doler de ser casi autocrítica, debe aceptarse y respetarse. Así era la crítica que de toda la sociedad española se nos hizo el sábado en León.

Y volvimos a recordar que este pueblo nuestro no rinde, que el truco es una habilidad nacional. Habilidad y debilidad de engañar y engañarse. Del fútbol a las oposiciones, de los intermediarios a la vida familiar, todo quedó —como de tarde en tarde— manifiesto y condenado. Y cómo se agradecían esas palabras sinceras, esa revisión con mucho de autocrítica. Sabemos que todo va a seguir igual, pero cuando tanta gente nos miente, la sinceridad, sólo la sinceridad, es ya un alivio, aunque no sirva para nada. Un alivio por sí misma.

Sacamos, en fin, la consecuencia de otras veces, que puede cifrarse en una frase de Shakespeare citada por Vasallo: «Nuestras faltas no están en las estrellas». Es cierto, cada uno debe buscárselas en sí mismo. Pero cuánta imaginación nos sobra a los españoles para encontrar disculpa en los imponderables, que aquí llamamos de mil modos: clima, política, decadencia, o simplemente, la vida... No están en las estrellas, ni en los gobiernos, ni en los ricos, ni en los pobres las culpas de un pueblo. No son una cuestión de estatutos.

Están en la desfachatez nacional, que no cabe en ningún estatuto.

## MIGUEL DELIBES

Esta tarde, en el Círculo Medina, dará una conferencia Miguel Delibes. Miguel Delibes es ese escritor, ese novelista que ha ido llegando, sin espectacularidad, sin prisas ni pausas, a todos los públicos españoles y, luego, extranjeros. Un creador que se nos ha ido acercando detrás de su obra y nunca delante de ella, o sin obra por detrás ni por delante, como tantos otros.

Cuando empezaba, los entendidos le dijeron que si Marcel Proust. Y resulta que no había leído a Proust. Luego, fue aprendiendo de Cela —dicen— cuando aún de Cela se podía aprender algo. Pero su realismo se fue haciendo más serio, más auténtico, menos esteticista, y hoy por hoy, el estilo narrativo de Delibes no tiene nada que ver con el estilismo del gallego.

*Mi idolatrado hijo Sisí* y *La hoja roja* están por un lado. *El camino* y *Diario de un cazador*, por otro. El arranque popular, la neopicaresca, la gracia bronca y la prosa alegre corresponden a estos dos últimos títulos. Por ahí, quizá siga siendo Delibes compañero de viaje del señor Cela. *Sisí* y *La hoja roja*, en cambio, le hacen deudor de Galdós, de nuestra gran novela canónica y perdurable, que Delibes viene a continuar con novedad de forma y localización social muy de ahora mismo. Hay capítulos, en cualquiera de sus libros, donde funde ambas tendencias, y entonces estamos leyendo al novelista más positivo, más responsable, de los últimos veinte

años.

Yo, que apenas leo novelas, siempre releo las de Miguel Delibes, y no ya por personal y particular acercamiento, sino porque su arte de la contención supone para mí todo un aprendizaje literario. Contención que a él le viene de su propia fórmula vital, de su vivir exacto, medido, laborioso, apartado, puntual, castellano. En tanto que otros —casi todos— bullen en la *mêlée* literaria de Madrid, ignorando el resto de España, Delibes se impone desde la provincia, rigurosamente.

Quisiera un día escribir de lo que la provincia debe a Delibes o Delibes le debe a la provincia. Cuando nuestra literatura no sale de la Gran Vía, él ha aportado lo provinciano —que es toda España—, lo ha incorporado con perseverancia. Y a la inversa. A la provincia debe Miguel Delibes la verdad de su obra, la ancha cimentación, e incluso el método de todo lo que escribe. La provincia le ha dado tiempo, objetividad, espacio y hasta lenguaje. Por eso, quizá, por todo eso, en las provincias se le lee, se le conoce, se acude a sus libros.

Como a la provincia acude él esta tarde.

JULIÁN MARÍAS

Ayer fue la novela, y hoy la filosofía. Ayer, la creación, y esta tarde, el pensamiento. A Miguel Delibes sucede en el uso de la palabra —de la palabra intelectual, insigne, cualificada— el filósofo Julián Marías.

Julián Marías, discípulo, pudiéramos decir en principio. Como discípulo amado de don José Ortega y Gasset se le conoció durante bastante tiempo. Pero el magisterio de Ortega en España ha descendido notablemente desde su muerte, y por otra parte, la personalidad propia de Julián Marías rebasa ya la calidad del discipulado. Digo que ayer fue la novela, y el salto que damos hoy, en León, a la filosofía, no es muy exagerado. Al fin y al cabo, Julián Marías, como su maestro, se ha ocupado ampliamente de definir el género novelístico. Donde Ortega veía la decadencia del novelista, Marías ve una transformación de la novela hacia el ensayo.

Dedicado a difundir y continuar las teorías aprendidas, Julián Marías pasó más tarde a pensar por su cuenta. Y ahí está su libro *Ensayos de teoría*. Pero, como al propio Ortega, a Marías, sin dejar de ser filósofo, le interesa también todo lo que no es filosofía. Ha viajado, ha escrito sobre Norteamérica y sobre la India. Ha hecho periodismo. Ha dado conferencias. Sin embargo, él es un poco, en la filosofía española —¿se puede hablar de filosofía española?—, lo que Cela en la novela, Buero Vallejo en el teatro y Blas de Otero en la poesía: la gran promesa que hasta ahora no se ha cumplido. La revelación de quien todos esperamos algo que aún no ha dado. Y que nos tiene en suspenso...

Julián Marías viene a León para hablar de Moratín, en el centenario del gran ochocentista. Moratín, con su disyuntiva entre romanticismo y neoclasicismo, entre lirismo y naturalismo, entre España y Europa, era, al fin y si cabe, un sediento de europeísmo, un precursor de esa europeización ibérica que luego tantos otros han preconizado.

Entre ellos, el propio Julián Marías.

VICENTE MARRERO

Ayer pasó por nuestra ciudad Vicente Marrero —un intelectual católico de singular personalidad—. Dio una conferencia en el Círculo Medina firmando lo que debe ser la posición del escritor actual que aún defiende en el mundo unos valores fundamentales. Marrero es director de la revista *Punta Europa*, una revista de pensamiento que —casi en solitario— mantiene en España el difícil reducto de la intelectualidad católica, cuando en el mundo intelectual está en baja lo católico y el catolicismo recela de los intelectuales. Todo ese sutil equilibrio está en la obra y la persona de Vicente Marrero.

Sorprende, en la provincia, que un escritor tan explícitamente católico nos venga diciendo que las minorías cultas del mundo han dejado atrás la cultura cristiana, y que

la culpa es nuestra, y no hay sino luchar y ponerse al día. Si la batalla social empieza ahora a darla el catolicismo. La batalla intelectual, sólo grupos tan singulares como el de *Punta Europa* la intentan aquí y fuera de aquí. Sorprende en la provincia, ya digo, y casi asusta, saber que el mundo de hoy, que la literatura más actual no piensa en cristiano. Y lo que es peor, que no parece fácil aglutinar unas minorías católicas, coordinar una baza, jugar una pieza de la importancia de las que juega el adversario.

Me dice Marrero que al católico, por equivocada buena fe, le basta, parece bastarle, haberle bastado siempre con buenas intenciones y buenos principios. Pero hay que despertar a la acción intelectual, como a la acción social, y hacer nuestro el poder del pensamiento, que, según cita de Marrero, cuando no es aliado del espíritu se convierte en su peor y más temible enemigo. Y para eso escribe él, para eso viaja y da conferencias y dirige revistas. En acusación de nuestra inactividad de católicos, en denuncia de la necesidad de agruparse y repensar. Y qué bien le viene a la provincia esta lección. Cómo necesitamos aprender que no basta con tener la verdad y la razón, sino que por eso mismo, debemos hacer el esfuerzo intelectual, secundando a esas minorías en su enfrentamiento con doctrinas, filosofías y negaciones. Tan minorías que a veces son un solo hombre.

Y se llama Vicente Marrero.

SERVANDO MONTAÑA

Coincidiendo con la reciente festividad del Día del Libro, ha aparecido en nuestra ciudad una novela leonesa. Se trata de un libro galardonado en el último certamen de exaltación de los valores leoneses: *El hombre de la casa*, de Servando Montaña.

El leonesismo, en el libro de Montaña, está muy difuminado, y es sólo un trasfondo sutil, implícito, que de algún modo tenue juega en la acción externa e interna de la novela. Montaña pertenece a aquel joven grupo de literatura sacerdotal que desde Roma, con el nombre de *Estría*, se impuso en España con su tan española, tan católica y al mismo tiempo tan renovadora producción. En dicho grupo se forjaron nombres como Javierre y Martín Descalzo<sup>[68]</sup>. ¿Qué tiene que ver el relato de Montaña con los de Martín Descalzo, por ejemplo, que de modo tan explosivo ha cultivado el género? No tiene que ver nada o casi nada. Resulta que Servando Montaña hace una novela de introspección, de escasa y débil acción exterior, donde sólo importa lo intimista y psicológico, cuando las técnicas de hoy dictan un estilo de novela objetiva y casi cinematográfica. ¿Quiere decirse que Montaña anda a la zaga o a contracorriente? No. Más bien, que tiene el deseo, como intelectual serio, e incluso como sacerdote, de profundizar. Esto es lo más loable de su libro, que si bien presenta los achaques, propios de una primera novela, une a esa voluntad de ahondamiento un estilo muy de hoy, un desparpajo narrativo que le pone al día, y puede incluso emparentarle con su entrañable Martín Descalzo, en cuanto ambos han logrado romper —como algún otro— las normas beatíficas o retóricas de lo que venía siendo una literatura clerical. Entre ambas virtudes, entre el afán de descubrimiento anímico y el acierto de estilo, queda en *El hombre de la casa* un balbuceo de ingenuidad que el propio autor tiene superado ya personalmente. *El hombre de la casa* representa, así, el novelista que tenemos en casa, el autor que ha surgido entre nosotros.

Sacerdote o seglar —en literatura da lo mismo—, he aquí «el hombre de casa».

DON FRANCISCO DE QUEVEDO

Hoy, día 8 de septiembre, se cumplen trescientos quince años de la muerte de don Francisco de Quevedo y Villegas. Quisiera aprovechar la fecha para insistir en mi idea de crear en León, en San Marcos, de donde Quevedo salió a la libertad deshecho ya, prácticamente acabado, un museo quevedesco, o museo de la decadencia española, de la que él fue máximo genio representativo.

Esta ciudad, que tan asiduo tributo rinde a tradiciones y usos no siempre valiosos ni significativos, debería aplicar su culto al genial escéptico siquiera como desagravio de

la mala prisión que aquí tuvo don Francisco, de la mala vida que aquí le dimos. No hace días esbozaba yo tímidamente la idea de ese museo en San Marcos, y hoy quiero brindársela a quienes pueden hacerla suya, a autoridades y leoneses, para que en el inmediato trance de nuestro edificio de San Marcos, que va a pasar de las armas a las letras, se lleve a efecto el propósito. La ocasión es propicia, y en cuanto a la idea, no por mía quiero que prevalezca, sino por honrosa que sería para nuestra ciudad, como rasgo de elegancia espiritual y sensibilidad histórica. ¿No sería bonito que León devolviese a Quevedo, en años de gratitud, los que aquí pasó de encierro?

Documentos y manuscritos del gran lírico y prosista, del gran satírico de un Imperio, podrían caber en tal museo, que llegaría a ser, por extensión, el museo de la decadencia española, con recuerdos, objetos, libros y efigies de la época. A los cronistas de la ciudad, a los promotores espirituales de estas cosas, a periodistas e historiadores locales, los invito a pensar en ello y a tratar el tema. Don Francisco de Quevedo, tan grande como Cervantes, poeta como Góngora, apasionante como Lope, grave como Calderón, humano y vivaz como Rojas, inventor del sarcasmo español, don Francisco de Quevedo, a quien tanto deben —todavía— los poetas del hoy mismo, daría a León, con ese museo, un nuevo perfil cultural e histórico, un nuevo atractivo y una imprevista gracia.

Sueño, para otro 8 de septiembre, lejano y quizá imposible, la inauguración del museo de Quevedo. En torno a las fechas de su estancia y prisión leonesa, podrían organizarse todos los años, lecturas, conferencias, lecciones, concursos, formas de conmemoración... León, que a veces rinde culto a un pasado muerto, olvida en sí algo prodigiosamente vivo.

Como es el genio de Quevedo.

CÉSARALLER

Los nuevos personajes instalados en el Palacio de los Guzmanes<sup>[69]</sup>, esos guerreros de los que ya el sábado hablamos, parece que empiezan a ejercer con buen acierto, y sus picas guerreras van poniendo en orden alguna que otra cosa.

Por ejemplo, la edición de un libro leonés, publicación largamente prometida y que hoy, por fin, sale a la calle. Se trata de *Esta tierra y mi palabra*, de César Aller, un libro que canta en verso a la tierra leonesa. Hoy mismo ha salido a los escaparates de librería. Cuando comienza exactamente la temporada futbolística, la Diputación parece dar réplica a quienes acuden a ella solicitando dinero y más dinero para el fútbol. La réplica que supone publicar un libro de versos, patrocinar una edición en noble y generoso mecenazgo. Esta vez, digo yo, que los señores guerreros comienzan a hacerse notar. Ya es una satisfacción, en principio, que un poeta haya corrido más que los corretones futbolistas. Este mecenazgo literario honra a la Diputación. Pero la satisfacción viene a completarse con la calidad del libro.

*Esta tierra y mi palabra* es un álbum de perspectivas leonesas. Está escrito con emocionada sencillez, donde el nombrar tiene función primordial sobre el adjetivar. Ponferrada, Riaño, Coyanza, León mismo... toda nuestra geografía va en los versos claros de César Aller. Y va así expresada con nombre propio, con nombre y apellido, porque ya digo que Aller es más poeta de los nombres que de los adjetivos. Le basta con nombrar mágicamente para dar la emoción directa de las cosas. Si en el adjetivo puede haber más arte, más elaboración, este poeta —que también sabe adjetivar líricamente— es más fiel a sí mismo cuando sólo nombra, con sentimiento y temblor, las cosas y los pueblos de León, las gentes y la tierra, los santos y la historia, en la múltiple nomenclatura de esta región.

Porque León tiene un nombre entrañable, muy particular, entre duro y enternecido, para sus cosas más fieles. De ese nombre leonés, casi hogareño, casi guerrero, casi matriarcal, está reteñido el libro, sin quedarse totalmente en una creación localista. Muy al contrario, sustancia leonesa y expresión abierta, nueva, actual, con su clave poética,

donde la sencillez acerca emociones para todos y el lirismo gana elevaciones para el que acierte a elevarse.

ALONSO PÉREZ DE GUZMÁN, EL BUENO

Hoy se cumplen seiscientos cincuenta y un años de la muerte de Alonso Pérez de Guzmán, el Bueno, que en 1309 daba por terminada su vida heroica, épica, singular. Un leonés emblemático que la ciudad ha erigido en símbolo.

León, que suele prestar monótona adhesión a la antigualla y el testafarro, sin claro discernimiento de lo que es glorioso y lo que sólo es cardenillo histórico, no le guarda, sin embargo, demasiadas consideraciones a su leonés simbólico, a ese Hamlet inverso que resuelve la duda del ser o no ser ofreciendo el puñal a otras manos. No diré yo si para bien o para mal, pero a las solemnidades y los actos de Tarifa, con estatua y florilegio en honor a Guzmán, no les hemos puesto eco ninguno en la ciudad. No se ha dado aquí, en la reciente ocasión aludida, ninguna especie de réplica cordial a la ciudad de Tarifa, aparte de un protocolario darse por oficialmente enterados. Parece como si nos encogiésemos de hombros murmurando: «El hijo lo dio por Tarifa, pues que Tarifa se lo críe».

Sabemos —y alguien se ha encargado ayer mismo de recordárnosla y de recordársela al leonés— la historia de nuestra estatua de Guzmán. Sabemos, porque salta a la vista, que el monumento, la estatua y la glorieta permanecen municipalmente desatendidos desde siempre. Se ha dicho y se ha repetido que eso no debe ser. Por Guzmán y por la ciudad, que se merecen otra cosa. Sabemos que Guzmán tuvo una vida romancesca en todos los sentidos de la palabra, que fue un leonés de rasga y rompe, como don Suero de Quiñones. Sabemos... Lo que no sabremos nunca es acertar con el término medio. Nos estancamos en viejas tradiciones caducas, o por el contrario, olvidamos descortésmente a nuestro leonés más representativo en el adecentamiento de su efigie, en unirnos a la conmemoración de Tarifa, en resaltar su fecha definitiva, esta de hoy, 19 de septiembre, la de su muerte en 1309.

Yo diría que León duda entre ser o no ser. El leonés es otro Hamlet que, puñal en mano —el puñal de Guzmán—, se pregunta si va a olvidar la historia o si con ella se va a amortajar en vida. León no sabe si ser o no ser una ciudad histórica, tradicional, conservadora. Si ser o no ser una ciudad moderna, progresiva, funcional. Cuando no por lo uno, peca por lo otro. León no sabe lo que quiere. Y Guzmán —tremenda fotografía en hierro, madera y piedra que le hizo la posteridad— tampoco nos va a sacar de dudas.

«LA ALTA NOCHE DE LUNA»

Con sueños y con versos por la alta noche gótica, partimos ayer de la plaza de San Isidoro, hacia el mundo...

Plaza de Santo Martino, Puerta del Castillo, Serranos, plaza del Vizconde, calles de Santa Marina y Guzmán el Bueno... Alto ahí. En el rincón de las Descalzas, encajonado, acorralado el toro de la expectación, quieta y atenta la muchedumbre, prosas y versos de Maite Muñoz y Victoriano Crémer. En la noche conventual, la voz de María Teresa era una femenina voz en clausura, la débil y perfumada voz del pasado, diciendo penas y andanzas de las Descalzas. En la plaza de la Catedral, la cernida erudición de Francisco Ros. Las torres iluminadas ponían gótica la alta noche de luna. Los maceros municipales se distribuían como cuatro naipes de la baraja protocolaria, solemnes e iluminados en sus dalmáticas.

«Donde el aire pelagra de belleza», decían los versos limpísimos de Antonio Gamoneda. De belleza y de expectación peligraba el aire de la noche. A vueltas con la luna, se nos quedó entre nubes, se nos quedó por entre calles. Plazas de Puerta Obispo y la Caridad, calle de Serradores, plaza de Serradores, travesía del Conde Rebolledo, plaza Mayor. El señor alcalde lo había dicho cervantidamente en palabras prológicas: «Mejor que la posada es el camino». Pero cuando esta gran plaza es

posada de la noche, hay que quitarle la razón, por una sola vez, a don Miguel de Cervantes. E incluso —también por una sola vez— a nuestro señor alcalde. Qué plaza, qué foro para la galana erudición de Ángel Suárez Ema. Y luego, la glosa poética de Antonio Pereira. Eran hermosos versos, pero un motor distante ponía a lo lejos su ronroneo de indiferencia.

Calle de Matasiete, plaza de las Tiendas, calle de Don Juan de Arfe, calle Corta, plaza de Gutierre... César Aller, empinado de versos y lirismo, galvanizó al caballero don Gutierre, le puso en pie de humanidad. Y allí se estuvo don Gutierre, escuchando tan terne los poemas de Francisco Pérez Herrero. «Nidal de espadachines y halconeros», decía Pérez Herrero, este Carrero, este bohemio y romántico y pertinaz noctívago de la noche leonesa. La breve buhardilla encendida, el entreabierto balcón, la rendija sutil del desvelo, escuchaban con fino oído. Se despeñó la multitud por la calle del Barranco, y en la plaza del Mercado, Fernando Domínguez Berrueta habló con voz muy alta para el auditorio de los siglos. Luego, Eugenio de Nora, un poco rubeniano, un poco indiano a lo leonés regresado.

*La raíz de la ciudad*

*se hunde en esta plaza...*

Así empezó sus versos. Tras el aplauso final, el viejo León vuelve a quedar viejo y solo. En la plaza del Grano, vi cerrarse un balcón.

FELICIANO FIDALGO

La noticia anda hoy por Madrid. Feliciano Fidalgo se va a París. Si alguien en la prensa madrileña se ha ocupado de despedirle, me temo que aquí, en León, no ocurra lo mismo.

Feliciano Hidalgo es ese gran actor leonés que una vez nos asombró con su magnífica interpretación de *Las manos de Eurídice*<sup>[70]</sup>. Actor y periodista, es otro valor local de quien León no se ha ocupado poco ni mucho. Para que en su tierra suenen también unas palabras de despedida, pergeño yo éstas. Él va a París como corresponsal de la revista *SP*. Allí, sin duda, tendrá ocasión de formar asimismo su vocación teatral. Tras unos años de actividad madrileña, Feliciano Fidalgo se ha decidido a dar el salto. Y es fácil que dentro de algún tiempo —quizá muy poco— su nombre nos llegue proyectado por la fama, con fuerza inesperada. Será otro leonés famoso a quien los leoneses desconocen.

El caso de Feliciano Fidalgo es una vez más el caso tan repetido entre nosotros del hombre de valía que no encuentra ayuda ni especial reconocimiento entre sus paisanos. Que ha de hacer lejos de nosotros el camino del triunfo. No vamos a repetir una vez más la larga lista de leoneses que han ganado el mundo a espaldas de León. No vamos a repetirla para no resultar pelmazos, pero es una larga lista bastante conocida. Hoy uno, mañana otro, siempre podemos señalar alguno —qué maravillosa vocación de triunfo la del leonés— que nos dejó por imposibles.

Un periódico local parece haber iniciado ahora, con la apertura de una página semanal a los jóvenes, la enmienda y rectificación de esa postura hermética que vengo denunciando.

El ejemplo estupendo de ese periódico, su valiente y sincera iniciativa, que pone las ideas, la renovación y la actualidad en manos de la juventud, que es donde deben estar, quisiéramos verla repetida, como norma de conducta, en toda la vida leonesa. Pero seguimos y seguiremos recelando del que empieza.

Y sobre todo, del que vale.

TORRENTE BALLESTER

La conferencia que mañana pronuncia Torrente Ballester en el Círculo Medina versará sobre Velázquez, y quizá sea el único acto con que León se sume, un poco casualmente y no por propia iniciativa, al centenario nacional de Velázquez que se viene celebrando en España.

Siendo León tierra de pintores, creo yo que, en oposición a la mala pintura que nos suele visitar durante la temporada, bien podríamos organizar alguna exposición colectiva de artistas leoneses o importados bajo la advocación velazqueña. El fallecido Montaserín, a quien hoy mismo recuerda Lamparilla en un artículo<sup>[7]</sup>, fue también un pintor de la Historia, como Velázquez, aunque Montaserín hubo de pintar la historia imaginada y Don Diego la vio pasar, auténtica y contemporánea ante su caballete, cuando era aún vida y no ya historia.

Salvando todas las distancias que ustedes quieran, también Montaserín fue un pintor realista, un maestro del arte objetivo, documental y un poco frío. Si Montaserín viviese, en él podría el arte leonés haber centrado, por gloriosas afinidades, el homenaje local a Velázquez, que en todo caso sería doble homenaje rendido a dos figuras, tan distantes en el tiempo, pero unidas por el vínculo que va del maestro clásico al moderno discípulo.

Al anual certamen de Exaltación de Valores leoneses, pudiera por una vez, en cuanto a pintura, dotársela en convocatoria y premios, de algún carácter velazqueño. León estaría presente de algún modo en el homenaje nacional al maestro sevillano. Y por otra parte, tendríamos un nuevo estímulo para nuestros artistas. Toda ocasión me parece buena para ayudarles, porque ya digo que en León, presentes o ausentes, hay muchos y buenos pintores, y eso lo sabemos todos. Como sabemos que ni están contentos ni pueden estarlo, lo que la ciudad haya hecho por ellos, que es bien poco. Hoy mismo se va a hacer pública, precisamente, la queja de uno de estos pintores. Queja que es acusación, un poco dura, directa, y hecha en nombre de todos ellos. Cuando ustedes la conozcan, juzgarán por sí mismos.

«VELÁZQUEZY LAS TARDES DE ESPAÑA»

Tras la conferencia que Gonzalo Torrente pronunciara en el Círculo Medina el pasado sábado, iniciando así el ciclo sobre Velázquez organizado por dicho Círculo, podemos anunciar para el próximo día 5 de noviembre la segunda conferencia de este ciclo dedicado a Velázquez, y con el cual León, por iniciativa del Círculo Cultural Medina, se suma al centenario y homenaje nacional del maestro sevillano.

«Velázquez y las tardes de España» será el sugestivo tema a desarrollar por Manuel Augusto García Viñolas, exquisita pluma y exquisita personalidad entre los intelectuales de la generación del 36. En este mismo espacio se quejaba uno recientemente de que León no participase de algún modo —siendo gran tierra de pintores— en la efemérides velazqueña. He aquí que el Círculo Medina ha hecho posible esta participación con su ciclo de conferencias sobre don Diego, ciclo en el que está incorporando auténticas figuras de la literatura nacional.

Aún habrá nuevas intervenciones de igual altura —críticos de arte, deberían ser— para completar la serie. «Velázquez y las tardes de España» es ya de por sí un título pictórico y prometedor. Debemos agradecer al Círculo Medina esta acertada iniciativa. Pero yo pediría a sus exquisitas rectoras que invitasen especialmente a este ciclo a los muchos y buenos pintores locales, y que con su asistencia e incluso cambio de impresiones en cada caso con el conferenciante, creen un verdadero clima pictórico, centrado en Velázquez, para el ciclo en cuestión. De ese intercambio de ideas pueden a su vez surgir nuevas iniciativas para continuar en León, quizá con exposiciones de pintura, la magnífica iniciativa del Círculo Medina. En todo caso, el ciclo en sí es ya una estupenda realidad que la conferencia magistral de Gonzalo Torrente puso en marcha. El prestigio y personalidad de García Viñolas continuará sin duda esta limpia trayectoria intelectual que se ha querido imprimir al ciclo, y esperamos que alguna disertación posterior complete tan feliz iniciativa. Pero, por favor, que se cuente con los pintores leoneses, y que su presencia rubrique el carácter de cultura artística que se quiere dar a este breve curso sobre Velázquez. Breve, pero tan importante y sustantivo como la mejor capital pudiera desearlo.

## JOSÉ HIERRO

Esta tarde ofrecerá sus versos en el Círculo Cultural Medina el poeta José Hierro. El acto está anunciado para las ocho y consistirá en un recital antológico, síntesis de toda la obra de Hierro, comentado por el propio poeta.

José Hierro pertenece a la generación de poetas de la posguerra. El premio Adonais nos lo descubrió hace ya bastantes años como un lírico nuevo, sorprendente, que decía las cosas de ahora mismo con gran riqueza de resonancias clásicas limpiamente simplificadas. Luego, el Premio Nacional de Literatura, por su libro *Quinta del 42*, hace ya de él un poeta casi oficialmente consagrado. Digamos que a Pepe Hierro no le va el carácter oficial de la poesía ni en la vida. Sin embargo, el Premio Nacional vino a significar la aceptación plena de su obra en sectores de amplitud extrapoética. Para que no se nos quedase José Hierro en esa figura de poeta oficialmente refrendado, otro premio vino a rescatarle de rigideces protocolarias que no le van a él, libre siempre y sencillo, tan directamente humano.

Fue el Premio de la Crítica, un premio exigente, difícil. Se le ganaba así para el rigor intelectual y lo cerradamente privilegiado. ¿Se le ganaba?... Hay que decir que Pepe Hierro se escapa en cada ocasión de esas doradas prisiones que son los premios, de esa inexorable clasificación que un premio impone. Hay que decir que José Hierro vuelve en cada caso a su gozosa espontaneidad, a su trabajo libre de creador. El obtiene su poesía de la vida inmediata y de los viejos maestros libremente elegidos. La separación de lo uno y lo otro sería su desecación lírica. Aún otro reciente premio, más resonante, quizá, que todos los anteriores, ha caído —digámoslo así— sobre nuestro poeta. El Premio March, de especiales características e increíble dotación económica.

Pues bien, casi inmediatamente después de este premio, como inmediatamente después de alguno de los anteriores, yo me he acercado personalmente a Hierro para comprobar que su libertad, su optimismo, su melancolía, su gracia —y por supuesto, su poesía— quedaban milagrosamente a salvo. Después del March, sigue siendo Pepe. Un joven maestro de la actual poesía española. Los premios no le han envarado.

Y —lo que es más importante— no han envarado sus versos.

## TICO MEDINA, UN MADRILEÑO DE CÓRDOBA

En el Círculo Cultural Medina pronunciará esta tarde una conferencia seguida de coloquio el conocido periodista Tico Medina, un madrileño de Córdoba, un cordobés de Madrid un hombre que ha ganado la fama haciendo famosos a los demás.

Para quienes sólo conocen de él su ingenio dinámico, su audacia informativa, su rápida carrera con más horas de anécdota que de categoría, es conveniente explicar lo que hay detrás de todo eso. Siempre resulta aleccionador y sorprendente saber lo que hoy trae el triunfo del triunfador. ¿Suerte? No, no todo es suerte ni la suerte lo vale todo. Tras el periodista rápido y popular que es Tico Medina, existe un escritor. Todo un escritor, sí, que es interesante descubrir aquí y allá, repentinamente, en sus informaciones, en sus comentarios, en sus entrevistas.

Tico Medina suele escribir corto y al día, pero cuando escribe largo podemos conocer la calidad de su prosa. ¿Qué representa hoy en el periodismo español? Quizá, un reporterismo americano escrito a la europea con mucha gracia española, andaluza, con mucho esquematismo cordobés. Representa, frente a tanto periodismo negro, sensacionalista, despiadado, un periodismo rosa, más amable, más humano y cordial, pero no por eso menos crítico y sagaz. Ahí están sus entrevistas de *La silla eléctrica*, directas, sincerísimas, y de gran valentía crítica. Un maxwellismo sin Elsa Maxwell, sino con más elegancia y mejor intención. Pero no todo es mundano ni revuelo de frivolidad, ni mucho menos, en la labor de este joven maestro. Tico Medina es el hombre que estuvo en Agadir, el hombre que ha ayudado y hecho famosos a muchos. Humanidad, abierta y directa humanidad hay en su periodismo, aunque su periodismo esté de moda. Es el hombre que torna cada año a Canarias para un festival benéfico de la

lucha contra el cáncer.

Allí estaré mañana mismo, en un gran vuelo desde León.

*Escenarios: teatro y música*

NECESITAMOS LA EVASIÓN EN UN PIE DE LA DANZA

La danza ha pasado por aquí. Por nuestra ciudad ha pasado la danza, el ala mágica y huida de la danza, siquiera haya sido sólo por un momento, como decía ayer Oscar dos Santos en su periódico. El admirado Oscar, en su bellísima reseña de *Proa* —reseña que he releído, como modelo de tono literario y tino periodístico—, acertaba a recoger el latido tenue que la danza, el baile más depurado y esencial nos ha dejado, un momento, en la rutina de la ciudad.

Con un espectáculo reducido a la más mínima espectacularidad, Rosario ha pasado por León<sup>[72]</sup>. Pese a la limitación coreográfica de los números, aún diría yo que nos sobraba casi todo, que nos sobraba mucho —malo o bueno—, porque la danza, en su momento único y singular, era sólo el escorzo de un escorzo. Como en los toros suele sobrar casi toda la corrida, y en los sonetos casi todo el soneto. Es un momento, un paso dado en la región del sueño, un solo verso, a veces, una palabra, lo que clava la emoción. Cuando ese milagro se ha producido —si se produce—, todo lo demás sobra. Sobra lo anterior y lo que venga después. Rosario, académica, con vocación de clasicismo, más que una bailarina, me parecía a mí, anoche, una profesora de baile. Y he dicho bailarina, porque Rosario no es bailaora. Ella no se deja llevar por el fuego romántico del flamenco. En actitud de ánfora clásica, nunca descompone esa actitud, nunca rompe el ánfora, y los duendes destrozones del flamenco apenas si la tientan un instante. Insinúa la danza, y su arte está hecho de esbozos, de ligereza, de posibilidades que ella nunca desea consumir. Rosario nunca se entrega al baile, sino que lo domina, lo ejecuta lúcidamente en todo momento, con más voluntad de conseguida perfección que peligro de enajenación.

Pero el caso es, como decía, que la danza nos ha rozado un momento. Que el vivir mostrenco de la rutina, esta existencia de la ciudad, de las ciudades, un estar con pies de plomo, pisando de plano y sin gracia, necesita la sugerencia ideal de la danza. Sobre nuestra costumbre de lo pesado y lo horizontal, se deslían de pronto espirales de ballet, y se nos aligera el mundo. Vivimos una vida de pasos contados, de pisar seguro, demasiado firme y seguro. Necesitamos la evasión en un pie de la danza.

Siquiera sea —sí, admirado Oscar, siquiera— por un momento.

*MARIBEL Y LA EXTRAÑA FAMILIA*

La mejor comedia española del año, una de las mejores que se han escrito después de la guerra, se estrena hoy en la ciudad. *Maribel y la extraña familia* ha salvado, por sí sola, la temporada teatral en Madrid y en toda España.

Miguel Mihura —autor de *Maribel*— escribió *Tres sombreros de copa*, su primera gran comedia, hace ya bastante tiempo. Exactamente, la obra tiene mi misma edad, y siempre me ha alegrado —no sé por qué— esta coincidencia.

Creador de *La Codorniz*, creador de todo el teatro y todo el humor nuevo, Miguel Mihura nunca fue totalmente conocido del público, que no ha visto más allá de los insufribles Tono y Alvaro de Laiglesia, bufonescos discípulos de aquél. Gila, Mingote, Evaristo Acevedo, Azcona, Chumy... toda la generación de humoristas que hoy escriben en España es heredera del gran Miguel Mihura. La clave del humor, de la gracia inteligentísima, del talento risueño del maestro, la cifraba yo, en un artículo de hace tiempo, en el binomio lirismo y disparate. Alguien que leyó aquel artículo me ha plagiado la definición directamente, y con ella, aireada en una revista, anda presumiendo por Madrid.

Maritza Caballero, que ya en teatros universitarios había hecho una gran creación de *Tres sombreros de copa*, le entregó a Mihura cien mil pesetas para que la escribiera una comedia. Y salió *Maribel*, que el autor pensó primero como *El lago de las niñas*

*malas*, poética y encantadora denominación que también juega en la obra. *Maribel y la extraña familia* o *El lago de las niñas malas* viene a superar y sintetizar el teatro personalísimo de Mihura, toda una producción inteligente y de rara originalidad. Se trata de una comedia delicadísima, donde el autor llega a la conjugación perfecta de dos motivos que son constantes en él: la ironía hacia lo burgués y la ternura para con esas mujeres de prácticas no muy burguesas, por cierto. Y en medio, entre ambos mundos, que contrastan deliciosamente, casi poéticamente, Maribel, una de tantas Maribel como Mihura ha creado de modo genial en su teatro. Pero esta vez la más perfecta, turbadoramente real, poetizada, detonante, adorable, y deplorable, feminísima y acanallada...

Una mujer —digámoslo en lenguaje mihuresco— ni buena ni mala, sino todo lo contrario.

#### «CANCIONES»

Don Antonio González de Lama se equivocaba el otro día en un artículo de prensa titulado «Canciones», donde parecía pretender —si es que pretendía algo— un examen riguroso del mundo de la canción, de la radio y de los festivales, mundo que evidentemente desconoce.

Don Antonio empezaba equivocándose al centrar todo su despectivo comentario en el Festival de Benidorm, único precisamente que en España se ha montado con seriedad y solvencia quizá excesivas, incluso, dado lo frívolo de la materia. Antes o después de Benidorm, han proliferado en el país festivales de cuya garantía no tenemos por qué responder. Pero si don Antonio conociera estas cosas de verdad, sabría hacer distinciones. ¿Por qué centrar en Benidorm todo lo malo? Su festival nació para poner orden y claridad en el revuelto orbe musiqueril. Todo lo que usted dice, don Antonio, es más o menos aproximado, sólo que no representa Benidorm la apoteosis del mal gusto, sino el único empeño serio de mejorar las cosas, esas cosas, y no precisamente por el disparatado camino del *lieder* operístico, como usted quisiera, sino por otros caminos más reales, más actuales e incluso más vulgares, aunque le moleste la palabra.

Yo sé que a don Antonio le horroriza la radio, y en su horror se deja pasar por alto, a veces, virtudes radiofónicas más importantes que la poca o mucha virtud del Festival de Benidorm. Y de nada me valdrá asegurarle que en ese festival juega el sentido común y también —pues no faltaba más— el sentido artístico, que hacia Benidorm se movilizan nombres importantes en diversos órdenes nacionales. A él, sin duda, no le gustan las canciones premiadas. Y eso es todo.

Sería divertido que le gustasen, y además, lo dijese. Él le aplica un canon literario, académico y escolástico al *Ya lo sabía, ya lo sabía*. Y naturalmente, no es eso. Se trata de algo mucho más sencillo. A don Antonio le viene la nostalgia schuberiana de lo exquisito, o el orgullo patriótico por Falla. Y tampoco es eso. Un escolástico, como un alemán, puede comprenderlo todo, menos lo sencillo, lo que no necesita de comprenderse. Lo elemental, lo alegre, lo espontáneo. Para su tranquilidad, yo le diría a don Antonio una cosa sobre Benidorm.

Que nunca como allí se ha tomado lo alegre tan en serio.

#### LIGEROS COMO ÁNGELES

Todos deberíamos ser ligeros como ángeles. Decía el gran Nijinsky, máximo bailarín que jamás haya existido. Para enseñarnos la ligereza de los ángeles, ha venido a León el ballet. Y aquí, como en cada ciudad, como en cada provincia, donde unos, tienen el pisar estruendoso de la soberbia y su poder, y otros se arrastran de modo gimiente y penoso, aquí, donde nadie ensaya la angélica levedad de los ángeles, la lección prenderá o no prenderá, la sutil lección de ligereza inconsútil. Que la vida bien pudiera ser ballet, un ballet de delicadezas y espiritualidades, si no la viviéramos tan atropelladamente.

Angelismos aparte, la sesión que nos ofreció anoche el ballet francés llegado a León se

abrió con unas estampas románticas y chopinianas, delicadas, pero fieles a una estética marchita, degasiana, que nos retrotrae a la Bella Europa. Cuánto ha cambiado la sensibilidad desde entonces... El ballet *Romeo y Julieta*, mucho más original y vigoroso, ofrece las máximas posibilidades —en solitario— a un gran bailarín. Wladimir Skouratoff, que lo bailó anoche, tuvo grandes aciertos, aunque ya digo que la obra se presta a genialidades infinitas. Y así, del ballet clásico y romántico, se pasó luego al moderno expresionismo de un Mussorgsky, con su *Noche en el monte pelado* y la impresionante criatura nocturna que resume en su extraña feminidad todo el plasticismo valiente, revolucionario, de una música que empezaba a romper normas y descubrir novedades. Concluyó la exhibición con un alegre estilo de pantomima, pintoresco y vivaz, muy europeo, que nos devolvía sutilmente al principio, al romanticismo inicial, aunque en su otro polo, en su extremo humorístico. La Tour de Paris es una compañía que, como tantas, presenta dos o tres primeras figuras, pero no un conjunto de gran altura para secundarlas. Queda, sobre todo, trascendiendo, la palabra del gran Nijinsky:

*Debiéramos ser ligeros como ángeles.*

NO TIENE VICIOS FOLKLÓRICOS EL LEONÉS

Ayer los toros y hoy el folklore. Lo de la plaza del Parque, un espectáculo. La compañía folklórica que esta tarde debuta en la ciudad pasará, como tantas otras, sin pena ni gloria, porque nuestro público vive un poco al margen del gran tópico español. Ni aquí llega nunca a caldearse de verdad el ruedo, ni a recalentarse los tablados de furor gitano. El tópico mayúsculo de la España taurinofolklórica apenas nos atañe.

Entre las muchas frialdades de nuestro público, está esa frialdad por la más caliente. En la radio sabemos bien que la escasa pasión del leonés por cierta música más o menos andaluza nunca llega a rayar el disco. En cuanto a los toros, ayer se pudo comprobar algo en la plaza. Y para mí que no por casualidad se llevó el trofeo un francés. La cosa ya dice bastante de la cantera taurina local. Los cantaores y bailaores que debutan esta tarde tendrán ocasión, por su parte, de constatar, como tantos otros y tantas otras veces, que por aquí no hay de qué darlas.

En principio, yo no diría si la cosa nos favorece o nos perjudica. El hecho es que León vive de espaldas al tópico turístico. León, ni da jipíos ni veroniquea. Como quiera que tampoco tenemos un folklore leonés absorbente, cual Galicia o Cataluña, que desplace al flamenco, hay que pensar —pensemos bien por una vez— que sólo la elegancia, la originalidad, la diferenciación y una como gélida aristocracia, hecha de todas las indiferencias, nos mantiene correctamente ajenos a palmas y pitos. Ahora bien, aprovechamos esta circunstancia para darle a nuestro público otra cosa. Ya que le tenemos casi incontaminado del contagioso flamenco malo, y hasta del bueno, ya que las compañías folklóricas que de tarde en tarde nos visitan no despiertan aquí marimorenas de entusiasmo cañí, como en tantas otras ciudades nada vecinas de la ruidosa Andalucía, llenemos de algún modo ese vacío. Difícil es desintoxicar a la masa cuando la masa se obstina en intoxicarse, pero en León, por lo que a folklore se refiere, la cosa no es grave, ni mucho menos. Para educar artísticamente, musicalmente a nuestro pueblo, no hemos de empezar por quitarle de malos vicios. No tiene vicios folklóricos el leonés.

¿Dejaremos que los adquiera?

VICTORIA DE LOS ÁNGELES

Hoy se ha sabido públicamente en León que Victoria de los Ángeles va a llevar en su repertorio de gran cantante internacional, y a presentarlas inicialmente en Londres, varias canciones del folklore leonés. Entre la famosa española y el señor presidente de nuestra Diputación, se han cruzado con este motivo interesantes y afectuosas misivas. Victoria de los Ángeles, que ya en discos tiene grabadas desde hace tiempo algunas canciones leonesas, incluye ahora nuestro folklore en sus actuaciones ante el público,

con lo que el alma musical de León, la flor melodiosa y entrañable de lo popular, prenderá en los auditorios cosmopolitas. Yo digo que lo casi obligado en esta ocasión es traer antes o después, algún día, cuando ello pueda ser, pero lo antes posible en todo caso, porque nuestra impaciencia lo pida y la ocasión no podemos dejarla pasar, traer, decía, a Victoria de los Ángeles a León para que nos cante aquí esas canciones. Cuando sus giras artísticas se lo permitan —y habría que empezar ya a hacer las gestiones—, quisiéramos oír en León a Victoria de los Ángeles interpretando nuestra música popular, tradicional. Si el folklore leonés lo tenemos tan olvidado, tan perdido, y hay una gran artista internacional que lo toma en sus manos para llevarlo por el mundo, tengamos ahora la decisión que otras veces, quizá, nos ha faltado, y traigamos a Victoria de los Ángeles. Que cante a los leoneses la música de León.

Sería el modo más hermoso de reavivar el amor indígena de las viejas esencias artísticas populares. Que no se nos diga que eso está difícil, que ella tiene sus compromisos, que... Si ponemos empeño y generosidad, Victoria de los Ángeles confirmará, viniendo a León, el afecto que nos ha demostrado con la inclusión de esas canciones en su privilegiado repertorio.

Ahora que la noticia se ha sabido, ahora que esa relación de cordialidad y gratitud se ha entablado, todo quedará incompleto, quizá, si no hacemos que Victoria de los Ángeles cante en León. La ciudad había de corresponder en masa, sin duda, a tal acontecimiento. Y nuestra vida musical —tan menguada y poco segura— habría ganado de golpe una gran altura.

Pidamos que esto se haga realidad

#### ELPRINCIPAL

Parece inminente la desaparición del Teatro Principal. Según los últimos acuerdos del Ayuntamiento, muy en breve será cerrado al público, y es de creer que seguidamente se procederá a su derribo.

Dice el refrán que a quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija. Al Teatro Principal, arrimado a la sombra venerable del Municipio, esa sombra le ha devorado, puesto que, al parecer, en el solar de lo que hoy es el Principal, tendrá su ampliación la Casa Consistorial. «La ciudad teatricida» se ha llamado recientemente a Barcelona, que está cerrando algunos de sus teatros. No es León otra ciudad teatricida, puesto que a lo largo de los años, sólo muy de tarde en tarde muere aquí algún teatro. Al ya lejano Alfageme, sucede ahora el Principal, como valientemente, asimismo, persisten y sobreviven los viejos cafés leoneses. Cafés y teatros, dos viejas fórmulas de vida que pueden seguir dando su mejor tono a una ciudad.

Mas he aquí que León, que no sólo no ha sacrificado demasiados teatros, sino que ha construido, en este tiempo, otro de magnas características, no tiene, en realidad, vida teatral. A nuestros teatros se les explota como cines desde hace mucho tiempo. Y no vamos a llorar nostalgias, pero sí hemos de reparar en que únicamente ese local presta hospitalidad a las compañías de teatro cuando raramente pasan por León. No lamenta uno tanto la desaparición del edificio como el peligro cierto de que nos quedemos sin ver teatro por muchos años. El teatro en provincias suele ser caro, y las representaciones en el Emperador van a resultar económicamente imposibles. El Principal era el viejo reducto que nos quedaba a los aficionados al teatro. Se habla de habilitar el cine Trianón a los efectos, e incluso de construir un nuevo teatro. Pero todo ello es lo suficientemente vago como para que debamos despedirnos del teatro de León por unos cuantos años.

En cualquier caso, si todo es ya inevitable antes de que se cierre definitivamente el Principal, ¿por qué no organizar una última sesión teatral de la mayor significación artística y ciudadana, una brillante velada de despedida, una *soirée* para la noble nostalgia en el veterano teatro que naufraga como un viejo barco varado?

#### UN MUNDO SIN MELODÍA

Para mañana, sábado, anuncia la Filarmónica de León un concierto a cargo de una orquesta italiana. Nuestra Sociedad Musical viene cubriendo una actividad tanto más meritoria por las dificultades que ha de vencer, y sobre todo, por las que lleva vencidas. La música, quizá desde el Romanticismo, viene siendo un arte social además de un arte sublime. Toda ciudad necesita un ambiente musical. Alguien ha dicho que la música es el régimen de adelgazar del alma. Y pensamos que no sólo el alma de los individuos. También el alma de las ciudades, el alma de una sociedad, se adelgaza, se sutiliza con la música. Posiblemente está ya muy repetido que la música es el arte social por excelencia. Puede fundir a los más extensos auditorios en un solo tímpano afinado y atento. Para uno, que ni es entendido ni tiene el oído muy cultivado, la música, aparte su jerarquía artística, tiene otras jerarquías sociales y contribuye a crearlas.

El ideal de nuestro mundo de hoy parece ser la música de fondo. Para las reuniones, para el teatro o el cine, incluso para las exposiciones plásticas, y por supuesto para el trabajo, se pide hoy música de fondo. Es como si nuestra tecnocracia no se decidiese a desterrar totalmente la música, para la que ya no hay tiempo ni silencio, limitándose, por el momento, a relegarse a un segundo plano vital. Y aún hay algo más grave. Se quiere que la música estimule el trabajo, el rendimiento. Es decir, que la música sirva para algo. Con la música se ha hecho algo peor que desecharla por inútil. Algo peor, que es buscarle una utilidad.

La verdad es que, en el continuo pícnic de la frivolidad, necesitamos una música de fondo —quizá para tener salvados los silencios—, pero enseguida nos olvidamos de ese fondo, y sobre la más delicada melodía se van tejiendo los materialismos de cualquier pedestre conversación. Mejor que la música de fondo, busquemos el fondo de la música. En todo caso, hay que creer que los pueblos seguirán necesitando siempre su música, o al menos una música, aunque un escritor español habló ya del mundo actual como de «un mundo sin melodía»<sup>[73]</sup>.

### *Cartelera*

#### *LADOLCE VITA*

Federico Fellini, el realizador genial de *La Strada*, *Las noches de Cabiria*, *Il bidone*, *I Viteloni*, etc., acaba de estrenar en Roma *La dolce vita*. *La dulce vida* es, al menos en su intención, una crítica certera y sincerísima de la alta sociedad romana, de la aristocracia y la gran burguesía de Italia, de esa sociedad, en suma, que hace del país, por natural reacción popular, el de mayor censo comunista en toda la Europa occidental. Del filme, ya digo, sólo conozco la intención y de ella voy a limitar me a hablar. Ignoro si a Fellini se le ha ido la mano o se le ha ennegrecido el contraluz, retratando ese mundo. Pero en cuanto a las culpas de tal sociedad, basta con recordar el caso Wilma Montes<sup>[74]</sup> y algunos otros escándalos que la acreditan como una de las más corrompidas en el viejo mundo.

Pues bien, contra la película de Fellini ha reaccionado todo ese complicado y poderoso sector. El filme ya está en entredicho y al director se le acusa de complicidad comunista. Es lo de siempre. Nos recuerda, entre tantos otros ejemplos, el antiguo pleito de Baudelaire a la publicación de sus *Flores del mal*. Toda una sociedad maldita quedaba allí en descubierto, y los versos geniales de Baudelaire fueron proscritos por mucho tiempo.

*La dulce vida* puede ser como una versión actual, en celuloide, de *Las flores del mal*. Y está corriendo igual suerte. El caso se repite en todos los tiempos y a todos los niveles. Siempre que alguien, por más puro o más impuro que los otros, se arriesgue a decir la verdad, a tocar lo intocable, a plantear lo que todos callan, se le acusa, se le ataca, y ha de pagar caro el gran delito de la sinceridad. A nuestras viejas sociedades levantadas sobre convenciones se les hace insufrible la sinceridad, hay mil modos de no decir las cosas, pero un solo modo de decirlas. «No tan alto, no tan alto», advierte

siempre la sociedad, en palabras de un personaje de Camus. No tan alto. Pero, como afirma León Felipe, quienes creen que el poeta habla demasiado alto, es porque escuchan desde el fondo de un pozo<sup>[75]</sup>.

#### VIOLENCIA EN EL CINE

Últimamente se han leído a través de estos micrófonos varias cartas abiertas a los oyentes sobre la censura de películas, tema suscitado por nuestra emisora. En una de esas cartas se tocaba, entre otros varios puntos, el muy interesante del cine violento —género aventuras— como adecuado o inadecuado para el público infantil. Y se decía, frente a la consabida afirmación de que este cine es nocivo para el niño, que quizá, muy al contrario, le resulta beneficioso por su función de desahogo. La afirmación venía avalada por opiniones ilustres.

Bien merece esto un punto de reflexión. El niño, cachorro de ese animal de presa que es el hombre, mamífero cazador desde las cavernas, lleva en sí unos instintos dinámicos tan manifiestos como pueden ser los maternos en la niña. No neguemos la evidencia de tales impulsos ni pretendamos cegarlos con una educación fofa. Al niño le sobran energías vitales que ha de quemar incesantemente. Para eso están los juegos y deportes, que la cultura física es tanto formación como expulsión de vitalidad. Pero la mente del niño es sobre todo aventurera, y el deporte suele carecer de imaginación. Lo que pide el cuerpo en la infancia, adolescencia y juventud es no sólo acción, sino acción combinada de fantasía.

En nuestro tiempo, cuando la vida ha perdido todo sentido épico, no le queda otra salida al dinamismo que la guerra. Y en época de paz, como la presente, siquiera sea una paz precaria, surge el fruto paradójico de la delincuencia juvenil. Porque el mal —reconozcámoslo tristemente— tiene una sugestión épica de que carece la honradez. El cine sabe o intuye todo esto, y por eso sirve, glorifica y cultiva el mal, o siquiera la violencia, con resultados bien nefastos. Cuando el culto a la violencia por sí misma es algo que está en la vida con el nombre de delincuencia juvenil, este problema es el que debe preocuparnos, más que la violencia en el cine, donde una simple censura la podría suprimir.

Para resolver este problema habría que dotar a la existencia del sentido en algún modo heroico que ha perdido, infundiendo a los dinamismos del deporte y la velocidad una sana fantasía.

Y sobre todo, convencer a la juventud de que se puede ser dinámico sin ser violento y se puede ser pacífico sin ser burgués.

#### GUERRA Y PAZ

*Guerra y paz* es, más que nada, una película larga<sup>[76]</sup>. Realizada con un gran oficio, pero sin atisbo de genialidad. La competencia amenazadora de la televisión lleva a Hollywood a construir películas de gran tonelaje, auténticas superproducciones. Se reúne en un mismo filme media docena de «estrellas» y se rueda para tres horas y media de proyección, trabajando así por arrancar a los públicos de la cómoda y casera pantalla televisiva.

Aquí, donde la televisión no ha llegado, ni mucho menos, a la «perfección» y los receptores siguen siendo caros, todo eso nos coge un poco de sorpresa, y resultamos víctimas o beneficiarios de una competencia que en España todavía no se ha entablado. Todo este alarde de las superproducciones puede ser un camino para competir con la televisión, pero nunca un camino para llegar a la genialidad cinematográfica, que se da mejor en obras simples, sensibles y sencillas. En todo caso, la novela del conde Tolstoi, último gran profeta, quizá, con Gandhi, entre los escasos profetas del mundo moderno, la novela *Guerra y paz*, digo, supone toda una amplia teoría de la paz y la guerra. Una teoría montada sobre la arquitectura novelística del folletón que caracteriza al gran ruso. Y como era de temer, la grandiosidad de Tolstoi ya que no su genialidad, ha huido del celuloide, y nos queda en él su peor

característica: el folletón. La acumulación congestiva de sucesos, coincidencias, emociones, sorpresas... Todo ello realizado con gran paciencia y sabiduría fílmica, pero nada más.

No me parece grave que algunos hechos, personajes o situaciones decaigan en esta laboriosa película. Es disculpable, junto a tantos aciertos, el sentido expeditivo o ingenuo con que se ha resuelto alguna secuencia. Pero sí hay algo más grave. Esta película puede recordar, quizá, a la novela *Guerra y paz*, mas en ningún momento recuerda a Tolstoi. El conde y mítico ruso era, como digo, un profeta, un gran viento mesiánico, más que un mero novelista, y de su henchimiento poderoso sí que no hay nada en este filme. Estamos, más o menos, en las fechas, de su conmemoración, pero esta película no sirve al efecto. Es una gran película de públicos. Es toda una superproducción. Pero el autor de *Guerra y paz* está ausente de ella.

Ausente por completo.

#### *LOSDIEZ MANDAMIENTOS*

Otra película de gran tamaño. Ahora, *Los diez mandamientos*<sup>[77]</sup>. Coincidiendo con la opinión de una delgada atalaya de la prensa local, digo que el cine no es cantidad, sino calidad. Digo que la competencia televisiva y otras cosas así, obligan a Hollywood a montar estos superespectáculos. El difunto Cecil B. De Mille debió de superarse en esta realización, que desde luego no he visto ni pienso ver.

Si en *Guerra y paz*, Hollywood tomaba como guionista al gran Tolstoi, ahora se atreve con las Sagradas Escrituras, porque la desfachatez yanqui es así. Pero si no consiguieron trasladar a la pantalla el espíritu de Tolstoi, no hay que pensar que la inspiración del Antiguo Testamento haya tomado parte para nada en *Los diez mandamientos*. No sé hasta qué punto es eso perderle el respeto a lo más respetable, pero me parece que no va por ahí el camino de cine religioso, ni de un cine artístico.

Seguimos prefiriendo las películas de una hora y media, la belleza sensible y recogida del cine europeo, a estos sensacionalismos yanquis, que le dan un sentido de alarde circense a la grandeza religiosa de las Escrituras y a toda cosa venerable que atropellan por delante. No he visto *Los diez mandamientos*, ya digo, ni quisiera verla. Las lecturas bíblicas han dejado siempre en mí una huella demasiado sensible como para arriesgarme a que su influencia me la destruya un filme hecho a golpe de efectismo. Conocemos de sobra lo que era el oficio del viejo judío De Mille. Aunque en *Los diez mandamientos* se haya superado a sí mismo, preferimos mantenernos a distancia de su obra, ya que no estaría bien un ensañamiento póstumo contra ella. Quizá las masas necesiten todo eso para emocionarse, pero uno prefiere seguir cultivando las mínimas emociones del sentimiento.

La epopeya bíblica requiere grandeza de concepto para ser contada, es cierto, pero yo sé que ni la belleza del salmo, ni la riqueza del símbolo, ni la inspiración de la antigüedad, ni el huracán de los profetas pueden trasladarse el tinglado técnico de un rodaje que sólo busca el gran trucaje de los efectos especiales. Y ésa era toda la técnica de Cecil B. De Mille.

Dejar los milagros del cielo en efectos especiales.

#### *ELINQUILINO*

En estos días se ha estrenado en León la película *El inquilino*, una película española escrita por José María Pérez Lozano —uno de los pocos intelectuales que en España cultivan el cine— y dirigida por Nieves Conde, el realizador de *Surcos y Balarrasa*<sup>[78]</sup>. Aparte de los valores, que aquellos dos filmes hacía folletín, y llegaron a la masa<sup>[79]</sup>. *El inquilino*, con ser muy superior a aquéllos, al menos en cuanto a guión e intencionalidad, se ha proyectado casi clandestinamente, porque ni la publicidad, ni la crítica, ni el público se han preocupado de esta película.

Hace pocos meses, Pérez Lozano, creador del guión de *El inquilino*, me contaba el argumento de esta película y las vicisitudes por que dicho guión ha pasado antes y

después de su rodaje. Se trata de una fina crítica social, española, actualísima, que, centrada en el problema de la vivienda, apunta a muchos problemas y censuras dentro del más verídico cuadro de nuestra sociedad. Tardó el escrito original en llegar a manos de Nieves Conde, que al fin pudo pasarlo al celuloide. Con todas las licencias y censuras, la película anduvo por provincias, hasta que en una de ellas fue vetada, y no por la Delegación del Gobierno correspondiente, sino —caso insólito— por el Ministerio de la Vivienda, que jamás había entrado ni es probable que vuelva a entrar en tales funciones.

Rectificada, pulida, revisada, la cinta ha vuelto a las pantallas y sigue constituyendo una muy interesante producción del cine español. Verdadera, realista, aguda, poética y españolísima, apenas hemos reparado con ella, aquí en León, donde no tenemos afinada la sensibilidad cinematográfica, y más bien nos dejamos abrumar por los colosalismos publicitarios y cinemascópicos de las superproducciones de bulto y barullo. Luego, maldecimos del cine español, pontificando con suficiencia sobre las cuatro cosas que sabemos o no sabemos. Entre las superproducciones, que nos obnubilan, y el cine folklórico, que nos vuelve ingeniosos y despectivos, siempre pasa de largo, siempre se nos pasa inadvertida una película sencilla, inteligente, cinematográficamente pura, como *El inquilino*, como alguna otra, sea española o no lo sea.

Sabemos que el cine español es malo, pero cuando deja de serlo, tampoco nos enteramos. Y dejamos pasar filmes como *El inquilino*, porque no acertamos a ir sino donde la publicidad nos lleva de la mano.

#### LAVENGANZA

Juan Antonio Bardem, director del filme *La venganza*, completa con esta película una especie de trilogía artística, española y cinematográfica que se había propuesto realizar. La película de la gran ciudad, la película de la provincia y la película del campo.

Con *Muerte de un ciclista*, Bardem acertó a fijar los contrastes, vicios y defectos de la España más actual en sus grandes capitales. En *Calle Mayor* la provincia española, la vieja provincia caduca y monótona, inactual y rutinaria, pobretona, queda asombrosamente plasmada. Y después, *La venganza*, filme que llega a León con gran retraso.

*La venganza* es la película del campo español, el poema social del bracero. Sobre este tema ya teníamos —aunque muy olvidada— una magnífica película obra del único gran realizador de cine que ha tenido España: *Tierra sin pan*, de Luis Buñuel, quien, por cierto, acaba de anunciar su regreso a España tras largos años de ausencia. Juan Antonio Bardem es todavía un joven cineasta sin la independencia creadora de un Buñuel, y por otra parte, a su *Venganza* la han diezmado numerosas tijeras. Incluso puede que el guión no fuese tan bueno como el de *Calle Mayor*, por ejemplo. En todo caso, su estampa acusadora de la España rural queda incompleta, aunque tenga momentos de descarada crítica social.

Un ejemplo de cómo *La venganza* no es lo que pudo ser, un ejemplo de cómo ha operado la censura en esta cinta, es aquel del típico latifundista español, que se va a los toros en su berlina, y camino de la ciudad se entretiene a charlar un momento con los segadores que le están haciendo el trabajo. Con gesto de falso patriarcalismo, muy frecuente entre nosotros, el propietario accede a que los segadores pasen la noche en su almacén. Luego, por la acción de la película, vemos que no se trata de ningún almacén, sino de una cuadra. La palabra «cuadra» ha sido sustituida en el guión por la palabra «almacén». Pero está claro, de todos modos, que la gran generosidad del latifundista consistía en ceder a la humilde cuadrilla, como dormitorio, una de las cuadras del ganado.

Esta es la película de *La venganza*. Lástima que un cautivador pero excesivo e

inactual esteticismo lastre esta cinta de Bardem, como todas las suyas. Lástima que entre unas cosas y otras, de su mensaje de humanidad, acusación y nobleza no se haya enterado nuestro público.

Aunque, de otro modo, tampoco se iba a enterar.

#### LAQUIMERA DEL ORO

*La quimera del oro* está clasificada entre las diez mejores películas del mundo. Charles Chaplin introdujo en ella algunos de los primeros efectos sonoros del cine mudo. Sin la intención política de *Tiempos modernos* o la fina ironía y crítica social de *Luces de la ciudad*, *La quimera del oro* es un filme deliciosa, entrañable y chaplinianamente humano.

Allá por los años veinte se hacía este cine, hacía Chaplin su milagro de luces y sombras, universalizando al geniecillo Charlot. La cinta sigue siendo hoy un ejemplo de sensibilidad literaria, gracia, mímica, cultura, todo un poco a espaldas de la técnica. Qué lección para los colosalistas del cinematógrafo, la vistavisión, el sonido estereofónico, la pantalla circular y demás trucos espectaculares. Como siempre, al principio o al final de la técnica, lo que cuenta es el hombre, un espíritu sutil y un corazón a punto. Charles Chaplin, con sólo dos tenedores y dos panecillos, monta la más genial pantomima cinematográfica, teatral, literaria. Dos tenedores y dos panecillos —qué prodigio de sencillez— frente a los decorados monumentales, las grúas y todo el aparato técnico de una moderna superproducción.

Qué gran lección, repito, para los genios sin genio del cine actual. Y también para los espectadores de 1960. Los de aquí mismo y ahora mismo. En León, precisamente, somos muy fáciles al asombro de los superpeliculones. Somos una masa de espectadores ingenuos a quienes si no hay tecnicolor y pantalla panorámica, nos parece que no hay película. Pero he aquí que Charlot retorna, a través de los años, con una pátina de nostalgia, sí, mas con la inspiración fresca, a explicarnos la asignatura de la sencillez. Con la referida secuencia de los panecillos, hemos de emparejar el gag de la bota cocida. Son dos momentos inolvidables en toda la historia del cine. Charlot se come con exquisitez su vieja bota de vagabundo y hambriento. Qué maneras de escrupuloso gastrónomo para degustar una suela claveteada. Con elementos tan simples, Chaplin consigue lo que otros no derrochando millones.

Ahora que hemos conocido la suprema sencillez del cine, ¿seguiremos epatándonos cuando la nueva temporada empiece a traernos aparatosas superproducciones?

#### LAMURALLA

El cine vuelve a poner de actualidad —y ahora en León— *La muralla*, una comedia dramática supuestamente moral, supuestamente católica, que hace unos años fue muy famosa<sup>[80]</sup>.

No voy a hacer aquí la crítica de la cinta —que no me corresponde—, sino a subrayar, al margen de todo tecnicismo crítico, cómo adolece del mismo grave mal que la obra de teatro: una falsa moralidad burguesa, planteada en una tesis increíblemente practicista, carente de toda espiritualidad. Algo así opinó entonces —cuando el estreno de la obra— la mejor crítica católica. Un sacerdote escritor tan caracterizado como José Luis Martín Descalzo, coincidiendo con José María Pérez Lozano y todos los representantes del joven catolicismo español, me hacía ver cómo en el texto de *La muralla* sólo una o dos veces aparece la palabra «amor». Y el recuento hecho por Martín Descalzo es significativo. Porque revela lo que en realidad es *La muralla*, su tesis. El problema de un supuesto cristiano que sólo por temor piensa a última hora en restituir su fe. El temor a la justicia divina, temor a la muerte, es lo único que mueve al protagonista de *La muralla*. Pero sabemos que toda fe, y la fe católica como ninguna otra, nace del amor, no del temor. *La muralla*, pues, es una obra falsamente católica. No puede satisfacer al verdadero católico.

¿Por qué, entonces, su enorme éxito entre el gran público de los católicos españoles?

Porque, en buena medida, así son el catolicismo y la moral de más de un español. Una moral prefigurada por el miedo, por el temor, donde a la represión divina se le da un gran margen amedrentador. La distancia que hay entre no pecar por miedo al castigo —actitud de bestia temerosa— y no hacerlo por puro, simple, sublime y natural amor divino, es la distancia que separa al mediocre católico habitual del auténtico creyente religado a Dios. Como el clima medio de nuestra moral es un clima de temor y contención, *La muralla*, creyendo ahondar en una conciencia cristiana, no hace sino manifestar su pobre modo y el nuestro de entender la religión.

Y el público español, con su adhesión a *La muralla*, se ha descubierto a sí mismo en su mentalidad deformada. *La muralla* es la obra que corresponde a un ambiente, a una moralidad de conveniencias burguesas. De ahí su triunfo absoluto. Pero la más sagaz crítica católica, ya digo, ha sabido denunciar el peligro que encierra. Peligro que de la comedia ha pasado a la película ayer estrenada en León.

#### *EL GRAN PESCADOR*

Sabihonda, parlanchina o enfática, la crítica local ha venido a confirmar que *El gran pescador* una película lo que yo llamaría antibíblica.<sup>[81]</sup>

Unos más claramente, y otros mediante su sabihondez, parlanchinería y énfasis, nos han dejado ver que teníamos razón en los supuestos previos formulados sobre *El gran pescador*. Crítico ha habido que, tras de aludirme con frases destrozadas, viene, sin querer, a darme la razón afirmando que el filme es «grandilocuente» y «no alcanza calor espiritual». En una palabra, que la historia bíblica está desdivinizada, que es lo que yo escribí exactamente. Desdivinizada o desespiritualizada, como ustedes prefieran. Hablando claramente, o con paliativos y eufemismos, cada crítico a su aire, en su tono, como es natural, y según su conveniencia, ha dejado entrever idénticas razones. La película, según nuestro querido crítico, repetidamente citado, es «colosalista». Y la Iglesia de los primeros tiempos no es precisamente una Iglesia colosalista, sino un prodigio de humildad, sencillez y fe ingenua, un asunto divino entre pescadores y esclavos. El falseamiento es notorio y el perjuicio se deduce por sí solo.

Con ocasión de la anterior cinta de este calibre y de semejantes pretensiones pseudobíblicas, fue un sacerdote leonés quien, desde la prensa local, advirtió con estupendas palabras, muy actuales y periodísticas, del error e inconveniencia de esa clase de cine. No es la única vez, ni mucho menos, que la Iglesia deja oír su voz al respecto, y bien claramente. Así pues, los doctores ya han hablado, y sin perjuicio de que vuelvan a hacerlo, a los demás nos corresponde ahora repetir sus palabras, sólo repetirlas, para que la orientación no se pierda. Mejor es eso que mantener el equívoco en la masa de lectores y de espectadores con frases que no dicen que sí ni que no, sino todo lo contrario.

Eso es practicar la inhibición crítica, y el crítico debe ser todo lo contrario a un cauto y pusilánime inhibido.

#### *ORFEO*

Mañana, domingo, reanuda el Círculo Cultural Medina sus sesiones de cineclub, interrumpidas durante las fiestas navideñas, con la proyección de la película *Orfeo*, de Jean Cocteau.

*Orfeo* es una película que lleva algunos años por los cine-clubs del mundo, sin haber salido nunca o casi nunca —al menos, en España— de esos círculos restringidos, sin haberse proyectado apenas en salas comerciales como película comercial. Que no lo es, ni mucho menos. En el quehacer cinematográfico de Jean Cocteau está —como en su poesía, su teatro, su pintura...— todo Cocteau, con la magia inagotable de su imaginación, su sensibilidad francesa e incluso su frivolidad parisina, apurando un poco las cosas. Jean Cocteau, cuando realiza una película, no hace algo distinto de cuando pinta un cuadro, escribe un poema o da una conferencia. Hace siempre lo mismo y siempre de modo diferente. No hace sino jugar maravillosamente con la inspiración,

con el ingenio, con la cultura, con la vida y el arte. Con su eterna libertad de creador que a todo se atreve.

Así pues, *Orfeo* es una película donde el mito clásico de Orfeo se ha tomado casi como disculpa para un alarde de libertad creadora y audacia cinematográfica. Hijo espiritual de André Gide, como tantos otros de su generación, Jean Cocteau es ese tipo un poco pasado y decadente, pero siempre sugestivo del hombre gideano que entiende, no ya el arte por el arte, de modo gratuito y sin trascendencia, sino, más aún, el arte como juego, como asombrosa pirueta que pudo serlo todo y se queda en nada. Eso es la película *Orfeo*, un juego inteligente con los mitos, con las ideas y con la poesía. Toda una mitología actualizada juega en el argumento del filme. Con inspiración surrealista, con trasunto de cine expresionista alemán e incluso con trucos y montajes del mal cine terrorífico, porque Cocteau no desprecia nada, está montada esta bella obra en imágenes de gran sugestión y palabras de turbadora poesía. Se comprende, pues, que un producto así no haya sido nunca ofrecido comercialmente. Con esta cinta, sin duda, los cineclubistas del Círculo Medina reciben su espaldarazo de minoría inteligente y preocupada por el cine más difícil.

#### *PUERTA DE LAS LILAS*

*Puerta de las Lilas*, la película que esta tarde ofrecerá un cine-club local, es, sin duda, uno de los grandes aciertos de René Clair, ese director incansable que desde París ha influido y sigue influyendo en el cine del mundo.

El suburbio de París, un mundo tan amado por René Clair, el París neblinoso y arrabalero de Utrillo, da sus mejores imágenes a *Puerta de las Lilas*. A punta de realismo, consigue el arte clairiano llegar a la poesía, y en los breves toques poéticos, o irónicos, o enternecidos, está la mano inconfundible de este viejo maestro de hacer películas. Las calles populares, los barrios congestionados, y unos personajes entre vulgares y admirables componen el mundo de *Puerta de las Lilas*. Ese personaje central —holgazán y simplista—, que pone su fervor en proteger a un delincuente con el gozo de haber sido útil por una vez en la vida, puede ser perfectamente real puesto que es perfectamente humano. Si no aleccionadora su conducta, puesto que tiene una madre y una hermana que le mantienen, decimos, sí puede tomarse, en cambio, como muy humano, precisamente por lo paradójica, la actitud del grandullón ingenuo y emotivo. El mismo rectifica luego de una manera violenta.

Personajes, en fin, los de *Puerta de las Lilas*, muy de la mano maestra del director del filme. Y entre ellos, ese guitarrista enigmático, ese hombre solitario y profundo, estoico y sencillo, que con sus canciones desesperanzadas crea un clima e incluso un ritmo para la acción. El viejo cine europeo, del que alguien dijo que era «como un violín sonando por calles mojadas», vuelve a nosotros en *Puerta de las Lilas* con su carga literaria y una como indefinible tristeza que empaña el celuloide.

El sempiterno René Clair —quién sabe si más optimista o más pesimista que nunca— hizo en esa película algo nuevo con el mismo aire de siempre. A fin de cuentas, eso es la personalidad. Aunque también puede que la personalidad sea todo lo contrario. Hacer siempre lo mismo y que parezca otra cosa.

#### CINEÍSTAS «AMATEURS» DE LEÓN

En esta víspera de San Juan Bosco, santo patrón de la cinematografía española, quisiera hablar de los cineístas *amateurs* de León, que como es sabido, los tenemos y muy importantes.

El cine *amateur* es, hoy por hoy, en un arte tan comercializado, el último reducto de altruismo y pureza creadora. Barcelona, Oviedo, León y algunas otras ciudades, muy pocas, mantienen en España esa bella y difícil actividad del cine por el cine. No siendo España un país de gran cultura cinematográfica por lo que al cine profesional se refiere, resulta aún más relevante, por contraste, la actividad y la calidad de nuestro cine *amateur*. El cine como *hobby* resulta una afición cara. Una afición que requiere,

por supuesto, mucho más que afición. Verdadera constancia vocacional, aparte la sensibilidad artística que ha de ser punto de partida para llegar, a través de la cámara, al imaginativo mundo de las imágenes.

Hay pintores aficionados y músicos de afición, que hacen su obra recreativa a espaldas de la diaria profesión, pero un cineasta *amateur* está, respecto a ellos, en diferente situación. La pintura o la música del profesional son, en los casos auténticos —los únicos que deben contar—, arte puro en sí mismo, arte en la historia del arte, a la que el aficionado hace su aportación modesta o excepcional. Pero en el cine es distinto. Se trata de un arte esencialmente comercializado, de una industria, de un producto artístico que nace impuro casi por propia necesidad biológica. Y he aquí que el cineasta *amateur* nos da un cine depurado, sin lastre de ninguna clase. El cine es arte de masas, no de minorías, y sólo el *amateur* lo convierte en minoritario. El aficionado a tocar el violín nunca será sino un violinista de afición, pero el aficionado a hacer cine es un purista, un quintaesenciado en quien hemos de buscar una integridad artística que el cine comercial rara vez nos da. No es un imitador, un seguidor de los maestros, sino un decantador de éstos. Incluso pudiéramos decir que todo gran director es un *amateur* en sus mejores momentos. ¿No parece cine *amateur* *El globo rojo*, por ejemplo?<sup>[82]</sup> En este sentido, todo el gran cine es *amateur*.

Gracias al *amateur* sabemos que, una vez libre de sensacionalismos y complejos tecnicofinancieros, el cine, como arte virginal, puede quedar latiendo en una decantada imagen amorosamente filmada.

#### *EL GLOBO ROJO*

*El globo rojo* es una pequeña obra maestra del cine, una película de poco más de veinte minutos, en la que Albert Lamorisse, un director con más características de *amateur* que de profesional, por la pureza de su cine y la ausencia de toda comercialidad, ha utilizado a su propio hijo como personaje principal. Bueno, en realidad, el mágico personaje principal de la película es ese globo rojo cuya peripecia nos cuenta poéticamente.

*El globo rojo* será proyectada mañana en una sesión matinal de cineclub, en nuestra ciudad. Pocas veces ha llegado este arte nuevo e impuro del cine a mayor limpieza de procedimientos y propósitos. Lamorisse tiene realizadas varias películas de iguales características, que son otros tantos poemas de la imagen estética, donde una acción sencilla, elemental y llena de inspiración va siendo filmada por la más sencilla cámara de todo el cine francés, excepción hecha, quizá, exclusivamente, del gran maestro René Clair. Por supuesto que algo tiene de René Clair este delicado realizador que es Lamorisse. Pero con una muy especial sensibilidad ha recreado él, una vez más, en *El globo rojo*, la visión lírica y eficientemente realista de un París lleno de belleza y plasticismo, el París popular y pictórico de Utrillo y de los filmes del citado Clair.

El color, asombroso color, añade a las imágenes de *El globo rojo* una riqueza puramente pictórica. Pero los fotogramas de este filme nunca llegan al barroquismo, sino que en una dirección de lineal sencillez narrativa y visual, llega a reconocerse como auténtico poema de lo cotidiano. Todas las artes llegan en determinados momentos, en determinadas obras, a esa calidad poética, que el cine, por su natural impureza, consigue con menos frecuencia. Pero realizadores como Albert Lamorisse pueden lograr de pronto una pequeña maravilla, cargada de sugerencias literarias y valores estéticos, donde el espectador llega a olvidarse de a qué arte pertenece aquello, porque aquello pertenece por entero al espíritu.

# ÍNDICES

## ÍNDICE DE ARTÍCULOS

Al circo, viejo viejísimo, todavía le gusta el circo (5-5-1959)  
Albert Camus (29-2-1960)  
Alonso Pérez de Guzmán, el Bueno (19-9-1960)  
Aquí estamos para ponerle al tiempo su estribillo (4-10-1960)  
Buenas noches, aguador (19-7-1958)  
Buenas noches, aldea (6-7-1958)  
Buenas noches, América (12-10-1958)  
Buenas noches, amigo (18-6-1958)  
Buenas noches, amor (8-7-1958)  
Buenas noches, Ana Frank (7-7-1958)  
Buenas noches, Azorín (28-9-1958)  
Buenas noches, Baltasar (4-1-1959)  
Buenas noches, bebedor (9-7-1958)  
Buenas noches, belleza (28-6-1958)  
Buenas noches, Caín (11-12-1958)  
Buenas noches, canción (13-6-1958)  
Buenas noches, cansancio (27-6-1958)  
Buenas noches, carpintero (17-10-1958)  
Buenas noches, Celestina (29-6-1958)  
Buenas noches, ciudad (16-6-1958)  
Buenas noches, cobarde (1-12-1958)  
Buenas noches, colegial (30-6-1958)  
Buenas noches, colegiala (18-10-1958)  
Buenas noches, corazón (25-10-1958)  
Buenas noches, Charlot (11-6-1958)  
Buenas noches, detective (29-11-1958)  
Buenas noches, Dickens (23-12-1958)  
Buenas noches, domingo (30-11-1958)  
Buenas noches, don Pablos (8-9-1958)  
Buenas noches, enemigo (15-8-1958)  
Buenas noches, enero (1-1-1959)  
Buenas noches, enfermo (6-9-1958)  
Buenas noches, estío (10-7-1958)  
Buenas noches, fantasía (11-10-1958)  
Buenas noches, fantasma (11-8-1958)  
Buenas noches, farmacéutico (7-9-1958)  
Buenas noches, forjador (17-7-1958)  
Buenas noches, fracasado (18-12-1958)  
Buenas noches, Francisco de Asís (4-10-1958)  
Buenas noches, Françoise (20-9-1958)  
Buenas noches, futuro (13-11-1958)  
Buenas noches, Gelsomina (25-11-1958)  
Buenas noches, gestante (1-10-1958)  
Buenas noches, Guendalina (5-8-1958)  
Buenas noches, guitarra (14-10-1958)  
Buenas noches, héroe (21-9-1958)  
Buenas noches, infanta (12-9-1958)  
Buenas noches, isleño (5-7-1958)  
Buenas noches, jardinero (17-9-1958)  
Buenas noches, junio (1-6-1958)  
Buenas noches, juventud (14-9-1958)

Buenas noches, librero de viejo (12-7-1958)  
Buenas noches, Madrid (27-7-1958)  
Buenas noches, María Callas (17-12-1958)  
Buenas noches, Micaela (21-12-1958)  
Buenas noches, miedo (1-9-1958)  
Buenas noches, modisto (13-7-1958)  
Buenas noches, molino (5-12-1958)  
Buenas noches, muerte (7-10-1958)  
Buenas noches, muñeca (30-8-1958)  
Buenas noches, napolitana (27-8-1958)  
Buenas noches, noctámbulo (7-6-1958)  
Buenas noches, nostalgia (29-7-1958)  
Buenas noches, noviembre (31-10-1958)  
Buenas noches, oyente (27-10-1958)  
Buenas noches, paz (26-10-1958)  
Buenas noches, periodista (26-11-1958)  
Buenas noches, picapedrero (6-11-1958)  
Buenas noches, Platero (10-6-1958)  
Buenas noches, poesía (19-10-1958)  
Buenas noches, Poeta (29-5-1958)  
Buenas noches, poetisa (2-10-1958)  
Buenas noches, profeta (4-8-1958)  
Buenas noches, pureza (29-10-1958)  
Buenas noches, romántico (9-8-1958)  
Buenas noches, seductor (10-8-1958)  
Buenas noches, señor guardia (21-10-1958)  
Buenas noches, señora (3-7-1958)  
Buenas noches, señorita (12-8-1958)  
Buenas noches, soledad (23-7-1958)  
Buenas noches, soñador (11-7-1958)  
Buenas noches, suburbio (14-6-1958)  
Buenas noches, sueño (27-9-1958)  
Buenas noches, suicida (2-7-1958)  
Buenas noches, Sur (18-7-1958)  
Buenas noches, tímido (28-8-1958)  
Buenas noches, torero (24-6-1958)  
Buenas noches, Toulouse-Lautrec (22-8-1958)  
Buenas noches, tristeza (4-6-1958)  
Buenas noches, Van Gogh (22-10-1958)  
Buenas noches, verbena (26-6-1958)  
Buenas noches, viajante (7-12-1958)  
Buenas noches, viajero (2-6-1958)  
Buenas noches, Xènius (5-10-1958)  
Cada año más Quijotes (23-4-1959)  
Cada tarde, el mundo necesita una canción de siete a nueve (21-5-1959)  
«Canciones» (11-6-1960)  
Cecil B. DeMille: el mago de los domingos ingenuos (25-1-1959)  
César Aller (12-9-1960)  
César González-Ruano (8-2-1959)  
Chumy Chúmez (6-2-1960)  
Cineístas *amateurs* de León (30-1-1961)  
Con Cantinflas se ríe a gusto, se ríe a lo loco (21-4-1959)

Con medias granate o sin medias, Purita es Purita (13-3-1959)  
Cultura comprometida (7-9-1960)  
Cursos de verano para extranjeros (19-8-1960)  
Don Antonio Machado (24-2-1959)  
Don Francisco de Quevedo (8-9-1960)  
El anciano y los reactores (14-5-1959)  
El botijero (8-7-1959)  
*El globo rojo* (4-2-1961)  
*El gran pescador* (28-12-1960)  
*El inquilino* (20-5-1960)  
El milagro de Carmen Amaya (19-2-1959)  
El Principal (10-12-1960)  
El solterón y la folklórica (6-12-1960)  
*El telegrama* (12-7-1959)  
El tiempo, el tiempo mismo (8-1-1959)  
Elizabeth Taylor (18-8-1959)  
Elvis *la Pelvis* (4-6-1959)  
Emilio Salgari (12-5-1959)  
En Hollywood están adelgazando a Sofía (14-3-1959)  
Falda corta (6-8-1959)  
Feliciano Fidalgo (8-10-1960)  
Frangoise Sagan, fea y experimentada (6-6-1959)  
Gerardo Diego (15-3-1960)  
Gigí, París y su Belle Époque (22-7-1959)  
Glosa de la vicetiple (15-5-1959)  
Gozo viajero (3-5-1960)  
Gregorio Marañón (I) (29-1-1960)  
Gregorio Marañón (II) (2-4-1960)  
*Guerra y paz* (9-3-1960)  
Jardín Botánico de Madrid (7-4-1959)  
Jesús Vasallo (4-4-1960)  
José Hierro (3-11-1960)  
Julián Marías (9-4-1960)  
Juliette Gréco (3-3-1959)  
La alta noche de luna (5-10-1960)  
La cerveza (20-7-1959)  
La coquetería fue su único pudor (5-8-1959)  
*La dolce vita* (24-2-1960)  
La fiesta brava y la literatura bravucona (18-3-1959)  
La gran cruz de las alturas (29-8-1960)  
*La muralla* (14-9-1960)  
*La quimera del oro* (16-8-1960)  
La resurrección que a Platero le soñó su poeta (25-2-1959)  
La sangre excesiva y escandalosa de Elvis Presley (26-1-1959)  
*La venganza* (10-6-1960)  
La zarzuela, ópera pequeñita para menestrales (3-8-1959)  
Ligeros como ángeles (22-6-1960)  
¿Llevaremos la Nochebuena al triángulo del hambre? (24-12-1960)  
*Los diez mandamientos* (23-3-1960)  
Los pequeños Magos (5-12-1960)  
*Maja desnuda* (16-3-1959)  
*Maribel y la extraña familia* (19-4-1960)

Martine Carol, rubia, equívoca y publicitaria, se retirará pronto del cine (27-1-1959)  
Media vuelta a la costura de las medias (23-1-1959)  
Merino B. Amaya (28-2-1960)  
Miguel Delibes (8-4-1960)  
Necesitamos la evasión en un pie de la danza (14-3-1960)  
Ni el organillo ni el organillero (10-2-1959)  
No tiene vicios folklóricos el leonés (5-9-1960)  
Nuevo humanismo del siglo xx (13-1-1961)  
Orfeo (7-1-1961)  
Pan, amor y fantasía (15-2-1960)  
Para la cabeza, nada como una pamelita (4-7-1959)  
*Puerta de las Lilas* (25-1-1961)  
Que nuestra mirada incendie el mundo (1-3-1960)  
«Radio Reválida» (23-5-1960)  
Recados al oído de usted (24-3-1960)  
Retales estampados en las trastiendas de la ilusión (1-7-1959)  
Salvador de Pablos (17-2-1960)  
San Fermín (7-7-1959)  
Santa infancia (25-2-1960)  
Servando Montaña (27-4-1960)  
Sidney Bechet (10-6-1959)  
Tico Medina, un madrileño de Córdoba (3-12-1960)  
Torrente Ballester (21-10-1960)  
Un mundo sin melodía (27-1-1961)  
«Velázquez y las tardes de España» (27-10-1960)  
Verdadero, singular, espiritualizado pueblo (15-4-1960)  
Vicente Marrero (26-4-1960)  
Victoria de los Ángeles (26-10-1960)  
Violencia en el cine (2-3-1960)  
Vittorio Podrecca (13-7-1959)

## ÍNDICE ONOMÁSTICO

Abderramán.  
Abel.  
Abelardo.  
Acevedo, Evaristo.  
Adán.  
Aga-Kan.  
Agustini, Delmira.  
Alba, Cayetana de.  
Albéniz, Isaac.  
Alonso, Eduardo.  
Aller, César.  
Amaya, Carmen.  
Amaya, Merino B.  
Amicis, Edmondo de.  
Armstrong, Louis.  
Arniches, Carlos.  
Augusto.  
Azcona, Rafael.  
Azorín véase Martínez Ruiz, José.  
Baco.  
Bach, Johann Sebastian.  
Baltasar.  
Bardem, Juan Antonio.  
Bardot, Brigitte.  
Baroja, Pío.  
Baudelaire, Charles.  
Bechet, Sidney.  
Bécquer, Gustavo Adolfo.  
Beethoven, Ludwig van.  
Benlliure, Mariano.  
Bloch, Pedro.  
Bonaparte, Napoleón.  
Bonifaz, Ramón de, almirante.  
Borgia, familia.  
Borzage, Frank.  
Bradomín, marqués de.  
Bretón, Tomás.  
Bretón de los Herreros, Manuel.  
Brígida.  
Buero Vallejo, Antonio.  
Buñuel, Luis.  
Caballero, Maritza.  
Caín.  
Calderón de la Barca, Pedro.  
Calígula.  
Calisto.  
Callas, María (Meneghini).  
Campoamor, Ramón de.  
Camus, Albert.  
Cánovas del Castillo, Antonio.  
Cantinflas véase Moreno, Mario.

Carlomagno.  
Carol, Martine.  
Carón, Leslie.  
Carrere, Emilio.  
Casta.  
Cécile.  
Cela, Camilo José.  
Celestina.  
Cervantes, Miguel de.  
Cézanne, Paul.  
Chagall, Marc.  
Chapí, Ruperto.  
Chaplin, Charles (Charlot).  
Charlot véase Chaplin, Charles.  
Chopin, Frédéric.  
Chumy Chúmez véase González Castrillo, José María.  
Chunga véase Flores, Micaela.  
Cid, el.  
Clair, René.  
Ciará y Ayats, José.  
Cocteau, Jean.  
Colette, Sidonie-Gabrielle.  
Conejo, José María.  
Cossío, José María de.  
Crémer, Victoriano.  
Cruz, Ramón de la.  
Cyrano de Bergerac.  
Darío, Rubén.  
Daudet, Alphonse.  
Dean, James.  
Degas, Edgar.  
Delibes, Miguel.  
DeMille, Cecil B.  
Díaz-Cañabate, Antonio.  
Dickens, Charles.  
Diego, Gerardo.  
Disney, Walt.  
Domínguez Berrueta, Fernando.  
Dos Santos, Óscar.  
Dulcinea del Toboso.  
Ellington, Duke.  
Eloísa.  
Éluard, Paul.  
Enrique III de Castilla, el Doliente.  
Espronceda, José de.  
Esquilache véase Gregorio, Leopoldo de.  
Eva.  
Falla, Manuel de.  
Felipe, León.  
Fellini, Federico.  
Fernández, Emilio.  
Fernández de Castro, Gutierre.

Fernández de Moratín, Leandro.  
Fernández Shaw, Carlos.  
Fidalgo, Feliciano.  
Flores, Micaela (la Chunga).  
Foxá, Agustín de.  
Francisco de Asís, san.  
Frank, Ana.  
Gabriel, arcángel.  
Gabriel y Galán, José María.  
Gamoneda, Antonio.  
Gandhi, Mahatma.  
Ganivet, Ángel.  
García, Luis.  
García de Viñolas, Manuel Augusto.  
García Lorca, Federico.  
García Morente, María Josefa (Pepa).  
García Segura, Gregorio y Alfredo.  
Gargallo, Pablo.  
Gaudí, Antoni.  
Gauguin, Paul.  
Gelsomina.  
Gershwin, George.  
Giannini, Ettore.  
Gide, André.  
Gigí.  
Gila, Manuel.  
Goethe, Johann Wolfgang von.  
Gómez de la Serna, Ramón.  
Góngora, Luis de.  
González Castrillo, José María (Chumy Chúmez).  
González de Lama, Antonio.  
González Ruano, César.  
Goya, Francisco de.  
Gréco, Juliette.  
Gregorio, Leopoldo de, marqués de Esquilache.  
Guardini, Romano.  
Guendalina.  
Guerra, Rafael (Guerrita).  
Gulliver.  
Hamlet.  
Hampton, Lionel.  
Heine, Heinrich.  
Hemingway, Ernest.  
Hernández, Miguel.  
Hernández Moros, Carmelo (Lamparilla).  
Hierro, José.  
Hilarión, don.  
Hipócrates.  
Homero.  
Huidobro, Vicente.  
Ibarbourou, Juana.  
Inés, doña.

Javierre, José María.  
Jiménez, Juan Ramón.  
Jiménez Fernández, José (Joselito).  
Joselito véase Jiménez Fernández, José.  
Juan Bosco, san.  
Julieta.  
Kafka, Franz.  
Kazan, Elia.  
Kerr, Deborah.  
Kierkegaard, Søren.  
Laiglesia, Álvaro de.  
Lamorisse, Albert.  
Lamparilla véase Hernández Moros, Carmelo.  
Lara, Antonio (Tono).  
Lara, infantes de.  
Larra, Mariano José de.  
Larrea, Carmelo.  
Lattuada, Alberto.  
Lazaga, Pedro.  
Lean, David.  
León, Rafael de.  
Lili.  
Linder, Max.  
Loman, Willy.  
Lope de Vega, Félix.  
López García, Victoria (Victoria de los Ángeles).  
López Silva, José.  
Loren, Sofía.  
Lorenzo, Aldonza véase Dulcinea del Toboso.  
Louys, Pierre.  
Lucía, Luis.  
Lydia de Cadaqués véase Noguer Sabá, Lidia.  
Machado, Antonio.  
Manet, Édouard.  
Manolete véase Rodríguez Sánchez, Manuel.  
Manrique, Jorge.  
Marañón, Gregorio.  
Marcel, Gabriel.  
Marconi, Guillermo.  
Marías, Julián.  
Maribel.  
Maripepa.  
Marrero, Vicente.  
Martín Descalzo, José Luis.  
Martínez Ruiz, José (Azorín).  
Masina, Giulietta.  
Matisse, Henry.  
Maxwell, Elsa.  
Médici, familia.  
Medina, Tico.  
Melibea.  
Menéndez Pidal, Ramón.

Mérimée, Próspero.  
Micaela véase Flores, Micaela.  
Miguel Ángel Buonarroti.  
Mihura, Miguel.  
Miller, Arthur.  
Miller, Glenn.  
Miller, Mitch.  
Mingote, Antonio.  
Mistral, Gabriela.  
Modigliani, Amedeo.  
Monroe, Marilyn.  
Montaña, Servando.  
Monteserín, Demetrio.  
Montesi, Wilma.  
Montespan, Madame de.  
Montiel, Sara.  
Moreno, Mario (Cantinflas).  
Muñoz, Maite.  
Musset, Alfredo.  
Mussorgsky, Modest.  
Nerón.  
Neruda, Pablo.  
Nieves Conde, José Antonio.  
Nijinsky, Vaslav.  
Noé.  
Noel, Eugenio.  
Noguer Sabá, Lidia (Lydia de Cadaqués).  
Nora, Eugenio de.  
Ofelia.  
Oliver Twist.  
Onassis, Aristóteles.  
Orfeo.  
Ors, Eugenio d' (Xènius).  
Ortega y Gasset, José.  
Otero, Blas de.  
Pablos, don.  
Pablos, Salvador de.  
Patachou, Lady véase Ragon, Henriette.  
Pávlova, Anna.  
Pelayo, don.  
Pereira, Antonio.  
Pérez de Guzmán, Alonso, el Bueno.  
Pérez Galdós, Benito.  
Pérez Herrero, Francisco.  
Pérez Lozano, José María.  
Pérez Padilla, Florencia (Rosario).  
Pérez Prado, Dámaso.  
Picasso, Pablo.  
Platero.  
Podrecca, Vittorio.  
Poe, Edgar Allan.  
Preminger, Otto.

Presley, Elvis.  
Proust, Marcel.  
Purita.  
Quasimodo, Salvatore.  
Quevedo, Francisco de.  
Quijote, don.  
Quintero, Antonio.  
Quintero, Juan.  
Quiñones, Suero de.  
Quiroga, Manuel.  
Ragon, Henriette (Lady Patachou).  
Redondo, Onésimo.  
Renoir, Jean.  
Rilke, Rainer Maria.  
Robinson Crusoe.  
Rodríguez Sánchez, Manuel (Manolete).  
Rojas, Fernando de.  
Romeo. Ros, Francisco.  
Rosario véase Pérez Padilla, Florencia.  
Rouault, Georges.  
Sagan, Françoise.  
Saint-Laurent, Yves de.  
Salgari, Emilio.  
Salinas, Pedro.  
Sancho Panza.  
Sartre, Jean-Paul.  
Seberg, Jean.  
Séneca, Lucio Anneo.  
Serna, Víctor de la.  
Shakespeare, William.  
Skouratoff, Wladimir.  
Stompanato Jr., Johnny.  
Storni, Alfonsina.  
Suárez Erna, Angel.  
Susana.  
Taylor, Elizabeth.  
Temple, Shirley.  
Tenorio, don Juan.  
Tenorio, don Pedro.  
Teresa Panza.  
Tolstoi, León.  
Tono véase Lara, Antonio.  
Torrente Ballester, Gonzalo.  
Toulouse-Lautrec, Henride.  
Turner, Lana.  
Unamuno, Miguel de.  
Utrillo, Maurice.  
Van Gogh, Vincent.  
Vasallo, Jesús.  
Vega, Ricardo.  
Velázquez, Diego.  
Verlaine, Paul.

Verne, Julio.

Vidor, King.

Victoria de los Ángeles véase López García, Victoria.

Walters, Charles.

Werther.

Whitman, Walt.

Wilde, Oscar.

Windsor, duques de.

Xènius véase Ors, Eugenio d'.

Zorrilla, José.

## ÍNDICE TEMÁTICO

aguador.  
aldea.  
amigo.  
amor.  
bebedor.  
belleza.  
botijero.  
canción.  
cansancio.  
caridad.  
carpintero.  
catolicismo.  
cerveza.  
cine.  
circo.  
ciudad.  
cobarde.  
colegiales.  
corazón.  
cuaresma.  
cultura.  
cursos de verano.  
danza.  
detective.  
dieciocho de julio.  
Dios.  
domingo.  
educación.  
enemigo.  
enero.  
enfermo.  
escritores.  
escultura.  
estampados.  
falda corta.  
fantasía.  
fantasmas.  
farmacéutico.  
feminismo.  
Feria del Libro.  
Festival de la Canción Española.  
forjador.  
fracasado.  
futuro.  
gestante.  
guardia.  
guitarra.  
héroe.  
hombre.  
humanismo.  
Iglesia.

jazz.  
junio.  
justicia social.  
juventud.  
librero de viejo.  
libro.  
literatura.  
Madrid.  
malas compañías.  
Manitú.  
marionetas.  
medias.  
miedo.  
miércoles de ceniza.  
Modernismo.  
modisto.  
molino.  
muerte.  
muñeca.  
música.  
Navidad.  
niños.  
noctámbulo.  
nostalgia.  
noviembre.  
parque.  
paz.  
pintura.  
pobreza.  
poesía.  
procesiones.  
pureza.  
radio.  
Reyes Magos.  
romántico.  
sanfermines.  
seductor.  
Semana Santa.  
señora.  
señorita.  
siesta.  
soledad.  
sombbrero.  
soñador.  
suburbio.  
suicida.  
Sur.  
tiempo.  
tímido.  
torero.  
toros.  
tristeza.

verano.  
verbena.  
viajero.  
vicetiple.  
vida.  
vino.  
violencia.  
zarzuela.

# ÍNDICE DE OBRAS Y TÍTULOS

## Literatura

«Canciones» (Antonio González de Lama).  
Cuentos de Navidad (Charles Dickens).  
Diario de un cazador (Miguel Delibes).  
El camino (Miguel Delibes).  
«El ciprés de Silos» (Gerardo Diego).  
El extranjero (Albert Camus).  
El hombre de la casa (Servando Montaña).  
El malentendido (Albert Camus).  
Ensayos de teoría (Julián Marías).  
Espadaña (A. González de Lama).  
Esta tierra y mi palabra (César Aller).  
«Estatuto del vino» (Pablo Neruda).  
Glosas (Eugenio D'Ors).  
Guerra y paz (León Tolstoi).  
Jardín Botánico (Eugenio D'Ors).  
La Bien Plantada (Eugenio D'Ors).  
La Codorniz (revista).  
La hoja roja (Miguel Delibes).  
La muerte de un viajante (Arthur Miller).  
Las flores del mal (Charles Baudelaire).  
Las manos de Eurídice (Pedro Bloch).  
«Marcha triunfal» (Rubén Darío).  
Maribel y la extraña familia (Miguel Mihura).  
Mi idolatrado hijo Sisi (Miguel Delibes).  
Oliver Twist (Charles Dickens).  
Platero y yo (Juan Ramón Jiménez).  
Proa (Jorge Luis Borges).  
Punta Europa (Vicente Marrero).  
Quinta del 42 (José Hierro).  
«Romance del Duero» (Gerardo Diego).  
Romancero (Ramón Menéndez Pidal).  
SP (revista).  
Tres sombreros de copa (Miguel Mihura).  
Viacrucis (Gerardo Diego).

## Cine

*Balarrasa* (dir. José Antonio Nieves Conde).  
*Calle Mayor* (dir. Juan Antonio Bardem).  
Carosello napoletano (dir. Ettore Giannini).  
El globo rojo (dir. Albert Lamorisse).  
El gran pescador (dir. Frank Borzage).  
El inquilino (dir. Juan Antonio Bardem).  
El puente sobre el río Kwai (dir. David Lean).  
Guendalina (dir. Alberto Lattuada).  
Guerra y paz (dir. King Vidor).  
I Viteloni (dir. Federico Fellini).  
Il bidone (dir. Federico Fellini).  
La dolce vita (dir. Federico Fellini).  
La fiel Infantería (dir. Pedro Lazaga).  
La muralla (dir. Luis Lucía).  
La quimera del oro (dir. Charles Chaplin).

La strada (dir. Federico Fellini).  
La venganza (dir. Juan Antonio Bardem).  
Las noches de Cabiria (dir. Federico Fellini).  
Lili (dir. Charles Walters).  
*Los diez mandamientos* (dir. Cecil B. DeMille).  
*Luces de la ciudad* (dir. Charles Chaplin).  
*Muerte de un ciclista* (dir. Juan Antonio Bardem).  
Orfeo (dir. Jean Cocteau).  
*Platero* (dir. Alfredo Castellón).  
*Puerta de las Lilas* (dir. René Clair).  
Surcos (dir. José Antonio Nieves Conde).  
*Tiempos modernos* (dir. Charles Chaplin).  
*Tierra sin pan* (dir. Luis Buñuel).

### **Música**

*Dos cruces* (Carmelo Larrea).  
*El telegrama* (Gregorio y Alfredo García Segura).  
*En forma* (Glenn Miller).  
*I love you*.  
*La Revoltosa* (José López Silva y Carlos Fernández Shaw, Ruperto Chapí).  
*La verbena de la Paloma* (Ricardo Vega, Tomás Bretón).  
*La violetera* (Juan Quintero).  
*Le piano du pauvre* (Lady Patachou).  
*Marcha del coronel Bogey* (Mitch Miller).  
*Noche en el monte pelado* (Mussorgsky).  
*Rapsodia en blue* (George Gershwin).  
*Yo odio los domingos* (Juliette Gréco).

### **Arte**

Casa de Gaudí (Antoni Gaudí).  
*Maja desnuda* (Francisco de Goya).  
*Venus de Milo*.

### **Televisión**

*La silla eléctrica* (Tico Medina).

### **Otros**

Antiguo Testamento.  
Corán.  
*Piccolos de Podrecca*.  
«Radio Reválida».  
«Velázquez y las tardes de España».

## ÍNDICE TOPONÍMICO

África.  
Agadir.  
Alemania.  
Alhambra.  
América.  
Andalucía.  
Aragón.  
Asia.  
Astorga (León).  
Ateneo (Madrid).  
Atlántida.  
Barataria.  
Barcelona.  
Barranco (León), calle del.  
Benidorm (Alicante).  
Bering, estrecho de.  
Berlín.  
Bilbao.  
Brooklyn.  
Buenos Aires.  
Cadaqués (Gerona).  
Canarias.  
Caridad (León), calle de la.  
Casa de Fieras.  
Casa Gaudí.  
Castilla.  
Castillo (León), puerta del.  
Cataluña.  
Catedral (León), plaza de la.  
China.  
Cine Trián (León).  
Círculo Medina (León).  
Conde Rebolledo (León), travesía del.  
Congo.  
Córdoba.  
Corta (León), calle.  
Costa Azul.  
Costa Brava.  
Covadonga.  
Coyanza (León).  
Cuenca.  
Darro, río.  
Don Gutierre (León), plaza de.  
Don Juan de Arfe (León), calle de.  
Duero, río.  
Elíseo.  
España.  
España (Madrid), plaza de.  
Estados Unidos.  
Europa.  
Extremadura.

Flandes.  
Francia.  
Galicia.  
Gran Muralla (China).  
Gran Pirámide (Egipto).  
Gran Vía (Madrid).  
Grano (León), plaza del.  
Grecia.  
Groenlandia.  
Guzmán el Bueno (León), calle de.  
Guzmanes (León), Palacio de los.  
Harlem.  
Holanda.  
Hollywood.  
Iberia.  
India.  
Índico, océano.  
Inglaterra.  
Italia.  
Jardín Botánico (Madrid).  
León.  
Lepanto.  
Líbano.  
Lille.  
Londres.  
Louvre (París), Museo del.  
Lozoya.  
Madrid.  
Mallorca.  
Marsella.  
Matasiete (León), calle de.  
Maxim's.  
Mayor (León), plaza.  
Mayor (Madrid), plaza.  
Mercado (León), plaza del.  
México.  
Moulin Rouge.  
Montjuïc.  
Moscú.  
Nápoles.  
Navarra.  
Nazaret.  
Nueva York.  
Nuevo Mundo.  
Obispo y Caridad (León), puerta de.  
Occidente.  
Olot.  
Oriente.  
Oriente (Madrid), plaza de.  
Oviedo.  
Pamplona.  
París.

Parque (León), plaza del.  
Patagonia.  
Piccadilly Circus (Londres).  
Pigalle (París).  
Pirineos.  
Ponferrada (León).  
Riaño (León).  
Rincón de las Descalzas (León).  
Roja (Moscú), plaza.  
Roma.  
Rusia.  
S'Agaró (Gerona).  
Sacromonte (Huelva).  
Sahara.  
Salamanca.  
San Isidoro (León), plaza de.  
San Marcos (León), convento y prisión de.  
Santa Marina (León), calle de.  
Santo Martino (León), plaza de.  
Sena, río.  
Serradores (León), calle y plaza de.  
Serranos (León), calle de.  
Silos (Burgos).  
Somorrostro (Barcelona).  
Soria.  
Sur.  
Tarifa.  
Teatro Alfageme (León).  
Teatro Apolo (Madrid).  
Teatro Emperador (León).  
Teatro Principal (León).  
Tiendas (León), plaza de las.  
Toledo.  
Toros (Madrid), plaza de.  
Torre de Londres.  
Turín.  
Valldemosa (Mallorca), cartuja de.  
Valle de los Caídos (Madrid).  
Vía Apia Antigua (Roma).  
Viena.  
Villanueva y Geltrú (Vilanova i la Geltrú).  
Vizconde (León), plaza del.  
Washington.



FRANCISCO UMBRAL nació el 11 de mayo de 1935 en Madrid, y desde los años sesenta se dedicó, profesionalmente, a la literatura y el periodismo. Se le ha definido como «el mejor prosista en castellano del siglo». Su novela *Mortal y rosa* (1975) es considerada una de las obras maestras de la segunda mitad del siglo xx. La obra de Umbral ha merecido, entre otros reconocimientos, el Premio Mariano de Cavia, el Premio González Ruano de Periodismo, el Premio de la Crítica, el Premio Nadal con *Las ninfas*, el Premio Príncipe de Asturias, el Premio Víctor de la Serna, el Premio de Novela Fernando Lara con *La forja de un ladrón*, el Premio Nacional de las Letras y el máximo galardón en lengua castellana, el Premio Cervantes. Entre el resto de sus obras destacan *Un carnívoro cuchillo*, *Los helechos arborescentes*, *El socialista sentimental*, *Madrid, tribu urbana*, *Trilogía de Madrid*, *La leyenda del César visionario*, *Diario político y sentimental*, *Historias de amor y Viagra*, *El hijo de Greta Garbo*, *Un ser de lejanías*, *Cela, un cadáver exquisito*, *Los metales nocturnos*, *Días felices en Argüelles* y *Amado siglo xx*. Murió en Boadilla del Monte (Madrid) el 28 de agosto de 2007.

## Notas

- [1] Al final de este artículo, aparece la anotación: «Copiado para *El alma se serena*». Este programa cultural cerraba las primeras emisiones regulares y diarias de Televisión Española. <<
- [2] En el encabezamiento del capítulo III, «América del Este», de su *Diario de un poeta recién casado* (1917), Juan Ramón Jiménez escribió: «Hay en esta parte de mi *Diario*, impresiones que no tienen fecha. ¿Supe yo, acaso, ¡tantas veces!, qué día era? ¿No hay días sin día, horas de deshora? / Espero que, como en las pinturas sinceras, esas notas se coloquen por sí mismas en su hora y en su día». <<
- [3] Eduardo Alonso (1898-1956), gran conversador, encabezó las tertulias poéticas del madrileño Café Varela en la década de 1950. <<
- [4] Referencia a *El tren expreso* (1871), poema en tres cantos, de Ramón de Campoamor. <<
- [5] Obra de Pablo Neruda, este poema pertenecía a «Tres cantos materiales», recogidos en su libro *Residencia en la tierra* (1935). <<
- [6] Victoriano Crémer, «Mujer redonda», *Furia y paloma* (1956). <<
- [7] Ilegible. <<
- [8] La novela *Bonjour Tristesse* (1954), escrita por Françoise Sagan y protagonizada por Cécile, una jovencita que veranea en la Riviera francesa, fue adaptada al cine por Otto Preminger en 1958, con Deborah Kerr y Jean Seberg como protagonistas. <<
- [9] El autor cita de memoria pues el verso de Juan Ramón Jiménez, perteneciente al poema XXII de *Estío* (1916), es: «Estoy triste de hoy, pero / contento para mañana». <<
- [10] De nuevo, el autor cita de memoria. El verso de Pablo Neruda, perteneciente al poema «*Walking around*» e incluido en *Residencia en la tierra* (1935), dice: «Sucede que me canso de ser hombre». <<
- [11] Así en el original. <<
- [12] T. S. Eliot, entre otros. <<
- [13] Juan Ramón Jiménez inicia así el poema «Este inmenso Atlántico» (1953), recopilado en su *Tercera antología poética* (1957). <<
- [14] Anna Pávlova (1881-1932) fue una célebre bailarina de ballet rusa. <<
- [15] José María Valverde (1926-1996), poeta, crítico y traductor. <<
- [16] El Arco de Cuchilleros, una de las entradas a la plaza Mayor madrileña, y sus cuevas servían de refugio, a principios del siglo XIX, al mítico bandolero Luis Candelas. En 1949 el famoso torero Félix Colomo Díaz, obligado a abandonar los ruedos por su apoyo a la República, convirtió esas cuevas en un conocido restaurante. <<
- [17] El texto entrecomillado pertenece al discurso de fundación de la Falange Española que José Antonio Primo de Rivera pronunció, en el madrileño Teatro de la Comedia, el 29 de octubre de 1933. <<
- [18] Ilegible. <<
- [19] Trío, formado por el boticario Don Hilarión y las modistillas Casta y Susana, que protagoniza la zarzuela *La verbena de la Paloma* (1894), de Tomás Bretón. <<
- [20] La obra poética de José María Gabriel y Galán (1870-1905) se centró en una visión tradicional y cristiana, con un tono costumbrista, de la vida rural castellana. <<
- [21] Segundo cuarteto del soneto «Por una senda van los hortelanos», del poeta Miguel Hernández, incluido en *El rayo que no cesa* (1934-1935). <<
- [22] Así en el original. <<
- [23] Aunque Juan Ramón escribió *Diario de un poeta recién casado* mientras navegaba rumbo a Nueva York para casarse con Zenobia Camprubí, el autor parece referirse al poema XIV, «Rosas III», de *Piedra y cielo* (1917-1918). <<
- [24] El Poeta es Juan Ramón Jiménez, fallecido el 29 de mayo de 1958 en San Juan de Puerto Rico. <<

- [25] Falta texto. <<
- [26] Falta texto. <<
- [27] Falta texto. <<
- [28] Antonio Machado, «Pascua de resurrección», *Campos de Castilla* (1912). <<
- [29] La novelista francesa Françoise Sagan (1935-2004), autora de *Bonjour Tristesse* (1954). <<
- [30] Ángela Figuera (1902-1984), «Madres», *Los días duros* (1953). <<
- [31] Juan Ramón Jiménez, poema incluido en *Eternidades*(1916-1917).<<
- [32] La joven actriz francesa Jacqueline Sassard encarnó a la protagonista de *Guendalina*, dirigida por Alberto Lattuada en 1957. <<
- [33] Hija de una modesta profesora de piano napolitana, la actriz Sofía Loren interpretó, en una de sus primeras apariciones cinematográficas, un papel secundario en *Carosello napoletano* (Ettore Giannini, 1954). <<
- [34] Gelsomina, encarnada por la italiana Giulietta Masina, es la ingenua protagonista de *La Strada*, dirigida por Federico Fellini, esposo de la actriz, en 1954. <<
- [35] El autor se refiere a la película *Al este del Edén* (1955), dirigida por Elia Kazan y protagonizada por James Dean. <<
- [36] En el original, «Cézanne, Raoult, Modigliani, Marc Chagall, Rouault, Matisse». De no repetirse, por error, el apellido de Georges Rouault, quizá podría referirse a Raoul Dufy. <<
- [37] La Casa Botines o Edificio Gaudí, obra del arquitecto catalán Antonio Gaudí, construida entre 1891 y 1894 en la capital leonesa. <<
- [38] Véase nota a «Buenas noches, torero». <<
- [39] Véase nota a «Buenas noches, farmacéutico». <<
- [40] *Les Jambes Roses* (1954), con letra de Léo Ferré. <<
- [41] Poema XIV de *Razón de amor*, incluido en *La voz a ti debida* (1936). <<
- [42] Esta placa conmemorativa se colocó, el 30 de abril de 1959, en la que fue última morada del escritor italiano. <<
- [43] Al final de este artículo, aparece la anotación: «Control: notas de sintonía hasta el final». <<
- [44] Sofía Loren. <<
- [45] La actriz Leslie Carón protagonizó la adaptación cinematográfica de *Gigí* (Vincente Minnelli, 1958), una famosa novela de la escritora francesa Colette. Años antes, en 1953, había interpretado el papel principal de *Lilí*. <<
- [46] Véase «Martine Carol, rubia, equívoca y publicitaria, se retirará pronto del cine». <<
- [47] *De repente el último verano* (*Suddenly, Last Summer*), dirigida por Joseph L. Mankiewicz y coprotagonizada por Montgomery Clift. <<
- [48] Sic, por Montju'ic.<<
- [49] La *Marcha del coronel Bogey* alcanzó una gran fama como tema principal de la película *El puente sobre el río Kwai* (1957). <<
- [50] Sic. <<
- [51] *In the mood* (1939), cuyo título se ha traducido en ocasiones como *En forma* o *De buen humor*, del músico estadounidense Glenn Miller. <<
- [52] Con este tema, que alcanzó el éxito internacional, la cantante de origen chileno Monna Bell ganó el primer Festival Español de la Canción de Benidorm, celebrado del 9 al 11 de julio de 1959. <<
- [53] Por ejemplo, en el poema IX de *Razón de amor*. <<
- [54] El desaparecido Teatro Apolo, situado en la madrileña calle de Alcalá, fue llamado «la catedral del género chico», donde se estrenaron zarzuelas como *Agua*, *azucarillos* y *aguardiente* (1897), con música de Federico Chueca. Por su parte, *Gigantes y cabezudos* (1898), del maestro Manuel Fernández Caballero, se estrenó en el Teatro de la Zarzuela. <<

[55] La popular cuarta sesión del Teatro Apolo, que terminaba hacia las dos de la madrugada, reunía a todo tipo de personajes, desde gentes de los bajos fondos y artistas a aristócratas, potentados y personalidades. <<

[56] El filósofo y traductor Manuel García Morente (1886-1942), decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, contrajo matrimonio con Carmen García del Cid y fue padre de María Josefa (Pepa), bibliotecaria en el Museo Nacional de Artes Decorativas, y Carmen, profesora. <<

[57] El arcángel san Gabriel, cuya festividad se celebra el 29 de septiembre, es el patrono de los medios de comunicación. <<

[58] El sacerdote, periodista y poeta leonés Antonio González de Lama (1905-1969) dirigió el Diario de León, en el que colaboró desde su juventud, y cofundó la revista Espadaña. <<

[59] Película bélica dirigida por Pedro Lazaga en 1960, con Analía Gadé, Tony Leblanc, Arturo Fernández y Laura Valenzuela en los papeles principales. Ambientada en la guerra civil española, narra la toma de Cerro Quemado en 1937 por un batallón del llamado bando nacional. <<

[60] Vicente Marrero Suárez (1922-2000), escritor, poeta y periodista canario, fue una de las figuras más destacadas del tradicionalismo carlista y estuvo vinculado al Opus Dei. <<

[61] El poeta, dramaturgo y crítico literario leonés Salvador de Pablos López (1919-2004) colaboró, como Francisco Umbral, en la emisora La Voz de León. <<

[62] Merino B. Amaya (1927), autor de numerosas esculturas públicas, es conocido especialmente por sus obras dedicadas a los niños. <<

[63] Asociación, nacida a mediados de la década de 1950 y activa hasta 1974, en la que confluían grupos de licenciadas y universitarias que defendían posturas católicas progresistas, especialmente en cuanto al papel de la mujer. <<

[64] El padre José María Conejo Azcona, catedrático de Filosofía y autor de títulos como Conciencia social cristiana (1965). En cuanto a Luis García, podría tratarse del pintor de ese nombre o, más plausiblemente, de Lucio García Ortega (1930-1976), catedrático de Filosofía en el instituto leonés Padre Isla y traductor. <<

[65] El poeta y periodista Salvatore Quasimodo (1901-1968) recibió el premio Nobel de Literatura en 1959. <<

[66] Walt Whitman, Hojas de hierba (1855). El poeta León Felipe publicó una traducción de Canto a mí mismo, de Whitman, un autor que tuvo una gran influencia sobre su propia obra. <<

[67] Jesús Vasallo (1919-1993), militante falangista y redactor jefe de La Voz de Galicia entre 1937 y 1940, trabajó en Solidaridad Obrera y fue director general de Prensa y Radio del Movimiento, así como guionista cinematográfico. En los años sesenta, Vasallo dirigía el semanario Libertad, creado por Onésimo Redondo, fundador de las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica. <<

[68] Los sacerdotes, periodistas y escritores José María Javierre (1924-2009) y José Luis Martín Descalzo (1930-1991).<<

[69] Este palacio renacentista del siglo XVI, situado junto a la Casa Botines, es la sede de la Diputación de León. <<

[70] Obra del psiquiatra brasileño Pedro Bloch, publicada en 1955 y concebida para un solo personaje. El periodista Feliciano Fidalgo (1928-1999) fue miembro del equipo fundacional de *El País*, del que fue corresponsal en París hasta 1985, cuando regresó a Madrid, y en el que colaboró hasta su muerte. <<

[71] El pintor, dibujante e ilustrador Demetrio Monteserín (1876-1958), una de las mayores figuras de la pintura leonesa moderna y autor de La promulgación de los fileros leoneses. Carmelo Hernández Moros, más conocido como Lamparilla, fue uno de los principales referentes del periodismo leonés. <<

[72] Rosario, nombre artístico de Florencia Pérez Padilla (1918-2000), fue pareja artística del bailarín Antonio durante más de tres décadas. Tras la ruptura de esta relación profesional, Rosario tuvo compañía propia, que alternaba con sus actuaciones en solitario. <<

[73] El escritor y periodista Agustín de Foxá, autor de *Un mundo sin melodía: notas de un viajero sentimental* (1950). <<

[74] El cadáver de Wilma Montesi, aparentemente ahogada, apareció cerca de Ostia en abril de 1953. El escándalo se desató cuando una revista desveló que la joven había muerto mientras consumía opio en un exclusivo club social en compañía de conocidos personajes de la sociedad italiana. <<

[75] León Felipe, «Pero ¿por qué habla tan alto el español?», *El payaso de las bofetadas y el pescador de caña* (1938). <<

[76] Estrenada en 1956 y dirigida por King Vidor, su duración es de 206 minutos y fue una de las películas más caras de la historia. <<

[77] Cecil B. De Mille (1881-1959) dirigió dos versiones de *Los diez mandamientos*. La segunda, estrenada en 1956 y con Charlton Heston como protagonista, tenía una duración de 220 minutos. <<

[78] José Antonio Nieves Conde (1915-2006), cineasta y periodista. <<

[79] Así en el original. <<

[80] La comedia *La muralla*, escrita por Joaquín Calvo Sotelo y estrenada en 1954, fue adaptada al cine en 1958 por el director Luis Lucía, con Armando Calvo como protagonista. <<

[81] Esta adaptación de la novela homónima de Lloyd C. Douglas fue dirigida por Frank Borzage y narra la historia de Herodes, su hija Fara, Juan el Bautista y Simón Pedro. Estrenada en 1959, había sido precedida seis años antes por *La túnica sagrada*, que se basaba en otro título de Douglas. <<

[82] Véase el artículo siguiente, «El globo rojo». <<